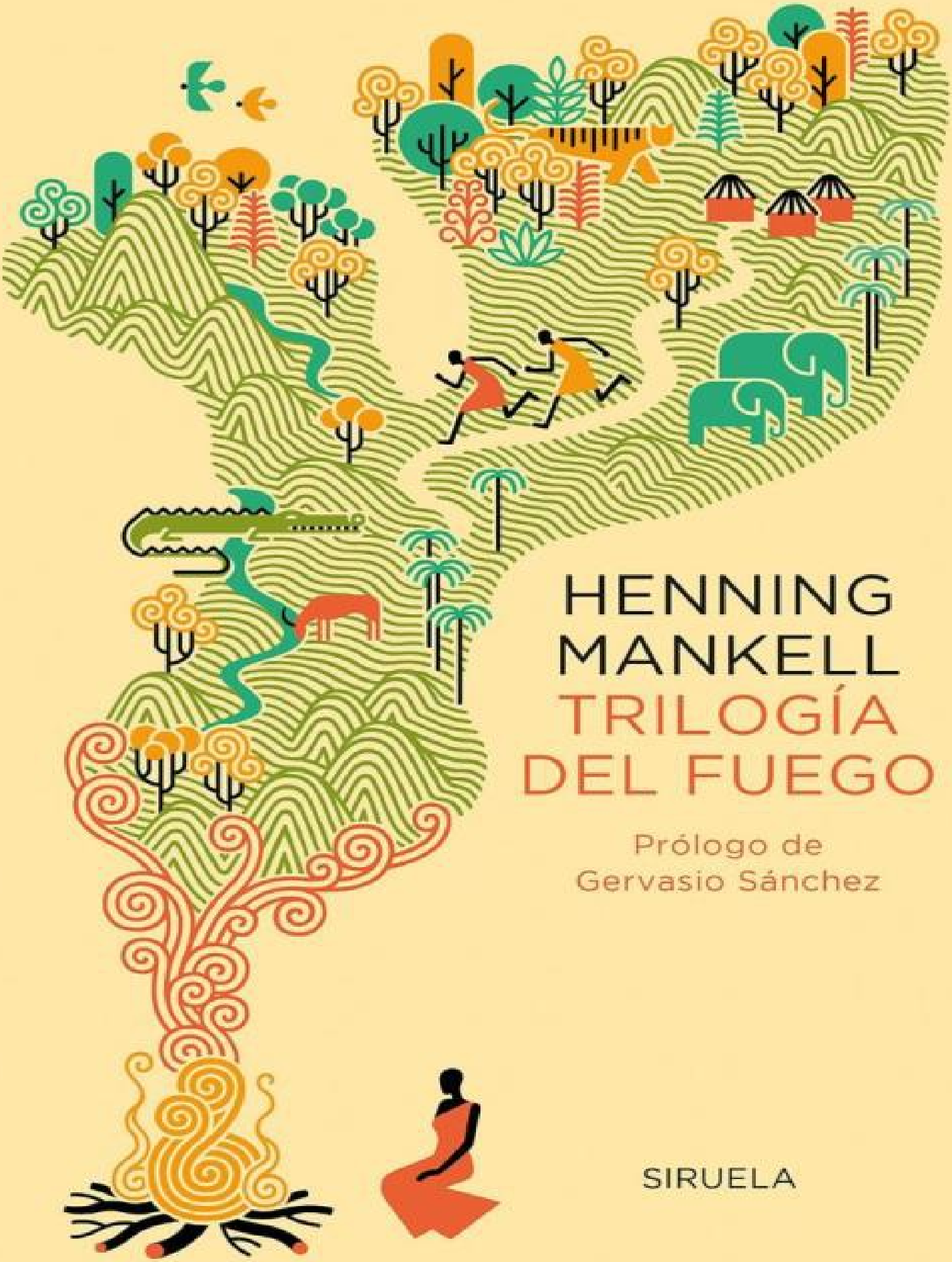


HENNING MANKELL

TRILOGÍA DEL FUEGO

Prólogo de
Gervasio Sánchez

SIRUELA

TRILOGÍA DEL FUEGO

El secreto del fuego
Jugar con fuego
La ira del fuego

HENNING MANKELL

Prólogo de Gervasio Sánchez

Traducción del sueco de
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

Siruela
Las Tres Edades

Índice

Cubierta
Portadilla
Sofia, la mujer invencible
El secreto del fuego
Unas palabras antes de que leas este libro…
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
Jugar con fuego
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
Epílogo
La ira del fuego
Antes de empezar la historia…
1
2

3
4
5
6
7
8
9
10
Epílogo
Notas
Créditos

Sofia, la mujer invencible

En febrero de 1997 coincidí con una niña de trece años que cambiaba por segunda vez de prótesis en el Centro Ortopédico de Maputo, capital de Mozambique, uno de los países más pobres del mundo que intentaba superar un tiempo de guerras, muertes y silencios que había durado décadas.

Llevaba diez días buscando una historia mozambiqueña que añadir a mi proyecto Vidas Minadas, un intento de documentar el drama de los mutilados en los países más minados del mundo, un proyecto que todavía prosigo con la intención de publicar la última fase en diciembre de 2022 cuando se cumplan veinticinco años de la firma del Tratado de Ottawa contra las minas y del Premio Nobel de la Paz a la Campaña Internacional que se organizó en todo el mundo en contra del uso de estas armas mortíferas.

Después de confirmar con los técnicos protésicos que aquella niña había sido herida por la explosión de una mina me senté a su lado y le detallé cuáles eran los objetivos de mi trabajo fotográfico. Le conté que mi intención era crear una especie de armazón gráfico que sirviera para denunciar cómo las minas tenían mayor efectividad al finalizar las guerras, convirtiéndose en pequeños soldados metálicos que vivían agazapados a la espera de sus víctimas durante años y décadas.

Me sorprendió su madurez. «A mí me gustaría participar, pero usted tendría que pedirle permiso a mi mamá», me dijo con una gran sonrisa. Parecía una muñeca articulada acostumbrada a sufrir y sabía que su andar con piernas artificiales solo adquiriría soltura y naturalidad con la continua repetición de los movimientos.

Con el permiso de los responsables del centro la trasladé en mi coche a Massaca, la aldea donde vivía, a 42 kilómetros de la capital. Su madre Lydia y su entonces padrastro Benedicto aceptaron mi propuesta y me permitieron dedicar los siguientes diez días a documentar su vida cotidiana.

Se levantaba temprano, desayunaba y se lavaba, iba a la escuela, regresaba a la hora de comer, dormía la siesta, hacía los deberes y cosía a máquina. Esa era su rutina diaria. Se organizaba según el horario de una campesina africana. De luz a luz, vivía. Entre tinieblas, dormía.

Sofia Elface Fumo tenía once años cuando pisó una mina un sábado de noviembre de 1993 sobre las cinco de la tarde. Sus piernas quedaron cercenadas en el lugar de la explosión. Su hermana Maria, de ocho años, fue alcanzada por varias esquirlas en el estómago y resultó malherida.

Ambas desconocían la existencia de un campo de minas en el lugar donde solían recoger leña. Aunque la guerra civil ya había concluido, el corredor minado se mantenía con la intención de proteger un campamento de ingenieros italianos. Miembros de organizaciones humanitarias habían insistido en la necesidad de desactivarlo.

Lo lógico hubiese sido que Sofia muriese desangrada. Los trabajadores de una ONG, que

casualmente pasaban por allí en una zona donde todavía hoy apenas hay tránsito vehicular, vieron la nube de polvo levantada por la explosión, consiguieron llegar a tiempo de parar las hemorragias de las pequeñas que yacían destrozadas en el suelo y las trasladaron al Hospital Central de Maputo. Un equipo de cirujanos españoles operó a las dos niñas de las graves heridas. Pero la pequeña Maria murió de una infección múltiple un mes y medio después del accidente.

En la primera visita a su casa me sorprendió que Sofia tuviera una máquina de coser nueva con la que se hacía sus bellísimos vestidos y los de sus hermanos en los ratos libres que le quedaban cuando regresaba de la escuela primaria. Me contó que se la había comprado una especie de padrino extranjero, un escritor de origen sueco que la había conocido en el hospital durante su convalecencia y había escrito un libro sobre ella.

Me enseñó la edición en sueco y apunté el nombre, Henning Mankell. En el prólogo el escritor hablaba de «palabras que son expresivas y hermosas» como «invencible» y aseguraba que «el libro trata de una persona invencible llamada Sofia».

En aquel tiempo no sabía quién era Mankell. Luego leí que era un novelista y dramaturgo sueco reconocido internacionalmente por su serie de novelas negras sobre el inspector Kurt Wallander, que estaba casado con Eva Bergman, hija del cineasta Ingmar Bergman, cuya obra al completo conocía desde mis años universitarios, y que pasaba la mitad de su vida en Mozambique al frente de Teatro Nacional Avenida de Maputo.

Me enteré de que era un gran escritor que siempre estuvo pendiente de la pequeña Sofia a la que ayudaba económicamente y ni siquiera se olvidó de ella en el testamento que se conoció cuando en octubre de 2015 murió de cáncer.

La niña invencible, tal como la describió Mankell en *El secreto del fuego*, el primer libro de esta maravillosa trilogía acta para todos los públicos, la adolescente invencible que se enamora o que se desespera con la muerte de su hermana por sida (se llamaba Anita y murió el mismo día que Sofia cumplió los quince años en 1998) en el segundo libro *Jugar con fuego*, la mujer invencible que abandona su hogar y decide irse por su propio camino junto a sus tres hijos en *La ira del fuego*, el tercer relato que el propio autor reconoce que escribió con «una parte de verdad y otra de fantasía» y que le leyó «en voz alta a Sofia al lado del fuego en las cálidas noches africanas», es un hoy la madre coraje de un hijo, Leonaldo, de dieciocho años, y tres hijas, Alia de trece años, Karena de cinco años y Ana Maria de un año, nacidos de tres padres distintos que se han desatendido de sus obligaciones familiares y han forzado a Sofia a multiplicarse como madre, mujer y trabajadora.

Sofia tenía dieciséis años cuando se quedó embarazada de un técnico del centro ortopédico mientras a finales de 1998 se cambiaba de prótesis por tercera vez. La adolescente se hizo cargo de la educación de su hijo, nacido en julio de 1999, sin la ayuda de su pareja, y siguió estudiando en la escuela primaria situada a dos kilómetros de su casa, un recorrido que cada día tardaba una hora en recorrer.

En 2003 empezó la educación secundaria en Boane, la capital del distrito del que dependía su aldea. Era un largo camino de 9,6 kilómetros que hacía dos veces al día en una silla de ruedas con un manillar especial donado por dos organizaciones humanitarias españolas. Sus dos principales deseos eran conseguir un trabajo y estudiar medicina en la universidad mientras sobrevivía en la casa de su madre Lydia de una pequeña parcela agrícola y una ayuda mensual que le enviaba Henning Mankell.

En noviembre de 2004 fue de nuevo madre de una lindísima hija llamada Alia. Vivió un

año con el padre de la recién nacida en la casa de sus suegros. Hasta que en abril de 2006 el muchacho decidió irse a Sudáfrica a trabajar. Nunca recibió ayuda económica ni noticias suyas. Tuvo que regresar a casa de su madre, a una familia reducida a mujeres y niños.

La lógica se había impuesto: mujer mutilada es igual a mujer abandonada en la mayoría de los países afectados. Los hombres se quejan de que «sus mujeres ya no son completas y, por tanto, no sirven», tal como me comentó un trabajador social en Maputo al explicarme por qué las mujeres sufrían un mayor trato discriminatorio cuando se quedaban sin piernas por culpa de las minas.

En mayo de 2005 viajó a Barcelona con Alia, que ya tenía seis meses, para cambiar sus prótesis por quinta vez desde que sufrió el accidente. El Institut Desvern de Protética S. L., un pequeño centro fundado por un grupo de amputados en Sant Just Desvern, se había ofrecido a cambiarle las prótesis de forma gratuita. DKV Seguros, compañía muy implicada en las labores sociales y asistenciales, había financiado los viajes y la estancia de madre e hija en la localidad situada a unos pocos kilómetros de Barcelona.

La joven había resistido dos embarazos y una larga etapa de siete años con el mismo par de prótesis ya destrozadas. Los ortopedistas que le atendieron admiraron su capacidad de resistencia. «Ha tenido que sufrir lo inimaginable», me explicó Gustau Correa, el encargado de realizar las mediciones y los moldes de las nuevas prótesis. Los muñones hinchados y llagados tenían que encajar a la fuerza en unas prótesis hechas para una mujer quince kilos más delgada. La propia Sofia me confesó que el dolor que sentía durante los embarazos era difícil de describir.

Muy contenta con sus nuevas prótesis que le permitían andar sin utilizar los bastones regresó a su país un mes y medio después. Ya había despertado de su sueño imposible de estudiar en la universidad y se enfrentaba a un futuro incierto con muchas dificultades para conseguir un trabajo al vivir a decenas de kilómetros de la capital y muy limitada por su doble amputación. Pero Henning Mankell se mantuvo a su lado y la ayudó económicamente a construirse una sencilla casa al lado del hogar de su madre, a quien Sofia siempre ha cuidado con esmero.

Un dinero sobrante de un proyecto de ayuda a mutilados realizado por las Ong Intermon-Oxfam, Manos Unidas y Médicos sin Fronteras le permitió iniciar un negocio de ultramarinos a partir de febrero de 2012 en la aldea en la que vive desde que era una niña. Invirtió en neveras y congeladores, compró un motor para superar los habituales cortes de luz, se centró en adquirir productos básicos por sacos de cincuenta kilos en la capital y a venderlos al por menor a sus vecinos, aprendió algunas claves de economía básica y doméstica para rentabilizar su negocio y se puso al frente de él con gran disciplina y sin horarios.

Nunca he avisado a Sofia de mis visitas a Mozambique. Sé que la encontraré en el mismo lugar aunque pase años sin verla. Con otros protagonistas de Vidas Minadas mantengo el contacto por Facebook y en los últimos años por WhatsApp. Aunque vivan en lugares lejanos y difíciles de acceder, recibo mensajes con asiduidad. Algunas veces en tiempo real. Pero en la aldea de Sofia sigue habiendo muchas limitaciones telefónicas.

El año pasado elegí una fecha a voleo en el calendario y volé a Maputo el 29 de junio de 2017. Hacía cinco años que no veía a Sofia. Mi sorpresa fue mayúscula cuando la visité el día después de mi aterrizaje. Tenía una tercera hija que había nacido hacía cuatro años y, además, estaba embarazada de nueve meses.

Horas después de mi llegada se puso de parto y tuve que llevarla en mi coche al centro médico más cercano. Allí me aconsejaron que la trasladara al hospital distrital ante la posibilidad de un parto de alto riesgo.

En las últimas semanas había echado de casa al padre de su última hija y del bebé todavía sin sexo que estaba a punto de nacer. «Siempre estaba bebiendo, no aportaba un salario en casa y no quería perder los ahorros de toda mi vida que quiero dedicar a la educación de mis hijos», me había contado Sofia esa misma mañana en su casa.

He visto muchos partos duros en mi vida. En campos de refugiados, a la luz de las velas en ciudades bombardeadas, he visto nacer a niños ya muertos, he estado presente en el nacimiento de mi hijo por cesárea y he mantenido la calma cuando el bisturí rajaba el vientre de mi pareja.

Pero el desenlace del cuarto parto de Sofia fue muy especial. Dilató dando grandes gritos de dolor junto a otra media docena de parturientas, entre ellas una menor de quince años, en una habitación por la que volaban mosquitos Anopheles del género *Plasmodium*, causantes de la malaria humana, y en un ambiente de profunda soledad porque su madre Lydia y su hermana menor Anastasia no pudieron acompañarla. La comadrona y el resto del personal médico no entraron en la habitación hasta que la cabeza del bebé empezó a asomar.

Imagínense un parto de una mujer sin dos piernas, empapado todo su cuerpo desnudo por el sudor vertido en una atmósfera irrespirable. Imagínense sus gritos de dolor y sus llamadas a una madre que estaba a decenas de kilómetros. Imagínense al bebé saltando al mundo y chapoteando en el líquido amniótico hasta que la comadrona consigue recogerlo, cortar el cordón umbilical, verificar su sexo, pesarlo en una báscula y entregárselo a Sofia para que lo envuelva en una bellísima capulana, una tela multicolor que oficia de vestimenta esencial en las mujeres mozambiqueñas y que son utilizadas también para arropar y cargar los bebés a la espalda.

Imagínense a Sofia agotada abrazando a su bebé recién nacido a las once de la noche de aquel 30 de junio de 2017, temblando de frío después de sudar la gota gorda, acompañada en su soledad por un hombre, el fotógrafo que sigue sus pasos desde hace veinte años, que la ve llorar de cansancio y de alegría, pero también de preocupación ante la incertidumbre que provoca tener que velar por otra hermosa niña sin el respaldo de una pareja.

«¿Qué nombre le vas a poner a tu bebé, Sofia?», le pregunté quizá para centrar su atención en algo más concreto que el presente precario. «No lo sé», me dijo con un timbre de voz agónico. «Quizá podrías ponerle el nombre de Maria o de Anita», le insinué poco antes de que una enfermera me dijera que la iba a trasladar a otra sala a la que no podía acceder.

A la mañana siguiente fui a buscar a sus otros hijos y los llevé al hospital para que vieran a su madre y a su nueva hermanita. Me encontré a una Sofia muy recuperada, los surcos de cansancio y dolor que la noche anterior serpenteaban por su rostro habían desaparecido, y su bebé parecía un bombón listo para comérselo.

Se me acercó al oído y me susurró: «Ya he decidido que mi hija se llamará Ana Maria. Gracias por ayudarme a encontrar su nombre». La besé como si fuera una hija y le dije que me parecía un gran homenaje a sus dos hermanas ya desaparecidas, Maria en la explosión de la mina y Anita por culpa del sida.

Aquel día entendí por qué Henning Mankell había definido a Sofia en el prólogo del

primer libro de esta trilogía como «una persona invencible» que «no se deja pisar» y que «nunca se rinde». Entendí por qué el gran escritor sueco necesitó escribir tres grandes relatos aquí reunidos para contar la historia de una niña que tuvo la desgracia de pisar una mina cuando apenas levantaba un metro del suelo.

En los relatos de Henning Mankell está la sal de la vida de Sofia, su capacidad de superación para enfrentarse a las situaciones más difíciles, la dignidad con la que pasea su cuerpo mutilado por culpa de la violencia de la guerra, su valentía y arrojo para mejorar la vida de sus cuatro hijos, su sueño de que alguno de ellos consiga llegar a la universidad y romper el ciclo de pobreza y violencia que sufre su familia desde hace generaciones. En los relatos se condensa la vida de una mujer invencible llamada Sofia, que el autor conoció cuando era una niña y que acompañó hasta su muerte hace dos años y medio. Mankell la quería como una hija y estaba muy orgulloso de ella. Como lo estoy yo.

Gervasio Sánchez, fotoperiodista autor de *Vidas Minadas*,
un proyecto fotográfico empezado en 1995 que tiene a
Sofia Elface Fumo como una de sus protagonistas

EL SECRETO DEL FUEGO

Unas palabras antes de que leas este libro…

Hay muchas palabras en la lengua sueca que son expresivas y hermosas.
Una es la palabra *invencible*.
Cuando te la dices en voz alta puedes oír lo que significa.
Que no te dejas pisar.
Que no te rindes.

Este libro trata de una persona invencible llamada Sofia. Existe en la realidad y tiene doce años. Vive en uno de los países más pobres del mundo, Mozambique, que está situado en la costa este de África.

En realidad es una tierra rica. Pero se ha vuelto pobre debido a una guerra que duró casi veinte años. Hasta 1975 Mozambique había sido colonia portuguesa. Cuando el país obtuvo la independencia y quiso ir por su propio camino hubo muchos que trataron de impedirlo. En particular los portugueses acomodados que veían desaparecer su antiguo poder. Muchos de ellos se mudaron a Sudáfrica. Tampoco los racistas de Sudáfrica veían con buenos ojos lo que ocurría en el país vecino, en Mozambique. Dieron dinero y armas a los mozambiqueños pobres e insatisfechos y les animaron a empezar una guerra civil. Y, como en todas las guerras, la peor parte se la llevó el pueblo. Murieron muchas personas, y otras muchas huyeron. Sofia fue una de ellas. Pero sobrevivió.

Este libro trata de ella y de algo que ocurrió. Algo que cambió toda su vida.

HENNING MANKELL

A la memoria de Maria Alface.

Una chica africana
que murió cuando era muy joven.

El libro trata de su hermana
Sofia.
Que sobrevivió.

Esta es mi historia,
que quiero que permanezca viva
en vuestra memoria.

El corazón africano
es como el sol,
grande, rojo,
una tela de seda de color sangre.

El amanecer africano baila.
Con el sol naciente
se alzan los primeros sonidos,
primero susurrantes, rumorosos,
y luego, al final, más y más fuertes.

Pero todavía es de noche.
Y Sofia sueña…

1

Sofia corre a través de la noche.

Está oscuro y tiene mucho miedo.

No sabe por qué corre, ni por qué tiene miedo, ni adónde se dirige.

Pero hay algo ahí, detrás de ella, algo en lo profundo de la noche que la asusta. Sabe que tiene que ir más deprisa, que tiene que correr más rápido: porque eso que hay ahí detrás, que ella no logra ver, está más y más cerca.

Tiene mucho miedo y está muy sola, y lo único que puede hacer es correr.

Corre siguiendo un camino que serpentea entre arbustos y zarzales. No ve el camino pero se lo sabe de memoria, sus pies saben dónde tuerce y dónde sigue recto. Es el camino por el que pasa cada mañana con su hermana Maria hasta llegar al pequeño campo en el que cultivan maíz, lechuga y cebolla. Cada mañana al amanecer va allí, y cada tarde, poco antes de que se ponga el sol, vuelven ella y Maria, acompañadas entonces también por su madre Lydia, a la pequeña choza en la que viven.

Pero ¿por qué corre ahora por ahí, cuando es de noche y está oscuro? ¿Qué es lo que la persigue en la oscuridad? ¿Un monstruo sin ojos? Puede sentir su respiración en la nuca, así que intenta ir más deprisa todavía. Pero no tiene fuerzas. Piensa que tiene que esconderse, salirse del camino y acurrucarse, hacerse pequeña entre la maleza. Da un salto como ha visto hacer a los antílopes y se separa del suelo.

Y entonces se da cuenta.

Eso era precisamente lo que el monstruo de la oscuridad quería que hiciera.

Dejar el camino. Lo más peligroso de todo.

Cada mañana su madre Lydia decía:

—No te apartes nunca del camino. Ni tan siquiera un metro. Nunca cojas atajos.

Prométemelo.

Sabe que hay algo peligroso en la tierra. Soldados armados que nadie puede ver. Enterrados, invisibles. Que esperan y esperan a que un pie los pise. Intenta desesperadamente mantenerse en el aire. Sabe que no puede poner los pies sobre el suelo. Pero no logra sostenerse en el aire, no tiene alas como los pájaros, así que cae hacia el suelo, las plantas de los pies ya acarician la tierra seca.

Entonces se despierta.

Está empapada en sudor, el corazón le late con fuerza en el pecho y al principio no sabe dónde está. Pero luego oye la respiración de sus hermanos dormidos y de su madre. Están

pegados unos a otros en el suelo de la pequeña choza. Con cuidado alarga su mano y la pasa por encima de la espalda de su madre. Se mueve pero sin despertarse.

Sofia está tumbada con los ojos abiertos en el silencio de la noche.

La respiración de su madre Lydia es suave e irregular, como si ya estuviera despierta y preparando la papilla que comerían por la mañana. A su izquierda están Alfredo y Faustino, que es tan pequeño que aún no ha aprendido a andar.

Sofia piensa que pronto habrá uno más durmiendo sobre el suelo de la choza. Su madre Lydia parirá dentro de poco tiempo. Sofia la ha visto gorda varias veces antes. Sabe que no pueden faltar muchos días.

Piensa en el sueño. Ahora que se ha despertado se siente relajada y contenta, pero también triste.

Piensa sobre el asunto del sueño. Sobre lo que ocurrió aquella mañana de hacía un año.

Piensa en Maria, cuya respiración ya no puede oír más en la oscuridad.

En Maria, que ya no está.

Se queda tumbada en el suelo en medio de la oscuridad durante un rato. Un búho ulula en algún lugar ahí fuera, se oye una rata que rasca con cuidado la cara exterior de la pared de paja de la choza.

Piensa en lo que ocurrió aquella mañana, cuando todo era como de costumbre, y ella y Maria se fueron a ayudar a Lydia a limpiar de malas hierbas el campo, que está donde el poblado acaba.

Y piensa en todo lo que ocurrió antes.

2

Fue la vieja Muazena quien les habló del secreto del fuego.

Cada llama guarda un secreto. Si te sientas a la distancia oportuna de las llamas puedes ver en lo profundo de su danza lo que ocurrirá en la vida, en el futuro, en todos los días que reposan como en una línea y por estrenar delante de una persona. Muazena señalaba con el dedo de su mano arrugada y temblorosa hacia un campo donde había diferentes plantas en fila.

—Así es la vida —dijo Muazena—. Cada día es una planta. Que debéis cuidar y regar, limpiar de malas hierbas y cosechar alguna vez. Cada planta es un día de vuestra vida que aún no habéis vivido.

En el fuego están incluso todos los recuerdos.

También de eso les había hablado Muazena a Sofia y Maria cuando todavía eran muy pequeñas. Mirando el fuego atentamente uno puede recuperar recuerdos que quizá un día creerá haber olvidado para siempre.

Sofia pensaba a menudo en Muazena. Pero Muazena ya no estaba. Igual que Maria. Cuando Sofia recordaba a Muazena pensaba en aquel tiempo en que todavía no se habían visto obligados a huir. Eso era antes del largo viaje, antes de haberse asentado aquí junto al río. Eran los buenos tiempos, cuando apenas sabía lo que era el dolor. O la tristeza. O el hambre. O lo peor de todo: la soledad.

Por aquel entonces vivían donde siempre lo habían hecho. Lo que Sofia recordaba mejor era el poblado con sus chozas, todas redondas y con los techos de hoja de palmera trenzada con maestría. Allí fue donde ella nació, igual que Maria y Alfredo. Su padre, Hapakatanda, la había levantado hacia el cielo para dejar que saludara al sol. Había estado atada a la espalda de su madre Lydia, que por entonces era la mujer más bella y más fuerte de todo el poblado. Sofia había estado sentada en su espalda mientras ella picaba en la tierra seca inclinada hacia delante. Siempre oía música en su interior cuando pensaba en esos tiempos. Los tambores y la monótona melodía de un *timbila*[*]. Sofia guardaba en su cuerpo el eco del vaivén de su madre cuando bailaba con las demás mujeres. No recordaba haber pasado nunca hambre en aquellos días. Ni haber tenido miedo. Habían sido los tiempos felices.

También eso lo había explicado Muazena.

Había hablado del paraíso. Y había dicho que *la felicidad solo está allí donde sabemos que hemos estado, una vez la hemos perdido*.

Luego ocurrió aquello que más tarde trataría siempre de olvidar. Pero el recuerdo era como

una cicatriz en la piel que nunca se iba.

Era de noche.

Sin luna, sin estrellas.

De repente toda su vida explotó. Una luz blanca y acerada iluminó la choza, seguida de una serie de ruidos muy fuertes. En su recuerdo, que era lo que más deseaba olvidar de toda su vida, veía caras de persona desencajadas en el resplandor del fuego. Eran personas pero parecían monstruos, y enseguida comprendió que estaban allí para matarla a ella y a todos los del poblado.

Eran los bandidos.

Se habían acercado con sigilo hasta el poblado, protegidos por la oscuridad de la noche, y habían quemado las chozas y matado a las personas. En algún momento de ese horrible caos de fuego y muerte, de cuerpos ensangrentados, de gritos y llantos, su padre Hapakatanda había intentado esconderla junto con Maria.

Luego hubo un gran silencio. Entonces pudo comprender lo que se quería decir con el Silencio de la Muerte. Aunque su padre había logrado, a cambio de su vida, lo que se había propuesto: protegerlas a ella y a Maria de los cuchillos, las hachas y los rifles.

Por la mañana, cuando el sol hubo vuelto, se atrevieron a salir del escondite. Su padre estaba muerto y habían llorado mucho. Muazena también estaba muerta, estaba boca abajo sobre el fuego apagado. Pero Lydia no estaba allí, y tampoco Alfredo. Sofia y Maria no se atrevían a gritar y lloraban en silencio mientras salían a gatas de la choza. Vagaron por el poblado, por todas partes había personas muertas, todas a las que conocían y de las que eran parientes, personas con las que habían jugado, trabajado, reído. Los monstruos que habían aparecido por la noche se habían traído consigo el Silencio de la Muerte, habían transformado el poblado en un cementerio. Por todas partes había personas muertas que se habían quedado en posturas retorcidas; incluso habían matado a los perros. Varios tenían las piernas y los brazos amputados, alguno incluso la cabeza. Caminaron por el poblado muerto a través del Silencio de la Muerte hasta que llegaron a la última choza quemada. Sofia había pensado que Lydia tenía que estar en alguna parte, igual que Alfredo. No podían estar todos muertos. No podía ser que solo quedaran ella y Maria. Era lo que había contado Muazena, que lo primero que podía atemorizar a una persona era ser la última sobre la Tierra.

«No quiero ser la última persona», había pensado tras su silencioso llanto. «Si le pasa algo a Maria me quedo sola».

Lydia estaba allí. Los habían encontrado en las afueras del poblado, escondidos entre la maleza. Alfredo también estaba vivo. Eran Lydia, Alfredo y dos mujeres y tres niños. Sofia y Maria no podían gritar de alegría, los bandidos podían estar cerca y oírlas. Solo se agarraron entre sí y siguieron escondidos todo el día entre la maleza, sin agua, sin comida, esperando a que volviese a oscurecer.

Luego huyeron. La primera noche caminaron por la rasgadora maleza todo lo que pudieron

aguantar. Después de eso se atrevieron también a caminar durante el día. Como no sabían adónde dirigirse simplemente caminaron en línea recta por el paisaje tórrido, hacia las lejanas montañas que se asomaban en el horizonte. Sofia podía recordar el hambre que sentía. Pero la sed la había afectado mucho más.

El tercer día Lydia discutió con las otras mujeres sobre la dirección que debían tomar. Se separaron y Lydia, Sofia, Maria y Alfredo siguieron hacia las montañas, mientras las otras mujeres torcieron en otra dirección.

Siguieron caminando y nunca se dieron la vuelta.

En algún lugar del camino hacia lo desconocido se encontraron con una mujer mayor. Era muy pobre, su ropa colgaba hecha trizas y tenía las piernas hinchadas y con heridas. Sofia pensaba que era igual de mayor que Muazena. De repente estaba delante de ellos y cuando su madre Lydia habló con ella se pudieron entender, ya que sus lenguas eran muy parecidas. Lydia explicó lo que había ocurrido.

—Fueron los bandidos —dijo—. Llegaron de noche y mataron a mi marido.

—¿A quién más? —preguntó la anciana—. Los bandidos son bestias y nunca matan a una sola persona. Matan a cuantas pueden.

—Mataron a todos los del poblado —contestó Lydia.

—Y a los perros —dijo Sofia—. También mataron a todos los perros.

La mujer comenzó a mecerse, a sacudir la cabeza y a soltar lamentos. Lydia hizo lo mismo, y también Sofia, Maria y Alfredo. Mecían sus cuerpos y se atrevían a llorar y a gritar por la tristeza y el dolor sin miedo ya a ser descubiertos.

Luego siguieron caminando hacia las montañas. La anciana los acompañó y compartió con ellos la carne de un pájaro muerto. En un cauce de agua casi seco encontraron algo de beber.

Por las noches dormían junto al fuego bajo los baobab. Y fue entonces cuando Sofia despertó a Maria al oír el rugido del león en la oscuridad.

La anciana no había dicho su nombre. Pero tenía una sonrisa amable a pesar de que le faltaban dientes.

En los sueños de Sofia los monstruos habían vuelto. Cuando una de las bestias volvía a alzar un hacha sobre su padre, se despertó. Lydia dormía acurrucada, con Alfredo junto a su cuerpo. La mujer mayor dormía junto al fuego, que ahora no eran más que tenues brasas; Maria estaba a su lado. Sofia pensaba que quizá el alma de Muazena se había posado en la anciana que nunca dijo su nombre.

Temprano al amanecer continuaron su caminata hacia las montañas que todavía parecían seguir igual de lejos. De pronto a Sofia le pareció oír que su madre Lydia le preguntaba a la anciana acerca de la ciudad.

—Nunca he estado allí —contestó la mujer.

—¿Queda lejos? —preguntó Lydia.

—La ciudad está lejos para que gente como tú y yo y tus hijos puedan llegar. Mis piernas son viejas y están heridas, las de tus hijos son demasiado cortas y jóvenes. Ninguno de nosotros tiene las piernas hechas para ir hasta la ciudad.

Lydia no preguntó nada más. Siguieron en silencio. El calor era muy intenso. Intentaron protegerse del sol enrollando partes de sus *capulanas*[*] alrededor de la cabeza. La anciana aún tenía un poco de agua en un sucio recipiente de plástico. Pero bien entrada la madrugada todavía no habían visto ni rastro de árboles ni bosquecillos, ni indicio de agua cercana.

En el crepúsculo de la tarde la anciana se detuvo de repente y se sentó fatigada en la tierra seca.

—Hasta aquí he llegado —dijo después de un momento de silencio—. Ya he caminado bastante.

Lydia les dijo a Sofia y a Maria que recogieran leña para hacer fuego.

—Pero aquí no hay ningún árbol —dijo Sofia—. ¿Dónde vamos a dormir?

—Haced lo que os digo —contestó Lidia, y su voz sonó cansada—. Nos quedamos aquí esta noche.

Sofia quería preguntar más cosas. ¿Quién les protegería de los depredadores? ¿Qué pasaría si se apagaba el fuego y no había el espíritu de ningún árbol para velar por ellos? Pero no se atrevía a preguntar nada más. Había oído en la voz de su madre Lydia que por ahora no tenía más respuestas. Junto con Maria y Alfredo recogió hierba seca y palitos de madera. Sofia se mantenía todo el rato cerca de Alfredo. Podía haber serpientes y él era tan pequeño que todavía no sentía miedo cuando debía hacerlo.

Encendieron el fuego y Sofia vio que la anciana permanecía sentada sin moverse, con los ojos abiertos.

—¿No va a comer nada? —preguntó Sofia cuando comieron el último trozo de carne seca.

—No tiene hambre —contestó Lydia.

—¿No va a dormir? —preguntó Sofia en voz baja cuando se hubieron acurrucado junto al fuego.

—Ya está durmiendo —respondió Lydia—. No preguntes más. Duerme.

Al día siguiente, al amanecer, cuando Sofia se despertó, la mujer seguía sentada en la misma posición.

Su cuerpo estaba totalmente rígido. Sofia comprendió que ahora también ella estaba muerta.

Tocó a Lydia, quien se despertó al instante.

—Está muerta —dijo Sofia.

Lydia se incorporó y se acercó a la anciana. La miró sin decir nada. Luego despertó a Maria y a Alfredo y le dijo a Sofia que cogiera el recipiente de plástico de la mujer.

Cuando ya habían caminado un buen rato Sofia se giró. Como si fuera una sombra lejana vislumbró a la anciana. Quizá se hubiera transformado ya en una de las raíces muertas y retorcidas que se extendían sobre la tierra roja y seca.

Sofia tenía muchas preguntas. Se preguntaba por qué la habían obligado a pertenecer a este mundo compuesto solo de muertos.

«Mientras logre llegar a las montañas altas…», pensó. «Allí deben de estar las personas vivas».

Caminaron mucho tiempo, muchos días. Más tarde Sofia pensaría que había sido como un

sueño. A lo mejor uno podía viajar en sueños. A lo mejor se podían escalar montañas y vadear cauces de agua medio secos sin despertarse.

Pero por las noches las caras desencajadas reaparecían. Los monstruos se inclinaban sobre ella, que se despertaba con un sobresalto. Entonces los monstruos desaparecían. Pero estaban todo el tiempo cerca de ella, lo sabía. La veían sin que ella los viera a ellos.

Caminaron mucho tiempo, muchos días.

Sofia le preguntó a Lydia adónde iban.

—Lejos —contestó Lydia—. Lejos de los que mataron a Hapakatanda y a tu familia.

Sofia trató de imaginar que aquello que Lydia llamaba Lejos era un lugar, quizá un pueblo, que ya existía en alguna parte y que les estaba esperando. Pero también podía pensar que al no ir colgada ya de la espalda de su madre no tenía derecho a ser infantil. Lejos era lejos, no un lugar.

Un día Sofia vio el mar por primera vez.

Habían subido a un monte, era bien entrada la tarde y los pies de Sofia estaban hinchados y tenían heridas.

Entonces vio el mar por primera vez. Un río sin playa al otro lado. Un agua brillante de color turquesa que ningún puente podía cruzar.

Aun sin haber visto nunca antes el mar, Sofia tuvo enseguida la sensación de haber llegado a casa. Era como si, a pesar de todo, hubiese algo familiar incluso en lo desconocido. Quizá era que acababa de descubrir uno de los secretos de los que le hablara Muazena, uno de los secretos del fuego. Quizá era que todas las personas que tenían que huir de sus hogares por culpa de bandidos o de monstruos tienen otra tierra esperándolas. Solo se trataba de no sentarse como había hecho la anciana. Justo antes de que las últimas fuerzas dejaran a una persona, esta llegaba al hogar que no sabía que tenía.

Continuaron hasta que llegaron al mar. La arena era diferente, más blanda bajo los pies. Lydia se hundió en la sombra de un árbol que había en la orilla. Sofia y Maria corrieron juntas hasta el agua. Cuando la probaron estaba salada. Caminaron mar adentro hasta que oyeron a Lydia gritarles que fueran con cuidado.

Luego Sofia preguntó si habían llegado a donde se dirigían.

Lydia sacudió la cabeza.

—¿Cómo íbamos a poder vivir aquí? —preguntó—. ¿Cómo íbamos a hacer crecer algo en la arena? ¿Cómo íbamos a plantar nada en el agua? Tenemos que seguir.

Sofia no se olvidó nunca del mar. Cuando al día siguiente reanudaron su camino y volvieron a adentrarse en tierra firme a menudo se giraba para ver aquel agua destellante que no parecía tener fin.

Después de mucho tiempo llegaron a un poblado en el que vivían unos parientes lejanos de Hapakatanda, el marido de Lydia. El jefe del poblado, un hombre viejo que estaba casi ciego, les dio permiso para quedarse. Con paja y barro construyeron una pequeña choza en las afueras del poblado y por las mañanas Lydia, Sofia y Maria iban con las demás mujeres a trabajar en los campos. Pero un día llegó un hombre corriendo y contó que un poblado

vecino había sido arrasado la noche anterior por los bandidos. Esa misma tarde huyeron todos del poblado llevándose solo sus cabras. Durante más de un mes estuvieron escondidos temiendo constantemente que los bandidos los encontraran. Apenas tenían con qué alimentarse y sobrevivían a base de raíces, lagartos y ratas que lograban cazar.

Mientras tanto Alfredo se puso muy enfermo. Sofia creía que también él iba a morir. Cuando un niño empezaba a temblar de frío a pesar de que el sol luciera con fuerza, ella sabía que la muerte le había echado su peligroso aliento a través de sus fosas nasales. Pero Alfredo sanó. Cuando los aldeanos decidieron volver al viejo poblado Lydia dijo que no se iban con ellos, que iban a continuar su viaje.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sofia.

—Allí donde los bandidos no están.

—¿Dónde está eso?

—No lo sé. No preguntes tanto.

Durante todo ese tiempo a Sofía le dio miedo que su madre hiciera lo mismo que había hecho la anciana: sentarse en el suelo y endurecer como la raíz de un árbol. Entonces Sofia se quedaría sola con Maria y Alfredo y no sabría dónde encontrar un hogar. Cada noche, cuando acampaban, Sofia miraba a hurtadillas a su madre. ¿Se sentaría y se quedaría dura?

Sofia pensaba que estaba rodeada de miedo. Los bandidos estaban lo mismo detrás que delante de ella. Para Sofia, que Lydia no se hubiese sentado y quedado dura como una roca esa tarde solo suponía temer que fuera a pasar al día siguiente.

Pero nunca ocurrió.

Un día la larga caminata también finalizó.

Llegaron a un poblado en el que solo había personas que habían huido de los bandidos. Hablaban diferentes lenguas. Un hombre blanco que era sacerdote las miró con cara de tristeza. Con ayuda de un hombre del poblado que hablaba su lengua, Lydia pudo explicar de dónde habían huido. Les contó la noche en que los bandidos habían aparecido para saquear, quemar y matar.

—También a los perros —dijo Sofia—. También mataron a nuestros perros.

Construyeron por segunda vez una choza de paja y barro en una pequeña cuesta. Por abajo corría un río. La primera noche que pudieron dormir de nuevo bajo techo, Sofia se quedó tumbada contemplando la oscuridad exterior. Se dio cuenta de que Maria, que estaba a su lado, tampoco se había dormido.

—Aquí vamos a vivir —susurró Sofia.

—¿Por qué no vienen los bandidos aquí? —preguntó Maria.

—A lo mejor no encuentran este sitio —contestó Sofia—. Piensa en todos los días que hemos caminado. Nuestros pies están hinchados y llenos de heridas.

—Puede que los bandidos tengan zapatos —dijo Maria, y Sofia pudo notar que tenía miedo.

—No creo que los monstruos lleven zapatos —dijo Sofia—. Vamos a vivir aquí. No va a pasar nada.

Maria se acurrucó más cerca de Sofia, que notaba el calor del cuerpo de Maria, cómo la iba llenando.

«Aquí viviremos», pensó. «Pero a mi padre Hapakatanda no lo volveré a ver nunca más. Ni a todos los demás que eran amigos míos, mi familia. Tampoco volveré a ver a los perros».

De pronto se dio cuenta de que estaba llorando. Era como si ahora se atreviera por primera vez a sentir toda la tristeza que llevaba dentro. Si toda la pena que sentía se pusiera en una cesta colocada en la cabeza, se derrumbaría sin remedio. Era demasiado pequeña para llevar una cesta tan pesada.

Aun así sabía que estaba obligada a llevarla. Siempre estaría ahí, la cesta de la tristeza. Toda su vida.

Al final se durmió y soñó con Muazena y con los secretos del fuego.

—Hemos llegado —le susurró a Muazena en el sueño—. Hemos llegado y seguimos vivos. Y he visto el mar.

Al día siguiente Sofia se despertó muy temprano. Pero Lydia ya se había levantado, por supuesto. Cuando Sofia salió de la choza y se frotó el sueño de los ojos, Lydia estaba sentada en cuclillas haciendo fuego. Miró a Sofia y sonrió. Sofia pensó que hacía mucho tiempo que no veía sonreír a Lydia. Aquello la llenó de una gran alegría. Ahora sabía que la gran caminata había terminado.

Por fin habían llegado.

Aquí empezarían a vivir otra vez.

3

Un día en que Sofia estaba barriendo alrededor de la choza y Maria había ido a buscar agua al río, Lydia la llamó. Estaba machacando maíz con un tronco grueso y necesitaba estirar la espalda.

—Tú y Maria os parecéis tanto… —dijo, y rio—. Ni siquiera yo que soy vuestra madre os puedo distinguir siempre. Pero tampoco sois gemelas.

—¿Quién está barriendo? —preguntó Sofia.

—Ahora veo que tú eres Sofia —dijo Lydia—. Pero a veces no estoy segura de quién es quién. Aun así os lleváis un año de diferencia. Maria siempre será un año mayor que tú.

Luego siguió machacando el maíz con el tronco grueso y pesado.

Sofia continuó barriendo y pensó en lo que Lydia había dicho. Pensó que era curioso que nadie pudiera sobrepasar a otro en edad. Todo lo demás que conocía en el mundo lo hacía. Las plantas de maíz se hacían igual de altas tarde o temprano, los tomates igual de rojos, los pollos igual de grandes. Pero las personas no. Ella y Maria, no.

Al mismo tiempo vio a Maria acercarse por el caminito que llevaba al río con el pesado barreño metálico lleno de agua sobre la cabeza. Dejó la escoba a un lado con la esperanza de que Lydia no viese que dejaba la tarea a medias. A Lydia no le gustaba que se interrumpiera una labor sin haberla acabado. «Maria no lo habría hecho nunca», pensó. «Habría acabado de barrer. Esa es al menos una diferencia entre ella y yo».

Maria hacía muecas por culpa del pesado barreño que llevaba sobre la cabeza. Sofia la ayudó a bajarlo. Luego, entre las dos llevaron el barreño hacia la choza. Por el camino, Sofia le contaba a Maria lo que Lydia le había dicho.

—Cuando tengamos hijos quizá ellos también se parezcan —dijo Maria.

—Eso dependerá de quién sea su padre —contestó Sofia—. Que nosotras nos parezcamos es porque las dos nos parecemos a Hapakatanda.

Enseguida se mordió la lengua. Espantada pensó que acababa de hacer algo que no se debía hacer. Había nombrado a su padre fallecido.

Maria indicó con un gesto que quería dejar el barreño en el suelo. Se sentó en el suelo y Sofia hizo lo mismo.

—Sueño con papá cada noche —dijo Maria—. Sueño que es por la mañana y que él está sentado delante de la choza.

—Sabes que está muerto —respondió Sofia—. Los bandidos lo mataron de un hachazo.

—Entonces, ¿por qué sueño que está vivo?

Sofia no tenía respuesta para eso. Lo habitual era que Maria preguntara y Sofia contestara. En realidad tendría que haber sido al revés, puesto que Maria era la mayor y debería saber más que Sofia.

Pero ahora no tenía ninguna respuesta.

—¿Vamos a vivir siempre aquí? —preguntó Maria, y Sofia notó que de repente se había puesto triste. Se encogió como si sintiera un dolor en alguna parte del cuerpo.

—No lo sé —dijo Sofia—. Pero un día, cuando seamos mayores, quizá podamos volver a casa. Aunque Lydia se quede aquí.

—¿Cómo encontraríamos el camino hasta allí?

—Seguro que podemos. Con que lo deseemos con la fuerza suficiente seguro que encontramos la manera de volver.

Se quedaron sentadas durante un rato junto al barreño, hablando. Se prometieron que, pasara lo que pasase, un día volverían a casa, al poblado que los bandidos habían quemado.

Cuando llegaron cargando con el barreño Lydia estaba enfadada. Hablaba rápido y alto y señalaba la escoba y le decía a Sofia que las mujeres de verdad acababan de barrer antes de dejar la escoba a un lado. Sofia no dijo nada. Sabía que Lydia no solía estar mucho rato enfadada.

Pero ni Sofia ni Maria olvidaron lo que habían hablado junto al barreño.

Un día volverían a casa. Ninguna de las dos tenía permiso para romper esa promesa.

Habían construido su choza y habían formado un nuevo hogar. Pero durante mucho tiempo todo les resultó ajeno y desconocido. Sofia pensaba que era difícil vivir en un poblado en el que no todo el mundo se conocía desde siempre. Ni hablaba la misma lengua. Al principio tanto ella como Maria se mostraban tímidas con los demás niños. Pero tuvieron suerte, porque enseguida hicieron un amigo, un chico que se llamaba Lino y que era unos años mayor. Vivía en una choza que estaba cerca de la suya, junto al camino polvoriento que llevaba a la casa en la que vivían el sacerdote blanco y las dos monjas. Lino hablaba la misma lengua que Maria y Sofia. Era alto y delgado. Pero lo que le hacía peculiar era que se le cruzaban los ojos. Podía mirar a Maria y a Sofia al mismo tiempo.

Le habían visto una vez delante de su choza, un domingo, el día en que no iban a trabajar al gran campo donde cultivaban maíz y verduras. Tenía la ropa igual de rota que todos los demás. En un pie llevaba un zapato. Como solo tenía un zapato se había dibujado uno en el otro pie. Lydia había ido a ver si podía cambiar un cesto que había trenzado por las noches por un trozo de jabón. Maria y Sofia estaban solas en casa cuidando de Alfredo.

—¿Cómo os podéis parecer tanto? —preguntó Lino—. Os podéis usar de espejo la una a la otra.

Sofia pensó que debía responder algo. Pero no sabía qué decir.

—¿Cómo se puede mirar en dos direcciones a la vez? —dijo al final.

—Es mi secreto —contestó Lino.

Luego les contó que había llegado al poblado junto con una tía y un tío maternos. Sus padres habían sido secuestrados por los bandidos durante un ataque de hacía mucho, mucho tiempo. Ni siquiera sabía si seguían vivos. Maria le contó lo que había pasado en su poblado.

—Vimos el mar —dijo Sofia—. ¿Tú has visto el mar?

Lino negó con la cabeza.

—Un día viajaré por todo el mundo —dijo—. Y veré el doble que todos los demás.

Luego les habló de la escuela. El sacerdote blanco y las dos monjas daban clase a los niños

del poblado. Querían que todos los niños fueran cada día para aprender a leer, a escribir y a contar.

—No tenemos dinero —dijo Sofia, quien de verdad quería ir a la escuela.

—Tenemos que trabajar con nuestra madre —dijo Maria.

—No cuesta dinero —dijo Lino—. ¿Creéis que yo lo tengo? ¿Por qué iba a ir con un zapato si tuviese dinero?

—De todas formas no podemos —dijo Maria—. Tenemos que trabajar. Si no, ¿cómo íbamos a comer?

—La escuela es solo por las tardes —dijo Lino—. Tres horas cada día. Yo ya casi puedo leer.

Después, cuando Lino se hubo marchado, se sentaron detrás de la casa donde había sombra.

—Creo que no ha dicho la verdad —dijo Maria—. Una escuela no puede ser gratis. Además, solo tenemos ropa rasgada. Creo que no puedes ir a la escuela si no tienes ropa entera.

—Lo más importante será que no vayas sucia —dijo Sofia—. Yo no creo que haya mentido. ¿Por qué iba a hacerlo?

—De todos modos no puede ser —dijo Maria—. Tenemos que ayudar a Lydia. ¿Quién se ocupará de Alfredo si nosotras estamos en la escuela? No podemos ir allí con él.

—Quizá podamos ir un día sí y uno no —dijo Sofia dubitativa.

—Y aprendernos una letra sí, otra no —dijo Maria—. ¿Lo mismo con los números?

Siguieron discutiendo largo rato. Se olvidaron completamente de Alfredo. Ninguna de las dos podría haber soñado jamás con ir a la escuela. En el poblado en el que habían vivido antes, con Hapakatanda y Muazena y todos sus familiares y amigos, no había escuela alguna. Solo el secretario del poblado, que había ido a una escuela de misioneros, sabía leer y escribir. Era él quien escribía todas las cartas que la gente del poblado necesitaba escribir, era él quien leía los diferentes comunicados del gobernador o de otra persona importante.

¿De verdad era posible que pudieran ir a la escuela? En tal caso, pensaba Sofia, el haber tenido que huir no implicaba solo cosas malas. Había algo que era bueno.

Había visto el mar.

A lo mejor podía empezar a ir a una escuela.

No podía compensar que Hapakatanda y Muazena y sus familiares estuvieran muertos. Ni siquiera podía compensar que los bandidos hubieran matado a sus perros.

Pero, aun así, era algo.

—Alfredo —dijo Maria de repente, poniéndose de pie de un brinco. Lydia tenía miedo de que se ahogara en el río o de que lo engullera un cocodrilo. También tenía miedo de que le picase una serpiente. Se precipitaron hacia el exterior de la casa. Enseguida pudieron respirar tranquilas. Alfredo se había dormido junto a la pared. El viento le soplaba polvo del suelo a la cara. Dormido espantaba una mosca que se le intentaba colar por la nariz.

Aquella noche hablaron con Lydia acerca de lo que Lino les había dicho. Llegó a casa muy tarde y con un trozo de jabón en una mano. Primero bajaron al río a lavarse. Mientras dos de ellas vigilaban que no se acercara ningún cocodrilo, la tercera se bañaba. Así se iban

turnando. Lydia estaba de buen humor, estaba medio desnuda en el agua y cantaba mientras se lavaba.

—Hablaremos con ella esta noche —dijo Maria—. Cuando canta está de buen humor. Pero le preguntas tú.

—¿Yo? —dijo Sofia horrorizada—. Tú eres la mayor.

—Tú hablas mejor —dijo Maria—. Ya que soy la mayor, mando yo. Te toca preguntárselo a mamá.

Al anochecer estaban sentadas alrededor de los cazos con gachas de maíz y hojas de lechuga; cogían pequeñas porciones con los dedos y comían en silencio. Maria miraba a Sofia y arrugaba la frente. Eso quería decir que debía hablar de una vez. Mamá Lydia nunca estaba ociosa. Después de la cena enseguida se pondría a preparar las cosas para dormir, a estirar las finas mantas sobre las que dormían y a estirar las *capulanas* con las que se tapaban.

—Aquí hay una escuela —dijo Sofia—. Es gratis. Enseñan a leer, a escribir y a contar. Es solo por las tardes.

Lydia la miró sorprendida.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó.

Sofia cerró los ojos y tomó carrerilla.

Preguntar algo difícil era como intentar dar un gran salto.

—A Maria y a mí nos gustaría mucho empezar en la escuela —dijo.

Lydia acabó de masticar lo que tenía en la boca y se limpió los dedos antes de contestar.

—No tenéis por qué molestaros en ir a la escuela —dijo—. Ya trabajáis mucho en los campos de maíz. No quiero obligaros a hacer algo que no necesitáis.

—Pero somos nosotras las que queremos.

Lydia la miró sorprendida y luego miró igual de sorprendida a Maria antes de contestar.

—No hace falta saber leer y escribir para arrancar malas hierbas —dijo—. No hace falta saber contar para cavar y sembrar la tierra.

De repente Sofia no sabía qué decir. ¿Cómo iba a hacer ver a su madre que era otra cosa lo que querían? Poder leer lo que estaba escrito en un cartel, poder escribir su propio nombre.

—El sacerdote blanco quiere que todos los niños vayan a la escuela —dijo al final—. Quizá debamos hacerle caso.

Sofia sabía que Lydia tenía mucho respeto por las personas blancas. De hecho, se lo tenían todos los que vivían en su antiguo poblado. Cuando un hombre blanco o una mujer blanca decían algo siempre había que escuchar con atención. Por qué era así era algo que Sofia desconocía. Una vez, los blancos habían mandado en su tierra. Pero ahora ya no era así. La única persona que conocía que no le había hecho caso a los blancos era Muazena. Cuando los blancos visitaban su poblado ella prefería encerrarse en su choza y no salir hasta que se hubiesen marchado.

—Si es así, por supuesto que iréis a la escuela —dijo Lydia—. Pero entonces tenemos que arreglar vuestra ropa. No quiero que mis hijas lleven la ropa más rota que la de los demás.

Maria y Sofia se inclinaron hacia delante y rozaron con sus manos los fuertes brazos de Lydia. Era un gesto de que sentían una gran alegría. No fue hasta más tarde, cuando Lydia

hubo entrado para preparar lo de la noche, que corrieron detrás de la choza, se cogieron de las manos y empezaron a bailar al ritmo de un tambor que llegaba de algún lugar distante.

Ya se había hecho de noche, por lo que apenas podían verse.

Pero la alegría era algo que no hacía falta ver para comprenderla o compartirla con alguien.

Igual que la tristeza y el dolor.

Eso lo habían aprendido bien. No había nada que les gustara tanto como bailar. Y el mejor baile de todos era el de la alegría. Nadie les había enseñado nunca a bailar, era algo que siempre habían sabido. Sofia pensaba que había empezado cuando era tan pequeña que ni siquiera podía caminar e iba sujeta a la espalda de su madre Lydia. Cada vez que Lydia había bailado con las demás mujeres, el ritmo y el movimiento se habían colado en su cuerpo. Y desde entonces habían permanecido allí. A Maria le pasaba lo mismo.

Bailaron hasta que Lydia salió de la choza y las llamó para que entraran y se fueran a dormir.

Luego, cuando Lydia y Alfredo se durmieron, estuvieron mucho rato susurrándose cosas.

—Suponte que somos demasiado tontas —dijo Maria—. Nosotras, que solo estamos acostumbradas a cavar la tierra.

—No creo que seamos más tontas que cualquier otro —dijo Sofia, intentando sonar convincente.

Pero en el fondo también tenía miedo.

Temprano por la mañana del día siguiente, antes de ir a trabajar a los campos, estaban sentadas con Lydia remendando sus ropas. Lydia movía la cabeza resignada.

—No puede quedar mejor —dijo—. Tengo que hacer más cestos y venderlos. Necesitáis ropa nueva, las dos.

Al día siguiente, Maria y Sofia fueron a la escuela. Iban cogidas de la mano y a medida que se acercaban sus pasos se hacían cada vez más lentos.

Era una casa de cemento alargada con lagartos corriendo por entre las grietas. No tenía ventanas, solo un techo de plancha metálica sobre aglomerado. Lino fue corriendo hacia ellas en cuanto advirtió que se habían detenido en el camino y, por lo que parecía, no se atrevían a ir más lejos.

—Tenéis que hablar con José Maria —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Sofia.

—El sacerdote —contestó Lino sorprendido—. Y tenéis que hablar con Filomena. La profesora.

Las acompañó hasta una de las esquinas del edificio alargado en la que había una oficina pequeña.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sofia.

—¿No sabéis nada? —dijo Lino—. Llamáis a la puerta y entráis cuando alguien os de permiso.

Luego se fue corriendo. Los chicos estaban jugando al fútbol con un balón hecho con hojas de hierba anudadas.

—Vámonos a casa —dijo Maria.

—De ninguna manera —respondió Sofia. Luego llamó a la puerta. No hubo respuesta. Llamó otra vez. Entonces la puerta se abrió. El hombre blanco que las había mirado anteriormente con una sonrisa triste estaba de pie en la puerta. Tenía la cara sudada y llevaba las gafas subidas hasta la frente.

—Queremos empezar en la escuela —dijo Sofia.

El hombre blanco se bajó las gafas hasta la nariz.

—Os recuerdo —dijo—. Es increíble lo mucho que os parecéis. ¿Sois gemelas?

—Yo soy Sofia —dijo Sofia—. Ella es Maria. Nos llevamos un año de diferencia. Maria es la mayor.

—¿Qué más os llamáis?

—Alface*.

El hombre blanco las miró con sorpresa. Luego rompió a reír.

—Es un buen nombre —dijo—. Sofia y Maria Alface. ¿Habéis ido a la escuela antes?

Negaron con la cabeza.

—Entonces empezaréis en la clase de Filomena. Os acompañaré hasta allí.

Fueron a la clase que estaba al fondo. La lección acababa de empezar. La profesora a la que llamaban Filomena era joven. Además era negra.

—Dos alumnas más —dijo José Maria—. Sofia y Maria. ¿Cuántos tienes ahora?

—La última vez que los conté salieron noventa y dos alumnos —dijo Filomena—. Si se sientan cuatro en cada banco no habrá problema.

José Maria meneó la cabeza.

—Tenemos que construir una escuela más grande —dijo—. Pero, ¿de dónde sacaremos el dinero?

Luego se fue. Sofia y Maria estaban de pie con la mirada baja. Todos los demás alumnos de la clase las miraban.

—¿Sois gemelas? —preguntó Filomena sonriéndoles.

Sofia negó con la cabeza. Tenía la boca tan seca que no le salía ni una palabra.

Filomena señaló un banco en el que había dos niñas.

—Sentaos ahí —dijo—. No tenemos libros, ni papel ni lápices. Ni siquiera tenemos tiza para la pizarra. Así que os tendréis que acordar de todo. Id a vuestro sitio.

Ese fue el día en que empezaron en la escuela.

Por la noche, cuando ya se habían acostado, Sofia no podía dormir. Salió de puntillas de la choza y sopló en las brasas del fuego hasta que las llamas surgieron de nuevo. Desde algún lugar se podían oír tambores. Unos saltamontes invisibles zumbaban a su alrededor.

Miró el fuego intensamente.

Era como si viera la cara de Muazena entre las llamas. Y a su padre, Hapakatanda. Le pareció que le sonreían.

Estaba sentada mirando el fuego y no sabía si quería reír o llorar. Quizá era posible hacer las dos cosas a la vez. ¿Un llanto de risa?

Las llamas de la hoguera danzaban en la oscuridad.

Sofia pensó que todos los días sin utilizar que tenía por delante, los que Muazena había

comparado con las plantas de maíz, iban a relucir. Había algo más que monstruos engañando en la oscuridad.

La vida era mucho más.

Y se alegró.

4

Unos días después de que Maria y Sofia hubieran empezado la escuela, José Maria fue a su casa y les dijo que todos los recién llegados al poblado debían reunirse al atardecer. Las chicas debían decirle a Lydia que era una reunión a la que todo el mundo debía asistir.

Maria tuvo miedo.

—A lo mejor no nos podemos quedar aquí —dijo.

—¿Por qué no íbamos a poder? —contestó Sofia—. ¿Por qué nos iban a dejar empezar la escuela si no nos fuéramos a quedar aquí?

Recorrían el camino a casa desde la escuela.

—Puede que haya bandidos aquí también —dijo Maria—. Quizá se tenga que ir todo el mundo.

A veces Sofia pensaba que Maria tenía demasiadas preguntas. ¿Por qué tenía que contestar ella, que era la menor, a todas las preguntas?

—No lo sé —dijo—. No preguntes más.

Por la tarde, justo durante el corto anochecer, cuando el sol se hundía en el río, se reunieron junto al pozo, que estaba en medio del poblado.

José Maria se subió a una caja para que pudieran verlo.

Luego habló de las minas.

—Cuando bajéis a los campos o al río debéis utilizar solamente los senderos que ya están marcados —dijo—. Por ellos se puede ir seguro. Pero no cojáis ningún atajo. Hay minas enterradas. No sabemos dónde. Solo sabemos que las hay.

—¿Qué es una mina? —preguntó Maria.

Sofia le chistó para que se callara.

—No lo sé —contestó—. No hables tanto. Mejor escucha.

—Las minas son bombas enterradas en la tierra —prosiguió José Maria—. No se ven. Si se pisa la tierra que hay encima, la mina explota. Puede arrancarte una pierna. Te puedes quedar ciego. Incluso puedes morir. Utilizad solo los caminos. No cojáis nunca ningún atajo, por mucha prisa que tengáis.

Luego preguntó si lo habían entendido. Todos asintieron con la cabeza. Solo irían por los caminos. Nunca cogerían ningún atajo, por mucha prisa que tuvieran.

De camino a casa Lydia siguió advirtiéndolas. Sofia pensaba que era como si hubiese monstruos enterrados en el suelo, monstruos que estaban quietos esperando y haciendo guardia.

Luego pensó que eran como cocodrilos. Cocodrilos de tierra que esperaban a poder agarrar su pierna con las fauces.

Lydia las reprendía. Luego Maria reprendía a Sofia. Y Sofia reprendía a Alfredo.

Siempre los caminos. Nunca un atajo.

Aquella noche, después de haber comido las gachas de maíz, Sofia vio que había luna llena. Recordó que hubo luna llena cuando llegaron al poblado. Ya habían pasado un mes allí.

No sabía muy bien qué era un mes. Era más largo que un día y que una semana. Pero más corto que un año. Cuántas lunas llenas habían pasado desde que huyeron del poblado donde Hapakatanda y Muazena y todos los perros yacían muertos, no lo sabía.

El tiempo era extraño. Existía y no existía al mismo tiempo.

Los días eran largos. Maria y Sofia solían dormirse al instante después de haber cenado y ayudado a Lydia a recoger los bártulos. Se levantaban con la salida del sol. Lydia ya se había ido a los campos. Vestían a Alfredo y le daban un poco de la comida que había sobrado la noche anterior. Luego Sofia barría dentro y fuera de la choza, mientras Maria se llevaba a Alfredo a casa de una mujer que vivía en una choza al otro extremo del poblado. Era demasiado mayor para trabajar. Pero se ocupaba de Alfredo hasta que Lydia volvía por la tarde. Después de que Maria hubiera dejado a Alfredo, ambas corrieron a los campos. Allí trabajaban limpiando y cavando la tierra hasta que el sol estaba arriba del todo en el cielo. Comían lo que Lydia y las demás mujeres preparaban. Después bajaban corriendo al río para lavarse y salir corriendo otra vez para no llegar tarde a la escuela. Tenían buen cuidado en seguir siempre el camino y corrían todo lo que podían. Por mucho que se esforzaran nunca llegaba una antes que la otra. Sofia era la más rápida. Pero Maria aguantaba más.

Los días eran largos. Pero a veces se quedaban tumbadas susurrándose cosas dentro de la choza cuando Lydia y Alfredo se habían dormido.

Una noche, que estaban con las caras casi pegadas, Maria le preguntó a Sofia si todavía se acordaba de su vestido blanco.

Sofia se acordaba muy bien. El vestido blanco que su padre Hapakatanda había llevado a casa un día que había ido a la ciudad situada cerca de su poblado. Solo le había llegado para comprar un vestido. Pero le había prometido a Sofia que ella también tendría uno cuando tuviese dinero o algo para intercambiar.

El vestido se había quedado allí después de la noche que los bandidos llegaron sin hacer ruido.

—A veces sueño que me voy a despertar y que el vestido estará aquí —susurró Maria.

—Probablemente se quemara —contestó Sofia—. Pero el día que tenga dinero te compraré uno nuevo.

—¿De dónde vas a sacar tú dinero, cuando Lydia no lo tiene? —dijo Maria—. No olvides que somos pobres.

—Quizá se me ocurra alguna manera —dijo Sofia.

—No lo creo —dijo Maria.

—Lo prometo —dijo Sofia.

Cuando Maria se hubo dormido, Sofia estuvo un rato pensando en lo que Maria había dicho. ¿Cómo iba a conseguir otro vestido blanco para Maria? Lo había prometido. Maria no iba a olvidar su promesa. Sabía que de algún modo la tenía que cumplir.

Al mismo tiempo se puso de mal humor.

Sabía que tenía demasiada propensión a prometerle cosas a Maria. Había pasado muchas veces antes.

El tiempo que tanto existía como no seguía avanzando. Una vez más hubo luna llena. Cada día hacía más y más calor. El agua del río descendió. Pero pronto empezarían a caer las lluvias.

Un día en que no tenían que ir a la escuela y Maria estaba en la choza con dolor de barriga, Sofia se fue a dar una vuelta de reconocimiento. Las chozas estaban diseminadas por una gran extensión. Hasta entonces solo había visto una pequeña parte del poblado.

Cuando llegó al otro lado del poblado vio de repente a un hombre que estaba sentado a la puerta de una choza cosiendo ropa. Tenía una máquina de coser negra y pedaleaba. Sofia ya había visto antes una máquina de coser. La de un indio que durante una breve temporada había intentado vivir de coser ropa en su antiguo poblado. Se sentaba a la sombra de un árbol y pedaleaba en su curiosa máquina. Todos los niños del poblado observaban atónitos al indio y su máquina. Aquella primera vez Sofia no tendría más de cinco o seis años. Pero todavía podía recordar la máquina de coser. Había pensado que cuando fuese mayor le encantaría aprender a coser en una máquina así.

El indio había dejado el poblado poco tiempo después. Se había llevado la máquina consigo. Los habitantes eran demasiado pobres para pagarle por coser ropa.

Sofia todavía recordaba lo triste que se puso cuando lo vio marcharse del poblado. Llevaba la máquina atada a la espalda.

Ahora volvía a ver una máquina de coser.

Era igual que la que tenía el indio.

Se quedó de pie mirando cómo pedaleaba y cosía el hombre.

Cuando levantó los ojos de su tarea y la descubrió, ella bajó la vista al suelo y pensó que sería mejor irse de allí.

Pero el hombre sonrió y la saludó con la cabeza. Poco a poco se atrevió a acercarse.

Se llamaba Antonio, pero le llamaban Totio. Era viejo y no tenía dientes. Dentro de la choza, detrás de él, estaba su mujer, que se llamaba Fernanda. Sus hijos eran mayores y tenían sus propias familias. Totio y Fernanda también habían huido de los bandidos. Lo habían dejado todo excepto la máquina de coser.

Esto se lo contaba a Sofia mientras pedaleaba sin dejar de coser. Estaba arreglando unos pantalones negros.

Fernanda salió de la choza y se sentó a la sombra sobre una alfombra de esparto. Era gorda y resopló por el calor.

—¿Quién eres tú? —le gritó a Sofia desde la alfombra de esparto—. Si tienes dinero Totio te cose cualquier cosa. Si tienes mucho dinero te puede coser unas alas.

—Habla por hablar —dijo Totio y se rio—. Yo no puedo coser alas.

Le guiñó un ojo y se secó el sudor de la frente.

—¿Tienes algún nombre? —preguntó.

—Me llamo Sofia.

Siguió preguntándole quién era y de dónde venía. Cosía todo el rato. Sofia respondía lo

mejor que podía. De vez en cuando Fernanda gritaba desde la alfombra de esparto. Luego se durmió y empezó a roncar.

—Tengo una buena esposa —dijo Totio—. A veces habla demasiado. Pero es una buena esposa.

—Me gustaría aprender a coser —dijo Sofia.

Totio sonrió.

—Me lo creo, sí —dijo.

Los pantalones estaban terminados. Los examinó y luego los colgó con cuidado del canto de la mesa.

A continuación acarició la máquina de coser.

—Lo has hecho bien, Xio.

Sofia lo miró sorprendida.

—¿Por qué no iba a poder tener nombre una máquina de coser? —dijo Totio—. ¿Por qué quieres aprender a coser?

—Quiero coserle un vestido blanco a mi hermana Maria —dijo.

No tenía preparada la respuesta de antemano. Simplemente le salió por sí sola.

Luego pensó que debía explicar por qué quería coser precisamente ese vestido. Le habló a Totio acerca de lo que había ocurrido la noche que murió Hapakatanda, acerca de su padre, que había vuelto de la ciudad con el vestido para Maria.

Totio asintió pensativo cuando ella acabó de contárselo.

—Sí, así es, sí —dijo—. Matan y queman y saquean. Pero nadie piensa en que los bandidos también roban un vestido blanco de una niña que se llama Maria.

—Le he prometido el vestido —dijo Sofia.

—Ven con la tela y te enseñaré a coser —dijo Totio—. Si consigues un trozo de tela bonita y el hilo necesario yo te enseñaré a coser. Primero a mano. Y luego, si eres buena, aprenderás a hacerlo a máquina.

Sofia no podía creer que fuera cierto. ¿De verdad le dejaría pedalear en la máquina de coser?

Pero ¿cómo conseguiría un trozo de tela?

Al mismo tiempo se despertó Fernanda.

—Ahora vete —dijo Totio.— No tengo más tiempo para seguir hablando contigo. Vuelve cuando tengas la tela y el hilo.

Sofia volvió a su casa en la choza. Pero antes siguió uno de los caminos serpenteantes que bajaban al río. Allí había un montículo donde ella y Maria solían sentarse para observar si había cocodrilos. Estaba tan lejos del agua que no había peligro de que un cocodrilo las alcanzara. Pero ahora no le importaban los cocodrilos. ¿De dónde iba a sacar un trozo de tela para el vestido de Maria? Ella no tenía dinero, su madre Lydia no tenía dinero.

De repente vio en su cabeza las sábanas blancas recién lavadas que solían estar tendidas enfrente de la casa de José Maria. Quizá podía pedirle una de ellas. Pero enseguida desechó la idea. Nunca se atrevería a preguntárselo. Además, seguramente José Maria se enfadaría al verla mendigando. A lo mejor las echaría del poblado.

Sofia se quedó junto al río tanto tiempo que ya había empezado a oscurecer cuando al final se levantó y volvió a casa. Cuando llegó a la choza vio que Lydia estaba enfadada.

—¿Y tú dónde has estado metida todo el día? —preguntó en voz alta.

Sofia bajó la mirada al responder.

—En ningún sitio —dijo.

—En ningún sitio —dijo Lydia—. Creía que te habías caído al río. O que te habías perdido. ¿Por qué no te puedes quedar en casa cuando tu hermana está enferma?

—Ya me encuentro bien, mamá —gritó Maria desde el interior de la choza.

—Ve a buscar agua —dijo Lydia—. Date prisa. Pronto estará oscuro.

Esa noche a Sofia le costó dormirse. Pensó en Totio. En la tela blanca que nunca podría conseguir. En la promesa que le había hecho a Maria.

Pero en lo que más pensaba era en las sábanas blancas.

A menudo colgaban allí al amanecer. Eso quería decir que habían estado colgadas toda la noche.

José Maria tenía muchas sábanas. Seguramente no lo notaría si le faltase una. Seguramente José Maria no pensaba en contar sus sábanas. Tenía tantas otras cosas en la cabeza.

Sofia abrió los ojos en la oscuridad.

¿Qué había pensado?

¿De verdad iba a robar una sábana? ¿Iba a hacer un vestido de una tela robada?

¿Quería que Maria fuese por ahí con ropa que hubiese cogido un ladrón?

Se acurrucó en la oscuridad. Sus pensamientos la habían llenado de miedo.

«No puedo robar una de las sábanas de José Maria», pensó.

«Tiene que haber otra manera».

Pero Sofia no encontraba otra salida. Y por las mañanas, cuando ella y Maria salían a los campos, desde la lejanía podía ver las sábanas blancas meciéndose bajo el suave viento mañanero, delante de la casa de José Maria.

Pasó otro mes lunar. Cuando volvió a ser luna llena Sofia sintió que ya no podía esperar más. Una noche, cuando todos estaban dormidos en la choza, se levantó con mucho cuidado, apartó la alfombra de esparto que colgaba en la entrada y desapareció en la oscuridad. Aguantó la respiración y escuchó. Todo estaba en un profundo silencio. Una rata rasguñaba en algún sitio. Un bebé gimió en pleno sueño en el interior de una choza.

Luego llegó el miedo arrastrándose.

¿Qué pasaría si alguien la veía?

«Me voy a acostar otra vez», pensó. «No puedo hacerlo. Aunque solo tome prestada una sábana. Seguirá siendo la sábana de José Maria, incluso cuando sea un vestido para Maria».

Al mismo tiempo sabía que la promesa a Maria era más importante. Empezó a correr bajo la oscuridad, pasando las oscuras chozas, pasando las tenues brasas que todavía alumbraban después de los numerosos fuegos.

Allí colgaban las sábanas. Eran como espíritus blancos, intranquilos, bajo la luz de la luna. Estaba de pie, completamente quieta, escuchando.

«No me atrevo», pensó. «No me atrevo».

Luego se acercó de puntillas y a toda prisa a la cuerda de tender, descolgó una sábana,

juntó otras dos para que no se viese el hueco vacío y se fue corriendo de allí.

De repente era como si cada habitante del poblado estuviera despierto. Pensaba que la estaban espiando por entre los listones de las paredes de las chozas. La veían, a Sofia, la hija de Lydia, la hermana de Maria, la ladrona que había robado una de las sábanas de José Maria.

No se detuvo hasta que llegó a la choza. Tuvo que inclinarse hacia delante para recuperar el aliento.

Había un agujero en un árbol que estaba junto al lugar en el que habían ardido varios anillos de metal viejos y unos bloques de cemento partidos. Metió allí la sábana y tapó el agujero con tierra.

Luego corrió con cuidado la alfombra de esparto y se acostó.

—¿Qué haces? —dijo de pronto Maria.

Sofia creía que se le iba a parar el corazón. ¿Había estado Maria despierta todo el rato que ella había estado fuera?

—Solo tenía que hacer pis —contestó.

Pero Maria ya se había dormido.

Sofia estuvo despierta hasta el amanecer. Varias veces estuvo a punto de salir corriendo con la sábana y colgarla otra vez en su sitio. Pero cuando llegó el amanecer y Lydia desapareció de la choza la sábana seguía dentro del árbol. Esperó hasta que Lydia se hubiese marchado, luego se apresuró a salir antes de que Maria se despertara y se enrolló la sábana alrededor del cuerpo, debajo de la *capulana* normal que llevaba.

Unas semanas más tarde tenían vacaciones en la escuela. José Maria no se había quejado de que le faltara ninguna sábana. Sofia sentía miedo cada vez que se lo encontraba. Tenía remordimientos de conciencia y sentía haberla cogido.

«Siempre será su sábana», se dijo a sí misma. «Aunque sea un vestido que lleve Maria».

Cuando fue a Totio con la sábana tenía miedo de que le fuese a preguntar de dónde la había sacado. Pero él no dijo nada, simplemente le echó un vistazo y asintió satisfecho con la cabeza.

—No tengo hilo —dijo Sofia.

—Yo te lo doy —dijo Totio. A pesar de todo, la tela era lo más importante.

Aquella semana Sofia cosió un vestido para Maria con la ayuda de Totio. Sofia nunca tuvo permiso para pedalear en la máquina. Pero Totio le dijo que podría aprender a coser.

—He hablado con Xio —dijo Totio y señaló con la mirada la máquina de coser—. Me parece que cree que un día podrás llegar a un acuerdo con él.

—¿La máquina de coser es un «él»? —dijo Sofia.

—Creo que sí —dijo Totio sorprendido. Parecía como si nunca hubiese pensado que la máquina de coser pudiese ser una «ella»—. Por lo menos nunca ha protestado por su nombre —dijo—. Y Xio no es un nombre de mujer.

Cuando Maria quería saber lo que hacía Sofia por las tardes esta se limitaba a decir que era un secreto.

—Es algo para ti —dijo—. No preguntes más.

El vestido estaba acabado. Era muy bonito. Sofia apenas podía esperar a vérselo puesto a Maria.

Pero todavía había un grave problema por resolver. ¿Cómo podría explicar de dónde lo había sacado? ¿Cómo lograría que Lydia creyese que decía la verdad?

Cuando tuvo el vestido en la mano pensó que lo único que podía hacer era pedirle ayuda a Totio.

—Mi madre Lydia probablemente preguntará de dónde he sacado la tela —dijo—. Encontré un billete en el suelo. En lugar de dárselo a ella compré la tela. Puede que se enfade conmigo.

Totio sonrió. Ella se puso triste otra vez por lo fácil que era mentir.

—Le diré que te la he dado yo, tú no te preocupes.

Esa tarde Sofia le dio el vestido a Maria. No quería que Lydia lo viese. No hasta que Maria se lo pusiese. Se lo dio a Maria cuando estaban en el montículo junto al río.

Maria no podía creer lo que veía. Pero cuando se lo puso, le iba bien. Sofia había tomado sus propias medidas y lo había hecho un poco más grande.

—Lo he cosido yo —dijo Sofia—. Era el secreto. Y la tela me la dio un hombre viejo que tiene una máquina de coser. Se llama Totio. ¿Te acuerdas del indio que se sentaba debajo del árbol y cosía con una máquina? Totio tiene una que es igual que aquella.

Sofia vio lo contenta que se puso Maria. Maria quería correr enseguida a casa y enseñárselo a Lydia.

—Espérate hasta mañana —dijo Sofia—. Es domingo. Será una sorpresa para ella también.

Lydia se sorprendió por lo menos tanto como Maria. Pero, para tranquilidad de Sofia, se creyó su explicación. Al día siguiente fue a donde Totio y le dio las gracias por haber ayudado a Sofia a coser.

Sofia estaba preocupada esperando a que Lydia volviera. Y solo sonreía.

—Totio ha dicho que eres muy buena —dijo.

—Me gustaría mucho aprender a coser —dijo Sofia.

Sofia pensaba cada vez menos en que era la sábana de José María. Maria siempre quería llevar el vestido. Incluso cuando estaba en el campo. Entonces se lo doblaba hasta por encima de las rodillas y se envolvía con la *capulana*.

Pasaron varias lunas llenas más.

Cada mañana Sofia y Maria iban corriendo hasta las mujeres que estaban en los campos. Pronto sería la época de recoger el maíz. Las plantas ya estaban altas.

Jugaban mientras corrían. Saltaban con el mismo pie a la vez, trataban de evitar tocar las piedras que salían del suelo. Siempre se lo pasaban bien.

Una mañana después de una noche de lluvia y cuando la tierra roja todavía estaba húmeda, a Sofia se le ocurrió que podían cerrar los ojos una vez cada una mientras corrían. Para ver si era posible hacerlo, lo probó. Corrió unos metros con los ojos cerrados. Maria estaba justo detrás de ella.

No era difícil. Probó de nuevo. Quería intentarlo una última vez. Después, Maria también podría jugar.

Quizá fue porque la tierra estaba húmeda, pero se tropezó y dio unos pasos fuera del camino. Maria estaba junto a ella. Abrió los ojos y vio que estaba fuera del camino. Puede que fuera más difícil de lo que creía.

—¿Qué haces? —dijo Maria, que estaba en el camino, justo a su lado.

—Nada —dijo Sofia—. Juego.

Saltó con el pie izquierdo.

Luego bajó el pie derecho para dar un paso hasta el camino otra vez.

Entonces el suelo explotó en pedazos.

5

Después todo se quedó en silencio.

A Sofia le parecía estar en un hormiguero con miles de hormigas enfurecidas mordiéndole y pellizcándole el cuerpo. También era como si tuviera hormigas en el estómago, en la cabeza, en las piernas. Estaba tumbada de lado, le costaba ver y el dolor era tan fuerte que ni siquiera podía gritar. Maria estaba unos metros más allá, echada hacia delante, medio metida en unos matorrales. Sofia pensó que su vestido blanco ya no estaba, ese que tanto la había alegrado. Ahora solo le quedaban unos pocos trozos de tela colgando alrededor de la cintura. Y ya no eran de color blanco. Eran rojos. Sofia comprendió que era sangre.

Intentó gritar otra vez, llamar a Maria, a su madre Lydia. Sintió que se caía, las hormigas mordían y estiraban su carne, y luego se sumió en una oscuridad sin fin.

José Maria estaba con una taza de café en la mano y se la estaba llevando a la boca cuando oyó la violenta explosión. Al instante entendió lo que había pasado. Alguien había pisado una mina. La cara se le desencajó de miedo. Ni siquiera se demoró en poner la taza de café sobre la mesa, sino que la lanzó a un lado. Luego abrió la puerta y salió corriendo hacia la zona del estruendo. Era en algún lugar cerca del río, en los campos más alejados. Mientras corría le gritaba a todo aquel que veía que fuera a buscar a una monja llamada Rut y a la enfermera. Corrió lo más rápido que pudo. Ya hacía calor, a pesar de que el reloj no marcaba más de las seis. El corazón le latía fuerte en el pecho y en su interior temía lo que se iba a encontrar.

No fue el primero en llegar. Las mujeres habían ido corriendo desde los campos y podía oírlas gritar.

«Es una de ellas», pensó. «Pero ¿por qué ha tenido que salirse del camino? Saben que hay minas».

Se dio cuenta de que estaba a punto de enfadarse.

Cuando llegó, varias mujeres le cogieron de la ropa y trataron de explicarle lo que había ocurrido. Pero no entendía lo que decían, se abrió paso entre ellas y se detuvo de golpe.

Lo que vio hizo que rompiera a llorar. Eran las dos niñas que curiosamente se parecían tanto y que se llamaban Sofia y Maria. Se agachó sobre la que estaba tumbada en medio del camino, creía que era Sofia, pero no estaba seguro. Cayó de rodillas y abrió los brazos.

Lo que tenía delante era un bulto ensangrentado. Apenas se podía decir que aquello fuese una niña; era sangre, miembros desgarrados y ropa rasgada.

Pero notó que respiraba. Les gritó a las mujeres que se callaran, les ordenó que fueran a buscar a la madre de las niñas. Ahora también habían llegado algunos hombres.

—¿Dónde está la hermana Rut? —gritó—. Quitaos las camisas, buscad ramas de árbol, enrollad las camisas para que las podamos usar de camillas.

Luego fue agachado hasta la otra niña, que estaba caída hacia delante. Se puso a buscarle el pulso.

«Está muerta», pensó. «Dios mío, no puedo con esto».

Luego le encontró el pulso. Era muy débil.

En ese momento oyó la voz de la hermana Rut. Llegaba corriendo.

—¡Están vivas! —gritó José Maria.

Se puso de pie con las piernas temblorosas mientras Rut se ocupaba primero de una niña y luego de la otra. Llevaba un maletín y rápidamente empezó a hacerles diferentes vendajes a Sofia y Maria. Otra mujer la ayudaba.

Uno de los hombres le tocó el hombro a José Maria y señaló con el dedo.

Era la madre de las niñas que llegaba corriendo. Sin haber visto nada aún, gritaba de tal manera que el sacerdote notaba cómo le hería por dentro.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. ¿Tiene marido?

—Lydia —contestó uno de los hombres—. Su marido fue asesinado por los bandidos.

—No puede ver esto —dijo José Maria.

Luego fue hacia las mujeres que se acercaban corriendo.

Intentó detener a Lydia, pero ella logró soltarse. No lograron pararla hasta que varios de los hombres que estaban allí la cogieron a la vez.

Pero era demasiado tarde.

Ya había visto a sus dos hijas tiradas en el camino.

Dejó de gritar.

Un aullido comenzó a salirle desde dentro.

José Maria no lo olvidaría nunca.

Los lamentos de Lydia le acompañarían el resto de su vida.

Las camillas estaban preparadas. Rut ya no podía hacer nada más, así que levantaron primero a Maria con mucho cuidado. Un ligero gimoteo era todo lo que se oía. Alguien le puso cuidadosamente una *capulana* por encima y la fueron llevando hacia el camino grande, donde esperaba un camión.

Luego pusieron a Sofia en la otra camilla.

Cuando la levantaron se le desprendió el pie izquierdo y se quedó en el camino. Rut lo cogió con cuidado entre sus manos y lo dejó en la camilla. José Maria se dio la vuelta y vomitó.

Cuando llegaron al hospital en la ciudad José Maria creía que ya era demasiado tarde.

—Están muertas —dijo.

La hermana Rut negó con la cabeza.

—Están vivas —contestó—. Todavía respiran.

—¿Se salvarán? —preguntó José Maria.

—Debemos creer en que lo harán —respondió Rut.

José Maria asintió. Pensó en la madre de las niñas, Lydia, que se había quedado con las demás mujeres.

Sintió una mezcla de preocupación y rabia desconocida para él.

Pensó en que era sacerdote. Creía en Dios. Creía en un Dios que había creado el mundo y a los animales y a las personas, el mar y el sol, la luna y las estrellas. Un Dios que era bueno.

Entonces, ¿cómo podía ser eso posible? Dos niñas pobres, desgarradas, tendidas en un camino a primera hora de una mañana cualquiera.

Era como si Rut pudiera leerle el pensamiento. Lo cogió de la mano y sacudió la cabeza.

Sofia y Maria fueron trasladadas a otras dos camillas. El hospital era pobre, José Maria lo sabía. Faltaba casi todo, en muchas de las camas ni siquiera había sábanas. Pero las enfermeras y los médicos eran buenos.

Una de las enfermeras se llamaba Celeste, otra, Marta. Muchas veces antes habían visto llegar al hospital a personas por culpa de la explosión de una mina.

Ahora miraban a Sofia y a Maria.

—Ya sé que no hay que pensar así —dijo Marta—, pero ¿no habría sido mejor que estas dos niñas hubiesen muerto?

—Probablemente lo hagan —contestó Celeste—. No podrán sobrevivir a estas heridas.

Justo en ese momento entró un médico que se llamaba Raul. No había oído lo que habían dicho las dos enfermeras. Era joven y sentía la misma rabia que José Maria al ver lo que hacían las minas con pequeños y mayores.

Examinó a Sofia y a Maria concienzudamente.

A pesar de que Maria tuviese menos heridas, enseguida vio claro que era la que estaba más grave. La onda expansiva la había dañado de dentro hacia fuera. Sangraba por dentro, a diferencia de la otra niña, que había perdido un pie y tenía las piernas y el vientre desgarrados.

Las niñas fueron llevadas a otro sitio para que el médico pudiera operarlas enseguida. Se volvió hacia José Maria, que seguía allí. Rut había regresado para ocuparse de la madre de las niñas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor Raul.

José Maria abrió los brazos.

—Sabían que no debían salirse del camino —dijo—. Aun así, esto pasa.

—Seguirá pasando siempre que queden minas —respondió el doctor Raul. No intentó esconder su rabia.

—¿Sobrevivirán? —preguntó José Maria.

El doctor Raul se quedó pensando un rato antes de contestar.

—No lo sé —dijo luego—. Probablemente no.

—¿Ninguna de las dos?

—Quizá la que ha perdido el pie. La otra niña tiene importantes heridas internas.

Después, el doctor Raul estuvo operando junto con otros médicos durante varias horas.

Cuando acabaron, cansados y sudorosos, sabían que solo les quedaba una cosa por hacer. Esperar.

Maria y Sofia estaban en dos camas la una muy cerca de la otra. La habitación estaba completamente en silencio. Una enfermera estaba sentada en una silla junto a la ventana.

Volvía a amanecer, el sol ya había comenzado a alzarse sobre el horizonte y los tejados de la ciudad.

Dos médicos entraron en la habitación.

Sofia estaba dormida. Pero era como si de todos modos pudiera percibir lo que pasaba a su alrededor. Oía a dos hombres hablar. ¿Era su padre quien había ido? No, él estaba muerto, tenía que ser otra persona. ¿O quizá lo había soñado todo? No había llegado ningún monstruo aquella noche.

No sabía. En su sueño oía cómo hablaban los dos hombres. Hablaban en voz baja.

—Probablemente Maria no salga adelante —decía una de las voces—. Las heridas son demasiado graves. No logramos detener las infecciones.

—Es fuerte —decía la otra voz—. Las dos lo son.

—Tendremos que esperar. Es todo lo que podemos hacer.

Sofia oyó que las voces cesaban y luego unos pasos que desaparecían. Desde el fondo de la oscuridad intentó comprender lo que había oído. Pero las olas de dolor que iban y venían la mecían en un mar oscuro, subterráneo.

Era como si le ardiese fuego por dentro. ¿Por qué le dolía tanto? ¿Qué había pasado? Lo último que recordaba era que ella y Maria iban de camino al campo a trabajar. Maria llevaba su vestido blanco. Sofia se había enfadado con ella por eso. Lo ensuciaría en el campo. Habían corrido y se habían empujado, lo podía recordar. Empujado y reído y corrido.

Después todo había desaparecido.

Se mecía en el mar oscuro y el fuego seguía ardiendo en su interior.

De pronto le pareció oír que Maria la llamaba. Pero no podía ver. Escuchó mientras se balanceaba. Ahora lo oía con seguridad. Era Maria quien llamaba.

De un empujón salió a la superficie. Los fuegos le seguían ardiendo por dentro. Le hacía tanto daño. Pero abrió los ojos. No tenía ni idea de dónde estaba. La habitación era extraña. No era la choza. Paredes lisas, altas, blancas. Desde una puerta entraba una luz tenue que iluminaba la habitación. Cuando giró la cabeza, con cuidado, porque cualquier movimiento le causaba un gran dolor, vio a una mujer vestida de blanco sentada en una silla junto a la ventana y con la barbilla apoyada en el pecho. Podía ver que era una enfermera por la cofia blanca que llevaba en la cabeza. Estaba dormida. Sofia giró la cabeza otra vez. Al lado de la suya había otra cama y ahí estaba Maria. La luz de la puerta iluminaba su cara pálida.

De repente Maria abrió los ojos y la miró.

—Quiero irme a casa, Sofia —dijo—. Me duele tanto.

Sofia alargó el brazo a pesar de que los dolores la traspasaban. Pero sabía que debía hacerlo. Si no, Maria se levantaría de la cama y se iría. Se quedaría allí sola. Sin contar a la mujer dormida junto a la ventana, sería la última persona sobre la Tierra.

Su mano alcanzó a Maria. Sofia la agarró.

—Me duele tanto —dijo Maria—. Me quiero ir a casa.

—Es de noche —dijo Sofia—. Mañana nos iremos a casa.

Pero Maria se incorporó en la cama.

—Yo me voy ahora —dijo.

Luego se tumbó. Miró a Sofia.

Después cerró los ojos.

En ese mismo instante Sofia supo que Maria había muerto. Su mano se estremeció. Y entonces se fue.

Sofia gritó.

La mujer de la ventana se despertó y se puso de pie. Encendió la luz y miró a Sofia. Luego miró a Maria.

Intentó separar la mano de Sofia. Pero ella no soltaba a Maria.

Luego desapareció de nuevo absorbida por la oscuridad. Allí, en alguna parte, estaba Maria, lo sabía.

Pronto sería por la mañana otra vez.

Entonces todo sería como siempre. Irían corriendo al campo donde su madre Lydia ya estaría de rodillas con su pico.

Luego sería por la tarde e irían a la escuela.

Todo sería igual que siempre.

Solo se tenían que apagar los fuegos que tenía dentro.

No llegó a ver que entraban unas personas vestidas de blanco en la habitación. No llegó a ver al doctor Raul quieto junto a la cama de Maria y negando con la cabeza.

No llegó a ver cómo ponían a Maria en una camilla y se la llevaban.

No llegó a ver que la habían tapado con una sábana limpia y sin usar.

Una sábana que el doctor Raul había cogido de su propia casa. No quería que Maria fuese cubierta con telas sucias y destrozadas.

La siguiente vez que Sofia se despertó ya era de día. El sol entraba resplandeciente por la ventana. Podía oír coches en el exterior.

Inmediatamente advirtió que Maria no estaba. Su cama estaba vacía.

Recordaba vagamente lo que había ocurrido la noche anterior.

«Maria se ha ido a casa», pensó. «Me ha dejado aquí. Sola. ¿Por qué lo habrá hecho?».

Una enfermera entró en la habitación.

—¿Dónde está Maria? —preguntó Sofia.

—Maria está muerta —dijo la enfermera.

Sofia meneó la cabeza.

—Se ha ido a casa —dijo Sofia—. No está muerta.

En ese mismo momento entró el doctor Raul. Sofia no sabía su nombre. Parecía amable. Pero su cara reflejaba cansancio.

—¿Dónde está Maria? —preguntó Sofia.

El doctor Raul se agachó con cuidado junto a su cama.

—Tu hermana estaba muy cansada —dijo—. Tenía heridas tan graves que al final solo quería dormir. Ahora lo está haciendo. Ya no le duele más. Creo que debemos alegrarnos por eso. A pesar de que estemos tristes porque se haya ido. Tenía tanto dolor, Sofia. Por eso ha muerto Maria.

Sofia le miró profundamente a los ojos.

Él le pasó con suavidad la mano por la frente.

—Tu madre Lydia está ahí fuera —dijo—. Voy a buscarla.

El doctor Raul dejó la habitación y cerró la puerta. Fuera, en el pasillo, Lydia estaba sentada en el suelo, encogida, destrozada. A su lado estaba José Maria. El doctor Raul se sentó en cuclillas delante de Lydia.

—Ahora debes pensar en Sofia —dijo—. Ve con ella. Pero no llores, ni grites. Piensa que Sofia está muy enferma.

Lydia asintió. José Maria tuvo que levantarla del suelo. Luego la sujetó hasta entrar en la habitación donde estaba tumbada Sofia.

Apenas se dijeron nada. José Maria se mantuvo aparte. Veía cómo Lydia acariciaba a Sofia. Y Sofia seguía su cara con los ojos.

Después, Lydia se fue. En el pasillo se desmayó.

Dos días más tarde los doctores le amputaron a Sofia la pierna derecha justo por encima de la rodilla. No la habían podido salvar. Todavía creían que podría mantener la otra pierna, a pesar de estar también gravemente herida.

Cuatro días más tarde, el doctor Raul comprendió que la otra pierna tampoco se podría salvar. Al día siguiente la amputó por debajo de la rodilla.

Sofia todavía no sabía que ya no tenía piernas.

La noche siguiente a la segunda operación estaba tumbada meciéndose en la mar subterránea. Los fuegos comenzaron a arderle por dentro. Dos enfermeras entraron en su habitación. Oyó los pasos, notó cómo levantaban la sábana y tocaban su cuerpo.

Luego oyó que hablaban entre ellas.

—Quizá lo mejor para ella habría sido morir, como su hermana —dijo una de las voces.

—¿Qué vida le espera de ahora en adelante? —contestó la otra voz.

Luego se hizo el silencio en la habitación. Los pasos se desvanecieron, la puerta se cerró.

Sofia abrió los ojos.

¿Era de ella de quien habían estado hablando? ¿Por qué sería mejor que ella también muriese? ¿Por qué no bastaba con Maria?

Notó que pasaba algo raro con su cuerpo. No eran solo los fuegos lo que quemaba. Lenta y cuidadosamente deslizó su mano por el pecho y la barriga, por encima de todas las vendas, y siguió bajando por una pierna.

A la altura de la rodilla se acababa. Su pierna no estaba.

«La han cortado», pensó aterrorizada.

«Me han quitado una de mis piernas».

6

Sofia estaba otra vez sentada mirando la entraña del fuego.

Lo hacía en el sueño. Pero todo era tan real que incluso le pareció notar el olor de madera quemada, hierba y tierra.

Esta vez no buscó el secreto del fuego. Ahora buscaba la cara de Muazena entre las llamas. Le quería preguntar acerca de la pierna que había desaparecido, la pierna que alguien le había quitado.

Pero la cara de Muazena no estaba. Estuvo mirando el fuego hasta que solo quedaron las brasas. Y luego, oscuridad.

Cuando se despertó era un nuevo día. El dolor iba y venía en oleadas. De nuevo palpó con la mano debajo de la sábana. La pierna no estaba. En la rodilla solo había un muñón, tapado con vendas.

Estaba muy cansada. El dolor latía y golpeaba. Estaba demasiado cansada como para pensar en lo que había ocurrido realmente con su pierna. Era como si hubiese corrido muchísimo y necesitase recuperar el aliento. Quizá había corrido tan deprisa que la pierna se había quedado atrás. Quizá pronto volvería a estar en su sitio debajo de la rodilla otra vez.

El doctor Raul entró en su habitación. Esta vez lo reconoció, aunque no sabía quién era. Siempre se agachaba junto a su cama de manera que su cara quedaba cerca de la suya. Sonreía. Sofia pensó que parecía muy cansado. ¿No había ninguna cama en la que se pudiera estirar y descansar?

—¿Cómo te encuentras, Sofia? —preguntó.

—Alguien se ha llevado mi pierna —contestó ella.

Hablaba tan bajito que apenas pudo oír lo que había dicho. Se inclinó hacia ella y le pidió que volviera a decirlo.

—Me falta una pierna —dijo Sofia.

Él miró en los ojos cansados de la niña. Le miró la cara, llena de heridas por la explosión. De nuevo sintió rabia en su corazón. «Una niña a quien se le ha privado de la capacidad de correr», pensó. «Una niña africana que nunca más volverá a bailar.»

Comprendió que ella creía que solo era una pierna la que le faltaba. Todavía no se había dado cuenta de que también le habían tenido que quitar la otra.

La miró y pensó que debía decírselo. Era mejor que dejarla descubrirlo por sí misma en soledad.

Anhelaba no tener que hacerlo. Anhelaba no tener que volver a ver nunca a una niña

como Sofia en una cama de hospital, desgarrada por una mina.

De todos modos, ya había empezado a creer que esa niña sobreviviría. Todavía había riesgo de sufrir alguna infección, pero, aun así, creía que se podría salvar. Había una fuerza asombrosa en aquella niña. Probablemente ni él mismo podría haber llegado a comprender del todo el sufrimiento que ella estaba padeciendo. Pero era fuerte.

Pensó que la fuerza no era un hombre capaz de levantar cien kilos por encima de su cabeza.

La fuerza era una niña que sobrevivía tras pisar una mina.

Había oído de las enfermeras que Sofia gritaba muy pocas veces. Soportaba lo que debía de hacer muchísimo daño.

El doctor Raul se inclinó junto a ella.

—No es solo una de tus piernas la que no está —dijo—. Tuvimos que amputarte la otra. Si no, nunca habrías podido sanar. Pero te puedo asegurar que tendrás dos bonitas piernas ortopédicas. Y podrás caminar otra vez, Sofia. Te lo prometo. Vas a tener dos piernas nuevas. Serán tus mejores amigas para el resto de tu vida.

Observó su cara.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —le preguntó.

Sofia no dejó de mirarle. Con la otra mano se tocó el cuerpo. Su otra pierna tampoco estaba. Miró al doctor Raul.

—Quiero tener mis piernas otra vez —dijo.

—Tendrás unas piernas nuevas —contestó el doctor Raul.

—No quiero unas nuevas —dijo—. Quiero las mismas que tenía antes.

Luego no tuvo fuerzas para decir nada más. El dolor se hizo demasiado intenso. Una enfermera le dio algo de beber. Pronto se quedó dormida otra vez.

En sus agitados sueños Maria seguía viva. Pero las imágenes estaban entrecortadas y desordenadas. El vestido blanco colgaba de la cuerda de tender de José Maria. Había muchos vestidos blancos pero ninguna sábana. Totio pedaleaba en su máquina de coser, Lydia machacaba grano. Sofia buscaba todo el rato a Maria. Siempre estaba desaparecida, siempre era invisible. Sabía que Maria estaba allí pero no podía verla.

A veces cuando se despertaba, los dolores se habían ido casi del todo. Si se quedaba tumbada sin moverse en absoluto se sentía casi bien.

Fue entonces, cuando el dolor se hubo detenido por un momento, cuando pensó que tenía que hablar con José Maria. Le explicaría que había sido ella quien había cogido la sábana. Si confesaba, seguramente él la ayudaría a recuperar sus dos piernas.

Solía ir al hospital un par de veces a la semana junto con Lydia. Normalmente entraba él solo en su habitación antes de ir a buscar a Lydia, que se quedaba esperando en el pasillo.

La siguiente vez que fue a visitarla, ella le contó las cosas tal como habían sucedido.

Al principio él creyó que deliraba. ¿De qué sábana hablaba? ¿Un vestido blanco para Maria?

Luego comprendió que había cogido una sábana de su tendedero. Con la que había hecho un vestido blanco para Maria, que ahora estaba muerta.

José Maria podía recordar los restos de tela blanca en el cuerpo de Maria cuando la

encontró caída hacia delante en el camino después de que la mina hubiese explotado. Pero nunca se había dado cuenta de que hubiese desaparecido una sábana.

Pudo ver que Sofia tenía miedo, por eso era importante que él se tomase sus palabras en serio.

—No pasa nada —dijo—. No debes pensar en eso ahora.

—Entonces, a lo mejor puedo recuperar mis piernas —dijo Sofia.

José Maria se conmovió. Era una niña curiosa la que tenía allí delante, en la cama, pequeña y pálida. Pensó que incluso las personas negras pueden palidecer de tristeza y dolor.

—Vas a tener unas piernas nuevas —dijo—. Las que tenías antes no podían aguantar más.

Luego salió al pasillo y fue a buscar a Lydia.

—Sabe que le faltan las dos piernas —le dijo—. Es importante que recuerdes que tendrá unas piernas nuevas.

Lydia estaba sentada en el pasillo lleno de gente.

—¿Cómo se las va a arreglar? —se quejó—. Nosotras que somos tan pobres.

—Primero se va a poner bien —dijo José Maria—. Luego pensaremos en el futuro. Ahora, ve con ella. No llores. No grites. Cuéntale que todo el poblado está esperando a que vuelva.

Para Lydia siempre era igual de difícil visitar a Sofia. Ver su cara de sufrimiento, pensar que debajo de las sábanas no estaban sus piernas. Y que ella no podía hacer nada. ¿Y cómo sería la vida después, con Sofia sin piernas en casa, en el poblado? Podía pensar que lo había perdido todo en la vida. Una vez había sido joven, igual de joven que Sofia. Había conocido a Hapakatanda, habían vivido una buena vida juntos. Luego los bandidos habían salido de la noche y todo había cambiado. Después de aquello habían estado huyendo. Cuando por fin creía que podría empezar una nueva vida con sus hijos, la desgracia les había golpeado de nuevo.

¿Acaso no se iba a acabar nunca? ¿El resto de su vida no iba a ser otra cosa que temor y sufrimiento?

Sofia siempre se alegraba cuando su madre Lydia iba a verla. Ella hubiera deseado no tener que estar nunca sola en su habitación. Tampoco tenía fuerzas para hablar demasiado. Pero escuchaba a Lydia, a quien no le importaba hablar mucho y seguido. Le hablaba de Alfredo, le contaba que el maíz ya estaba listo para la recolección. Pero no decía nada de Maria. Al final, cuando ya no tenía más palabras, se hacía el silencio en la habitación. Una mosca solitaria zumbaba por encima de la cara de Sofia. Lydia, que había estado sentada en el suelo a su lado, se levantaba y le acariciaba suavemente una mejilla.

—Volveré pronto —dijo.

Sofia asintió. Cuando movía la cabeza volvían los dolores. Tuvo que armarse de valor para no gimotear. No quería que Lydia la oyese.

La misma noche en que Sofia estaba tumbada sola y se mecía en las marejadas subterráneas, y Lydia se acurrucaba con Alfredo en el suelo de la choza, José Maria estaba sentado en la

cama de su habitación con un pequeño crucifijo en la mano. Una lámpara solitaria ardía en el cuarto.

José Maria era sacerdote. Creía en Dios. Había crecido en Brasil, hacía mucho tiempo. Fue entonces cuando decidió hacerse sacerdote. Muchos años más tarde fue enviado como misionero a la lejana África, a la tierra en la que había una guerra civil y muchas personas estaban expuestas a un gran sufrimiento.

Habían pasado muchos años desde entonces. José Maria pensaba a veces que tenía problemas con su Dios. Le costaba entender todo lo que ocurría con las personas.

¿O acaso era al revés? ¿Era Dios quien tenía problemas con José Maria?

A veces se quedaba sentado con el crucifijo en la mano intentando hablar con Dios.

Precisamente esa noche le habló de Sofia. Trataba de comprender por qué una niña tan pequeña tenía que padecer como ella estaba padeciendo. ¿Por qué tenía que haber muerto su hermana?

Le pareció oír una voz cansada en su interior. Era como si fuera él mismo quien hablaba, pero como un hombre muy mayor. La voz era vieja y rota, las palabras incomprensibles como un murmullo desvanecido.

«Dios es un misterio», pensó. «El silencio que me encuentro es la propia duda de Dios».

José Maria estuvo sentado con el crucifijo en su mano hasta muy entrada la noche.

Después apagó la lámpara.

Pasaron unas pocas semanas. Sofia se mecía cada vez menos en las marejadas subterráneas. El dolor se hizo más soportable. A veces podía sentir hambre y ya empezaba a incorporarse en la cama para comer. Un día en que estaba sola en la habitación, apartó la sábana y comprobó con sus propios ojos que sus piernas no estaban. Las rodillas estaban envueltas en unas vendas grandes.

Había algo peculiar con esas piernas que ya no seguían allí. Era como si de todos modos pudiese sentirlas, bajando hasta los pies.

«Me están llamando», pensó.

«Están igual de solas que yo».

Ese mismo día le preguntó al doctor Raul qué había pasado con sus piernas.

Él se sorprendió con su pregunta. Al mismo tiempo, con Sofia había aprendido que siempre era mejor decir las cosas tal como eran.

—Tus piernas estaban muertas —dijo—. Ellas estaban muertas, pero tú sigues viva. Las quemamos. Luego las enterramos.

Sofia pensó largo rato en lo que le había dicho.

—Espero que las enterrarais al lado de Maria —dijo.

El doctor Raul asintió lentamente con la cabeza.

—Sí —dijo—. Las enterramos al lado de Maria.

Al día siguiente Sofia se pudo levantar por primera vez. No sabía cuánto tiempo había estado tumbada en la cama. Esperaba que hubiese pasado mucho tiempo. Le era más fácil pensar en Maria si el tiempo se le había alejado después de un largo recorrido. Una de las enfermeras la levantó y la puso en una vieja silla de ruedas, oxidada y torcida. Luego

atravesó la puerta con Sofia. El pasillo estaba lleno de personas enfermas. Olía a moho por el sudor y las heridas.

—Necesitas aire —dijo la enfermera, que se llamaba Mariza.

Salieron a la acera delante del hospital. Sofia miraba sorprendida todos los coches que pasaban por la calle, las casas altas, toda la gente que se apresuraba en todas direcciones. Mariza dejó la silla de ruedas junto a la pared del edificio.

—Aquí puedes estar sentada y mirar —dijo sonriendo—. Vendré después a buscarte.

Le envolvió las piernas con una manta sucia. Sofia pensaba que ahora nadie podía ver que no tenía piernas.

Luego se quedó sola.

No recordaba haber llegado a la ciudad. Lo último de lo que se acordaba era que ella y Maria habían ido corriendo por el camino hacia los campos.

De repente se dio cuenta de que no tenía la menor idea de lo que había pasado. ¿Por qué estaba muerta Maria? ¿Por qué ya no tenía piernas? ¿Por qué nadie le había explicado lo que había ocurrido?

¿Habían vuelto los bandidos?

Los pensamientos iban y venían mientras estaba sentada en la silla de ruedas junto al hospital. A su alrededor había mujeres sentadas sobre la acera con sus productos esparcidos. Algunas de ellas se habían hecho mesitas de cartón. Vendían naranjas y manzanas, cebollas y guisantes, trozos de chocolate y mazorcas. Algunas también tenían latas de cerveza. De vez en cuando había alguien que se paraba y compraba. Hablaban entre ellas todo el tiempo, daban de mamar a sus hijos y ordenaban sus productos.

De pronto se percató de que alguien estaba hablando con ella, en su propia lengua. Era una mujer que estaba sentada a su lado. Le alcanzó media naranja. Sofia negó con la cabeza, no tenía dinero con que pagar. Luego comprendió que le regalaba la naranja. La cogió.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la mujer, que era joven y tenía una sonrisa brillante.

—No lo sé —respondió Sofia—. Algo le pasó a mis piernas. Y Maria murió.

—¿Era tu madre?

—Mi hermana.

—*Yo Mammanó, inó* —se quejó la mujer—. La guerra mata a todo el mundo. ¿Cómo te llamas?

—Sofia Alface.

—Yo me llamo Miranda —dijo la mujer—. Voy a ser amiga tuya.

La naranja supo mejor que todo lo que Sofia había probado en su vida. Miró a la mujer y de repente no pudo dejar de reír.

Pero sonaba extraño.

Parecía que casi se hubiese olvidado de lo que era reír.

Aquella semana Mariza la dejó fuera una vez por la mañana y otra por la tarde. Miranda estaba allí cada día. A veces el doctor Raul salía a la calle a fumar un cigarrillo. Un día le dio unos billetes a Miranda.

Como seguía dándole naranjas a Sofia, comprendió que era el doctor Raul quien las

pagaba.

Pronto Sofia conoció a todas las mujeres que estaban a su alrededor en la calle. La llamaban cuando Mariza salía con la silla de ruedas y a veces, cuando tenían un cliente que atender, la dejaban sostener a alguno de sus bebés sobre las rodillas. También estaba en la calle cada vez que su madre Lydia y José Maria iban a visitarla.

Un día Mariza fue a buscarla más temprano de lo habitual.

—Ahora vas a conocer a Mestre Emilio —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Sofia.

—Es quien te está haciendo tus piernas nuevas —dijo Mariza.

Mestre Emilio estaba en una habitación repleta de brazos, piernas, pies y manos. Al principio a Sofia le pareció horrible estar allí dentro, pero Mestre Emilio era un hombre risueño, le recordaba a Totio, que, cogiéndola de la mano, le dijo que todo saldría bien. Iba a hacer un par de piernas bien bonitas para Sofia, de plástico iban a ser, y con zapatos negros.

Luego, con la ayuda de Mariza, le fueron quitando las vendas con cuidado. Sofia vio por primera vez las heridas de las rodillas. Todavía no estaban curadas. Se mareó y apartó la mirada. Mestre Emilio tomaba medidas con una cinta y apuntaba cifras en una libreta. Después le pusieron las vendas otra vez.

—Pronto probarás a caminar otra vez —dijo Mestre Emilio—. Será pesado y molesto. Pero lo conseguirás.

Sofia asintió.

—Porque quieres volver a caminar, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Sofia.

Pero en lo más profundo no sabía lo que quería. Había días y noches en que solo pensaba en Maria. Maria, que estaba muerta, que nunca más existiría. Aunque le diesen un par de piernas ortopédicas no podría volver a correr, no podría volver a bailar. Estaría obligada a llevar muletas.

Quizá era mejor que ella también muriese. Sus piernas ya estaban en la tierra esperándola.

No le dijo nada a nadie acerca de sus pensamientos. Ni a su madre Lydia, ni a José Maria, ni al doctor Raul.

Un día el doctor Raul entró en su habitación pronto por la mañana.

—Hoy te trasladaremos —dijo—. Necesitamos esta habitación para otras personas que están más enfermas que tú.

Como de costumbre, se había agachado junto a su cama.

—Te vas a poner muy bien —dijo—. Nadie puede hacer piernas tan bonitas como las que hace Mestre Emilio. Ahora intentarás caminar otra vez.

—¿Me voy a casa? —preguntó Sofia.

El doctor Raul negó con la cabeza.

—Está demasiado lejos —contestó—. Tienes que seguir aquí en la ciudad durante un tiempo, hasta que tus piernas estén listas y puedas caminar bien. Está demasiado lejos para ir a buscarte cada día.

Bien entrada la tarde, Mariza fue a buscarla. La sacó en la silla de ruedas oxidada. Un coche la estaba esperando. La metieron dentro.

—Mañana te veo otra vez —dijo Mariza.

El coche avanzaba por la ciudad. Sofia tenía miedo. No sabía adónde se dirigía. ¿Y si simplemente desaparecían entre toda la gente, ella y la silla de ruedas? Nadie la encontraría. Intentó memorizar el camino que llevaban. Pero la infinidad de calles de la ciudad la atontaban. Al final ya no sabía en qué dirección estaba el hospital.

Por fin el coche cruzó entre las verjas que daban a un patio donde había varias casas grandes. El coche se detuvo. El conductor las sacó a ella y a su silla de ruedas.

—Aquí vivirás —dijo—. Cada mañana vendrá un coche y te llevará al hospital. Allí aprenderás a caminar.

El coche se fue. Sofia estaba sentada en la silla. En las rodillas tenía una naranja que Miranda le había dado.

Miró a su alrededor.

No se veía a nadie por ningún lado.

Estaba sola. El sol ya se estaba poniendo.

Pronto sería de noche.

Estaba abandonada.

7

Sofia estuvo sentada en su silla de ruedas toda la noche.

Sobre su cabeza brillaba y chisporroteaba el cielo estrellado. De vez en cuando dormía un poco. Se había pasado la manta por la cabeza. Cada vez que se despertaba de su intranquilo sueño se preguntaba dónde estaba.

«Olvidada», pensó. «Rechazada. Necesitaban mi cama en el hospital. Lydia no volverá a encontrarme nunca. La silla se hundirá en la tierra».

Sofia no le tenía miedo a la oscuridad. Pero tenía miedo de no poder moverse. Cuando la oscuridad cayó intentó desplazar la silla de ruedas. Pero las ruedas estaban tan torcidas que no se movieron ni un milímetro. En el fondo pensaba que alguien aparecería. Pero cuando se hizo de noche y los sonidos de la ciudad fueron poco a poco desapareciendo comprendió que se quedaría donde estaba durante toda la noche.

Pensó que se podía bajar de la silla y arrastrarse hasta debajo de alguno de los árboles que estaban junto a la casa. Pero se quedó en el sitio. Sentía picores en las rodillas debajo de las vendas.

Para sentirse acompañada estuvo cantando durante toda la noche. Pensaba que si cantaba muy fuerte Maria la podría oír desde donde estaba, abajo en la tierra. Cantó todas las canciones que se le ocurrieron. Cantó alto y bajo, rápido y despacio, una y otra vez. Atenuaba su miedo a estar sola. Hacía también que dejara de pensar en lo que ocurriría cuando la noche hubiese pasado.

Se acordó de cuando era muy pequeña. Algunas veces por la noche Hapakatanda les había enseñado las estrellas a ella y Maria. Les había enseñado cómo se podían ver diferentes formaciones que parecían animales. También les había dicho que escogieran una estrella cada una.

—Hay una estrella para cada persona —les había dicho—. Brillará mientras estéis vivas. Cuando un día muráis y vayáis con vuestros antepasados la estrella desaparecerá.

Sofia recordaba que le había preguntado si también se enterraban las estrellas que caían. Hapakatanda se había sorprendido por su pregunta.

—Nunca he pensado en eso —dijo—. Pero seguramente sí se hace.

Tras la larga noche al fin llegó el amanecer como una tenue línea de color rojo claro justo por encima del horizonte. Y de repente era pleno día. La ciudad había vuelto a la vida otra vez. A lo lejos oía autobuses y coches, una radio encendida en una casa.

Finalmente llegó una persona. Era una mujer grande y gorda. Se detuvo delante de Sofia, allí donde estaba, en su silla de ruedas.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué estás aquí sentada?

—Me llamo Sofia. Llegué ayer.

La mujer meneó la cabeza.

—No tenías que venir hasta hoy —dijo—. ¿Has estado aquí toda la noche?

Sofia asintió.

La mujer unió las manos de golpe. Estaba enfadada.

—No hay ningún orden en el hospital —dijo—. ¿Cómo pueden venir y dejarte aquí un día antes de lo previsto, sin más?

—No lo sé —dijo Sofia.

—¿Y has estado aquí fuera toda la noche?

—Sí —dijo Sofia.

—Pobre criatura —dijo la mujer—. Voy a enseñarte dónde vivirás. Y después te daré comida. Me llamo Veronica y trabajo aquí.

Cogió la silla con fuerza y empezó a moverla. Las ruedas torcidas avanzaban por el terreno irregular del jardín. Cruzaron otra verja y pasaron a otro jardín. Allí había una casa alargada con un porche abierto bajo un techo saliente. Había una larga hilera de puertas abiertas. Veronica empujaba la silla de ruedas. Delante de cada puerta había una persona sentada. Sofia vio que todos eran muy mayores y estaban enfermos. Muchos tenían vendas sucias en diferentes partes del cuerpo, otros no tenían piernas, ni manos, ni dedos. Olía mal y Sofia se preguntaba qué iba a hacer allí. Veronica se detuvo al final del porche, delante de una puerta que estaba cerrada.

—Aquí vas a vivir —dijo abriendo la puerta.

Sofia miró dentro, una habitación oscura. Había dos camas de hierro, sin colchones.

—¿Voy a vivir aquí sola? —preguntó Sofia.

—Cuando hayas aprendido a caminar podrás ir a casa con tu madre —dijo Veronica—. Enseguida podrás comer algo.

Sofia se bajó de la silla. Pensó que se había vuelto pequeña otra vez, antes de aprender a caminar. Se arrastró tras el umbral. Estaba allí sentada en el suelo mirando a su alrededor. En la habitación no había nada más aparte de las camas. Una plancha de madera tapaba un hueco en la pared donde anteriormente había habido una ventana. De repente una rata brincó en una de las esquinas y salió corriendo por la puerta. Sofia se deslizó hasta la cama. Nada más entrar en la habitación comprendió que no podía gatear. Si lo hacía se romperían las vendas. La única manera que tenía de avanzar era deslizándose de lado. Logró subirse a la cama y se tumbó sobre los muelles oxidados. Le picaban la espalda y la nuca. Pero estaba cansada por la larga noche en la silla de ruedas. Estaba demasiado cansada para pensar. Se durmió al instante.

Cuando se despertó tenía todo el cuerpo dolorido. En el suelo junto a la cama había un plato con gachas de maíz frías y un trozo de corteza de tocino. Se bajó de la cama y se llevó el plato hasta la entrada. Un hombre viejo sin ojos se deslizó por delante de su puerta. Lo siguió con la mirada. Desapareció por una puerta al fondo de la casa alargada. Sofia supuso que era allí adonde se debería dirigir para hacer sus necesidades.

Tenía hambre y empezó a comer. Pero la comida sabía tan mal que tuvo que obligarse a

tragarla. Pensó que a lo mejor estaba prohibido no comérsela. Quizá la dejarían otra noche sentada en la silla como castigo.

Cuando hubo acabado la comida dejó el plato a un lado y se quedó sentada en la puerta. Se miró las vendas sucias y se sintió muy triste.

No quería vivir en la habitación oscura. Aunque no pudiese caminar quería ir a casa con su madre Lydia y Alfredo. ¿Por qué iba a vivir ahí, entre un montón de gente mayor y enferma que no conocía?

«Aquí ni siquiera hay un fuego», pensó. «No hay llamas a las que pueda mirar».

«No solo me han quitado las piernas».

«También se han llevado todos los secretos del fuego».

Cuánto tiempo pasó sentada en la puerta, no lo sabía. Cuando Veronica llegó meciendo su gran cuerpo para recoger el plato vio que Sofia estaba triste. A pesar de tener muchas cosas que hacer —era ella quien preparaba la comida para viejos, pobres y enfermos—, se sentó, acurrucó a Sofia junto a ella y la abrazó contra su cuerpo.

—Ahora estás triste —dijo—. No tienes piernas, no puedes caminar. Tu hermana se ha ido y aquí no conoces a nadie. Te preguntas qué va a ocurrir. Y tuviste que pasar una noche a solas en la silla de ruedas. La comida tampoco sabe bien, a pesar de que procuro hacerlo lo mejor que puedo con lo poco que tengo. Estás triste y no tienes ni idea de lo que va a suceder. ¿No es así?

Sofia se sentía como en un tornillo de sujeción entre sus grandes brazos. Asintió suavemente con la cabeza en señal de afirmación. Era agradable al mismo tiempo. Podía notar el corazón de Veronica.

—Será más fácil dentro de unos días —dijo—. Y tienes que aprender a caminar otra vez. Debes quedarte aquí para que te den unas piernas nuevas.

Cuando Veronica se hubo marchado, Sofia se sintió mejor. No mucho, pero sí algo, al menos.

A la mañana siguiente Veronica la despertó temprano. Sofia tenía el cuerpo débil por haber dormido sobre los muelles de hierro. Durante la noche se había despertado una vez con una rata corriéndole por encima.

—Si al menos tuvieras un colchón en el que dormir —dijo Veronica—. Pero aquí no tenemos nada. Debemos estar contentos de tener comida.

Sofia se deslizó hasta la bomba de agua que había en el jardín y se lavó. Luego subió a la silla de ruedas. Veronica la llevó al jardín de fuera, donde un coche la recogió.

Cuando Sofia llegó al hospital la llevaron a una sala con espejos a lo largo de una pared. Sobre el suelo había diferentes barandillas de madera. Allí había personas de todas las edades deambulando y aprendiendo a caminar por segunda vez en su vida. La mayoría tenía solo una pierna ortopédica, unos pocos tenían dos. Sofia estaba en la silla de ruedas y los miraba. ¿Podría llegar a aprender?

De pronto alguien le tocó en el hombro. Cuando giró la cabeza vio a Mestre Emilio que le sonreía.

—Ya es la hora —dijo y alzó dos palos de madera delante de ella. En la parte de arriba

había unas correas. En la de abajo, dos zapatos enganchados.

—Empezarás con estas —dijo—. Primero tus rodillas tienen que acostumbrarse a ser tus nuevas piernas. Al principio te dolerá. Te saldrán heridas. Pero dentro de unos meses estarán curadas.

Mientras Mestre Emilio hablaba, otro hombre con una bata blanca se había acercado a la silla de ruedas. Era mucho más joven que Mestre Emilio.

—Este es Benthino —dijo Mestre Emilio—. Él es quien te va a ayudar hasta que puedas caminar otra vez.

Benthino le sonrió.

—Sofia —dijo—. Será mejor que nos hagamos amigos. Nos vamos a ver cada día durante mucho tiempo.

—Sí —dijo Sofia.

Le sujetaron los dos palos a sus rodillas. Luego la levantaron de la silla. Sintió que le dolían las rodillas. Pero aun así era como si hubiese querido cantar. Volvía a estar de pie. Benthino le dio dos muletas.

—Intenta dar un paso —dijo—. No te vas a caer. Tienes las muletas. Y yo estoy aquí. Te sujeto si te caes.

—¿Cómo lo hago? —dijo Sofia.

—Como de costumbre —dijo Benthino—. No pienses en que son un par de piernas de madera. Solo camina como hacías antes.

Dio un paso. Se notaba tensa y rara. Era como cuando intentó ir en zancos. Las rodillas le dolían y las correas alrededor de los muslos le tiraban y le rozaban. Benthino la soltó. Él y Emilio se pusieron en la pared contraria.

—Ven hasta aquí —gritó—. Camina despacio. No te caerás.

—No puedo —contestó Sofia.

—Sí puedes —dijo Benthino.

Intentó dar un paso. Era como si levantara algo pesado que colgaba de su cuerpo. Primero una pierna, luego la otra. *Por dentro podía verse a sí misma y a Maria corriendo por el camino*. Siguiente pierna. Levantarla, ponerla delante de la otra. *Ahora corren. Juegan. Un juego nuevo que Sofia se ha inventado*. La otra pierna. Un paso adelante, apoyarse en las muletas, encontrar el equilibrio. *Tienen que correr y cerrar los ojos. Hace lo habitual cuando se inventa un juego nuevo. Lo prueba ella primero. Luego le cuenta a Maria lo que hay que hacer*. Otro paso. El palo de madera con el zapato negro arriba en el aire y hacia delante, las muletas en el suelo. *Cierra los ojos y corre. Pero el camino está mojado. Se resbala y tropieza, no puede parar*. Siguiente pierna. La muleta avanza, luego el pie, levantar el cuerpo, no perder el equilibrio. *Abre los ojos, se ha salido del camino. Está a la pata coja, se da la vuelta y ve a Maria. Sabe que no debe bajar el pie. Pero ya es demasiado tarde*.

Sofia se cayó.

Benthino reía. Él y Emilio la levantaron, recogieron las muletas, ataron una sujeción que se había soltado. De pronto vieron que Sofia tenía lágrimas en los ojos.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Benthino.

—Solo estábamos jugando. Me tropecé.

Benthino no entendía lo que quería decir. Quería que lo volviese a intentar. Pero Mestre Emilio le puso la mano sobre el brazo y dijo que Sofia necesitaba descansar. Ya había visto

aquello antes. Comprendió que Sofia acababa de darse cuenta de lo que realmente había pasado cuando explotó la mina.

—Hoy no caminamos más —dijo—. El doctor Raul dijo que te gustaba estar sentada en la calle.

Sofia asintió. Solo oyó a lo lejos lo que le había dicho. Pensaba en lo que había ocurrido, lo que podía comprender ahora por primera vez. Fue la explosión de una mina. Había estado jugando, había cerrado los ojos mientras corría.

Era ella quien había pisado la mina.

Era culpa suya que Maria hubiese muerto.

Estaba completamente fría por dentro. Solo eran monstruos los que mataban a otras personas.

Mestre Emilio la llevó a la calle.

—Benthino vendrá a buscarte cuando sea hora de irse a casa —dijo—. Quédate aquí al sol y caliéntate.

Miranda estaba allí. Y todas las demás mujeres. Pero Sofia no quería hablar con nadie. Se pasó la manta sobre la cabeza. Quería ser invisible.

Así estaba cuando Benthino fue a buscarla. No contestó cuando le preguntó qué hacía debajo de la manta. Después de que el coche la hubiera llevado hasta el hogar de los viejos y Veronica la hubiera empujado hasta su habitación ella todavía seguía con la manta por encima de la cabeza. No quería comer nada. No se quitó la manta hasta que hubo entrado en su habitación y cerrado la puerta. Estaba completamente vacía por dentro, igual de vacía que la oscura habitación en la que estaba, sentada en el suelo. Lo único en lo que podía pensar era que ya no quería seguir viva. Era culpa suya que Maria estuviese muerta.

«No saldré nunca de aquí», pensó. «Me quedaré aquí en el suelo hasta que me haga vieja».

Se hizo de noche. Veronica entró con un plato de comida. Pero Sofia se pasó la manta por encima de la cabeza y no contestó cuando Veronica le preguntó si no tenía hambre. Veronica se fue y cerró la puerta tras de sí. Sofia no se molestó en quitarse la manta. Estaba inmóvil esperando a hacerse vieja.

La puerta se abrió otra vez. Pensó que era Veronica que volvía de nuevo.

Pero había algo diferente. No sonaba como los pasos de Veronica. Sofia permanecía debajo de la manta intentando descubrir quién era. Oyó que quien acababa de entrar en la habitación se había sentado sobre la otra cama. También oyó cómo se encendía una vela y notó el olor a humo y estearina traspasar la manta. Al final Sofia no pudo controlar su curiosidad y se quitó la manta.

En la otra cama había una niña de su misma edad. Sofia vio que le faltaba una de las piernas, la izquierda.

Se miraron.

—Me llamo Hortensia —dijo la niña—. ¿Tú cómo te llamas?

—Sofia.

—¿Tú también has perdido una pierna?

—Las dos.

Se hizo el silencio otra vez. Se miraron.

—¿Por qué estás debajo de la manta? —preguntó la niña.

Sofia no contestó. No sabía qué decir.

—Voy a vivir aquí —dijo Hortensia—. Mientras esté en el hospital para aprender a caminar con mi pierna nueva.

Sofia no podía creer que fuese verdad. ¿De veras no tendría que vivir más sola?

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó.

—No lo sé —respondió Hortensia—. Seguro que mucho tiempo.

Desde ese momento todo cambió para Sofia. Ya no tendría que estar sola.

Hortensia y Sofia se hicieron amigas. A veces Sofia llegaba a pensar que era como tener una nueva hermana. Nunca sería igual que con Maria, pero todo se hizo mucho más fácil con la llegada de Hortensia. Por las noches Sofia podía quedarse escuchando su respiración y luego saber que seguiría allí por la mañana. Iban al hospital juntas, practicaban juntas, se quedaban juntas con las mujeres que vendían naranjas. Se ayudaban a hacerse peinados, se inventaban canciones y hablaban de todo lo que las rodeaba.

Hortensia también había pisado una mina. Venía de muy lejos, tan lejos que su madre nunca podría ir a visitarla.

—Puedes tomar prestada la mía —dijo Sofia—. Lydia también tiene sitio para ti.

Iba completamente en serio. Porque cuando Lydia iba de visita y veía lo contenta que estaba Sofia de que Hortensia estuviese allí, enseguida empezó a tratarla como si fuera su propia hija.

Los días pasaban deprisa. Aunque era pesado y difícil aprender a caminar con unas piernas nuevas, ambas notaron que cada vez lo hacían mejor. Un día Sofia comprobó que se las arreglaba con una sola muleta. Mestre Emilio aparecía de vez en cuando para ver sus progresos. Y también para prometerle que sus piernas, tanto las de Sofia como la de Hortensia, pronto estarían acabadas.

Una noche Sofia le explicó a Hortensia que la muerte de Maria había sido culpa suya.

Hortensia negó con la cabeza.

—Tú no podías saber que había una mina justo allí —dijo—. No fue culpa tuya. Fue de la mina.

Cuando Sofia oyó lo que Hortensia le dijo decidió no taparse nunca más con la manta.

Hablaban de todo. Pero había un tema que nunca tocaban. Sabían que un día tendrían que separarse. Hortensia se iría a su casa y Sofia a la suya. Para Sofia la idea era inimaginable. No quería perder a Hortensia como perdió a Maria. Aunque Hortensia siguiese viva sería lo mismo. No se podrían ver nunca.

Todo fue más fácil para Hortensia, que solo necesitaba una pierna nueva. Para Sofia era mucho más difícil. A veces llegaba a sentirse celosa de Hortensia, que solo había perdido una de sus piernas. Pero se lo guardaba para sí. Nunca le dijo nada a nadie acerca de lo que sentía.

Un día, cuando ya habían vuelto al hogar para viejos y enfermos y estaban sentadas en la puerta esperando la comida, llegó un hombre y dijo que Hortensia no necesitaba practicar más. Tenía que recoger sus cosas y marcharse al momento. La iba a conducir hasta un autobús que la llevaría a casa.

Apenas tuvieron tiempo de despedirse. Todo pasó tan deprisa. Solo pudieron rozarse las manos. Después Hortensia ya no estaba.

Sofia estaba sentada en la puerta y la vio marchar. Dobló la esquina y desapareció.

Sofia cerró la puerta tras de sí.

Se había quedado sola otra vez.

8

Sofia no olvidó nunca a Hortensia.

Pero tampoco la volvió a ver.

Cada mañana cuando se despertaba se acordaba de que Hortensia no estaba allí. La cama estaba vacía. Le preguntó a Veronica si por casualidad iba a llegar otra niña. Pero Veronica no lo sabía.

La cama permaneció vacía.

Los días pasaban, lenta y pesadamente. A veces Sofia pensaba que el tiempo era tan curioso, unas veces existía y otras no; era como los hipopótamos tranquilos que había visto flotar en el río cuando ella y Maria lavaban la ropa.

A pesar de que Sofia quería aprender a caminar a cualquier precio y lo más rápidamente posible para poder volver a casa, se preguntaba a menudo cómo sería el futuro. No podría volver a correr ni bailar. Y pensaba que ningún hombre la querría cuando fuese mayor y quisiera tener hijos.

Los pensamientos le habían pesado menos cuando tenía alguien con quien compartirlos.

Un día sus piernas nuevas estaban listas. El doctor Raul fue a buscarla a la sala donde practicaba con la ayuda de Benthino. Juntos fueron a ver a Mestre Emilio, que le sonrió señalando dos piernas que estaban apoyadas contra una mesa.

—Déjame presentarte a tus dos nuevas amigas —dijo—. Van a estar contigo durante muchos años a partir de ahora. Como todavía estás creciendo, un día necesitarás piernas nuevas y más largas. Pero hasta entonces estas serán tus mejores amigas.

Las piernas eran de plástico marrón claro. Eran gruesas como las piernas normales y tenían zapatos negros al final. Una era más larga que la otra, ya que se sujetaban en el muslo.

Entre los dos le pusieron a Sofia sus piernas nuevas. Al levantarse se dio cuenta de que le iban bien. Solo le rozaba un poco en la pierna izquierda por debajo de la rodilla. Sofia pensó que si dejaba que la *capulana* le llegase hasta los zapatos nadie se daría cuenta de que tenía unas piernas que en realidad no eran suyas.

El doctor Raul le dijo que paseara un poco por la habitación.

—¿Te duele? —preguntó.

Sofia negó con la cabeza.

—¿Me puedo ir a casa ya? —preguntó.

—Aún no —dijo el doctor Raul—. Necesitas por lo menos otro mes aquí, para practicar. Pero después te irás a casa.

Esa noche Sofia probó diferentes maneras de colocarse la *capulana* para que las piernas ortopédicas no se pudieran ver. Anduvo de una punta a otra a lo largo del exterior de la casa y era casi como si todo fuese igual que antes. Los que no lo sabían no podían adivinar que las piernas eran de plástico.

Desde ese día Sofia no volvió a utilizar la silla de ruedas. Antes no se ponía las piernas hasta llegar al hospital. Ahora lo hacía por la mañana y no se las quitaba hasta que se iba a dormir por la noche. Se las llevaba a la cama y las guardaba debajo de la manta por miedo a que alguien se las quisiera robar.

Una noche, después de haberse acostado y teniendo las piernas a su lado, pensó que debería ponerles nombre. Si era tal y como el doctor Raul había dicho, lo de que eran sus mejores amigas, tenían que tener un nombre. Estuvo pensando en la oscuridad. ¿Cómo se le podía llamar a un par de piernas? Después de haber barajado un montón de nombres decidió que a la pierna derecha la llamaría Kukula y a la izquierda Xitsongo*. También decidió no contarle a nadie los nombres que le había puesto a sus piernas. Pensó en lo que Muazena había explicado una vez: los secretos de cada uno se guardan mejor y más seguros estando delante de un fuego y lanzando los pensamientos como combustible para las llamas. Así se quedarían siempre allí, incluso cuando el fuego se extinguiera y muriese. Revivirían cuando un nuevo fuego llameara al día siguiente.

—El fuego no te abandona —había dicho Muazena aquella vez hacía mucho tiempo—. Guarda tus secretos y no se los revela a nadie.

A estas alturas su madre Lydia y José Maria iban cada vez menos a visitarla. Tenían mucho que hacer y a menudo Sofia se quedaba en la puerta esperando en vano a que aparecieran. A veces añoraba tanto que le dolía. No había nada más difícil de soportar. Si no le daban comida una noche podía paliar el hambre durmiendo. Pero la añoranza era peor.

De vez en cuando el doctor Raul le daba unos billetes. Solía comprarse una naranja con el dinero. Pero un día tuvo una idea. Si se guardaba el dinero tendría para pagarse una plaza en alguno de los viejos camiones oxidados que transportaban a la gente de un sitio a otro entre la ciudad y los poblados de alrededor. Les daría una sorpresa a su madre y a Alfredo si iba a casa a pasar un sábado y un domingo; de todos modos, esos días no estaba en el hospital practicando con sus piernas nuevas. Sabía que vivía en Boane. Si llegaba hasta allí sabría ir a su casa. Le preguntó a Veronica dónde podría encontrar los camiones que llevaban gente a Boane. Para que Veronica no sospechara que se quería ir y evitar así tener que negárselo, intentó preguntárselo como si en realidad no le interesara la respuesta. Veronica se lo explicó y Sofia tomó buena nota de lo que oyó.

Más o menos al cabo de una semana había reunido dinero suficiente. Decidió irse el sábado a primera hora de la mañana. Para que Veronica no se preocupara le diría a uno de los viejos enfermos que se iba a casa y que volvería el domingo. También se había guardado un poco del pan que le daban y que escondía en la cama envuelto en un trozo de papel. Los días antes de irse estaba nerviosa. ¿Y si se subía al camión equivocado? Quizá acabase en un lugar del que no supiera volver. Tampoco sabía cuánto tiempo iba a tardar.

Pero se había decidido. *Tenía que* ir a casa.

La noche antes de irse durmió mal. Como no sabía qué hora era tampoco podía saber lo que tardaría en salir el sol. Cuando ya no pudo aguantar más en la cama se levantó, se colocó las piernas y se vistió. Con cuidado abrió la puerta hacia la oscuridad. Hacía calor y el aire estaba quieto. Podía oír ronquidos y toses de las habitaciones donde dormían los viejos. Se sentó en la puerta y esperó al sol. Había atado el dinero y el pan en un fleco de la *capulana*. Repasó lo que Veronica le había dicho acerca de por dónde debía ir para encontrar un camión que fuese a Boane.

Por fin vislumbró el primer haz de luz del nuevo día. Enseguida se abrió una de las puertas que daban al porche, un poco más allá. Un hombre mayor que se llamaba Manuel y era ciego salió a rastras y se sentó en la entrada. Era hora de irse. Sofia se puso de pie con ayuda de una de las muletas, cerró la puerta y empezó a caminar. Cuando llegó a donde estaba Manuel le dio los buenos días y le pidió que le dijera a Veronica que se había ido a casa.

—Qué bien que tengas un hogar —dijo Manuel—. Yo lo tengo aquí. Ni familia, ni nada.

Sofia sintió lástima por el viejo Manuel. Se preguntaba qué era peor, si estar obligado a vivir sin piernas o no poder ver.

Caminó lo más rápido que pudo, ya que quería estar fuera del jardín cuando llegase Veronica. También existía el riesgo de encontrársela, porque no sabía por dónde aparecería.

Ya era de día. Cuando cruzó la última verja ya había mucha gente de camino al trabajo. Tomó el polvoriento camino que Veronica le había indicado.

La chapa* *hacia Boane sale de la plaza frente a la catedral. Primero, tuerce a la izquierda, luego a la derecha y simplemente sigue recto, hacia abajo por la cuesta larga*.

Sofia torció a la izquierda y luego a la derecha. Cuando iba a cruzar una calle varios coches le pitaron. Pero ella caminaba lo más rápido que podía. Enfadada le dijo a Xitsongo y a Kukula que se dieran prisa. De vez en cuando tenía que parar para recuperar el aliento. ¿Y si estaba tan lejos que le faltasen las fuerzas para llegar? Se puso a andar otra vez, con miedo de haber tomado el camino equivocado. El sol ya estaba en lo alto del cielo, el sudor le caía por la cara. Pero apretó los dientes y continuó. No se rendiría, tenía que ir a casa.

Al fin llegó al lugar. Una gran iglesia blanca alzaba su torre al otro lado de una plaza. A lo largo de una acera había camiones de los que bajaba y subía gente. Otros iban llegando, cargados de gente que se sujetaba como podía. Los coches avanzaban a trompicones por la cantidad de personas que había en cada plataforma de carga. Sofia se preguntaba inquieta cómo iba a subir a uno de esos camiones tan altos. Y, si lo conseguía, ¿cómo lograría después bajar cuando el camión estuviese en Boane? Pero se espantó el miedo a la fuerza. No podía rendirse ahora. Probablemente Manuel ya le había dicho a Veronica que Sofia se había ido a casa. No podía cambiar de idea. Se acercó a una mujer sentada en la acera. Delante tenía una jaula con gallinas. Sofia le preguntó de dónde salían los camiones que iban a Boane. La mujer señaló con el dedo y al mismo tiempo le preguntó por qué llevaba muletas. ¿Se había caído y hecho daño? Sofia asintió. Se fue en la dirección que le había dicho la mujer y pensó que esta no se había dado cuenta de que tenía dos piernas ortopédicas. Eso la puso contenta, fue como si le entraran nuevas fuerzas. Le preguntó a un chico que colgaba de un camión llamando a los pasajeros si se dirigían a Boane.

—Matola y Boane —gritó por respuesta—. Dos mil.

Sofia se quedó muda. Dos mil. No llegaba a tanto. Solo tenía mil quinientos.

—Solo tengo mil quinientos —le gritó Sofia.

—Entonces tendrás que bajarte en Matola —contestó y empezó a cobrar de otras personas que estaban colgadas del camión. A Sofia la empujaban de un lado a otro, varias veces estuvo a punto de caerse. Intentó llamar al chico otra vez, pero no la veía, estaba ocupado con los que se subían al camión. Pronto la plataforma de carga estaría llena. Sofia no sabía qué hacer, excepto que tenía que subir a aquel camión.

De pronto alguien la tocó. Se sobresaltó y se dio la vuelta. Allí estaba una de las enfermeras que conocía del tiempo que estuvo en la habitación blanca. Sofia todavía se acordaba de su nombre. Laurinda.

—Sofia —dijo—. ¿Adónde vas?

—Me voy a casa —dijo Sofia—. Pero me faltan quinientos.

—Yo te los doy —dijo Laurinda—. Algún día cuando tengas dinero me lo puedes devolver.

—¿Tú también vas a Boane? —preguntó Sofia.

Laurinda sonrió.

—Voy al hospital —contestó—. Acabo de llegar.

El chico que colgaba de las puertas del camión empezó a gritar que el camión se iba. Laurinda gritó que Sofia también iba y les pidió a los pasajeros que se apretujaban en la caja que la ayudaran a subir. Alguien cogió sus muletas y después sintió unos brazos fuertes que la levantaban. No pudo evitar que se le subiera la *capulana*. Cuando estaba en el aire muchos pudieron ver que tenía dos piernas ortopédicas. Se apretujó entre la multitud y le devolvieron las muletas. El chico extendió la mano y ella le dio el dinero. Un último grupo de personas subió al camión con cestos, cajas y una cabra balando. Después el camión arrancó. Sofia no necesitaba apoyarse en las muletas. Estaba comprimida entre dos mujeres gordas que llevaban unos grandes cestos sobre la cabeza.

Sofia se alegró de estar rodeada de tanta gente. No quería pensar en la soledad que había sentido durante tanto tiempo.

Sentía el aire fresco en la cabeza. El camión botaba, se balanceaba y se inclinaba. Enseguida llegaron a las afueras de la ciudad y el camión aumentó la velocidad. De vez en cuando se detenía para dejar pasajeros y recoger a otros. Sofia le preguntó a una de las mujeres gordas que estaban a su lado si quedaba mucho para Boane.

—Primero hay que cruzar el puente —contestó—. Después subimos una cuesta, bajamos otra y ya estamos.

Sofia cerró los ojos y notó el viento en la cara. Pensó que en realidad debía resolver cómo encontrar el camino a casa después de bajar del camión en Boane. Y ¿cómo volvería a la ciudad si no tenía dinero para un billete? Pero eso no le preocupaba. Muazena le había contado que entre los secretos del fuego también había soluciones para muchos problemas. Sofia pensó que en algún lugar encontraría un fuego ardiendo frente al que sentarse a contemplar las llamas.

El camión frenó y se paró al borde del camino. Habían llegado. Muchos se bajaban y empujaban a Sofia hacia uno y otro lado. Luego tiró las muletas al suelo y consiguió la ayuda de unos brazos fuertes para bajar de la plataforma. Sabía qué dirección debía tomar. Como el sol pegaba muy fuerte se enrolló un trozo de tela en la cabeza. Después empezó a caminar. Las muletas se hundían en la gravilla y le costaba avanzar, pero apretó los dientes y siguió hacia delante. Sabía que el camino era largo. En la afilada bruma del sol vio el

contorno de las montañas en el horizonte. Ya tenía la sensación de estar en casa. Eran las montañas que ella y Maria veían siempre cuando corrían hacia los campos por la mañana.

Cuando llevaba un rato sudando se sentó a la sombra de un árbol y se comió el trozo de pan. Se arrepintió de no haber cogido agua. Antes de llegar a casa tendría muchísima sed. Tenía los muslos y la rodilla izquierda resentidos. Pero no tenía tiempo de descansar a la sombra. Debía continuar. De vez en cuando pasaba un coche. Pero ninguno se paraba para preguntarle si quería que la llevasen.

Sofia no llegó al poblado hasta bien entrada la tarde. Entonces ya estaba derrotada por el cansancio y la sed. En el borde exterior del poblado había un pozo. Lo llevaba esperando desde hacía varias horas. Cuando al fin llegó había muchas mujeres y niños con cubos de plástico esperando su turno para coger agua. Pero muchas de las mujeres reconocieron a Sofia, mujeres que creían que también había muerto y que ahora se alegraban de verla. Le dieron agua y después Sofia se sentó en el borde del pozo para descansar. Alguien le dio una fruta, y todos le preguntaron acerca de la ciudad y dijeron que querían ver sus piernas. Sin que Sofia lo supiese, alguien había ido corriendo a la choza de Lydia a comunicar que Sofia había vuelto a casa.

Se encontraron después de que Sofia hubiera dejado atrás el pozo, cuando hacía el último tramo. De repente vio llegar a Lydia junto con Alfredo. Lydia parecía casi atemorizada de verla. Le acarició los brazos y le preguntó si la habían enviado del hospital.

—Solo quería visitaros —dijo Sofia—. Mañana tengo que volver otra vez.

—¿Has venido andando todo el camino? —preguntó Lydia—. Habrás tardado días.

—He venido en camión —dijo Sofia—. Compré un billete.

No le dijo que no tenía dinero para el billete de vuelta. Solo la intranquilizaría. Sofia nunca había entendido por qué las personas adultas siempre se preocupaban por problemas que no aparecerían hasta más tarde, otro día.

Cuando hubieron vuelto a casa y se hubo sentado sobre la alfombra de rafia Sofia se sintió tan cansada que hubiera preferido acostarse. Pero todo el rato llegaba gente de visita, todos la querían saludar. Una y otra vez tenía que contar su estancia en el hospital, hablar sobre la gran ciudad y enseñar las piernas. Se olvidó del cansancio y sintió la alegría de estar en casa, con la gente que conocía. Lydia había empezado a cocinar y Alfredo estaba sentado con los ojos bien abiertos al lado de Sofia, mirándola.

Sofia se percató de que Lydia había engordado. Eso quería decir que pronto tendría un hijo y Sofia otro hermano. Sofia se preguntaba cuál de los hombres que iban a visitarla era el padre del niño. No se lo quería preguntar a Lydia. Ya tendría tiempo de saberlo. La idea de tener un hermano nuevo la alegraba. Simplemente porque quería decir que todo le iba bien a su madre Lydia.

Esa noche se quedaron junto al fuego más tiempo de lo habitual. Todavía surgieron varias personas de las sombras que se acercaban a saludar. Alfredo se durmió a su lado y al final solo quedaron Sofia y Lydia junto al fuego.

—¿Cuándo vuelves definitivamente? —preguntó Lydia.

—No lo sé —contestó Sofia—. Pronto, espero.

—No tendrías que haber cogido un camión para venir —dijo Lydia—. ¿Quién te dio dinero para el billete?

—El doctor Raul.

—¿Y si no encuentras el camino de vuelta?

—Los camiones siguen la carretera —dijo Sofia—. Y la carretera lleva a la ciudad. No puedo equivocarme.

Cuando Lydia hubo metido a Alfredo en la choza Sofia dijo que quería quedarse un rato junto al fuego antes de irse a dormir. Lydia no le preguntó por qué, simplemente se metió en la choza.

Sofia estaba sola. Mientras estaba allí sentada mirando las llamas comprendió que había echado tanto de menos el fuego como el estar en casa. Ahora y por primera vez, sentada bajo la tibia oscuridad delante de la choza y con el sonido de los tambores resonando a lo lejos, pudo pensar seriamente en todo lo ocurrido. Ya no eran solo las caras de Muazena y Hapakatanda las que vislumbraba entre las llamas. Ahora veía también la cara de Maria. Maria, que ahora estaba en algún lugar entre los muertos. Sofia tuvo una sensación de calma cuando pensó que Maria tenía a Muazena y a Hapakatanda cerca.

Era como si pudiese oír la voz de Maria. Decía que no era culpa de Sofia que estuviera muerta. Nadie sabía que había una mina justo donde Sofia puso el pie derecho. No era culpa suya.

Cuando finalmente Sofia fue a acostarse, el fuego se había convertido en brasas. Quizá la razón de haber tenido que ir allí fuera la de oír la voz de Maria entre las llamas del fuego. Si era así, había hecho bien en ir a casa. Ni siquiera Veronica podría enfadarse con ella.

Al día siguiente Sofia no tuvo que preocuparse por cómo iba a conseguir dinero para el viaje de vuelta. José Maria había oído que Sofia estaba de visita y apareció en el camino. Se agachó delante de ella y sonrió.

—Sabía que saldrías adelante —dijo—. Pronto podrás venir otra vez.

Luego dijo lo mejor de todo.

—Voy a ir a la ciudad esta tarde. Puedes venir conmigo.

Por la tarde Lydia le dio a Sofia un cesto con verduras. José Maria llegó con su coche. Era la hora de irse. Sofia se despidió y miró los negros restos del fuego de la noche anterior.

—Volveré pronto, Maria —murmuró para sí misma.

Esa noche, tumbada de nuevo en su habitación solitaria, pensó que ahora sería más fácil, sabiendo que en poco tiempo podría volver a casa para siempre.

Además, había hablado con Maria. Maria estaba con Muazena y Hapakatanda. Allí estaría bien. Lo mejor que te puede pasar estando muerto.

Sofia pensó que lo peor ya había pasado. Todo el sufrimiento, la soledad. Acarició a Kukula y Xitsongo, que estaban a su lado en la cama.

Realmente se habían convertido en sus mejores amigas.

9

Y un día se acabaron las prácticas.

Sofia pensó que el tiempo, tan extraño, el que existía y no existía a la vez, la había vuelto a sorprender. En la parte final había pasado tan deprisa que ni siquiera había pensado en él.

Mestre Emilio y el doctor Raul entraron en la sala que ella recorría de un lado a otro mientras Benthino miraba. La estuvieron observando un rato y después, cuando Sofia se sentó a descansar, le dijeron que ya no necesitaba practicar más. Ya podía irse a casa, ya no tenía que volver otra vez.

Sofia no se lo creía. ¿De veras podía ser posible? ¿Que se hubiese acabado la larga soledad?

—Tus nuevas amigas ya cuidan bien de ti —dijo el doctor Raul, señalando a sus piernas.

—Dentro de unos años tienes que volver —dijo Mestre Emilio—. Pero no antes de que hayas crecido tanto que necesites dos piernas nuevas.

—Ya no le puedo enseñar nada más —dijo Benthino—. Ya tengo a muchos a la cola para aprender a caminar otra vez.

—Yo mismo te llevaré a casa —dijo el doctor Raul—. Mañana iré a buscarte a la casa en la que estás viviendo.

Ese día fueron a verla varias de las enfermeras que habían cuidado de ella durante la primera y difícil época. Eran Marta y Celeste y Mariza. Sofia se sentía cortada todo el tiempo y no sabía qué decir. Por la tarde, justo antes de que llegara el coche que venía a recogerla, salió a toda prisa, brincando sobre sus muletas, hasta donde se sentaban las mujeres que vendían sus productos en la calle. Miranda estaba allí, lo mismo que todas las demás. Cuando Sofia les contó que volvía a casa estalló un gran estruendo. Gritaban y hablaban a la vez y le deseaban buena suerte. De nuevo Sofia se sintió cortada.

Cuando hubo llegado a la casa para viejos y enfermos, le faltaba la parte más difícil. Tenía que despedirse de Veronica, que tanto la había ayudado. Veronica, que había sido como su segunda madre durante todo aquel larguísimo tiempo. Sofia la extrañaría de una manera especial, casi como extrañaría a los que se habían quedado en el poblado quemado de donde una vez tuvieron que huir. Pero Veronica parecía contenta de que Sofia volviera a casa.

—Seguro que vendrás un día a visitarnos —dijo.

Sofia asintió. Pero se preguntaba si lo podría hacer algún día. Ahora que se iba de la ciudad le costaba creer que volvería. No se había llegado a acostumbrar a los edificios altos, a todos los coches y a toda esa gente que estaba por todas partes pero que ella no conocía. Sofia quería vivir entre personas que tuviesen nombre, que aunque quizá no fueran de su familia, al menos sí eran sus amigos. Una vez, mucho tiempo atrás, cuando todavía estaban huyendo, había pensado que la ciudad era algo interesante, algo que deseaba ver, del mismo modo que deseaba ver el mar. Pero ahora sabía que había una diferencia entre el mar y la

ciudad. La diferencia estaba dentro de ella. Quería dejar la ciudad. Pero el mar lo quería ver otra vez.

Recordó también a la mujer mayor que había estado con ellos cuando huyeron. La que un día se sentó y nunca más volvió a levantarse. «No tenemos las piernas hechas para llegar a la ciudad», había dicho. Aun así, Sofia había llegado. Pero lo hizo para que le dieran unas piernas nuevas.

Recogió sus pertenencias y se sentó luego en la puerta para ver ponerse el sol. En todas las puertas a lo largo del porche veía cabezas y cuerpos encogidos. La mayoría eran hombres viejos, sin fuerzas, ciegos, con cuerpos a los que les faltaba un brazo o una pierna. Sabía que muchos de ellos tenían una enfermedad llamada lepra. Sofia pensó que ellos se quedarían siempre allí. No tenían ningún sitio adonde ir, ningún lugar al que volver.

Veronica llegó con un plato por última vez. Sofia comió y Veronica se sentó a su lado en la puerta.

—¿Quién va a vivir aquí después de mí? —preguntó Sofia.

—Siempre viene alguien —contestó Veronica.

Sofia había estado pensando en una cosa durante la mañana. Ahora le pareció oportuno decirlo.

—Si Hortensia vuelve —dijo—, salúdala de mi parte.

Parecía como si Veronica no se acordase de quién era Hortensia. Pero de repente asintió con la cabeza.

—Hortensia —dijo—. Casi la había olvidado. Claro que la saludaré si vuelve algún día.

Cayó el atardecer. Cayó la oscuridad. Aquella noche Sofia se durmió pronto. Era como si no se pudiese hacer de día lo bastante rápido para que pudiese volver a casa con el doctor Raul.

Al día siguiente dejó la ciudad. El doctor Raul había ido a buscarla. Era la primera vez que lo veía sin la bata blanca de médico. Su coche era pequeño y viejo. El parachoques colgaba de un alambre, le faltaba uno de los faros, y cuando Sofia se hubo sentado, se negó a arrancar. El doctor Raul abrió los brazos resignado. Después maldijo. A pesar de que parecía enfadado Sofia no podía parar de reír. Unos chicos les ayudaron a empujarlo hasta ponerlo en marcha. A Sofia le parecía curioso que un médico que seguro que tenía mucho dinero tuviese un coche tan malo, pero no dijo nada. El doctor Raul iba al volante cantando. De vez en cuando le gritaba a otros coches si consideraba que habían hecho alguna maniobra incorrecta.

Cuando se detuvieron en un semáforo en rojo, se giró y la miró.

—Hoy tengo el día libre —dijo sonriendo—, por eso te puedo llevar a casa. Hoy soy tu *motorista** privado.

Salieron de la ciudad. Sofia vio que pasaban por campos en los que había mujeres agachadas sobre sus picos. Sentía cuánto echaba de menos tener tierra en las manos otra vez. En realidad también le entraban ganas de cantar cada vez que el doctor Raul tarareaba alguna de sus melodías. Pero no se atrevía del todo, así que se limitó a cantar por dentro.

En un cambio de rasante tuvieron un pinchazo. De repente el coche empezó a temblar y el

doctor Raul se metió en el arcén. Se bajó del coche y dio una vuelta alrededor. Sofia miró por la ventanilla cómo le daba patadas a la rueda de atrás.

—¿Sabes cómo se cambia la rueda de una coche? —preguntó—. Yo no tengo ni idea.

Sofia negó con la cabeza.

A pesar de que le costaba entrar y salir del coche abrió la puerta. Se apoyó en una de las muletas y salió a la carretera sin caerse. Mientras tanto el doctor Raul había empezado a revolver en el maletero en busca de la rueda de recambio y las herramientas que necesitaba. Su camisa blanca ya se había ensuciado.

—Sé operar a personas —dijo—, pero no sé cambiarle la rueda a un coche.

—Yo no sé ni operar ni cambiar ruedas —dijo Sofia. Después levantó una muleta y le hizo señas a un coche que estaba a punto de rebasarlos.

—¿Qué haces? —preguntó el doctor Raul.

—Lo que no puedes hacer solo hay que hacerlo con la ayuda de alguien —dijo Sofia.

Volvió a menear la muleta. Un coche se metió en el arcén detrás de ellos. Un hombre se bajó y les preguntó qué había pasado. Luego cambió la rueda del coche. Sofia miraba interesada. Si alguna vez tenía que volver a ir en el viejo coche del doctor Raul, era mejor que aprendiese a cambiar una rueda pinchada. Cuando hubo acabado, el doctor Raul quiso pagar al hombre por su ayuda. Pero él simplemente abrió los brazos y rio con su cara negra y sudada.

—Quizá me deje operarle algún día —dijo el doctor Raul.

—Preferiría que no —respondió el hombre asustado—. No estoy enfermo.

Sofia se sentó en el asiento trasero otra vez. El hombre ayudó a poner el coche en marcha.

Pronto llegaron a Boane y salieron de la carretera principal. Cruzaron el río Impamputo. El puente era estrecho y el doctor Raul tuvo que esperar que cruzara un rebaño de cabras. Sofia vio cómo jugaban los niños en el agua. Más lejos había un hombre desnudo lavándose. Junto al pie del puente había unas mujeres lavando ropa. Sofia miraba todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor y pensaba: «Eso lo puedo hacer. Eso lo puedo hacer. Y eso. Y eso».

En realidad solo había dos cosas que nunca podría volver a hacer en la vida:

Bailar y correr.

Aquello la entristecía. Sobre todo el hecho de no poder bailar. Correr no era tan importante. Pero no poder estar nunca en círculo con las demás mujeres y bailar…

Había otro pensamiento rondando en su cabeza, un pensamiento que apenas se atrevía a concebir. ¿Qué pasaría cuando se hiciera mayor? ¿Habría algún hombre que quisiera casarse con ella? ¿A pesar de que tuviese dos piernas ortopédicas? ¿A pesar de que ya no pudiese bailar? ¿Tendría hijos? ¿O viviría toda su vida sin poder sujetarse un hijo propio en la espalda?

No quería pensar en eso. Sería como atraer la fatalidad al exponer sus temores.

Habían dejado atrás el río. El camino estaba ahora lleno de hoyos y era estrecho. El doctor Raul había subido la ventanilla para que la gran polvareda que levantaban no entrase. Sofia pensaba en que ya había ido por ese camino, en el sentido contrario, sin que lo pudiese recordar. La vez que había tenido lugar el accidente. Pensaba en que tenía muchas preguntas que quería responder. Todavía había tanto que no sabía.

Llegaron a las afueras del poblado.

—Ahora me tienes que indicar el camino —dijo el doctor Raul—. A partir de aquí no sé llegar.

Sofia le explicó por dónde ir. Enseguida estarían en casa. Para decepción de Sofia no había nadie allí. Uno de los vecinos fue a saludarla. Ella le preguntó por Alfredo. Podía suponer que su madre Lydia estuviese en los campos trabajando.

—Hoy Alfredo está con tu madre —dijo el vecino.

El doctor Raul estaba junto al coche y observaba pensativo la choza donde vivía Sofia. Miraba las paredes de paja, abiertas, y pensaba que cuando llegaran las lluvias dormirían sobre tierra húmeda porque la lluvia atravesaría aquel techo en mal estado. Sofia pertenecía a una familia pobre, los más pobres entre los pobres. Aun así sabía que ella estaba contenta de estar en casa.

«Sofia es fuerte», pensó. «Saldrá adelante».

Aun así sentía pena por la vida que ella tenía por delante. Una vida llena de penurias. La vida de los pobres.

Se despidió de Sofia.

—Espero que todo vaya bien —dijo—. Cuando tenga tiempo vendré a visitarte.

Sofia se quedó cortada y bajó la mirada. Casi le daba vergüenza haberle causado tantos problemas al doctor Raul. Le había obligado a cuidar de ella y a operarla. Seguro que tenía otras personas más importantes a las que atender.

Le saludó con la mano cuando se fue.

Se preguntaba si lo volvería a ver.

Sofia se pasó el resto del día a la sombra del árbol que estaba junto a la choza, disfrutando de estar en casa. De vez en cuando venía alguien que se paraba en el camino y la miraba, como si no creyera lo que veía. Luego se le acercaba y ella tenía que explicar por enésima vez lo que había pasado y enseñar sus piernas nuevas. Se dio cuenta de que según se iban relevando los que querían saber su historia ella contaba cada vez menos. Hubiera preferido que no le preguntaran nada.

Sería mejor si todos lo olvidaban. Si todos lo olvidaban excepto ella misma. Porque ella no podía olvidar. Entonces Maria también desaparecería para ella. Y eso no podía pasar nunca.

Nunca mientras ella siguiese viva.

Era ya bien entrada la tarde cuando Sofia vio por fin a Lydia en el camino. A su lado corría Alfredo. Sofia se levantó del banco y saludó con la mano. Fue Alfredo quien la vio primero. Tiraba a Lydia del brazo y señalaba a Sofia.

En ese momento Sofia se dio cuenta de que Lydia cargaba un bebé a la espalda. Se le había olvidado completamente que Lydia iba a tener un hijo. Sintió cómo le subía un calor de alegría. Un hermano nuevo. ¿O sería una hermana?

Se abrazaron. Lydia la acarició, Alfredo se mantuvo algo apartado, cortado de ver a Sofia otra vez. Después Lydia bajó al bebé de la espalda y se lo tendió a Sofia, quien se había vuelto a sentar.

—Tu hermano —dijo Lydia sonriendo. Sofia vio que a Lydia se le habían caído algunos

dientes.

Sofia tomó a su hermano. Dormía y tenía apenas un mes de edad. ¿Cuánto hacía en realidad desde la última vez que Sofia había visto a Lydia? Para ella todos los días se fundían. Cogió a su hermano en brazos y sintió una gran alegría.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Faustino —dijo Lydia—. Su padre vendrá a la hora de cenar.

Por fin le llegaría a Sofia la respuesta que tanto había esperado. Ahora sabía que pronto conocería al nuevo hombre de Lydia. Era un momento importante. Notó que se ponía nerviosa, pero contenta a la vez. Todo sería más fácil si había un hombre en la casa.

Lydia empezó a preparar la cena. Sofia estaba sentada con su hermano en brazos.

—Al final has vuelto —decía Lydia una y otra vez—. Por fin has vuelto.

E inmediatamente Lydia se puso seria. Sofia no conocía a nadie que pudiera pasar más rápidamente de estar alegre a ponerse seria.

—Pero ¿cómo te las vas arreglar? —dijo.

Al principio Sofia no sabía lo que quería decir.

—Puedo caminar otra vez —dijo.

Lydia meneó la cabeza, pero no dijo nada más. Sofia sintió que le empezaba a doler el estómago. ¿Qué era lo que Lydia había querido decir? ¿Por qué no iba a salir adelante?

No dejó de pensar en ello.

De pronto se le acercó un hombre. Sin ser visto se había ido aproximando por entre las sombras que quedaban a su espalda.

Al instante Alfredo corrió a la choza.

Sofia comprendió en el acto que se había asustado por el hombre que acababa de llegar. Era grande y fuerte. Sofia podía notar en su aliento que había bebido *tontonto*[*]. La miró con una mirada tan penetrante que ella tuvo que bajar la vista.

—¿Quién es esta? —preguntó.

Sofia vio de reojo que le hacía gestos a Lydia para que se levantara de junto al fuego, donde estaba agachada preparando la comida.

—Es mi hija Sofia —contestó Lydia.

Sofia no reconoció su voz. Era diferente, más débil. Era como si alguien la hubiese pegado.

El hombre dio un paso hacia Sofia.

—Así que esta es la que fue lo bastante torpe como para pisar una mina —dijo.

Sofia se quedó completamente rígida.

—Y ahora ha vuelto a casa —dijo el hombre—. Ahora está aquí y necesita comer. Las muletas las tendrá que llevar toda la vida.

El hombre desapareció un momento al otro lado de la choza.

—No hagas caso de lo que dice —dijo Lydia flojito—. Dice muchas cosas cuando ha bebido. Pero es buena persona.

—¿Es mi padrastro? —preguntó Sofia.

Lydia asintió. Después corrió al fuego otra vez para que no se le quemase la comida.

Alfredo sacó la cabeza con cuidado por la entrada de la choza. Sofia podía ver que le tenía miedo a su padrastro, al padre de Faustino.

A Sofia le aumentaba más y más el dolor de estómago. ¿Por qué se había buscado Lydia un hombre malo? ¿Por qué él no se había alegrado de verla? ¿Por qué le había dicho que

había sido torpe al pisar la mina? Pero también intentaba pensar que lo que Lydia había dicho era cierto. Solo era malo cuando había bebido *tontonto*. Solo era entonces cuando Alfredo le tenía miedo.

Pero en el fondo intuía que no era así. Mucho tiempo después, muchas vueltas de luna más tarde, comprendería que ya entonces, aquella primera noche, había visto claro que no podía quedarse.

Cuando el hombre de Lydia surgió de repente de entre las sombras detrás de la choza entendió que había perdido su hogar. El nuevo hombre de Lydia quería tener a Lydia, no a sus hijos. Ya lo había oído antes, padrastros que echaban a los hijos que una mujer había tenido antes. Pero nunca había pensado que aquello le pudiera pasar a Lydia.

Al momento se avergonzó de sus pensamientos. A lo mejor, a pesar de todo, era tal y como había dicho Lydia. Solo se volvía malo cuando había bebido *tontonto*.

Comieron en silencio. Alfredo se sentaba lo más lejos posible del fuego. Se escondía en la oscuridad al lado de Sofia. Lydia se dirigía al hombre con el nombre de Isaias. Sofia tenía la sensación de que a ella también le daba miedo. No comprendía por qué Lydia había escogido a un hombre al que no le gustaban sus hijos. Un hombre al que temía. Sofia ya no reconocía a su madre. ¿Qué le había pasado? Recordó cómo era Lydia antes. Llena de fuerza y alegría, siempre hablando, riendo, bailando, trabajando. Ahora estaba sentada acurrucada, la cara parecía haber encogido y se le habían empezado a caer los dientes.

Cuando hubieron comido, Isaias se metió en la choza sin decir una palabra. Enseguida se oyeron sus ronquidos.

—¿Va a vivir aquí? —preguntó Sofia.

—Va a cuidar de nosotros —contestó Lydia—. Tienes que obedecerle tanto como me obedeces a mí.

—¿Qué hace? —preguntó Sofia.

—No tiene trabajo —dijo Lydia—, pero está buscando algo que sepa hacer para ganar dinero.

—¿Cómo nos va a ayudar si no trabaja?

Sofia notó que no podía esconder su enfado y su tristeza. La alegría de estar por fin en casa había desaparecido otra vez. La vida solo sería más difícil con Isaias. ¿Cómo iba a obedecer a un hombre que no mostraba que la quería?

—No quiero que viva aquí —dijo Sofia.

Lydia se enfadó.

—Tú me vas a decir lo que tengo que hacer —gritó—. He encontrado a un hombre nuevo, ya tenemos un hijo juntos y tú te opones.

Después empezó a llorar. Sofia se arrepintió de haberle hablado a Lydia de esa manera. No podía saber cómo era para Lydia vivir tanto tiempo sin Hapakatanda. Decidió pensar que tal vez era bueno que Isaias viviera con ellos a partir de ahora.

Pero Isaias bebía cada día. En varias ocasiones pegó a Alfredo. Lydia parecía encogerse cada vez más. Sin embargo le dejaba mandar. Sofia intentaba obligarse a pensar que todo cambiaría.

Pasaron varias semanas. Sofia había dejado las muletas apoyadas en la pared de la choza y estaba barriendo el patio. Podía mantener el equilibrio con ayuda de la escoba. De repente alguien se la arrebató. Sofia se desequilibró y cayó al suelo.

Era Isaias quien se la había cogido. Sofia se dio cuenta de que no había bebido. Por lo visto creía que había hecho algo divertido, porque se estaba riendo.

Luego tiró la escoba al suelo, a su lado.

—Parece que te he dado un susto —dijo.

Sofia no contestó. Se agarró a la escoba y se puso de pie. Luego siguió barriendo.

Esa noche estuvo mucho rato junto al fuego. Había tomado la decisión de marcharse. Allí no se podía quedar. Sintió lástima por Alfredo. Pero no se lo podía llevar consigo.

Adónde iba a ir era algo que desconocía. Al final decidió regresar a la ciudad. Quizá encontrara a alguien allí que la pudiera ayudar. Si no le salía bien tendría que hacer lo mismo que muchos otros: sentarse en la calle y mendigar. Cualquier cosa que pudiera pasar sería mejor que quedarse en casa.

Se iría muy temprano al amanecer. Como no tenía dinero tendría que ir a pie hasta la ciudad. No sabía si lo conseguiría. Lo peor era si se le saltaban las sujeciones que le aguantaban las piernas al cuerpo. Si eso pasaba no tendría más remedio que continuar a gatas.

A pesar de todo, no dudó. Se marcharía a la ciudad. Allí estaba el doctor Raul. Él debería poder ayudarla.

Esa noche no llegó a entrar en la choza. Se quedó junto al fuego y lo vio apagarse. La noche era tibia y Sofia cabeceaba con la espalda apoyada contra la pared de la casa. Luego se fue. No se dio la vuelta cuando dejó el poblado.

Tardó tres días y tres noches en volver a la ciudad. La mayor parte del camino lo hizo dando saltos con ayuda de las muletas. De vez en cuando había algún coche que paraba y la llevaba unos pocos kilómetros. Alguien le dio un trozo de pan. El agua la bebía de los pozos que se iba encontrando en los poblados por los que pasaba.

El segundo día descubrió que su pierna izquierda tenía una brecha. Se asustó. No quería llegar al doctor Raul sin sus piernas. Intentó apoyar el mayor peso posible sobre la pierna derecha. Eso hizo que sufriera calambres y que tuviera que parar más a menudo.

Llegó a la ciudad una noche, muy tarde. Se acurrucó debajo de un camión oxidado y despedazado para dormir hasta que llegara el amanecer. Tenía tanta hambre que le dolía el estómago. Había grandes ratas rascando a su alrededor. De vez en cuando las espantaba con una de las muletas. Nunca había pasado una noche tan larga como aquella. Era como si el sol hubiese decidido no alzarse nunca más por encima del horizonte. De nuevo pensó en el que Muazena había calificado como el primero de todos los temores. Quedarse solo. Ser la última persona sobre la Tierra. ¿Era ella? ¿Sofia Alface debajo de un camión oxidado en las afueras de una gran ciudad, en algún lugar de África?

A pesar de todo, el amanecer llegó. Sofia salió arrastrándose de debajo del camión y prosiguió su camino hacia el interior de la ciudad. Después de muchas horas logró llegar hasta el hospital. En el aparcamiento encontró el coche del doctor Raul, que seguía teniendo el parachoques colgando de un alambre.

Se sentó en el suelo junto al coche y esperó.

Fue allí, al atardecer, donde el doctor Raul la encontró, cuando se dirigía a sus casa tras un largo día en el hospital.

10

El doctor Raul tenía una esposa que se llamaba Dolores. Aunque la quería mucho y tenían cuatro hijos juntos, a veces también podía llegar a tenerle miedo. Dolores podía ser muy dura, estricta. Raul sabía que la irritaba que fuera tan despistado. También temía que se enfadara cada vez que él le decía que no tenían dinero para comprarse un coche nuevo.

Ese día en concreto estaba preocupado por lo que diría Dolores cuando llegara a casa con Sofia.

Se la había encontrado durmiendo junto al coche. Al principio había creído que era alguno de los muchos niños que viven en la calle y que solían lavarle el coche con un trapo sucio, con la esperanza de que el doctor Raul se prestara a darles un billete. Ya había empezado a rebuscar con la mano en su bolsillo cuando se dio cuenta de que era Sofia, su antigua paciente, quien estaba allí junto a una de las ruedas traseras. Era la que había llevado hasta el poblado cerca de Boane poco tiempo atrás.

Se quedó quieto con la frente arrugada, pues intuía que algo había pasado. En ese instante ella abrió los ojos como si lo hubiese oído, o como si hubiese sentido su presencia. El doctor Raul hizo lo que tantas veces antes, mientras Sofia estaba en la cama del hospital: se quedó agachado delante de ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No podía quedarme más en casa —contestó Sofia.

El doctor Raul dejó que la respuesta le calara hondo. ¿Por qué no se había podido quedar? Sonó muy extraño a sus oídos. La familia africana nunca rechazaba a nadie, por muy pobre que esta fuese, o por muy lejano que fuese el familiar que regresaba buscando un lugar junto al fuego.

Al final hizo lo único que podía hacer. Se sentó a su lado y apoyó la espalda contra el coche.

—Explícamelo —dijo—. Explícame lo que ha pasado.

Las palabras de Sofia salían a trompicones, como si las empujara con gran dolor.

Habló de Isaias, de cómo había surgido de la oscuridad y de cómo un día le había arrebatado el palo de la escoba de sus manos haciéndola caer.

El doctor Raul escuchaba y sabía que lo que ella estaba contando probablemente fuera todo cierto. Obviamente podía estar exagerando, los niños solían hacerlo. Quizá más los niños pobres, cuyo único exceso era exagerar su desgracia. Tampoco era la primera vez que oía la historia de Sofia. Su experiencia se correspondía con las de una infinidad de niños. Raul pensaba que lo peor de la pobreza y la desgracia era que las personas se veían obligadas a hacer lo que no querían. Probablemente Lydia necesitaba un hombre que la pudiese ayudar. Pero cuando el hombre estaba, lo tenía que obedecer. Y a menudo los hombres no querían saber nada de los hijos anteriores que tuviese la mujer. Sofia no era ninguna

excepción, una niña cuyas piernas habían reventado, que dependía de unas muletas para avanzar a saltitos.

Escuchó sus palabras y al final comprendió lo que había pasado.

Había regresado a la ciudad porque no se podía quedar en el poblado con su madre. Y la única persona a la que podía acudir era al doctor que la había curado.

Sofia era todavía su paciente, pensó. Y, simplemente, no la podía dejar allí en la calle. Si lo hacía, no tardaría en perecer. Otros niños la humillarían y la perseguirían, la pegarían y la maltratarían, y lo mismo los adultos que vivían en las calles. Le robarían las muletas y también las piernas, que aparecerían en algún otro lugar de la ciudad, en un mercado donde servirían de intercambio. Pasaría hambre y enfermaría de sarna, de tos, de malaria. Un día aparecería muerta debajo de unos cartones sucios. Nadie sabría quién era. La enterrarían en alguno de los grandes agujeros que regularmente se abrían en los bordes de los cementerios, los agujeros de los pobres, donde los cuerpos eran lanzados sin ataúdes, sin sacerdote, sin nada. Más o menos como cuando se tira la basura en un contenedor enfrente de casa por la mañana.

Pensó en su esposa Dolores y en lo que diría cuando lo viese aparecer con Sofia.

Pero no había otra cosa que pudiera hacer.

—Vendrás a casa conmigo —dijo—. Después ya decidiremos qué hacemos.

Sofia se puso de pie sin decir una palabra y se sentó en el asiento de atrás.

Esta vez el coche arrancó sin que nadie tuviera que empujarlo.

El doctor Raul vivía en una casa que tenía dos plantas. Él vivía en la planta baja. La casa tenía un pequeño jardín. Escondida tras unos árboles al fondo del jardincillo había una caseta donde vivía el vigilante Sulemane. Cuando el doctor Raul tenía algún problema solía comentárselo a Sulemane, que era mayor y sabio. No era un buen vigilante, ya que se pasaba las noches durmiendo junto a la verja cuando en realidad debería estar despierto. Muchas veces el doctor Raul, cuando llegaba tarde en el coche, había tenido que despertarle. Dolores se enfadaba con él porque no despedía a Sulemane y contrataba a un vigilante que al menos aguantara despierto. Pero el doctor Raul no quería deshacerse de él. Sobre todo por los buenos consejos que le daba.

Cuando iban de camino a casa pensó en hablarle a Sulemane acerca de Sofia. Quizá él podía decirle lo que debía hacer.

El doctor Raul dejó a Sofia sentada en el coche mientras entraba en casa y le contaba a Dolores que traía consigo a una de sus pacientes.

—Se podría haber quedado a dormir en el hospital —dijo Dolores—. ¿Por qué te la tienes que traer a casa?

—Necesita darse un baño —dijo el doctor Raul—. Está muy sucia. No creo que entiendas cuánto ha tenido que andar dando saltitos con las muletas.

Dolores no dijo nada más. El doctor Raul salió a buscar a Sofia. Cuando Dolores la vio, su enfado enseguida menguó. La niña estaba realmente sucia. Y se la veía cansada y triste.

—Pobre niña —murmuró—. ¿Por qué la vida tiene que ser tan difícil?

Le dieron de comer. Los hijos del doctor Raul la miraban con atención.

Sofia se sentía ruborizada y bajó la mirada. La comida sabía diferente. Pero tenía mucha

hambre. No estaba acostumbrada a comer con cuchara. Normalmente comía con los dedos. Pero pensó que era mejor que hiciera igual que los que estaban a la mesa.

Después de la cena, Dolores echó agua en la bañera. Cuando Sofia entró en el baño se quedó totalmente muda. Nunca había visto un baño antes. Era más grande que toda la choza del poblado de las afueras de Boane. Brillante y blanco, con agua corriente, luz eléctrica, toallas, jabones perfumados. No vio una hoguera en ninguna parte. Y aun así el agua estaba caliente. Dolores le enseñó cómo lo debía hacer y la dejó sola. Se quitó la ropa, se desató las piernas y se deslizó por encima del canto de la bañera, dentro del agua caliente. Le pareció no haber vivido nunca antes algo tan agradable. Cerró los ojos y pensó en el mar que había visto una vez. El agua salada no estaba tan caliente. Aun así se imaginó que era en el mar donde estaba ahora tumbada, meciéndose. Sin darse cuenta se quedó dormida. Cuando Dolores asomó la cabeza por la puerta del baño Sofia estaba durmiendo. Tenía la cabeza apoyada en el borde de la bañera. Dolores la miró. Los muñones se veían claramente en el agua. Meneó la cabeza y despertó a Sofia con cuidado.

—Te has dormido —dijo—. Lávate ahora mientras el agua está caliente.

Después, cuando Sofia se hubo secado, puesto las piernas y vestido, fue a buscarla el doctor Raul.

—Ahora vete a dormir —dijo—. Mañana hablaremos de lo que podemos hacer.

—No puedo seguir en casa —dijo Sofia otra vez.

El doctor Raul asintió.

—Lo hablamos mañana —dijo—. Ahora no.

Sofia estaba tumbada en una cama. Estaba en el despacho del doctor Raul. Un cuarto lleno de libros y una mesa grande llena de papeles y revistas. Por una ventana entraba la luz de una farola. Podía oír voces en la distancia. Eran Dolores y Raul que estaban hablando. La hacía sentirse cómoda. Aunque estuviese sola en la habitación con todos los libros, había gente cerca. Cerró los ojos y apartó todos los pensamientos. Enseguida se quedó dormida.

Dolores y Raul tomaban café y hablaban de lo que podían hacer por Sofia.

—Tiene que volver a casa —dijo Dolores—. No podemos resolver sus problemas.

El doctor Raul sabía que su mujer tenía razón. Pero al mismo tiempo dudaba de que Sofia fuera a seguir ese consejo. Había hecho el larguísimo camino desde Boane, había saltado con sus muletas con un calor insoportable y no se había rendido. Raul comprendía que la fuerza y la voluntad que Sofia tenía dentro, y que la habían hecho sobrevivir, y que ahora mostraba negándose a vivir con un padrastro que se reía cuando se caía al suelo, eran mayores que cualquier otra cosa.

El doctor Raul dejó la taza de café.

—Voy afuera a hablar con Sulemane —dijo.

—Se puede quedar un par de días —dijo Dolores—. Pero no más.

Sulemane estaba sentado en la verja arreglándose los zapatos. Su cara negra apenas se veía en la oscuridad. El doctor Raul llevaba consigo una silla de jardín y se sentó en ella. La noche era tibia. Le habló a Sulemane acerca de Sofia, mientras Sulemane, indiferente, seguía arreglando sus zapatos. Eran las suelas de las botas, se habían despegado. Tenía un pequeño

martillo e iba clavando los clavitos uno a uno. El doctor Raul se sorprendió de que pudiese ver algo en la oscuridad.

Después, cuando el doctor Raul no tuvo nada más que decir, se quedaron callados. Todo lo que se oía era el martillo de Sulemane. El doctor Raul sabía que Sulemane estaba pensando en lo que le había contado. No respondería hasta haber decidido lo que le iba a decir.

Pasó una hora. Sulemane seguía clavando las suelas. El doctor Raul esperaba.

Cuando las suelas estuvieron acabadas, Sulemane habló.

—Su madre vendrá a buscarla tarde o temprano —dijo—. Hasta entonces no creo que haya gran cosa que podamos hacer.

—¿Cuánto puede tardar eso?

—Puede pasar una semana. O un mes.

—Pero no puede quedarse aquí tanto tiempo.

Un nuevo problema había surgido. Sulemane se quedó pensativo, el doctor Raul esperaba la respuesta.

—Supongo que puede vivir en casa de mi hermana Hermengarda —dijo Sulemane al final —. Mi hermana tiene una casa entre la iglesia y el mercado de verduras.

El doctor Raul pensó que era una buena propuesta. El mercado no caía muy lejos. Si Sulemane decía que Sofia podía vivir en casa de su hermana es que era cierto.

—Pagaré por ella, por supuesto —dijo el doctor Raul.

Sulemane no contestó. El doctor Raul sabía que ahora estaba pensando en cuánto dinero le parecía que debía recibir su hermana. Pero el doctor Raul no necesitaba esperar hasta tener esa respuesta. Se la daría por la mañana del día siguiente. Volvió a entrar en casa y le contó a Dolores lo que Sulemane había dicho.

—A lo mejor viene a buscar a su hija —respondió—. Esperemos que Sulemane tenga razón.

—No suele equivocarse —dijo el doctor Raul.

Se fueron a dormir. Antes de apagar las luces de la casa, el doctor Raul entró en su despacho. La cabeza negra de Sofia resaltaba sobre la almohada blanca. Se quedó mirándola un rato mientras dormía. Después se metió en su propia cama.

—Una niña curiosa —dijo Dolores.

—Nadie que la conozca la puede olvidar —dijo el doctor Raul—. De qué depende, no lo sé.

Sofia se instaló en casa de la hermana de Sulemane, Hermengarda. La casa era pequeña y en ella vivía mucha gente. A Hermengarda no le importaba demasiado que se añadiera otro más a la familia. Era grande y fuerte y vendía gallinas vivas en el mercado. Cada mañana Sofia se despertaba con un ruidoso cacareo enfrente de casa. Era porque Hermengarda estaba discutiendo precios con los compradores. Sofia compartía la cama con otra niña que se llamaba Louisa. En la casa de Hermengarda no había cuarto de baño. Pero aun así se sentía más a gusto aquí que en la del doctor Raul. Ayudaba a lavar la ropa y a limpiar la casa y a cuidar de los niños más pequeños. Sin embargo, no olvidaba que debía pensar en el futuro. Solo vivía en casa de Hermengarda de manera temporal, no podía olvidarlo. En el

fondo deseaba que Lydia apareciese pronto delante de la casa de Hermengarda y dijera que Isaias se había ido y que ya podía volver. Pero se daba cuenta de que también estaba enfadada con Lydia. Era como si ella hubiese elegido apartarla en favor de un hombre que era malvado y que nunca la ayudaría. Se preocupaba por Alfredo, que estaba solo.

«Si al menos tuviera a Maria para poder hablar», pensó. «Ahora solo tengo las llamas de los fogones de Hermengarda. Muazena tiene que ayudarme».

Uno de los primeros días Hermengarda le preguntó a Sofia si había algo que le gustara hacer.

—Coser —contestó Sofia enseguida.

Hermengarda asintió con la cabeza.

—Está bien —respondió—. Veré qué puedo hacer.

Al día siguiente Hermengarda despertó a Sofia muy temprano, incluso antes de que los hombres que llevaban las gallinas cacareando aparecieran delante de casa.

—Vístete —dijo—. Date prisa. Tengo una buena amiga que tiene un pequeño taller de costura. Me ha prometido que te dejará demostrar lo que sabes hacer. Si le parece que eres buena podrás trabajar allí. No te pagará. Pero aprenderás. Es más importante que el dinero.

Sofia se ató las piernas y se vistió lo más rápido que pudo. Hermengarda, que siempre tenía muchas cosas que hacer, ya esperaba impaciente en la calle. Cuando Sofia estuvo lista salieron enseguida. Hermengarda iba tan deprisa que Sofia casi tenía que correr con las muletas. Pero no estaba lejos. Hermengarda se detuvo poco después delante de una casita que estaba escondida entre un jardín lleno de maleza. La casa estaba deteriorada, los canalones se habían caído y la escalera de piedra tenía grietas. La puerta estaba abierta y Hermengarda llamó a alguien que se llamaba Fatima. Una mujer igual de negra e igual de gorda que Hermengarda salió a la escalera.

—Aquí vengo con Sofia —dijo Hermengarda—. No tengo tiempo para quedarme.

Después se volvió hacia Sofia.

—Recordarás el camino de vuelta a casa esta tarde, ¿verdad?

Sofia pensó que sí lo haría. Hermengarda desapareció y Sofia se quedó sola con Fatima, que estaba parada en la escalera observándola detrás de unas gafas.

—Acércate para que te pueda ver.

Sofia se dirigió dando prudentes zancadas con las muletas hacia donde estaba Fatima. Al llegar a la escalera, Fatima se dio la vuelta, a la vez que le hacía gestos a Sofia para que la siguiera adentro. Sofia subió las escaleras con ayuda de las muletas.

Entró en la casa, y fue como si se internara en un mundo completamente distinto. Toda la casa estaba llena de pájaros. Había jaulas colgadas por todas partes, grandes, pequeñas, cuadradas, redondas; jaulas de madera, de hierba, de tela. Por todas partes había pájaros de mil colores trinando, cantando y chillando. Sofia se paró enmudecida en el umbral. Por la habitación también había pájaros que volaban libres. Una paloma plateada se le posó en el hombro y empezó a picotearle el pelo. Fatima había desaparecido en un cuarto contiguo pero volvió para ver qué había sido de Sofia.

—No le tendrás miedo a los pájaros, ¿verdad? —le preguntó—. Si es así, no podrás trabajar conmigo.

Sofia negó con la cabeza. No les tenía miedo a los pájaros. Simplemente era que estaba muy sorprendida de entrar en una casa en la que vivían más pájaros que personas.

—Siempre he soñado despertarme una mañana y tener alas en la espalda —dijo Fatima—. Probablemente no ocurra nunca. Por eso me rodeo de pájaros. Mil alas que baten y revolotean hacia cielos grises y azules.

Le hizo señas a Sofia para que la siguiera a la otra habitación. Era grande y circular y tenía ventanas altas a lo largo de las paredes. Sofia nunca había estado antes en un cuarto tan grande y luminoso. En el centro había una gran mesa de costura con varias máquinas de coser. Pegadas a las paredes había estanterías con telas de distintos colores. En diferentes lugares de la habitación había unos muñecos tan grandes como personas. De los muñecos, que observaban a Sofia con su mirada fija, colgaban telas y vestidos a medio hacer.

Fatima se rio.

—Cuando cierres la boca puedes sentarte en este taburete —dijo señalándole uno—. Después nos pondremos a trabajar.

Conocer a Fatima fue para Sofia como encontrarse con una hermana de Muazena. A pesar de ser más joven y más gorda que Muazena, estaba llena de su misma fuerza misteriosa. Podía contar historias, relatos, y no dejaba de coser ni un minuto, del mismo modo que Muazena siempre había picado con tesón la tierra seca para plantar o quitar las malas hierbas. La época que Sofia pasó con Fatima, entre los pájaros y las telas que transformaban en ropa, fue como si el tiempo se hubiera detenido.

Fatima era una profesora estricta. Se enfadaba cuando Sofia se descuidaba o no hacía lo que ella le había dicho. Pero Sofia reparó en que nunca alzaba la voz ni se ponía a suspirar o a quejarse sin motivo. Además, la elogiaba cuando hacía algo que estaba bien.

Pero, sobre todo, Fatima le enseñó a Sofia el secreto de la aguja de coser.

Sucedió una tarde en la que siguieron trabajando incluso después de oscurecer. Era un vestido de boda de seda blanca que tenía que estar listo para el día siguiente. Fatima le había prometido a Sofia que se podría quedar a dormir cuando hubiesen acabado. Había contratado a un chico para limpiar todas las jaulas. A él le envió a casa de Hermengarda con el recado de que Sofia no volvería hasta el día siguiente.

Atardeció. La tarde se convirtió en noche antes de que estuviera listo el vestido. Finalmente, Fatima asintió complacida y le pasó un brazo por los hombros a Sofia.

—No puede ser más bonito —dijo.

Después tomaron té en la terraza. Los pájaros estaban quietos en sus jaulas, un viento suave recorría el silencio.

Fatima y Sofia estaban sentadas una al lado de la otra en un sofá que se podía mecer.

Balanceaban las tazas dispares y resquebrajadas entre sus manos.

—Fue un hombre mayor quien me enseñó a coser —dijo Fatima de repente. Hablaba en voz baja, como si quisiera que el silencio que las rodeaba no se alterase—. Me enseñó que en la vida todo son costuras —prosiguió—. Son costuras lo que une todas las cosas. Hay costuras invisibles entre las personas. Nuestros sueños nos cosen la mente a los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos. Si uno quiere volverse inteligente y aprender a querer a las personas, debe coser. Puedes bordar tu añoranza y tu tristeza en un trozo de tela, y entonces descubres que todo resulta más fácil.

Eso le dijo Fatima a Sofia aquella noche. Y Sofia no lo olvidó nunca. Ya al día siguiente comenzó a coser dos retales sobrantes. Uno era Maria y el otro ella misma. Bordó un dibujo de diferentes hilos hasta crear el nombre de Lydia. Eso quería decir que la echaba de menos. Bordó un camino. Eso quería decir que cada día esperaba que Lydia apareciera y dijera que Isaias se había ido y que podía volver a casa.

Desde aquella noche supo que coser era lo que quería hacer en la vida. Y cuando Fatima empezó a elogiarla cada vez más y a darle encargos más difíciles, empezó a creer también que lo podría conseguir.

El tiempo pasaba. Lydia no iba a buscarla. Cada noche Sofia esperaba que el doctor Raul llamara a la puerta de la casa de Hermengarda y dijera que Lydia la había ido a buscar al hospital. Pero él nunca tenía nada que contar acerca de Lydia. Ella no aparecía. El doctor Raul se dio cuenta de que se ponía triste y para animarla le dijo que le alegraba mucho que hubiese aprendido a coser tan bien.

Sofia intentó dejar de pensar en Lydia, en Alfredo y en Faustino, aunque le resultaba muy difícil. Se había llevado a casa los dos retales que representaban a Maria y a ella misma. Si le costaba dormirse se levantaba sigilosamente de la cama y seguía cosiendo a la luz de la farola de la calle. Eso hacía que poco a poco todo se volviera más fácil. Pero la añoranza estaba allí todo el tiempo. ¿Por qué Lydia no aparecía? ¿Se había olvidado de que tenía una hija llamada Sofia?

La época de lluvias llegó a la ciudad. Llovió ininterrumpidamente durante días y semanas. La ciudad se llenó de tanta agua que las calles casi se dejaron de ver. Pero Sofia iba cada mañana a casa de Fatima y los pájaros. Y cada tarde volvía a la de Hermengarda.

Una tarde, cuando la lluvia estaba cayendo a mares, alguien llamó a la puerta. Era el doctor Raul. Sofia saltó de su silla. Por fin le contaría que Lydia la había ido a buscar al hospital. Se quedó mirándolo inquieta mientras él estaba allí de pie con la lluvia goteándole por la cara y la ropa.

—Hoy ha venido un hombre al hospital preguntando por ti —dijo.

Sofia se quedó de piedra. Debía de ser Isaias. Quizá había ido para obligarla a volver a casa.

—Era un hombre mayor —dijo el doctor Raul.

Ella lo miró asombrada. Isaias no era mayor. ¿Quién podía haber sido?

—Dijo que se llamaba Totio —continuó el doctor Raul—. Y volverá mañana. Vendrá a verte aquí.

¿Totio? ¿El que tenía una máquina de coser? ¿Qué podía querer de ella?

Aquella noche Sofia durmió mal. Y al día siguiente se despistaba tanto con las costuras que Fatima le preguntó si estaba enferma. Pero Sofia solo esperaba a Totio. Apenas podía aguantarse para saber qué era lo que quería.

Y Totio llegó.

Tarde por la noche llamó a la puerta de la casa de Hermengarda.

11

Cuando Sofia vio al viejo Totio allí, bajo la lluvia delante de la casa de Hermengarda, se puso tan contenta que casi se asustó de sí misma. No conocía a Totio más que de pasada. Aun así él había ido a verla. Trató de leer en su arrugada cara qué era lo que quería. Hermengarda fue a pedirle que entrase en casa y no se quedara bajo la lluvia. Pero Totio dijo que no. Ya era tarde. Vivía en casa de unos parientes en un barrio de las afueras. Todavía le quedaba mucho por andar.

—Solo quería ver si Sofia estaba aquí —dijo—. Si va bien, había pensado venir a visitarla mañana.

Hermengarda le explicó el camino a casa de Fatima. Luego, Totio levantó su viejo sombrero roto y desapareció en la oscuridad.

—¿Quién era? —preguntó Hermengarda.

—Totio —contestó Sofia—. Tiene una máquina de coser.

Sofia estuvo a punto de enfadarse con él por no haberle dicho ya el propósito de su visita. No iba a hacer aquel largo camino hasta la ciudad solo para saber cómo se encontraba. Tampoco podía haber sido Lydia quien le hubiese enviado. Apenas se conocían.

Durmió mal y soñó que Totio se había perdido en la ciudad bajo la lluvia y que nunca más volvería.

Cuando se despertó al alba seguía lloviendo.

Pero, como de costumbre, Hermengarda tenía prisa. Regañó a Sofia por ser tan lenta. Sofia se puso una bolsa de plástico sobre el pelo, se envolvió el cuerpo en una vieja *capulana* y se marchó dando saltos por el agua que inundaba las calles. Varias veces estuvo a punto de que la mojaran entera los conductores imprudentes.

Cuando llegó a la casa de Fatima se encontró con una sorpresa. Totio ya había llegado. Se resguardaba de la lluvia debajo de un árbol. Sofia pensó que seguramente a Fatima no le importaría que un hombre que también tenía una máquina de coser y que conocía todos los secretos de los hilos y las telas la visitara.

—El tío Totio no debe quedarse aquí bajo la lluvia —dijo—. Vamos adentro.

Sofia abrió la puerta y entraron. Los pájaros aleteaban y piaban y cantaban por todas partes. Totio se quedó igual de boquiabierto que ella la primera vez que entró en casa de Fatima. Miró asombrado a su alrededor.

—*A phsi nyenhana a ku shonga*[*] —dijo.

—*Ina*[**] —contestó Sofia sonriendo.

Fatima estaba recortando una tela para una blusa cuando Sofia entró con Totio. Se saludaron y enseguida empezaron a hablar. Fatima le dijo que se quitara la ropa mojada y se envolviera en una manta. Pero Totio contestó que no era necesario. Sin embargo, se secó con esmero el viejo sombrero roto y lo dejó con cuidado encima de una silla.

El resto del día lo pasó sentado en otra silla al lado del sombrero siguiendo el trabajo de Sofia. Todavía no había dicho por qué estaba allí. Sofia sabía que las personas mayores a menudo se toman su tiempo para hacer una pregunta o para dar una noticia. Ahora que Totio había llegado, ella podía esperar. Pero cuando hubo caído la tarde sin que él hubiera hecho otra cosa que seguir con la mirada su trabajo, Sofia empezó impacientarse. ¿Por qué no decía nada?

Parecía que estaba muy interesado en verla coser en las máquinas de Fatima. Esta estaba orgullosa de que Sofia no hubiese cometido ningún error en todo el tiempo que Totio estuvo allí.

Ya estaban acabando la tarea del día cuando Totio empezó a hablar. Fatima había desaparecido en la cocina y estaba haciendo ruido con las ollas cuando de repente Sofia oyó su voz.

—Ahora veo que sabes coser —dijo—. Ya has aprendido a utilizar una máquina. He venido para verlo.

Sofia estaba sentada con las manos en las rodillas mientras escuchaba.

—Me he hecho mayor —prosiguió Totio—. Veo muy mal. No quiero empezar a coser tan mal las costuras que mis clientes se empiecen a quejar. Por eso he decidido dejar de coser. Fernanda y yo nos vamos a mudar a Mueda otra vez. He venido hasta aquí para preguntarte si te quieres quedar con mi máquina de coser y mi choza.

Sofia creyó que no había oído bien.

—No tengo dinero con que pagar —dijo.

—Había pensado que podrías enviarnos dinero cuando pudieras prescindir de él —dijo Totio—. Nosotros los mayores no necesitamos demasiado.

Sofia todavía se preguntaba si había algo que no entendía. ¿Quería Totio decir que ella se iba a quedar con su máquina de coser? ¿Que ocuparía su puesto de costurera y sastre en el poblado a las afueras de Boane? ¿Ella, que todavía no había cumplido los trece años?

Totio comprendió que estaba sorprendida.

—No he hecho este largo viaje para decir algo que no es cierto —continuó.

Sofia comprendió que había hablado en serio. Los pensamientos aleteaban en su cabeza como los pájaros en casa de Fatima.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no puedes?

Sofia le habló de Isaias. De por qué había regresado a la ciudad. Totio asintió lenta y prolongadamente cuando Sofia se hubo callado.

—Comprendo que puede ser difícil —dijo—. Pero piensa que puedes quedarte con nuestra choza. Trabajarás y te las arreglarás tú sola. Solo tendrás que ver a Isaias cuando tú quieras.

—Nunca —dijo Sofia.

—Puede ser. Eso lo decides tú misma.

Se levantó con esfuerzo y se puso el viejo sombrero en la cabeza. Su pelo gris salía por debajo del ala estropeada.

—He visto que sabes coser —dijo otra vez—. Todavía tienes mucho que aprender. Pero

ahora puedo volver y decirle a Fernanda que Sofia se puede hacer cargo de la máquina. Eso hará que el camino a casa sea más corto.

Se adelantó, se quedó a su lado y le puso una mano sobre el hombro.

—No te vas a quedar aquí en la ciudad —dijo—. Solo estás aquí de paso. Perteneces al poblado. Ahora sabes que tienes un sitio al que regresar. Vuelve dentro de unas semanas. No tardes más.

Después se marchó.

Sofia se quedó junto a la ventana y lo vio desaparecer bajo la lluvia. Pensó que había sido Muazena quien le había enviado.

Apretó la frente contra el cristal empañado. En ese instante echó de menos a Maria más que nunca.

De pronto Fatima estaba de pie a su lado. Sofia no la había oído llegar.

—¿Te has puesto contenta o triste? —preguntó—. Por lo que ha dicho.

—No lo sé —respondió Sofia.

—No lo he oído todo —dijo Fatima—. Pero estoy de acuerdo en que eres buena cosiendo. Opino que deberías volver al poblado. Es allí donde tienes tu hogar. No aquí.

Esa noche Sofia estuvo mucho rato acurrucada en una de las esquinas de la cama en casa de Hermengarda, pensando en lo que Totio le había dicho. Ya podía verse a sí misma en el banco a la sombra del árbol, pedaleando fervorosamente en la máquina de coser negra. El hilo correría, la aguja cosería las costuras rectas e iguales, los clientes asentirían satisfechos y otros harían cola para pedirle esto y aquello. Pero la imagen desapareció en cuanto pensó en Isaias. ¿Cómo podría vivir en el mismo poblado que Lydia, cuando ella la había rechazado, a su propia hija, en favor de un hombre malvado que bebía *tontonto*? Se haría tan difícil que acabaría con la alegría que le daba la máquina de coser de Totio.

Pensó en algo que Muazena había dicho hacía mucho, mucho tiempo. *Sin tu familia no eres nada*.

Así había dicho. Y Sofia sabía que era verdad. Por muy decepcionada que estuviera con Lydia, la añoranza era mayor. La echaba de menos cada día.

Los días pasaban sin que Sofia pudiera decidir qué debía hacer. Fatima se lo preguntaba, pero ella respondía con evasivas y se volcaba en el trabajo. Cuando llegó el domingo se fue a casa del doctor Raul y Dolores. Se alegraron de verla. Les habló de la visita de Totio. Pero cuando llegó a la parte difícil, la de explicar cómo echaba de menos a Lydia, se limitó a murmurar y las palabras cesaron de repente.

—¿Cuándo te vas a ir a casa? —preguntó el doctor Raul—. Si te atreves a ir conmigo una vez más te puedo llevar.

—No lo sé —contestó Sofia.

—Avisa unos días antes —dijo Dolores—. Creo que me gustaría acompañaros.

Sofia regresó a casa de Hermengarda. Estaba enfadada consigo misma por haber empezado a murmurar. Pero también estaba enfadada con el doctor Raul y Dolores porque no comprendían lo difícil que era volver al poblado sabiendo que allí tenías a tu familia, y que no la querías ver.

«No saldrá bien», pensó. «Totio se cansará de esperarme. Le dará la máquina de coser a otra persona».

Llegó el lunes. Sofia se despertó y oyó la lluvia repicar contra el techo de chapa. Se pasó la sábana por encima de la cabeza sin quererse levantar. Podía oír a Hermengarda en la cocina y sabía que pronto entraría para regañarla por no haberse levantado y empezado a vestirse todavía. Luego oyó que alguien llamaba a la puerta y a Hermengarda que gritaba: «Adelante». Sofia supuso que era alguno de los vendedores de gallinas que querían cobrar. Se tapó los oídos para no tener que oír el cacareo de las gallinas. Cerró los ojos todo lo fuerte que pudo e intentó dormirse otra vez.

Entonces alguien cogió la sábana que tenía por encima de la cabeza. Obviamente era Hermengarda, que empezaría a regañarla.

Pero notó que esa mano no era la de Hermengarda.

Abrió los ojos y se quitó la sábana de la cara.

Miró directamente a los ojos de Lydia.

No era un sueño. Realmente era Lydia. Sonreía. Y los dientes que se le habían caído seguían desaparecidos.

—Sofia —dijo—. ¿De verdad eres tú?

Sofia asintió.

Lydia se sentó en el suelo junto a la cama. Llevaba a Faustino consigo, que gimoteaba colgado de su espalda. Le empezó a dar de mamar. Sofia se deslizó al suelo y se sujetó las piernas. Después se vistió.

Faustino se durmió otra vez. Lydia se lo alcanzó a Sofia y esta lo cogió en brazos. Sofia opinaba que se parecía a Alfredo.

—Puedes volver a casa otra vez —dijo Lydia—. Isaias ya no está.

Sofia estaba sentada con Faustino en brazos mientras escuchaba lo que Lydia le tenía que contar.

—Isaias no era un buen hombre —dijo—. Prometía mucho. Pero nunca cuadraba con lo que hacía. La semana pasada entró en casa del señor Padre, José Maria, y robó una caja con dinero. Alguien le había visto, pero él lo negó cuando la policía llegó de Boane para interrogarle. Fue Alfredo quien encontró la caja con el dinero. Isaias la había enterrado detrás de la vieja jaula de las gallinas. Cuando Alfredo apareció con la caja, no pudo hacer otra cosa que confesar que había sido él quien había robado el dinero. La policía se lo llevó. Sabe que no puede volver nunca con nosotros cuando salga de la cárcel.

Lydia se lo había contado con la mirada baja, como si se sintiera avergonzada ante Sofia, aunque ella todavía solo fuera una niña. La rabia y la pena que Sofia había llevado dentro de repente habían desaparecido. Ahora sentía lástima por Lydia, que se había convertido en una mujer muy mayor y abatida desde que se habían visto obligados a huir del poblado arrasado.

Ya no había ninguna complicación. Ahora Sofia podía volver a casa. Y podía aceptar la máquina de coser de Totio. Pensó que tenía una pregunta para Muazena, que le haría la próxima vez que viera su cara entre las llamas del fuego. Necesitaba saber por qué podían pasar largas temporadas sin que nada ocurriera, en las que todo se hacía pesado y difícil, y luego todo acontecía al mismo tiempo. Seguramente Muazena tendría una respuesta que ofrecerle.

—Había pensado que podríamos ir a visitar la tumba de Maria —dijo de pronto Lydia—.

Pero a lo mejor tú no puedes. Por lo que me han dicho tienes trabajo.

Sofia nunca había pensado que un día visitaría la tumba de Maria.

—Se lo preguntaré a Fatima —dijo—. Podemos ir juntas. Pero no sé dónde está la tumba de Maria.

—Si sabes llegar hasta el cementerio grande junto al río, yo recuerdo por dónde se va a la tumba de Maria.

Fueron andando hasta la casa de Fatima. Lydia no quería entrar con ella, se avergonzaba de su ropa tan sencilla. Sofia entró a donde los pájaros y le preguntó a Fatima si podía acompañar a su madre a visitar la tumba de su hermana. Fatima casi se enfada por preguntárselo.

—Por supuesto que irás al cementerio —dijo.

También le dio algo de dinero para que no tuvieran que atravesar a pie la ciudad hasta llegar al cementerio.

Después le indicó a Sofia dónde podía encontrar un camión que fuera en la dirección correcta.

Lydia parecía tener miedo a la ciudad. Se mantenía pegada a Sofia y se sentía intimidada ante los altos edificios, la gran cantidad de coches, aquella gente tan apresurada. Llegaron al cementerio en un viejo *jeep* reformado. Lydia meditó un buen rato antes de señalar la dirección que debían tomar.

El cementerio era muy grande. Nada más pasar la verja de hierro, que colgaba de columnas de cemento agrietadas, había pequeñas casitas con cruces encima. Dentro había ataúdes de piedra amontonados unos sobre otros. En cada casa estaba grabado el nombre de la familia que guardaba allí a sus muertos. Con gran asombro, Lydia comprobó que personas tan pobres que no tenían ningún lugar donde vivir se habían instalado en esas tumbas. Dormían y preparaban su comida entre los ataúdes. Sintió un escalofrío al imaginarse un día tan pobre que no tuviera más remedio que establecerse en una tumba.

Siguieron caminando y llegaron a largas filas de lápidas blancas. Muchas se habían desgastado y roto. Las lagartijas corrían entre flores secas y cruces rotas. El cementerio parecía interminable. Al final las lápidas quedaron atrás y ellas llegaron a una extensa zona donde unas sencillas cruces de madera bastaban para indicar dónde estaban enterrados los muertos. Lydia se detuvo y miró a su alrededor. Después continuaron. Cuando llegaron a uno de los extremos del cementerio, estaban en el lugar correcto.

—Es aquí —dijo Lydia y se secó el sudor de la frente con el pañuelo de la cabeza.

Sofia miró a su alrededor sin poder ver ninguna tumba.

—Muchos están enterrados juntos —dijo Lydia—. Son igual de pobres que nosotros. Pero es aquí, lo sé.

Se sentaron a la sombra de un gran árbol. Sofia intentó imaginarse que Maria estaba en algún lugar cerca, enterrada en la tierra. Al mismo tiempo decidió que el primer dinero que ganara lo usaría en ponerle una cruz a Maria. No sería hasta entonces cuando sabría con certeza que era ahí donde estaba enterrada Maria.

Lydia empezó a mecerse lentamente. Un sonido quejumbroso y muy suave comenzó a salir

de su boca. Sofia empezó a mecer su cuerpo despacio. Sin saber cómo, un lamento comenzó también a salir de ella.

Estuvieron sentadas llorando a Maria durante varias horas. Cuando el sol empezó a caer en el horizonte, Sofia dijo que debían pensar en ir terminando. Tenía dinero suficiente para otro camión. Esa noche Lydia durmió en el suelo de la habitación de Sofia. Sofia habría querido dejarle la cama. Pero Lydia era tozuda. Se acurrucó sobre una alfombra de rafia y durmió con Faustino apretado contra su cuerpo. Al día siguiente partió. José Maria le había prometido que un camión la llevaría hasta el poblado. Sofia le explicó por dónde debía ir para llegar al mercado donde estaría el camión.

—Vuelve pronto a casa —dijo Lydia cuando se despidieron delante de la casa de Hermengarda.

Sofia no había dicho nada todavía de que Totio la había visitado para preguntarle si quería hacerse cargo de su máquina de coser. Primero debía asegurarse de que no era demasiado tarde. Después volvería al poblado en las afueras de Boane. Y era entonces cuando se lo contaría a Lydia.

Le dijo adiós a Lydia con la mano y la vio desaparecer detrás de la esquina de una calle. Después se apresuró a casa de Fatima, donde los pájaros y las telas y los hilos la estaban esperando.

Sofia nunca tuvo que preguntarle a Totio. Él mismo volvió a la ciudad para saber si había tomado una decisión.

Ocurrió más o menos una semana después de que Lydia hubiese estado de visita en casa de Sofia. Apareció en compañía de Fernanda. Cuando Sofia hubo contestado que le gustaría mucho quedarse con la máquina, Fernanda, tan grande y gorda, dio unos pasos de baile de alegría. Los pájaros de casa de Fatima volaron asustados en distintas direcciones.

—Esto lo vamos a celebrar —dijo, y le quitó a Totio el sombrero roto que sujetaba en la mano—. Esto lo celebraremos comprándote un sombrero nuevo.

Totio no dijo nada. A Sofia le dio la impresión de que Totio habría preferido seguir llevando su viejo sombrero, por muy roto y sucio que estuviera.

Decidieron que Sofia se quedaría con Fatima durante otro mes. Luego, volvería al poblado.

La última jornada de trabajo de Sofia en casa de Fatima había terminado. En sus ratos libres, Sofia había bordado un mantelito para Fatima. En un trozo de tela azul —era un pedazo del cielo, pensaba—, había bordado los pájaros que volaban de aquí para allá en sus jaulas o sobre su cabeza. Al ir a despedirse Sofia le dio el mantelito a Fatima. Ruborizada, bajó la mirada mientras le tendía el regalo. Fatima lo miró y dio un salto de alegría.

—Qué bonito es —dijo—. Hará que siempre recuerde el tiempo que has estado trabajando aquí.

Después cogió la aguja de la máquina de coser que Sofia había estado utilizando.

—Llévatela —dijo, y se la dio a Sofia—. Así recordarás a Fatima y a todos sus pájaros.

Al día siguiente, el doctor Raul y Dolores fueron a buscarla a casa de Hermengarda. Sofia le había prometido a Hermengarda que la iría a visitar siempre que pudiera.

Dejaron la ciudad el día en que dejó de llover. Sofia estaba en el asiento trasero, bajó la

ventanilla y dejó que el aire le soplara en la cara. Ya no tenía miedo de volver a casa.

Cuando llegaron, Lydia y Alfredo estaban delante de la choza.

Por un instante le pareció que también Maria iba a aparecer corriendo a su encuentro.

Enseguida pensó que Maria solo existía en su interior.

Pero lo interpretó como que por fin había llegado a casa.

12

Sofia se levantó antes de que Lydia se hubiese despertado.

Con cuidado pasó por encima de Alfredo, cogió sus piernas, que estaban junto a la pared, y se deslizó a través de la alfombra de rafia que colgaba a modo de puerta. Fuera todavía estaba oscuro. Sofia se ató las piernas, primero la izquierda, luego la derecha. De pronto se dio cuenta de que había olvidado sacar las muletas de la choza. Se incorporó, se agarró a la puerta de la choza y apartó la alfombra de rafia. Procuró hacerlo en el silencio más absoluto, ya que quería desaparecer antes de que Lydia se despertara. Palpó tratando de encontrar las muletas en la penumbra. Después dejó la alfombra de rafia colgada en su sitio otra vez y se marchó en plena oscuridad. El alba todavía no había mostrado sus primeros rayos de luz en el cielo. Había llovido durante la noche. Aun así, el camino estaba duro, por lo que le fue fácil caminar. Pero pronto llegaría la época de las lluvias y transformaría los caminos del poblado en fango pantanoso. Sofia pensó que cuando llegase tendría problemas para avanzar. Las muletas se hundirían en el barro, perdería el equilibrio con facilidad.

Había llegado al espacio abierto enfrente de la escuela. Allí giró a la derecha. Entonces, al este, pudo ver en el cielo la primera luz rosa de la mañana. En algún lugar cantó un gallo, una cabra respondió con un balido.

Siempre olía fuerte después de llover. Aspiró el aire fresco y pensó que le recordaba al poblado en el que una vez vivió con Maria, Muazena y Hapakatanda.

No había olvidado la promesa que se habían hecho ella y Maria. Un día regresarían al poblado donde aún vivían las almas de Muazena y Hapakatanda, que las estaban esperando.

Ahora volvería sin Maria.

Pero igualmente le parecería que Maria estaba con ella.

Totio ya se había levantado y se encontraba sentado en el banco de madera con su máquina de coser cuando Sofia llegó saltando con sus muletas. Sofia podía sentir una ligera preocupación en el cuerpo. Puede que Totio hubiera cambiado de opinión.

Cuando llegó la saludó con la cabeza y le hizo sitio en el banco para que pudiera sentarse. Ninguno de los dos dijo nada. Sofia miraba a Totio de reojo, quien parecía sumido en sus pensamientos. La máquina de coser tenía puesta su tapa de madera marrón. Se oían los ronquidos de Fernanda saliendo de la choza.

—Siempre llega un día en que la vida cambia —dijo de pronto Totio—. Sabes que ocurrirá, pero, aun así, te acaba cogiendo por sorpresa.

Se inclinó sobre la mesa y levantó la tapa de madera. Luego pasó la mano sobre la máquina negra.

—Durante treinta y cinco años he cosido con esta máquina —dijo—. Cuántas decenas de

kilómetros de hilo se han deslizado por esa aguja, hacia dentro y hacia fuera, en pantalones, vestidos, camisas y gorros, no lo sé. Pero el hilo ha ido corriendo a lo largo de toda mi vida. Y ahora se ha acabado.

Sofia pudo notar que Totio estaba triste. Pensó que seguramente era difícil hacerse mayor y no tener fuerzas para seguir trabajando.

Pero no le preguntó si era así. No dijo nada. El sol ya había salido.

Totio se agachó y cogió algo que había debajo del banco. Después se lo dio a Sofia. Era un cuadrado de cartón blanco y duro. Alguien había escrito: *Taller de costura. Propietaria: Sofia Alface*.

—Cuando vengas mañana, el cartel estará colgado —dijo Totio—. Cuando vengas, el mío ya no estará. Y nos habremos ido, Fernanda y yo. La choza es tuya. Y la máquina de coser. Y todos los clientes.

Sofia notó que el corazón le latía más rápido. Empezó a sudar de alegría.

Entonces, era todo verdad. Se podría hacer cargo de la máquina y de la choza. Mañana.

—Recuerda que los clientes satisfechos vuelven —dijo Totio—. Los clientes insatisfechos vienen una vez y no vuelven nunca más.

—Hay tanto que todavía debería aprender… —dijo Sofia.

—Eso va por mí también —contestó Totio—. Uno nunca llega a saberlo todo.

Los ronquidos del interior de la choza habían cesado. Al poco salió Fernanda. Bostezaba y se ataba la *capulana* a su gran cuerpo.

—Quiero que sepas que la idea fue de Fernanda —dijo Totio—. Cuando noté que mis ojos no podían ver más, decidí vender la máquina de coser. Pero a Fernanda le pareció que sería mejor que tú siguieras con el trabajo y nos enviaras dinero de vez en cuando.

Fernanda se había sentado en el banco. Sofia estaba apretujada entre ella y Totio.

—Una máquina de coser está para coser —dijo Fernanda—, no para venderla.

—No sé cómo lo puedo agradecer —dijo Sofia algo cortada.

—No tienes que agradecer nada —dijo Fernanda—. Tienes que coser.

Sofia se quedó con Totio y Fernanda todo el día. Les ayudó a hacer las maletas. Se irían muy temprano por la mañana del día siguiente. Primero saldrían a la autopista con todos sus fardos y sus cestos. Después cogerían un autocar y viajarían durante muchos días hasta la lejana Mueda, donde habían vivido una vez. Durante el día llegaron muchas personas del poblado para decir adiós. Totio les hablaba todo el rato de lo buena costurera que era Sofia. Debían acudir a ella cuando necesitaran que les cosiera o arreglase algo.

Se despidieron bien entrada la tarde.

—He hablado con un chico para que vigile la máquina de coser esta noche —dijo Totio —. Nadie la robará.

Después no hubo más. Fernanda le acarició la mejilla a Sofia, Totio le tendió su arrugada pero fuerte mano, que ella aguantó mucho rato.

Sofia volvió a casa dando saltos con las muletas. Comprendió que les iba a echar mucho de menos.

Cuando hubieron cenado, Lydia se quedó sentada. Sofia supo que había algo de lo que quería hablar. El fuego llameaba y Sofia la miraba a la cara. Pensó que Lydia, que todavía

era joven, parecía desgastada y cansada. Era como si ya se hubiera hecho mayor, a pesar de que aún pudiera parir muchos hijos más.

—No tengo demasiadas palabras —dijo—. Pero tengo muchos pensamientos. Cuando os vi a ti y a Maria allí en el camino creí que mi vida se había acabado. Todo me fue arrebatado, mi marido Hapakatanda, mi poblado, mis hijas. Pero tú sobreviviste y ahora tienes una casa y una máquina de coser. Tienes dos piernas nuevas y aquí en el poblado se habla de ti con respeto. Creo que tanto Hapakatanda como Maria te están viendo. Y están igual de orgullosos que yo.

—No olvides a Muazena —dijo Sofia.

—Era una bruja hechicera —dijo Lydia—. Me daba miedo.

—A mí no —dijo Sofia—. Y a Maria tampoco.

—De todos modos quiero que sepas que estoy orgullosa de ti —dijo Lydia—. A través de ti he podido conservar parte de mi felicidad.

Sofia no había oído nunca antes a Lydia hablarle de ese modo. Le sonaba tan extraño como novedoso. Pero la puso contenta.

Lydia se fue a dormir. Como Sofia ya había recogido sus escasas pertenencias se quedó un rato junto al fuego. Enseguida oyó que Lydia se había dormido.

Sofia estaba sentada mirando las llamas. Y ahora aparecían todas las caras con claridad. Ahí estaba Hapakatanda. De pronto Sofia pudo verse a sí misma de muy pequeña. La levantaban muy alto por encima del suelo y Hapakatanda le enseñaba el sol. Ahí estaba Muazena, ahí estaba Maria. Sofia pensó que quizá no importaba mucho estar vivo o muerto. De todos modos pertenecías a la misma familia.

Ahora comprendía cuál era el secreto del fuego.

Era en él donde podía encontrarse con todos los que le pertenecían. Ya estuviesen vivos o muertos, ya vivieran cerca o en algún lugar lejano. En el fuego todo quedaba guardado.

No sabía cuánto rato había permanecido junto al fuego. Pero había echado combustible varias veces para que las llamas se reavivaran. Era la última noche que estaba precisamente junto a este fuego. Al día siguiente se marcharía pronto. Y por la noche encendería su propio fuego por primera vez.

Era un gran momento, un momento importante.

Se miró las piernas, sus amigas. Tenía un largo camino que recorrer, durante muchos días, durante muchas lunas.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Lydia ya estaba despierta. Conmovidas se dijeron adiós delante de la choza.

—Vivimos en el mismo poblado —dijo Sofia—. No hay mucha distancia entre una y otra.

—Aun así siento en el corazón que nos dejas —dijo Lydia—. Necesito tiempo para acostumbrarme.

Como regalo de despedida le dio un cesto lleno de tomates.

Sofia iba con un fardo en la cabeza. Era difícil mantenerlo en equilibrio cuando al mismo tiempo tenía que mirar dónde ponía las muletas. Pero pudo hacerlo, a pesar del tiempo que le llevó.

Al llegar, lo primero que vio fue un cartel que estaba en el árbol junto a la choza. *Taller de costura. Propietaria: Sofia Alface*.

Tuvo que quitarse el fardo de la cabeza para mirar el cartel. Brillaba con la luz del sol.

«Sofia Alface», pensó. «Soy yo. Nadie más. Solo yo».

Un chico estaba sentado junto a la máquina de coser. Se acercó a Sofia y la ayudó con el fardo. Sofia entró en su nueva casa. Fernanda la había limpiado, todo estaba limpio y recién barrido. Sofia se sentó en la chirriante cama y miró a su alrededor. Aparte de la cama solo había dos sillas y una mesa desvencijada. Pero el techo estaba entero, la lluvia no entraba. Y no haría falta arreglar las paredes de paja hasta el año siguiente.

«Esta es la casa de Sofia Alface», pensó. «La que se ha hecho cargo de la máquina de coser de Totio».

Salió y se sentó a la máquina. Levantó la tapa de madera. Después sacó un carrete de hilo, lo puso en la canilla y lamió el hilo.

Ya en el primer intento logró pasar el hilo por el ojo de la aguja.

Por fin estaba lista. Ahora podía empezar a trabajar. Enseguida empezó a preocuparse por que no fueran a aparecer clientes.

Pero aparecieron. Y el primero fue José Maria.

Cuando Sofia lo vio en el camino casi se ruboriza. No sabía qué decirle. A lo mejor él creía que era muy joven para tener una máquina de coser propia.

Pero José Maria estaba como de costumbre. Se subió las gafas a la frente y la saludó con la cabeza.

—Tengo unos pantalones que necesitarían un arreglo —dijo—. Pero los necesito para mañana.

Le dio un paquete envuelto en papel de periódico. Sofia lo desenvolvió y estiró los pantalones negros. Vio que una costura se había roto. Era fácil de arreglar.

—Puedo hacerlo ahora mismo —dijo.

—Basta con que estén listos mañana —dijo José Maria—. ¿Soy tu primer cliente?

Sofia asintió y notó que se había puesto roja.

—Creo que te irá bien, Sofia —dijo—. Pero no olvides que debes continuar en la escuela. Al menos hasta que hayas aprendido a leer, a escribir y a contar. Hablaré con Filomena. Unas horas cada día.

En cuanto se hubo ido, Sofia le arregló los pantalones. Cuando iba a empezar a pedalear le entró miedo de que la máquina no fuera a obedecerla. Quizá añoraba a Totio. Pero nada ocurrió, el hilo corría y la aguja pinchaba como debía. Después, cuando los pantalones de José Maria estuvieron listos, no pudo dejar de acariciar la máquina, tal como había visto hacer a Totio.

El chico que había vigilado la máquina durante la noche estaba ahora sentado a la sombra de un árbol. No dejaba de mirar a Sofia. Cuando ella lo miraba, él apartaba la vista.

—¿Quién eres? —preguntó Sofia cuando ya habían pasado unas horas.

—Fabiao —dijo el chico.

—¿Por qué estás ahí sentado sin hacer nada? —preguntó Sofia—. ¿Por qué no vas a la escuela? ¿Por qué no vigilas las cabras? ¿Por qué estás solo ahí sentado?

Fabiao no contestó, sino que se encogió de hombros.

Sofia no le preguntó nada más. Al mismo tiempo llegó una mujer que quería coser de nuevo una falda.

—He engordado tanto —se quejaba—. Ya no me entra mi ropa. Mira la falda y verás lo delgada que estuve una vez.

Sofia comparó la falda con la mujer que tenía delante. De pronto tuvo dificultades para aguantar la risa. Tuvo que morderse la lengua con fuerza para aguantarse. La mujer la observaba sin comprender.

—¿No puedes contestar? —preguntó enfadada—. Si hubiese sido Totio ya habría empezado a trabajar con la falda. No entiendo cómo le ha podido dar su máquina a una cría.

—Sí, lo haré —dijo Sofia.

—Si no queda bien, no pienso pagar —dijo la señora.

—Quedará bien —dijo Sofia—. Mañana estará lista.

—No me lo creeré hasta que lo vea —dijo la mujer, y se marchó balanceándose.

Cuando Sofia se hubo quedado sola no pudo parar de reír. Luego se puso a trabajar. El sol ya estaba en lo alto del cielo. Sofia empezó a extender la falda. El chico del árbol había desaparecido. Sofia trabajó una hora tras otra. A pesar de que le caía el sudor, apenas se permitía interrumpir la tarea para beber agua. El poblado dormitaba en el calor de la tarde. Pero Sofia trabajaba. La máquina de coser trotaba. El chico del árbol seguía desaparecido. Ya se estaba acercando el crepúsculo cuando Sofia vio claro que conseguiría aumentar la falda y hacerlo tan bien que incluso el estricto Totio habría aprobado el resultado. Decidió terminar la faena a la mañana siguiente, dobló el vestido y estiró la espalda. No había comido nada en todo el día. Entró en la choza y cogió algunos de los tomates que había llevado consigo por la mañana.

Cuando salió de la choza otra vez, el chico del árbol había vuelto. Estaba junto a la máquina de coser.

—No puedes tocarla —gritó Sofia.

—Tampoco iba a hacerlo —contestó el chico que se llamaba Fabiao—. Tengo algo para ti.

Sofia clavó fuerte las muletas en el suelo y fue saltando hasta el banco para sentarse.

El chico estaba delante de ella y sostenía un cesto en la mano.

—Es una chica que quiere que le cosas un vestido —dijo.

Le alcanzó el cesto.

En él había una gran tela blanca.

Sofia la tocó. Era suave, casi como seda.

—¿Quién es la que quiere un vestido? —preguntó.

—No dijo su nombre —contestó Fabiao—. Pero me dio dinero por adelantado.

Puso unos billetes sobre la mesa al lado de la máquina.

—Tengo que ver cómo es de grande la chica —dijo Sofia—. No puedo hacer un vestido sin saber qué tamaño debe tener.

—Tiene que irte bien a ti —dijo Fabiao—. Dijo que sois igual de grandes.

De pronto Sofia se sintió extraña. Volvió a meter la tela en el cesto.

—¿Quién es esa chica? —preguntó.

—No lo sé —dijo Fabiao—. Era una señora mayor quien me dio la tela y el dinero.

—¿Cuándo tiene que estar listo?

—Antes de la próxima luna llena.

Sofia se quedó mirando a Fabiao un buen rato antes de contestarle.

—Dile a la señora mayor que coseré un vestido blanco —dijo—. Un vestido blanco a mi medida.

Fabiao asintió y se fue corriendo de allí. Cayó el anochecer. Repleta de cavilaciones Sofia encendió un fuego. Estaba demasiado cansada como para comer. Solo se sentó sobre su alfombra de rafia y se quedó observando las llamas. Le había puesto la tapa a la máquina de coser. Antes de acostarse la metería en la choza. Nadie podría robar la máquina de Totio.

En la cesta que había junto a ella estaba la tela blanca.

Ahora sabía que Muazena había vuelto. El vestido era para Maria. Maria, que estaba muerta pero que, aun así, seguía allí, en su interior, o en lo profundo del fuego, que llameaba delante de ella.

Maria, que siempre estaría allí.

«Coseré el vestido», pensó. «Lo haré lo más bonito que pueda. Y un día, cuando haya trabajado duro durante mucho tiempo y haya ganado suficiente dinero, me llevaré a Lydia y a Alfredo y a Faustino, y volveremos al poblado que los bandidos quemaron aquella noche, hace ya tantas lunas. Quizá entonces también pueda volver a ver el mar».

Estuvo mucho rato junto al fuego, totalmente sumida en las llamas. Se había quitado las piernas y las había dejado a su lado.

La noche tropical era tibia. Los saltamontes rechinaban, un perro ladraba a lo lejos. El cielo estrellado sobre su cabeza estaba lleno de preguntas por contestar.

Después arrastró la máquina y las piernas al interior de la choza, dejó caer otra vez la alfombra de rafia en el espacio de la puerta y se echó a dormir.

Fuera, el fuego se apagaba lentamente.

Las brasas se hacían cada vez más débiles.

Sofia dormía.

En sus sueños Maria corría por un camino a su encuentro.

Y la noche, la noche africana, estaba quieta.

JUGAR CON FUEGO

Para Kari, que fue quien me llevó hasta Sofia

A la memoria de Rosa

Una historia más quiero contar.
Esta vez sobre Sofia
y su hermana Rosa.

Es poco antes
del amanecer africano.
Sofia se acaba de despertar.
Todavía está oscuro.
Pero el sol pronto se alzará
como una incandescente bola roja sobre el horizonte.

Para un día más en la vida de Sofia…

1

Una mañana Sofia se despertó con la sensación de que algo curioso iba a suceder. Algo que no le había pasado nunca antes. Quizá incluso algo que acabaría siendo un suceso decisivo en su vida.

Como de costumbre, se despertó justo antes de que el gallo de la señora Mukulela comenzara a cantar. No le gustaba aquel gallo. A nadie de la aldea le gustaba. Siempre cantaba demasiado temprano, mucho antes de que el primer rayo de luz pudiera vislumbrarse sobre las montañas del Este. El señor Temba, que vivía justo enfrente de la señora Mukulela, la reñía a menudo por no deshacerse de aquel gallo que no sabía cuándo un gallo debe estar callado y cuándo debe cantar. Varias veces había amenazado con matarlo y una vez que vendió en el mercado de Boane muchos de los cestos que fabricaba, cosa poco habitual, se ofreció a comprar el gallo para luego matarlo y comérselo. Pero la señora Mukulela se había recolocado los pechos bajo la tela que le rodeaba el cuerpo y había contestado enfadada que su gallo no estaba en venta.

Sofia estaba tumbada en la oscuridad y se rio en silencio con el recuerdo. Le gustaban tanto el señor Temba como la señora Mukulela. Probablemente no era por el gallo por lo que discutían. Seguramente el señor Temba estaba enfadado porque la señora Mukulela no quería mudarse a su choza. Los dos estaban solos. El marido de la señora Mukulela se había marchado a las minas de Sudáfrica y había encontrado otra mujer con la que se había ido a vivir. El señor Temba era viudo, ya que su mujer había muerto unos años antes.

«Discuten porque se gustan el uno al otro», pensó Sofia.

Luego se rio otra vez. La señora Mukulela tenía los pechos muy grandes. Cada vez que se molestaba por algo, se los recolocaba, como si fueran un obstáculo para su enfado.

Rosa estaba durmiendo a su lado sobre el suelo.

Sofia podía oír su respiración en la oscuridad. En el otro cuarto, tras la tela que colgaba de la puerta, dormía su madre junto a los dos hermanos pequeños. Era un sonido que le daba seguridad. A Sofia le gustaba este momento cuando era la única que estaba despierta.

Estaba tumbada a oscuras pensando en lo que le esperaba a lo largo del día. Primero se pondría las dos piernas de plástico que llevaba desde aquel día en que pisó la mina y murió su hermana Maria. Mientras se ponía las piernas hablaría con Maria. Lo hacía cada mañana. Aunque hacía cuatro años que Maria se había quedado atrás en el tiempo, era como si de todos modos apareciera cada mañana para decirle hola a Sofia. Lo único raro era que Maria no había crecido. En la mente de Sofia seguía teniendo la misma cara que la mañana en que sucedió aquello tan terrible. Sofia pensaba que Maria venía a visitarla desde el otro mundo, aquel al que se llegaba desde debajo de la tierra. Te enterraban en el suelo y luego se abría

una puerta en lo profundo y oscuro de allí abajo hacia el reino de los muertos. O a lo mejor era un río que lentamente comenzaba a filtrarse y a hacerse más y más ancho, y había un barco con una vela que se henchía con el viento subterráneo y te encaminaba hacia otra tierra, aquella en la que estaban los muertos. Solía imaginarse que le preguntaba a Maria cómo era estar en ese otro mundo y que podía oír la respuesta de Maria. Era igual allí que en la aldea en la que vivía Sofia. Todo era como de costumbre. En realidad, no había diferencia entre estar muerto y estar vivo.

Después Maria desaparecía. Llevaba un vestido blanco y se deslizaba sol adentro, como si los rayos de luz la absorbieran.

Todas las mañanas empezaban de la misma manera. Las piernas estaban apoyadas contra la pared. Maria aparecía. Después Sofia salía al patio y se lavaba. El agua la cogía del pozo de la aldea, que estaba junto al camino que llevaba a la ciudad. Aunque iba todavía con muletas, había aprendido a mantener en equilibrio el cubo de agua sobre la cabeza. Cuando se había lavado y se había visto la cara en el trozo de espejo que se encontró un día de camino a la escuela, llegaba el turno de ayudar a su madre Lydia. Ella había encendido ya el fuego y preparaba el desayuno antes de irse a la *machamba*[*], donde cultivaba hortalizas y maíz. Sofia barrería el patio. Cuando estuviera listo, Rosa ya habría empezado a trabajar en el pequeño huerto que tenían junto a la casa, entre la de la señora Mukulela y el camino que llevaba al mercado. Por la tarde Sofia le arreglaría unos pantalones al señor Temba y también empezaría a cortar una tela para hacerle un vestido a Rosa.

Todo sería como de costumbre.

Lo único distinto era que no tenía que ir a la escuela. Un día de la semana anterior la profesora, la señorita Adelina, había venido a explicar que el techo de la escuela, que goteaba, por fin se iba a arreglar. De algún sitio había llegado dinero. Por eso los niños tendrían unos días libres.

Pensó que podía estar bien tener un día libre. Pero no más. A Sofia le gustaba la escuela. Muy adentro, en sus sueños, se veía a sí misma con ropa blanca. Doctora Sofia. A nadie, ni siquiera a Rosa, le había contado su sueño. A veces era tan grande y lejano que casi la asustaba. Pero volvía cada día. Era como si tuviera una mariposa tozuda y hermosa en la cabeza que se negaba a abandonarla…

Pronto sería de día.

Pero antes, cantaría el gallo. Se subió la manta hasta la barbilla y se preguntó qué cosa extraña sucedería justo ese día.

Quizá se fuera a enamorar. Quizá apareciese un chico por el camino al que no le importase que tuviera dos piernas ortopédicas. Sintió calor por todo el cuerpo y trató de imaginárselo delante de ella.

En ese mismo instante el gallo se puso a cantar.

Rosa se dio la vuelta sobre el suelo sin despertarse. Sofia le palpó el pelo con una mano. Llevaba trenzas. De todos los hermanos, Rosa era a quien ella quería más. Rosa tenía diecisiete años, tres más que ella. Con ella Sofia podía hablar de todo y reían a menudo.

Se estaba haciendo de día. Continuó pasando la mano por el pelo de Rosa.

Nada hacía sospechar lo terrible que iba a ser el día que acababa de empezar.

2

Sofia había pensado a menudo que uno desconoce de antemano la mayor parte de las cosas que componen la vida. Aunque planificaras lo que ibas a hacer, siempre ocurría algo inesperado. Sofia recordaba con plena claridad cuándo había empezado a pensarlo. Fue después de la gran catástrofe. Aquella mañana, aquel día totalmente normal, cuando Sofia pisó la mina que estaba enterrada en el suelo y su hermana Maria murió y ella perdió las dos piernas; fue entonces cuando aprendió que nada era cierto y seguro de antemano. Valía para todo en la vida. Cuando te ibas a dormir no sabías si al día siguiente, al despertar, estaría lloviendo. No sabías cuándo ibas a tener dolor de barriga o una picadura de mosquito en un lugar del cuerpo donde tú no alcanzas y hay que pedirle a otro que te rasque.

No sabías nunca cuándo iba a ser un buen o un mal día.

Solo podías desear.

Sofia había intentado varias veces hablar con Rosa sobre ello.

Pero a Rosa no le importaba. Pensaba que Sofia era infantil. Además, Rosa estaba casi siempre enamorada. En ese caso solo tenía tiempo para pensar en el chico nuevo. Cuando Sofia le hacía trenzas estaban más juntas que nunca. Era entonces cuando compartían sus pensamientos más profundos. Pero no todos. Sofia sabía que Rosa tenía sus secretos, del mismo modo que ella tenía los suyos. Seguramente no te unías tanto a otra persona como para compartir todos tus sentimientos y todos tus sueños. Siempre había alguna pequeña cueva de la que no revelabas la entrada.

Aun así, era como si compartieran todo lo que era importante. Rosa era mayor que Sofia. Había vivido más tiempo y había tenido más experiencias. Podía contarle a Sofia cosas que todavía no le habían pasado. En especial cuando tenían que ver con aquello que llamaban amor. Y Sofia escuchaba y guardaba en la memoria lo que Rosa le decía.

Pero también había algo que hacía de frontera invisible entre las dos.

Rosa nunca había pisado una mina. Todavía tenía las piernas con las que había nacido. No los trozos de plástico con zapatos adheridos que Sofia se sujetaba cada mañana y se quitaba cada noche.

A veces, Sofia pensaba que no era solo ella la que había perdido a su hermana Maria. Maria también había sido la hermana de Rosa. Pero, de todos modos, era como si Rosa no pudiera llorar a Maria tanto como Sofia. Maria tampoco iba nunca a visitar a Rosa por las mañanas. Al menos Rosa nunca había contado nada sobre el particular. Y si hubiera sucedido, lo

habría hecho. Sofia siempre se lo pensaba dos veces antes de revelar un secreto. Pero Rosa era distinta. En el mismo momento en que algo le pasaba por la cabeza se transformaba en palabras que salían de su boca.

También había cosas de las que era difícil hablar.

A menudo Sofia sentía que estaba celosa de Rosa por tener piernas de verdad. Nunca aprendería a caminar con la misma belleza que Rosa, nunca podría mecer las caderas como ella. Sofia necesitaría siempre el apoyo de al menos una muleta y siempre caminaría tiesa, como si tuviera unos zancos debajo de las rodillas. Se le hacía difícil reconocer que estaba celosa. Rosa no podía remediar que hubiese sido Sofia la que jugaba con Maria cuando pisaron la mina. A veces, Sofia podía sentirse avergonzada de sentir celos de Rosa. En ocasiones, por la mañana, mientras esperaba a que cantara el gallo, sus pensamientos podían enfadarla de tal manera que sentía ganas de pegar a Rosa mientras esta seguía allí tumbada durmiendo.

Además, Rosa era más hermosa que ella.

Aunque Sofia hubiese tenido sus piernas nunca habría tenido una cara tan bonita y un cuerpo tan bello como el de Rosa. Sofia era de complexión fuerte, mientras que Rosa era alta y delgada. Sofia tenía los pechos más grandes que Rosa, que los tenía de un tamaño perfecto. Aunque a veces se reían tontamente, antes de acostarse comparaban minuciosamente sus cuerpos desnudos. Encendían una vela y se pellizcaban y se palpaban una a la otra. De vez en cuando, Lydia se irritaba en el otro cuarto y preguntaba qué estaban haciendo. Pero en cuanto Lydia empezaba a roncar ellas comenzaban a susurrar en la oscuridad. Había tantas cosas de las que hablar. Por lo menos de todos los chicos que se peleaban por estar cerca de Rosa.

Sofia se levantó, se ató las piernas, se vistió y salió.

Lydia ya estaba concentrada en encender el fuego.

Sofia se lavó la cara. Rosa salió de la choza. Bostezó y estiró el cuerpo. Se había untado la cara con una crema que alguno de sus novios le había regalado. Cuando levantaba la cara hacia el sol la piel le brillaba. Al instante Sofia sintió la picadura de la envidia otra vez. La piel de Sofia nunca sería tan bonita y brillante como la de Rosa. Además, seguramente nunca conocería a un chico que le regalara una crema como la que tenía Rosa.

Rosa se acercó a Sofia.

—No entiendo que esté tan cansada —dijo.

—Es porque duermes muy poco —dijo Lydia severa—. Sales hasta demasiado tarde por las noches. Hay demasiados chicos corriendo detrás de ti.

Lydia removía el agua que hervía en la cazuela de hierro. Pero Sofia vio cómo lanzaba una mirada rápida a la barriga de Rosa. Lo hacía cada mañana. Sofia se preguntaba qué estaría mirando. ¿Si Rosa estaba embarazada? Con mamá Lydia nunca podías estar segura.

Rosa se sentó en cuclillas a la sombra de la choza.

Sofia fue hasta ella y se apoyó en la pared.

—Estoy tan cansada —dijo otra vez—. Por mucho que duerma. Es como si no tuviera fuerzas para nada.

—¿Estás enferma?

Rosa negó con la cabeza.

—No me duele nada.

Después no hablaron más del tema.

El desayuno estaba listo. La familia se reunió junto al fuego. Lydia repartió la comida, gachas de maíz para cada uno. Sofia ayudaba a darle de comer al hermano más pequeño, Faustino, que aún no había cumplido cuatro años. Alfredo, que tenía seis, comía despacio para que la comida le durara más.

Sofia no estaba segura de quién era el padre de Faustino. El padre de Alfredo, de Maria, de Rosa y de ella había sido asesinado por los bandidos durante la guerra. Había una foto suya, en blanco y negro, descolorida y rota. Lydia les había contado que se la había hecho un fotógrafo, de recién casados, cuando trabajaba en las minas de diamantes en Sudáfrica. A veces, cuando estaba decaída, Sofia solía sacar la foto, que estaba en el libro de Salmos de Lydia, para mirarla. Varias veces le había preguntado en sus pensamientos a Maria si ahora estaba viviendo con su padre, que también estaba muerto. Pero Maria no le había contestado nunca.

Pero quién era el padre de Faustino, lo desconocía.

Era un secreto que Lydia no revelaba. De vez en cuando, Rosa y Sofia hablaban de ello. Una noche, antes de dormirse, Rosa le había susurrado a Sofia que a lo mejor era el señor Temba el padre de Faustino. Sofia se había quedado estupefacta. ¿Habría dejado su madre Lydia, un día en que se hubiera sentido sola, que el señor Temba durmiera encima de ella en la choza? Que a Sofia le gustara el señor Temba era una cosa. Pero imaginar que se hubiera acostado con Lydia y que fuera él el padre de Faustino era totalmente distinto. Sofia protestó y Rosa le contestó esquiva que quizá no era como ella pensaba.

Una vez Sofia le preguntó a Lydia.

Como era una pregunta difícil y Lydia tenía a veces un temperamento irritable y se podía encolerizar, Sofia había escogido un momento en el que Lydia estaba de buen humor. Entonces había lanzado la pregunta, como si no fuera importante en absoluto, lo mismo que la respuesta que pudiera obtener. Lydia solo se había reído y contestado:

—Un hombre agradable que pasó por aquí. Y que luego desapareció otra vez.

Sofia no había hecho más preguntas. A Lydia no le gustaba que sus hijos la atosigaran. Pero a Sofia no le gustaba que su hermano Faustino tuviera un padre que ella no conocía.

La mañana transcurrió como de costumbre.

La señora Mukulela se acercó para dar los buenos días. Era curiosa y siempre se fijaba en si el patio estaba limpio y cuidado, o si alguno de los niños llevaba un jersey nuevo. Casi nunca la señora Mukulela se quedaba satisfecha cuando volvía a su casa. A la señora

Mukulela no le gustaba que se cambiara nada en casa de sus vecinos. En cualquier caso, no para mejor. La señora Mukulela quería ser siempre la que tenía la tela más bonita liada al cuerpo y las gallinas más ponedoras. Por el camino solía detenerse un rato a discutir con el señor Temba que, ya al amanecer, solía sentarse ante su choza, a trabajar con sus cestos.

Lydia se sujetó a Faustino a la espalda, cogió la azada y se dirigió a la *machamba*, que estaba a unos pocos kilómetros de allí, en dirección a las altas montañas que apenas se distinguían entre la calina. Caminaba rápido, como si el día fuese demasiado corto como para tener tiempo de hacer todo lo que debía. Sofia la siguió con la mirada. Lydia era flaca y estaba desgastada. Nueve hijos había parido. Ahora quedaban cuatro con vida. Cinco habían muerto, entre ellos Maria. Sofia la miraba mientras ella avanzaba velozmente por el camino y se preguntó en qué estaría pensando. Paría hijos que morían y cada día se apresuraba a ir a su campo de cultivo para echarle un ojo a las hortalizas que luego vendería para ganar un poco de dinero.

Lydia desapareció en el sol.

«Igual que Maria», pensó Sofia. Y se preguntó si algún día sería como Lydia. A pesar de que nunca pudiera caminar tan deprisa. Las muletas no las podría dejar nunca de lado. Y tampoco era seguro que fuera a tener hijos.

Miró hacia el camino, que por un momento quedó vacío.

Entornó los ojos al mirar el sol por donde Lydia había desaparecido. Pero nadie llegó. Ningún chico que fuera a detenerse para mirarla sin que le importase que no tuviera piernas y llevara muletas bajo los brazos.

Sofia suspiró y se dio la vuelta.

Rosa se había levantado del sitio junto a la pared de la choza y se agachó para coger su azada, que estaba en el suelo. Sofia arrugó la frente. Cuando Rosa levantó la azada, parecía que tenía que hacer un gran esfuerzo. Como si de repente pesara el doble que el día anterior. Pero se la puso al hombro y recompuso la espalda. Comenzó a caminar hacia el pequeño huerto que limitaba con el terreno de Mukulela, donde las gallinas deambulaban picoteando.

Sofia se quedó de pie mirando a Rosa.

Al principio no sabía por qué. Luego se dio cuenta de que algo era diferente. Rosa no caminaba como solía, con pasos ágiles, la espalda recta y meciendo las caderas. Era como si avanzara a rastras, como si cada paso fuese un suplicio. Sofia entornó los ojos y continuó mirándola. Rosa ya había llegado al huerto. Levantó la azada.

Y se le cayó.

Rosa se hundió de rodillas.

Sofia contuvo la respiración. Luego cogió las muletas y saltó hasta donde estaba Rosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No lo sé —respondió Rosa—. Es que me siento tan cansada.

Sofia la miró. Pensó entonces que Rosa había adelgazado desde hacía un tiempo.

Y fue entonces cuando cayó en la cuenta. Fue como si se le encogiera el estómago.

Era el miedo.

«No es verdad», pensó. «Rosa no, mi hermana no».

Rosa alzó la mirada para ver a Sofia.

Su cara todavía relucía. Pero no era por la crema que le había regalado alguno de sus novios lo que le hacía brillar la cara.

Era sudor.

Sofia se inclinó hacia delante. La mano le temblaba cuando la posó sobre la frente de Rosa.

Rosa tenía fiebre.

Estaba enferma.

Sofia sintió cómo le crecía el frío en el estómago.

Era como si el sol hubiese desaparecido y la noche hubiese vuelto otra vez, de repente.

3

Sofia ayudó a Rosa a llegar hasta la cama de la choza.

Rosa se quería tumbar en el suelo, en el lugar donde solía dormir. Pero Sofia le dijo que no. Rosa estaba enferma, se tumbaría en la cama. El motivo de que hubiese una cama era que a Sofia le costaba levantarse del suelo sin sus piernas. La cama se la había regalado el señor Temba cuando volvió de una larga temporada en el hospital. Se la había intercambiado a un maestro en Boane que, a su vez, la había conseguido a cambio de una bicicleta vieja.

Rosa se estiró en la cama.

—No me duele —dijo—. Solo estoy cansada.

—Tienes fiebre —dijo Sofia.

Rosa la miró.

—¿Por qué te tiembla la voz?

—No me tiembla.

Rosa continuó mirándola.

—No estoy enferma.

—Tienes fiebre. Pero seguramente no es nada grave.

Rosa recostó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Sofia la miraba. Rosa tenía razón. A Sofia le había temblado la voz. Le había temblado porque tenía miedo. Aquello que le helaba el estómago aún seguía allí. Todo el rato intentaba convencerse de que estaba equivocada. A Rosa no le pasaba nada serio, solo un poco de fiebre, un ligero cansancio. Le podía ocurrir a cualquiera. Dentro de unos días estaría igual que siempre.

Pero también había otra voz en su interior.

Una voz que la contradecía. A Rosa se le había caído la azada. Se había caído en el suelo. No te subía la fiebre por cualquier cosa. Y había adelgazado. Sobre todo eso. La voz interior de Sofia gritaba cada vez más fuerte. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Que Rosa casi nunca se acababa la comida. Antes no era así. Pero en los últimos meses había devuelto a la olla grandes porciones de maíz o de arroz en cada comida.

Rosa abrió los ojos otra vez.

—Me duele la cabeza. Hay tanta luz.

Sofia se había sentado al borde de la cama, con las muletas a su lado. Cogió una de ellas y movió la cortina que ella misma había cosido a partir de un jirón de tela para que tapara la ventana.

—¿Quieres agua? —preguntó Sofia.

Rosa negó con la cabeza.

—Voy a dormir un rato —contestó—. Después me sentiré bien otra vez. Será mejor que salgas y vigiles que Alfredo no arme ninguna.

Rosa tenía razón.

Sofia no lo podía dejar solo. Se levantó de la cama y salió. Al mismo tiempo se preguntaba si tenía algún significado que no tuviese colegio justo hoy. Si la vida se componía de cosas que uno no conocía, también ocurría que algo cuadraba sin que estuviese planeado. Como ahora, que la escuela había obtenido dinero para reparar el techo estropeado y que fuera justo el día en que se quedaba en casa cuando a Rosa se le cayó la azada.

Alfredo estaba sentado delante de la choza, dibujando en la arena con un bastón. Era grande para su edad, casi gordo. Lo único que llevaba puesto eran unos pantalones rotos. Un día fueron del señor Temba. Le había pagado a Sofia con ellos cuando le arregló unas camisas. Vio que tenía que arreglarlos otra vez.

Estaba dibujando una persona en la arena, según pudo ver Sofia.

—¿Quién es? —le preguntó.

—No sé —dijo Alfredo.

—No te acerques al fuego —dijo Sofia.

Alfredo no respondió, solo asintió con la cabeza. Sofia pensó que seguramente le parecía que le daba la lata. A pesar de todo tenía seis años. Ya sabía qué era lo que no le dejaban hacer. Y casi siempre obedecía.

Sofia se fue al huerto donde estaba la azada de Rosa.

En la distancia podía oír cómo cantaba la señora Mukulela. Siempre cantaba alto y en falsete. Las melodías no cuadraban y las palabras no formaban versos. Sofia escuchó:

Las gallinas están bien
pero necesito más,
debería quizá buscar un perro,
la uña de mi dedo gordo izquierdo está rota…

Sofia meneó la cabeza.

La señora Mukulela no era especialmente buena inventando canciones.

Se agachó para coger la azada.

No pesaba más que ayer. Aun así se le había caído a Rosa. Sofia se la llevó y la dejó junto a la pared de la choza. A Lydia no le gustaba que se descuidaran los aperos. Había que limpiar la mala hierba del huerto. Pero Rosa no tenía fuerzas para ello. Estaba en la choza con fiebre. Sofia haría su trabajo. Pero primero debía sentarse y pensar un momento. Se acercó uno de los taburetes bajitos de madera, que eran las únicas sillas que tenían, y se sentó a la sombra, junto a la choza, desde donde podía ver todo el rato lo que hacía Alfredo.

Después se puso la mano sobre la barriga.

Todavía estaba el frío allí dentro. Intentó pensar en algo divertido. Algo que no tuviese nada que ver con Rosa. Pero no podía. Sus pensamientos volvían al hospital en el que había estado tumbada casi un año cuando tuvo lugar el accidente.

En el hospital siempre había compartido habitación con varias personas. A veces había tantos enfermos que no había suficientes camas para todos. Entonces podía pasar que dos enfermos tuvieran que estar juntos en la misma cama. O se tumbaban sobre esteras de rafia debajo de las camas, o entre ellas, en cualquier sitio donde hubiese espacio. Muchos estaban muy enfermos y cada dos días, al menos, moría alguien. Durante mucho tiempo hubo un hombre joven en la cama junto a la de Sofia. Se había quemado al incendiarse su choza. Nunca decía nada y tampoco iba nunca nadie a visitarlo. Una tarde, poco antes de la hora de comer, murió. Al día siguiente llegó otro paciente a la cama, una chica a la que llevaron en camilla. Los primeros días solo durmió. Pero cuando se despertó, ella y Sofia empezaron a hablar. Después de preguntarse cómo se llamaban y de dónde venían, la chica, que se llamaba Deolinda, quiso saber qué le pasaba a Sofia. Y Sofia le contó lo que había pasado, después retiró las sábanas y le enseñó a Deolinda los muñones vendados.

Después le tocó a Sofia preguntarle a Deolinda por qué estaba en el hospital.

Su respuesta fue inesperada.

—Voy a morir —dijo.

Sonreía al contestar. Una sonrisa que llegaba de lejos, una sonrisa que Sofia no había visto nunca antes. Entonces comprendió que las personas que sabían que iban a morir no tenían por qué gritar ni llorar. También las personas moribundas podían sonreír. Aunque solo tuvieran diecinueve años, como Deolinda.

La señora Mukulela ya había parado de cantar.

En una choza junto al camino, una señora regañaba a su marido. Por lo que oía Sofia, ella opinaba que él era un vago. Sofia no prestó más atención.

Volvió a sus recuerdos del hospital.

Deolinda le había explicado por qué iba a morir. Tenía una enfermedad de la que Sofia nunca había oído hablar. Era un virus que una vez que había entrado en el cuerpo nunca desaparecía. Aunque era posible que vivieras mucho tiempo, siempre acababa llevándote a la muerte.

Deolinda le contó también cómo se había contagiado. Sofia todavía podía recordar que se había ruborizado. Nunca había oído a nadie hablar tan abiertamente de algo que debía ser un gran secreto. Lo que ocurría en la oscuridad entre un hombre y una mujer. Pero Deolinda decía las cosas tal y como eran. Había conocido a un chico que le gustaba mucho. Se habían acostado y después habían seguido viéndose. Un año más tarde él se había puesto enfermo, sucedió deprisa: había dejado de comer, había adelgazado, le habían salido erupciones por el cuerpo y se le había caído el pelo, al final ya no tenía fuerzas para levantarse. Unos meses más tarde estaba muerto. El médico que lo había tratado le había

pedido a Deolinda que fuera al hospital para que pudieran hacerle un análisis de sangre. Al cabo de unos días la había vuelto a llamar. Entonces le había contado que ella también tenía la enfermedad que había matado a su novio. Y le había dicho que, tal y como estaban las cosas, podía ir por ahí durante muchos años llevando la enfermedad dentro sin saberlo. Tampoco se podía ver en una persona si él o ella estaban contagiados. Y te podías contagiar de diferentes maneras. No por tocar a alguien, por abrazarse. Pero si te acostabas con alguien podía ocurrir.

Sofia recordaba todo lo que Deolinda le había contado.

—Por eso voy a morir —dijo Deolinda—. Le quería. Y él no me quería contagiar. Nadie puede evitar que yo muera. Quiero vivir. Pero aun así voy a morir.

Sofia estaba sentada a la sombra y miraba a Alfredo.

Un perro cruzó la calle. Ahora el sol estaba alto, notaba el calor como yemas de dedos temblorosos tocándole la piel. «No puede ser verdad», pensó Sofia y se golpeó el estómago con la mano para ahuyentar aquello que estaba tan frío. «Rosa no tiene la misma enfermedad que Deolinda. Dentro de unos días estará sana otra vez. No puedo perder a otra hermana. Son imaginaciones mías pensar que sea algo serio. Ahora Rosa está durmiendo ahí dentro. Lydia tiene razón, Rosa pasa demasiado tiempo fuera por las noches».

Sofia se tocó la barriga otra vez.

Ya no estaba tan fría. Se puso en pie, cogió la azada y se dirigió al huerto. Alfredo seguía sentado dibujando en la arena. Sofia sabía que podía estar sentado soñando durante horas.

Iba a levantar la azada cuando advirtió que alguien se acercaba por el camino. Se puso la mano sobre los ojos para ver quién era. La luz del sol era fuerte. Era un chico, según podía ver. Pero no sabía quién era. No lo conocía, no lo había visto antes.

Cuando vio a Sofia se detuvo. Sonrió.

Fue como si su mirada le hubiera asestado un golpe. Dio un respingo.

Por segunda vez en aquel día la azada de Rosa cayó al suelo.

4

¿Podía saberse de antemano cuándo iba a suceder una cosa que nunca se olvidaría? Muchas veces Sofia se había hecho esta pregunta sin poder ofrecerse una respuesta precisa. Había estado allí de pie con la azada en la mano y, por casualidad, había echado un vistazo al camino. Y por allí había aparecido un chico caminando. Eso era todo. En realidad había estado llena de preocupación por Rosa, que estaba en la cama con fiebre.

Aun así fue un momento mágico. Aquello que su madre Lydia a veces contaba. Cuando lo maravilloso y totalmente inesperado sucedía. Una vez, cuando Sofia era muy pequeña, Lydia se había quedado sin nada de comida. No tenía nada que darles a sus hijos. La harina de maíz y el arroz se habían acabado. La cosecha había sido mala, había sido un año de grave sequía. Las lluvias no habían llegado o solo habían tocado el suelo en forma de gotas aisladas y escasas. Lydia estaba sentada junto al fuego contándole a Sofia su desesperación. Se había ido de casa para mendigar en la ciudad. Y entonces se había encontrado un billete en el camino.

—No era un billete que se le hubiese caído a alguien —había dicho—. Alguien lo puso allí para que yo lo encontrara.

Existían momentos mágicos.

Sofia lo sabía. No solo el que contaba Lydia. También otros que le habían sucedido a ella.

El momento mágico más grande aconteció la mañana en que sintió por primera vez que Maria la visitaba. Aunque Maria solo existiera en su cabeza fue raro que Sofia pudiera ver a su hermana con tanta claridad. Y hablar con ella, oír su voz, verla desaparecer en el sol.

Más tarde consideraría que el chico que había aparecido andando por el camino era justo lo que había estado pensando al despertarse. Que algo curioso iba a ocurrir. Eso también la convenció de que seguramente Rosa no estaba contagiada de la horrible enfermedad. Solo estaba cansada. Al día siguiente seguro que la fiebre habría desaparecido. Cogería la azada y la levantaría por encima de la cabeza sin que se le cayera. Rosa trabajaba duro cuando quería. Pronto no quedaría ni una mala hierba en el huerto.

El chico se paró en el camino. Sofia escondió una de las muletas detrás de la espalda. Una muleta era mejor que dos. En el fondo sabía que el chico ya habría visto que le costaba moverse. Pero de todos modos se sintió bien escondiendo una de las muletas. Echó un vistazo a las piernas. La tela que se había enrollado alrededor de las caderas le llegaba hasta los zapatos. No se veía nada de las piernas de plástico. Era muy importante.

El chico se acercó. Pero no llegó a pasar por encima de los pequeños arbustos que crecían

en el borde del terreno.

—Me preguntaba si me podrías ayudar —dijo.

Sofia intentó recordar todo lo que Rosa le había explicado. Si un chico se dirigía a ella no debía mostrarse demasiado interesada. Responder con reticencia, no usar demasiadas palabras, decir tan solo lo necesario.

—¿Con qué?

—Estoy buscando a mi tío, que se llama Lukas Macassa. Debería vivir en algún lugar de por aquí.

Sofia buscó en la memoria. Pero no había oído hablar de ningún Macassa. Por eso debía decir no. Nada más. Pero dijo otra cosa. El chico podía quedarse y hablar con ella un rato más. Especialmente porque había descubierto que la señora Mukulela los había visto y los vigilaba a la sombra de un bananero.

—¿A qué se dedica? —preguntó Sofia.

—Antes era panadero. Pero ahora no sé qué hace.

—Aquí no hay panadería.

El chico se quedó pensando. Sofia se puso bien la blusa. Se dio cuenta de que estaba sucia y esperó que no se notase.

—Estoy seguro de que es aquí —dijo el chico—. Este pueblo se llama Meben, ¿no?

—¿Cómo se iba a llamar si no?

Sofia estaba satisfecha con su respuesta. Rosa le había enseñado que se podía contestar a una pregunta con otra para mostrar que no se tenía miedo de llevar la contraria.

—No lo sé —dijo el chico—. Pero si esto es Meben, entonces mi tío vive aquí.

Sofia no quería que desapareciera. Pero no quedaba mucho más por decir. No podía mentir y enseñarle el camino a una choza que no existía.

O ¿podía?

Sobre eso Rosa no le había dicho nada. Pero de pronto, y sin saber muy bien de qué manera, se decidió.

—A lo mejor he oído hablar de alguien que se llama Macassa —dijo—. Si es así, vive al otro lado del pueblo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia una pendiente en la que había chozas dispuestas en largas filas—. Si no lo encuentras tendrás que venir otra vez —continuó.

El chico asintió y se fue.

Sofia lo vio marcharse. Pensó que era de la misma edad que Rosa. Era alto y delgado y tenía el pelo corto. Sofia se preguntó qué se sentiría al pasar la mano por su cabeza. Lo estuvo mirando hasta que desapareció por la pendiente. Entonces se fue hasta donde estaba Alfredo, que seguía absorto con las figuras que dibujaba en la arena, y que borraba y volvía a dibujar con detalles siempre nuevos. Sofia se inclinó hacia delante, cerró los ojos y le acarició la cabeza. Alfredo también llevaba el pelo corto. Lydia se lo cortaba a menudo para mantener alejados los piojos.

Sofia volvió al huerto donde se le había caído la azada.

Involuntariamente pensó que también había algo bueno en que Rosa estuviese enferma y tumbada dentro de la choza. Si Rosa hubiese estado trabajando en el huerto, seguro que el

chico solo la habría mirado a ella. Ni siquiera se habría dado cuenta de que Sofia estaba allí. «Solo soy la más guapa cuando estoy sola», pensó. «Alguna vez Rosa podría dejar que fuera a mí a quien los chicos miraran.»

Pero enseguida apartó ese pensamiento.

Rosa estaba enferma. Sofia no podía pensar mal de ella.

Sofia trabajaba.

Era pesado mantener el equilibrio al mismo tiempo que usaba la azada. Pronto estuvo empapada de sudor. La señora Mukulela escuchaba el aparato de radio que tenía conectado a una vieja batería de coche. Una vez a la semana la subía a su carretilla y se iba hasta la gasolinera para que se la cargaran. La gasolinera estaba cerca del río. La señora Mukulela tardaba todo el día en ir y volver con su carretilla. Además, la radio era mala. Siempre se oía más basura que música.

La tierra estaba seca.

La azada levantaba tierra, piedras y polvo. De vez en cuando, Sofia estiraba la espalda y echaba un vistazo hacia el pueblo. ¿Volvería? No lo sabía. Pero sintió que lo deseaba.

Sofia continuó trabajando la tierra seca y trató de imaginarse un buen nombre para el chico. «Raul», pensó. Era un nombre que le gustaba. Uno de los médicos que la habían tratado en el hospital se llamaba Raul. Pero eso significaba que el nombre estaba ocupado. Siguió pensando. Jorge, Abiliou, Rogerio, Bento, Nicolaus, Elliot… Ningún nombre le iba bien. Estiró la espalda otra vez y se secó el sudor de la frente. No había ningún nombre lo suficientemente bueno. Así que debía inventarse uno. Miró al cielo. Se podía ver el contorno blanco de la luna. Esta noche habría luna llena. «Chico de la Luna», pensó. «Así le voy a llamar». *A Mupfana wa N'wheti*[*]. El chico que vino del sol pero que en realidad era de la luna. Se rio con la idea. Casi se ruborizó. Ahora echaba en falta a Rosa para hablar. Ella lo comprendería. Pero después, a lo mejor, no dejaría en paz al chico si volvía. Sofia decidió que el Chico de la Luna era uno de los secretos que no podía compartir con nadie. Ni siquiera con Rosa.

Después de una hora dejó la azada de lado y bebió del cubo que había en el pequeño cobertizo que usaban como cocina. Alfredo había dejado de dibujar en la arena y miraba a Sofia. Eso quería decir que quería comer algo. Sofia le dio una naranja y un trozo de pan. Ella no tenía hambre. Sí, tenía hambre, pero intentaba comer menos de lo normal, pensaba que se estaba poniendo demasiado gorda. No quería tener un culo tan grande y unos pechos tan enormes como los de la señora Mukulela. Al menos no durante muchos años.

Luego entró en la choza y corrió con cuidado la cortina de su cuarto. Rosa dormía. Respiraba con la boca abierta. Sofia escuchaba sus aspiraciones. Eran cortas y rápidas. Con cuidado se acercó a la cama y le tocó la frente a Rosa. Le pareció que no estaba tan caliente como antes. «No es nada grave», se dijo a sí misma. «Me asusté innecesariamente».

Cuando iba a salir de la choza otra vez clavó la mirada en una bolsa de plástico que estaba en el suelo. En ella Rosa guardaba sus peines y sus cremas. La tentación fue demasiado grande. Sofia enganchó la bolsa en una de las muletas, la levantó y se la llevó al otro cuarto. Allí sacó el tarro de crema que hacía que la cara de Rosa brillase tanto. Se sentó en el único taburete de la habitación y empezó a untarse la cara. La crema olía bien, algo desconocido, misterioso. Cuando hubo acabado volvió a meter el tarro en la bolsa de plástico. Rosa no se daría cuenta de nada.

Salió al patio.

El sol todavía estaba en lo alto del cielo. La señora Mukulela había apagado la radio. Sofia podía oír cómo roncaba dentro de su choza. La señora Mukulela siempre dormía la siesta a esa hora. Se podía ajustar el reloj con ella, si se tenía uno. Sofia se miró la cara en el trozo de espejo. La piel le brillaba. Por un instante pudo olvidarse de sus piernas y pensar que era casi igual de bonita que Rosa.

Volvió a colgar el espejo y miró hacia el camino. Había dos mujeres vestidas de negro con dos grandes montones de leña sobre la cabeza. Pero no se veía ningún chico. Eso la desanimó. Sabía que era una estupidez, pero no lo podía evitar. Él había pasado por allí y luego había desaparecido otra vez. Sofia tan solo era alguien a quien por casualidad le había preguntado por la choza de su tío. Se había olvidado de ella en el mismo momento en que desapareció por la pendiente.

El día pasaba.

La señora Mukulela se despertó, salió al patio y se salpicó agua por su gran cuerpo. Sofia pensó que le recordaba a un elefante en un charco. Durante su larga estancia en el hospital, después de que le hubieran dado las prótesis y de poder así dejar la cama, solía pasar las tardes sentada en una sala de estar, mirando un viejo televisor en blanco y negro. Una vez había visto una película de elefantes. Y se habían echado agua de la misma manera que lo hacía la señora Mukulela.

Sofia jugó un rato con Alfredo y después empezó a preparar la cena. Cuando Lydia llegó a casa Sofia ya había puesto unas mazorcas en remojo y encendido el fuego. Lydia estaba cansada. Faustino colgaba en su espalda, dormido. Lydia miró a su alrededor.

—¿Dónde está Rosa?

—Está enferma.

—¿Qué le duele?

Lydia siempre se preocupaba cuando uno de sus hijos se ponía enfermo. Sofia la comprendía. Lydia no quería perder más hijos.

—Tiene fiebre. Pero no está tan caliente como esta mañana.

Lydia se metió en la choza, pero enseguida salió otra vez.

—Casi no tiene fiebre —dijo—. Rosa pasa demasiado tiempo fuera por las noches. Es por eso que está cansada.

Rosa no quería comida, solo quería dormir.

Lydia estaba cansada tras su largo día en la *machamba*. Se fueron pronto a la cama. Sofia tampoco tendría escuela al día siguiente.

La luz de la luna entraba por el hueco de la ventana.

Rosa dormía en el suelo a su lado. Sofia dejó fluir el pensamiento. El Chico de la Luna no había vuelto. Había desaparecido por la pendiente. Quizá había encontrado la choza de su tío.

El sueño la atrapaba.

Se puso la mano sobre la barriga. El frío que sintió cuando a Rosa se le había caído la azada y se había hundido en el suelo casi se había marchado.

Pero no del todo.

Todavía había un punto donde la preocupación persistía.

De repente se incorporó en la cama.

Algo la había arrancado del sueño. Se quedó escuchando. Todo estaba en silencio, solo los saltamontes chirriaban allí fuera, en la noche.

La luz de la luna iluminaba todo el cuarto.

No sabía por qué lo hizo.

Pero se sentó en el borde de la cama y se sujetó las prótesis. Luego se lió una tela al cuerpo, cogió las muletas y con cuidado salió de la habitación donde dormían Lydia y los niños. La puerta estaba encajada. Sofia la abrió con cuidado. La luz de la luna reposaba como una niebla azul sobre las chozas. Esperaba que Lydia se despertara en cualquier momento. Pero dormía profundamente. Sofia salió. Era como si saliera a un mundo completamente distinto, que no era negro sino azul.

Entonces lo vio.

Estaba de pie, completamente quieto en el camino.

Sofia no dudó.

Era él.

El Chico de la Luna había vuelto.

5

Fue como si la luz de la luna cambiara.

Se volvió más penetrante, más azul.

Sofia estaba totalmente inmóvil. El chico que estaba en el camino tampoco se movía. Sofia no le podía ver la cara. Sentía sus propios latidos. ¿O era un tambor en algún sitio? ¿Un tamborilero que estaba dentro de su pecho golpeando un pequeño tambor azul?

No se movió.

«Estoy soñando», pensó. «Esto no está pasando».

Apretó fuerte la muleta con una mano para convencerse de que no era más que aire. Todo lo que se toca en los sueños es aire, o seda muy fina. Pero la muleta no se desvaneció como el humo o la niebla entre sus dedos. Realmente estaba delante de la choza, en plena noche, a la luz de la luna.

Ahora el chico se movió, se acercó.

Era como si flotara. Sus pisadas eran completamente insonoras. Sofia se apartó de la puerta. Lydia se podía despertar, nunca se sabía. Nadie tenía el oído tan agudo ni el sueño tan ligero como ella. Era extraño que no se hubiese despertado cuando Sofia había cruzado el cuarto. O quizá estaba despierta. Y creyó que Sofia tenía ganas de hacer pis.

El chico se había detenido otra vez.

Todavía no lograba verle la cara. Había salido del camino y estaba de pie junto a uno de los bananeros de Lydia. Sofia dio un paso hacia él. Ahora le podía ver la cara. Realmente era él que había vuelto. Ella se detuvo y echó un vistazo a sus pies. La tela que se había enrollado le tapaba las piernas. Era importante, por mucho que las prótesis no se vieran a la luz de la luna.

Ahora estaba cerca de él. Él la miraba y sonrió.

—No creí que fuera posible —dijo en voz baja.

Sofia tuvo la sensación de no haber oído nunca antes una voz tan bonita. Sonaba como si se pudiera poner a cantar en cualquier momento.

«Soy tonta», pensó.

«Habla como todos los demás. Si pienso que su voz es bonita me voy a ruborizar. Y a lo mejor se ve aunque solo haya luz de luna».

Justo iba a responder cuando de repente pensó que debía acercarse un poco más.

Lydia la podía oír.

Pero en cuanto dio ese paso las piernas y las muletas se entrecruzaron y cayó de bruces. Fue como si se hubiese lanzado a sus pies.

Sofia se quería morir.

«Huye a la choza otra vez, adentro en el sueño». Odiaba aquellas piernas que no podían controlarse a sí mismas. Las muletas las rompería y las tiraría. El resto de su vida iría a rastras. Si es que volvía a salir de casa otra vez.

Después notó que él la cogía del brazo.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Sofia no contestó.

Él la ayudó a levantarse. Ella podía notar el olor de su cuerpo. Era una mezcla de sudor y jabón. Le gustaba. Era penetrante pero cálido al mismo tiempo. «Seguro que se lava con jabón de la luna», pensó. Pero interrumpió su pensamiento. Ahora era tonta otra vez.

Él le alcanzó una de las muletas que se le habían caído.

«Ya no importa», pensó Sofia.

«Ya nada importa. Ahora ve cómo soy. Pronto se habrá ido».

Se inclinó hacia delante y se sacudió la tela que tenía alrededor del cuerpo. En realidad pegaba a sus piernas, las castigaba. Tenía lágrimas en los ojos. «Debería haber sido Rosa la que estuviera aquí», pensó. «No yo. Yo no sirvo».

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

Sofia no contestó. Enderezó la espalda, pero mirando al suelo; quería evitar mirarle a los ojos.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

«Tenía que insistir», pensó Sofia.

De repente le cayó mal. Aunque saliera de la luz de la luna no tenía por qué darle la lata.

—No he encontrado a mi tío —continuó—. Sé que vive aquí en alguna parte. En una choza que tiene una ventana junto al suelo.

Ahora Sofia no podía evitar mirarlo.

—¿Una ventana junto al suelo? ¿Por qué?

—Mi tío es un hombre curioso. Le gusta estar tumbado en el suelo y mirar a las personas.

—¿Por qué?

—Dice que las ve mejor si las mira como una rana.

Sofia meneó la cabeza. Había olvidado lo que acababa de ocurrir, que se había caído.

—¿Por qué como una rana?

—No lo sé. Pero siempre ha sido un poco raro.

Se hizo el silencio.

La conversación se terminó. El chico movió la cabeza. Ahora Sofia podía verle los ojos.

La luz era tan fuerte que incluso descubrió que tenía una pequeña cicatriz debajo de un ojo.

—Fue un pájaro —dijo. Sofia no entendió lo que quería decir—. Un pájaro que me arañó debajo del ojo. Cuando era pequeño. Pero todavía me acuerdo. Fue un pájaro blanco con pico amarillo. Le había pasado algo. A lo mejor había volado hacia un árbol o hacia su propio reflejo y estaba aturdido. Chocó de lleno contra mí. El pico se me clavó en la piel.

—¿Qué pasó luego?

—El pájaro cayó al suelo y murió.

¿Decía la verdad? Sofia dudaba de lo que le estaba contando. Quizá los chicos que aparecían de la luz de la luna tenían su propia manera de hablar.

—¿Por qué estás en medio del camino en plena noche? —preguntó.

—Me estaba yendo de aquí. Pero pensé que a lo mejor habías oído que me detenía.

¿Qué quería decir ahora?

¿Cómo iba a oír a alguien que avanzaba en total silencio por el camino? ¿Cómo iban a percibir sus oídos que alguien había dejado de caminar?

Ella le miró los pies.

Los pantalones estaban recortados a distinta altura. Sofia nunca habría cortado unos pantalones con tanto descuido. Estaba descalzo.

«Pero quizá tenga razón de todos modos», pensó.

«Había algo que me hizo salir del sueño. A lo mejor he oído algo que no recuerdo».

Después volvió a lo primero que él había dicho. *No creí que fuera posible*.

—¿A qué te referías? —preguntó—. ¿Qué era lo que no era posible?

—Que hubieras oído que estaba aquí.

Ahora Sofia se ruborizó.

Ya no lo podía evitar. Furiosa, pensó que seguramente se vería mucho más a la luz de la luna que cuando brillaba el sol.

En ese momento la luna no era su amiga. Nada, ni nadie, era su amigo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el chico.

Sofia pensó rápidamente en decirle que se llamaba Rosa. Si el chico volvía al día siguiente le pediría a Rosa que hablara con él. Seguramente, a esas alturas la fiebre ya habría desaparecido. En cuanto viese a Rosa, la hermana innecesariamente guapa de Sofia, se olvidaría para siempre de aquella chica que se había tropezado con sus piernas de plástico y sus muletas y que se había ruborizado hasta hacer enrojecer la luz de la luna.

—Sofia —respondió—. ¿Cómo te llamas tú?

—No lo sé.

«Está loco», pensó Sofia. «Todo el mundo sabe cómo se llama».

—Suelo cambiar de nombre —continuó—. Hoy he tenido problemas para decidirme.

—Pero tendrás algún nombre verdadero.

—Todos mis nombres son verdaderos. Pero me gusta cambiar. No comes la misma

comida cada día. No llevas la misma ropa. ¿Por qué, entonces, no se puede cambiar de nombre?

Sofia pensó que quizá debía tenerle miedo a este chico.

Lydia le había dicho que tuviese cuidado si se topaba con personas que se portaban de manera extraña. Nunca sabías lo que podían hacer o decir.

—Dame un nombre —dijo el chico—. Me siento desnudo aquí, a luz de la luna, si no tengo nombre.

Sofia se lo quedó mirando. ¿Qué era lo que decía? ¿Que estaba desnudo?

Sofia bajó la mirada, como si de verdad el chico estuviese sin ropa delante de ella.

—Sergio —dijo.

—¿Sergio? ¿Por qué?

Sofia no quería responder. Una vez, Sergio había sido compañero de juego suyo y de Maria. Pero solo había vivido hasta los ocho años. Entonces había muerto de malaria. Su madre estuvo sentada junto a Lydia llorando durante muchas noches.

Cuando Lydia y la madre de Sergio lloraban era como un mar que chocaba contra las rocas y grababa marcas en ellas.

En sus caras estaban todos los niños que habían muerto.

Maria era una profunda hendidura en la frente de Lydia.

El surco más profundo de todos.

Pero Sofia no dijo nada al respecto.

Solo que Sergio era un nombre bonito.

El chico se rio.

A Sofia le pareció que sonaba como agua que goteaba y salpicaba sobre un techo. Pero si alguien le hubiese preguntado por qué, no habría podido explicarlo. Simplemente era así. La risa del Chico de la Luna sonaba como gotas de agua.

—Ahora ya tengo un nombre —dijo el chico—. Ya no tengo por qué tener miedo.

Sofia no supo qué era lo que le asustaba.

Por lo menos no en aquel momento.

Dio un respingo.

La puerta de la choza se abrió. Primero pensó que era Lydia que se había despertado y les había oído hablar. Entonces vio que era Rosa. Solo se alejó unos pasos de la choza. Luego se puso en cuclillas e hizo pis.

Sofia se dio la vuelta.

El chico se había ido. El camino estaba vacío. Sofia no comprendía cómo había podido desaparecer tan deprisa. Miró la luna. Pero él no estaba allí tampoco.

Rosa se puso de pie y vio a Sofia.

—¿Qué haces? —le preguntó asombrada.

—No podía dormir.

Sofia se acercó a Rosa.

—¿Te encuentras mejor?

Rosa asintió. Pero Sofia vio que estaba temblando.

—No entiendo qué me pasa —dijo.

Sofia sintió que el frío en el estómago volvía.

Miró una vez más hacia el camino.

Pero el Chico de la Luna había desaparecido.

6

Al día siguiente Rosa se encontraba realmente mejor.

La fiebre había bajado, tenía la frente fresca. Todavía se sentía cansada y no tenía apetito. Pero se levantó como cada mañana. Sofia la miraba de reojo. Aunque había menguado, el frío en el estómago seguía allí. Rosa se lavaba igual de despacio y con el mismo cuidado que de costumbre. Después se podía pasar muchísimo tiempo delante del espejo untándose crema y arreglándose el pelo. Este día no era distinto. Sofia pensó que era una buena señal. Si Rosa se preocupaba por su aspecto es que no le ocurría nada grave.

Justo antes de que Lydia se fuera a la *machamba* con Faustino a la espalda hubo una pequeña discusión entre ella y Rosa. Lydia quería que Rosa fuera al ambulatorio, que estaba a cuatro kilómetros del pueblo de camino a Boane. Pero Rosa no quería.

—Ayer estabas enferma —dijo Lydia irritada—. Quizá sea mejor que compruebes que no tienes nada malo. Algo que pueda volver.

—No hace falta.

—¿Por qué no?

—Hoy me encuentro bien.

Sofia se estaba lavando mientras escuchaba la conversación. Pudo oír en su voz que Lydia estaba irritada. Pero Rosa no le tenía tanto miedo a su madre como para no atreverse a protestar.

—Pero ¿y si te pones enferma mañana? —insistió Lydia.

—No lo haré.

—¿Cómo puedes saberlo?

Y así continuó la conversación. Discurría como en un círculo. La irritación ardía sin llama, como un fuego que no tuviera fuerzas para encenderse. Al final, Lydia se rindió y desapareció hacia la *machamba* con Faustino a la espalda y la azada en la mano.

Rosa se había sentado a la sombra.

—Gracias por limpiarme las malas hierbas ayer —dijo.

—No es tu mala hierba. Es nuestra. Además estabas enferma.

—Gracias de todos modos.

Sofia estaba de pie con un codo apoyado en la muleta.

—¿Qué hacías fuera anoche? —preguntó Rosa—. Me pareció que estabas hablando con alguien.

—¿Con quién iba a hablar?

—No lo sé. Por eso pregunto.

Sofia consideró rápidamente si le iba a hablar del chico o no. Había desaparecido cuando

Rosa salió para hacer pis. En realidad era culpa suya que se hubiese marchado. Pero no podía estar enfadada con ella. Estaba permitido tener ganas de hacer pis.

En verdad Rosa no parecía interesada en obtener una respuesta. Se levantó y estiró los brazos.

—Me voy a la tienda —dijo—. A lo mejor Hassan ha recibido alguna revista que se pueda hojear.

La tienda de Hassan estaba más allá de la escuela, junto a las ruinas de lo que una vez fue la «Casa del Soldado». Sofia no sabía quién había sido «el Soldado». Nunca lo había conocido. Pero Lydia le había contado que se había hecho famoso por su valor durante la guerra contra los portugueses, mucho antes de que Sofia naciera. Cuando la guerra se terminó se construyó una casa en el pueblo. Pero nunca pudo aceptar de verdad que la guerra se hubiese acabado. A veces soñaba que estaba rodeado de soldados enemigos. Entonces era capaz de ponerse a disparar con su escopeta en mitad de la noche. Una vez disparó directamente a través de la pared de una choza que había cerca. Dentro había un hombre durmiendo. Le dio en el pie. Todos los del pueblo fueron a quejarse al viejo Cossa, el jefe del pueblo, acerca de «el Soldado». Unas semanas más tarde este se marchaba enfurecido. Pero antes destruyó su casa, porque no quería que nadie viviese en ella. También le echó una maldición al lugar; de tal manera que nadie se había atrevido a construir una casa allí, a pesar de que el sitio fuera bueno porque estaba cerca del camino.

Nadie excepto Hassan.

Era medio indio y no le importaban las maldiciones de los viejos soldados negros. En realidad, tampoco era indio. Rosa había explicado que le había oído decir que tenía sangre árabe, griega, india, africana, alemana, americana, turca y rusa en las venas. Eso lo ponía difícil a la hora de decir claramente qué clase de persona era. Pero tenía la piel marrón claro, como muchos comerciantes indios. Había levantado su tienda junto a las ruinas y esta se había convertido en un punto de reunión, especialmente para los chicos jóvenes que querían hablar con chicas y para las chicas que querían hablar con chicos. Muchas veces Rosa había intentado convencer a Sofia para que la acompañara. Pero ella no quería. Pensaba que todos se le quedarían mirando las piernas de plástico y las muletas y no verían nada más. Rosa también le había dicho que a veces Hassan encendía la radio. Entonces solían bailar. Y Sofia no podía hacer eso.

Era su mayor pena en la vida.

Los momentos en que, de verdad, podía tener la sensación de no querer vivir más eran cuando veía a personas bailando y ella no podía participar.

A Lydia no le gustaba que Rosa fuera por allí.

Había oído hablar de lo que pasaba en la oscuridad detrás de la tienda. Pero a Rosa no le importaba lo que Lydia dijera. Iba de todos modos. La revista semanal era lo que más le interesaba, aparte de los chicos. Hassan recibía las revistas de un primo que vivía en la ciudad. Muchas veces podían ser de hacía varios años. Pero no pasaba nada. Eran las fotos

lo que Rosa quería ver. Personas con ropa bonita. Normalmente eran blancas, pero eso a Rosa tampoco le importaba. Ella sabía que era hermosa. Era lo único que tenía importancia.

Rosa se metió en la choza.

Cuando salió llevaba uno de los chales de Sofia sobre los hombros.

—¿Me lo prestas?

Sofia asintió con la cabeza.

Le gustaba que Rosa cogiera su ropa. Entonces era como si de algún modo ella misma estuviese también en la tienda de Hassan.

Rosa se fue.

Sofia estaba sola con Alfredo. De pronto, el día se le hizo largo. Ahora deseaba estar en la escuela. Pero tardaría tres días más. Mañana era sábado y pasado domingo. Hasta el lunes no cogería la mochila para ir a la escuela otra vez. Pensó en lo que podría hacer. ¿Lavar? No, Lydia lo había hecho el sábado anterior. La montaña de ropa sucia aún no era demasiado grande. ¿Limpiar la choza? Rosa lo había hecho el día antes de ponerse enferma. Miró a su alrededor. La señora Mukulela estaba sentada arreglando uno de sus grandes sostenes. Sofia estalló en carcajadas. Eran como dos cestas blancas unidas con una cinta. El señor Temba se había marchado al mercado para vender sus cestos.

Pensó en el chico que había aparecido en el camino.

Le había dado un nombre. Sergio. Pero se había ido y se había llevado el nombre consigo. «Debería volver y darme el nombre», pensó Sofia. A pesar de todo, solo era un préstamo. Y lo que tomas prestado hay que devolverlo. Aunque solo sea un nombre.

El día pasó. Lydia regresó. Estaba cansada.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó—. ¿Se fue al ambulatorio después de todo?

—No lo sé —contestó Sofia.

No era del todo cierto. Pero tampoco era mentira. No era seguro que Rosa hubiese ido a la tienda de Hassan.

Fue como si Lydia le leyera el pensamiento.

—No quieres responder —dijo—. Eso significa que Rosa se ha ido a la tienda de Hassan para hojear las revistas que la vuelven loca.

Prepararon la cena.

Cuando se sentaron para comer Rosa todavía no había vuelto.

—La gente habla de la enfermedad esa —dijo Lydia de repente—. Tengo miedo. Por Rosa. Por la vida que lleva.

—Yo también tengo miedo —contestó Sofia.

Lydia había encogido las piernas allí donde estaba sentada en el suelo. Faustino colgaba medio dormido de su brazo.

—Todo el mundo habla de la enfermedad esa —continuó Lydia—. Pero nadie sabe nada.

Pero tú sabes. Tú vas a la escuela. Tú debes saber.

De pronto, Sofia pensó una cosa que no había pensado nunca antes. Que era extraño que en la escuela nunca se hablara de la enfermedad esa. Lo que Sofia sabía lo había aprendido en el hospital, de Deolinda, que estaba en la cama contigua a la suya y que había muerto una mañana.

Intentó explicárselo a Lydia.

No era del todo fácil, ya que tenía que hablar de cosas que normalmente no mencionaba en las conversaciones con su madre. De lo que pasaba cuando un hombre y una mujer estaban juntos. Lydia escuchaba atenta. Cuando Sofia quedó en silencio, meneó la cabeza y suspiró.

—Hay que poner fin a las juergas de Rosa durante las noches —dijo.

Faustino y Alfredo dormían.

El señor Temba había vuelto del mercado y estaba sentado cantando delante de su choza. Eso quería decir que había vendido muchos cestos y que se había podido llevar una botella de vino a casa. A menudo cantaba canciones indecentes. Pero esa noche era como si Lydia no le oyera. Si se pasaba de obsceno, Lydia solía gritarle que se callara.

El fuego estaba a punto de apagarse cuando Rosa apareció en la oscuridad.

Lydia estaba medio dormida, pero se despertó cuando Rosa llegó y enseguida se puso a regañarla. Sofia salió al camino para no tener que oírlo. Ya sabía todo lo que Lydia iba a decir y lo que Rosa iba a contestar. Por lo general, Sofia estaba de acuerdo con Rosa. Pero ahora pensaba que lo que Lydia decía era importante. Rosa no debía salir tanto por las noches, no debía buscar constantemente a un novio nuevo que fuese mejor que el anterior. Había una enfermedad en la oscuridad, invisible, engañosa, que podía afectar a cualquiera.

Sofia fue sola al camino.

Estaba nublado. Le costaba ver. A cada paso que daba golpeaba el suelo con la muleta. Había serpientes con las que había que tener cuidado. Unos días antes una cobra negra se había deslizado por el patio, tan solo a unos metros del lugar donde Alfredo jugaba.

Se detuvo. Contuvo la respiración.

Los grillos rechinaban en la oscuridad. De algún lugar llegaba la voz de una mujer que reía, un perro que ladraba. Las voces de Rosa y Lydia ya no se oían. Sofia pensó en el Chico de la Luna. Ahora que estaba sola se aventuró a pensar en lo que de otro modo no se atrevería. ¿Cómo sería tener al Chico de la Luna desnudo a su lado, sentir sus manos y también tocar su cuerpo?

Rosa le había explicado cómo era.

El deseo hacia un hombre. Ahora, de pie allí en el camino, podía notar algo que quizá fuera lo que Rosa mencionaba. Si era algo que producía escalofríos, o picaba o daba tan solo calor, no lo podía decir. La sensación era totalmente nueva. Se dio cuenta de que sudaba con la idea.

Luego apareció alguien en el camino y le perturbó el pensamiento.

Era el señor Temba. Estaba borracho y a lo mejor se dirigía a alguna choza donde había una mujer esperándolo. No vio a Sofia allí en la oscuridad, sino que pasó de largo a trompicones y desapareció.

Sofia volvió a casa.

Rosa y Lydia habían dejado de discutir. Estaban apagando los últimos restos del fuego que todavía ardía.

Sofia esperó a que se hubiesen metido en la choza. Entonces miró a su alrededor.

Pero el Chico de la Luna no estaba allí.

7

El día siguiente fue un mal día en todos los aspectos.

Sofia se despertó al alba y se dio cuenta de que se había hecho pis encima. A veces pasaba, no muy a menudo, pero lo bastante como para que siempre se preocupara de que fuera a pasar. No sabía a qué se debía. Podía estar relacionado con el accidente de la mina, según le había dicho un doctor. Pero por mucho que hubiese una explicación, seguía sintiéndose incómoda cada vez que pasaba.

Se avergonzaba.

Los niños pequeños se hacían pis encima. No alguien que era casi adulto.

Bastaba para que ya desde el principio el día fuese malo.

Las cosas no mejoraron cuando descubrieron que alguien había robado la gran olla de hierro de Lydia del cobertizo donde cocinaban. Fue la misma Lydia quien lo descubrió. Al principio se enfadó y fue corriendo de vecino en vecino preguntando si se habían dado cuenta de que unos ladrones habían estado allí por la noche. Pero ni la señora Mukulela ni el señor Temba habían oído nada. Además, el señor Temba había estado fuera durante la noche —Sofia lo había visto—, pero todo estaba en silencio cuando volvió. Sofia se preguntaba si, de haberse topado con uno por el camino, habría sido capaz de ver siquiera a un elefante. Pero no dijo nada. La olla había desaparecido. Y la rabia de Lydia se transformaba poco a poco en resignación, abatimiento y desánimo.

Alguna vez Sofia se había preguntado lo que debía de haber en la cabeza de Lydia. Podía saltar de un sentimiento al opuesto sin que Sofia pudiera explicarse con certeza el porqué. Pero ahora Sofia podía comprender. A Lydia le había llevado mucho tiempo poder ahorrar suficiente dinero para comprar la olla de hierro. Había ahorrado cada céntimo que había podido guardar. Y el día en que llegó de Boane con la olla balanceándose sobre su cabeza, estaba feliz.

El día había empezado realmente mal.

Pero se pondría peor. Justo cuando Lydia, mucho más tarde de lo normal, se preparaba para ir a la *machamba*, Alfredo ahuyentó una de las gallinas de la señora Mukulela hasta la carretera. Casi nunca pasaban coches. Pero precisamente en ese momento pasó uno, un camión traqueteante y sobrecargado. Y la gallina, que no estaba acostumbrada a los coches, fue atropellada por una de las ruedas delanteras. La señora Mukulela salió disparada, Lydia azotó a Alfredo, que se puso a llorar, y después estalló una discusión entre Lydia, la señora Mukulela y el conductor del camión. Sofia no había visto nunca nada parecido. Que la

señora Mukulela y Lydia se pelearan pasaba varias veces a la semana. Pero igual de a menudo hacían las paces, hablaban, se reían juntas, se intercambiaban comida y eran las mejores amigas. Pero ahora que estaba involucrada una tercera persona, el conductor del camión, la discusión se transformó en algo totalmente nuevo para Sofia. El conductor era grande y gordo y tenía grandes manchas de sudor en la camisa. Al principio se limitó a escuchar, mientras Lydia y la señora Mukulela discutían. Pero cuando se metió en la conversación, la señora Mukulela y Lydia se volvieron hacia él al mismo tiempo y empezaron a regañarle por conducir demasiado deprisa. El revuelo continuó durante casi media hora. Se juntó mucha gente. Tomaban partido bien por uno, bien por otro. Pero en el fondo todo el mundo estaba de acuerdo en que el conductor iba demasiado deprisa. Todo acabó con que nadie tenía fuerzas para seguir discutiendo. El sol estaba muy arriba en el cielo, hacía calor. Lydia fue incluso lo suficientemente generosa como para darle un poco de agua al conductor antes de que se marchara.

La señora Mukulela se comería la gallina atropellada para cenar. El camión desapareció en una nube de polvo, las personas que se habían reunido se fueron en distintas direcciones y Sofia pensó que el mal día era ahora como un saco que no se podía llenar más.

Pero estaba equivocada.

Justo antes de que Lydia se marchara Sofia se acordó de que tenía que decirle que el lunes debía llevar dinero a la escuela. Tocaba pagar el trimestre. Era importante no hacerlo demasiado tarde. Existía el riesgo de ser expulsado de la escuela. Sofia sabía que tal vez no era el mejor momento para sacarle el tema a Lydia. El dinero era siempre un tema de conversación delicado, porque nunca tenían. Pero Sofia sabía que Lydia estaba al tanto de que realmente iba a la escuela y por eso se atrevió a decírselo.

Lydia la miró sin comprender.

—Si te di dinero el mes pasado. Tanto como 50.000 meticales*.

—Era para libros de la escuela.

Lydia negó con la cabeza.

—No tengo dinero. ¿No puede esperar hasta que haya podido vender algunos de los tomates que pronto estarán maduros?

—Hay que pagar este lunes —murmuró Sofia.

Sintió pena tanto por Lydia como por ella misma. ¿Por qué eran tan pobres?

—Podrías haberlo dicho un poco antes —dijo Lydia.

—Se me había olvidado.

—¿Olvidado? ¿Cómo se puede olvidar algo así?

Lydia dejó a un lado la azada y se sentó.

Sofia estaba apoyada sobre las muletas. Pensó en todas las veces que había estado en la ciudad paseando y mirando los productos de los escaparates o de los puestos del mercado. No se podía creer el precio que ponía en las etiquetas. Pero siempre había gente que lo podía pagar. Incluso personas jóvenes, no mayores que ella, que llevaban grandes fajos de

billetes en las manos, más de lo que Lydia podría ganar jamás con todo su duro trabajo en la *machamba*.

Sofia necesitaba 30.000 meticais.

En las tiendas de la ciudad había visto zapatos que costaban tres millones de meticais.

—No sé qué voy a hacer —dijo Lydia—. No puedo vender tomates que no están maduros. No ganaré dinero suficiente —suspiró—. Tendré que preguntarle a la señora Mukulela —dijo—. O al señor Temba. No hay otra opción.

—Yo preguntaré —dijo Sofia.

Sabía lo poco que le gustaba a Lydia pedir dinero prestado.

—No —dijo Lydia enderezando la espalda—. Soy tu madre. Soy yo la que ha de humillarse. Tú no tienes por qué hacerlo.

Se puso de pie, cogió la azada, recolocó a Faustino, que estaba ligado a su espalda, y comenzó a caminar.

Sofia la observaba.

Sentía pena por Lydia. Siempre pobre, sin saber nunca de dónde sacar el dinero. Y además, esta mañana alguien le había robado la olla de hierro.

Sofia se preguntaba qué estaría pensando.

Y cómo aguantaba. También había otro pensamiento en su cabeza. Que ella, cuando fuese mayor, no quería vivir como Lydia.

Lydia desapareció por el camino.

Alfredo estaba sentado a la sombra de la choza jugando con unos trozos de madera. Sofia pensó que debía consolarlo. Lydia no había querido hacerle daño cuando lo azotó. Seguramente solo había tenido miedo de que el pesado camión lo atropellase. No debía preocuparse por la gallina. Era una gallina tonta que no había sabido volar cuando apareció el camión. Además, la señora Mukulela tendría una cena rica.

Sofia miró a su alrededor.

¿Dónde se había metido Rosa? Sofia no la había visto cuando tuvo lugar la gran bronca. Era extraño. Si había algo que le gustara a Rosa era que ocurriera cualquier cosa inusual. Sofia fue a la choza y echó un vistazo. Vacía. Quizá Rosa se había escabullido hasta la tienda de Hassan otra vez.

Luego la descubrió.

Estaba sentada a la sombra de uno de los árboles que limitaban con la casa del señor Temba. Sofia entornó los ojos. A veces pasaba que Rosa se retiraba y quería estar tranquila. Entonces tenía mal de amores. Pero se le solía pasar enseguida. ¿Era eso lo que le pasaba ahora? ¿Tenía mal de amores? Algo le decía a Sofia que no era por eso por lo que estaba sentada debajo del árbol. Sofia fue hacia ella. Y vio que Rosa lloraba. Brillaban lágrimas

debajo de sus ojos. Las lágrimas podían ser hermosas, a pesar de que ocultaran algo triste. Sofia se le acercó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada.

—No se llora por nada.

—No me encuentro bien.

—¿Te duele algo?

—Solo estoy muy cansada.

El frío volvió al estómago de Sofia. Se apoyó en el árbol con una mano y se sentó al lado de Rosa.

Rosa estaba triste.

Quizá asustada también. Sofia no estaba segura. Pero ella sí que se había asustado otra vez. Pensó en Deolinda. Ahora era como si Rosa le recordara a ella. Aunque estuviera sentada debajo de un árbol y no en una cama de hospital.

—A lo mejor Lydia tiene razón —dijo Sofia.

—¿Razón en qué?

—En que sales demasiado por las noches.

—¿Qué tiene de peligroso hojear las revistas que hay en la tienda?

Sofia se quedó cortada.

No sabía qué responder. Mejor dicho: no sabía cómo empezar a hablar de lo que era difícil. La enfermedad peligrosa. Que Rosa debía tener cuidado. Si no era demasiado tarde.

Sofia se sobresaltó. Rosa se la quedó mirando.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Rosa se puso de pie.

—Me tumbo a dormir un rato.

—Puedes utilizar mi cama.

Rosa no contestó. Lentamente fue hasta la choza y desapareció por la puerta.

Cuando Sofia asomó la cabeza un poco más tarde Rosa estaba durmiendo.

Pero se había acostado en la estera de rafia junto a la cama.

8

Fue un mal día, pero al final se hizo de noche.

Lydia llegó a casa exhausta de la *machamba*. Cuando Sofia le contó que Rosa se había sentido cansada y que se había tumbado a dormir, Lydia se quedó muy quieta, como hacía siempre que algo la preocupaba. Sofia no le dijo que Rosa había estado llorando sentada debajo del árbol. No quería que Lydia tuviera que preocuparse más de lo necesario. Al mismo tiempo se sentía indecisa. ¿No debería compartir sus pensamientos con Lydia? Lydia, que nunca dudaba en preguntarle a Sofia cuando no estaba segura.

Sofia no sabía qué hacer.

Era lo que menos le gustaba de sí misma, que a veces le costaba saber lo que realmente quería.

Lydia y Sofia prepararon la cena.

Mientras hervía el arroz Lydia entró en la choza. Sofia se quedó de pie junto a la puerta, escuchando. Podía oír que Rosa y Lydia hablaban en voz baja, pero no lo que decían.

Cuando Lydia salió, Sofia trató de alejarse un par de pasos de la puerta. Pero no se podía mover lo suficientemente rápido con las muletas. Lydia la miró con la frente arrugada.

—¿Estabas escuchando?

Sofia negó con la cabeza.

Lydia no la creyó. Pero no dijo nada.

Cenaron arroz y hortalizas.

—Esto durará hasta el martes. Después no sé de qué vamos a vivir.

Desde la casa de la señora Mukulela llegaba el olor a pollo. Tanto Lydia como Sofia, y quizá Alfredo, sentían el olor.

—La familia Milagro a lo mejor tiene algo de ropa para arreglar —dijo Sofia en un intento de animar a Lydia—. Hace varios meses que no les coso nada. Y siempre pagan en cuanto he terminado.

Lydia negó con la cabeza.

—No te dará tiempo —dijo—. Tienes bastante con la escuela.

—Lo puedo hacer por las tardes.

—Entonces no ves nada. Está demasiado oscuro.

Sofia sabía que Lydia tenía razón. La máquina de coser estaba dentro de la habitación.

Pero si no había suficiente luz Sofia se equivocaba con facilidad. Y en ese caso los clientes se podían enfadar y no pagar.

La conversación se terminó.

Al cabo de un rato Lydia enderezó la espalda.

—No tengo fuerzas para pensar en cosas tristes esta noche —dijo—. ¿Qué sentido tiene vivir si no se ríe una? Por lo menos una vez al día. Si no, no se puede seguir.

Luego Lydia habló de la señora Inocencia, que vivía en una casa derruida muy cerca de la *machamba*. A la señora Inocencia le gustaba beber cerveza. A veces iba al campo al alba sin estar sobria del todo. Pero todo el mundo la quería y nadie veía mal que algunos días y algunas noches bebiera un poco más de la cuenta. Había estado casada dos veces y sus dos maridos habían muerto en sendos accidentes. Uno se había caído de un tractor de camino al mercado, el otro se había ahogado en el río una noche que volvía a casa y se tropezó en la oscuridad y se cayó del puente. Cuando el primer marido murió, la señora Inocencia lloró durante un año entero. Después conoció al segundo marido y dejó de llorar. Pero al cabo de unos meses tan solo se cayó del puente y la señora Inocencia empezó a llorar otra vez y a beber para mitigar su pena.

—Hoy se tambaleaba —dijo Lydia—. Pero quería demostrar que podía trabajar con normalidad. Y ha hecho demasiada fuerza con la azada y se ha dado a sí misma en la cabeza y se ha caído de bruces —Lydia se reía—. No deberíamos reírnos de las desgracias ajenas —dijo—, pero quizá haya alguien que se ría de las mías.

La señora Mukulela apareció en la oscuridad. Llevaba consigo una fuente. Había unos trocitos de la gallina atropellada.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó con curiosidad.

—Ha dejado de salir por las noches —contestó Lydia severa.

La señora Mukulela buscó a Alfredo, que se había escondido detrás de la espalda de Sofia. Tenía miedo de que la señora Mukulela siguiese enfadada con él.

—Le he traído un trozo de gallina a Alfredo —dijo—. A pesar de todo, fue él quien se encargó de que tuviera una buena cena.

Sofia empujó a Alfredo, que empezó a comerse la gallina con avidez. Sabía mejor que el arroz y las hortalizas. Y él hambre tenía siempre, por mucho que comiera.

Lydia le había sacado un taburete a la señora Mukulela, que se sentó con pesadez.

—Me duele un diente —se quejó—. He mordido un hueso de la gallina con demasiada fuerza.

—Vete al señor Temba —dijo Lydia—. Una vez me sacó un diente.

La señora Mukulela se ofendió.

—Nunca le abriré la boca a ese hombre —dijo—. Me arrancaría la lengua. O por lo menos me amenazaría con hacerlo. A menos que…

La frase quedó a medias. Pero Sofia sabía cómo continuaba: *A menos que me quede con él*

durante la noche.

Justo en ese momento llegó el señor Temba hasta el fuego.

Siempre se movía en silencio. Llevaba puesto su viejo sombrero. Se había atado un pañuelo a su alrededor, agarrándose el sombrero.

—Espero no molestar —dijo, y saludó cortés, primero a Lydia y luego, con más cortesía aún, a la señora Mukulela, que estaba tan enfadada que se puso como un pavo allí sobre el taburete.

El señor Temba llevaba un atillo consigo.

—Hará viento esta noche —dijo—. Un viento «sopla sombreros» del sur. Hay que estar preparado. Atarse bien el sombrero. Este sombrero lo heredé de un tío mío que se llamaba Justino. Aseguraba que se lo había encontrado de camino a Namascha. Pero yo creo que lo robó en algún sitio. Justino era un buen hombre. Además, nunca robó demasiado, solo un poco.

La señora Mukulela resopló.

—Lo mejor habría sido dejar el sombrero en casa.

—Los sombreros son como las personas —objetó el señor Temba—, no les gusta sentirse abandonados.

Lydia soltó una risita. Sofia no pudo evitar contagiarse. Cuando Lydia reía siempre compartía su alegría.

El señor Temba le dio el atillo a Sofia.

—Camisas que hay que arreglar —dijo—. Pero solo si tienes tiempo, por supuesto.

Lydia y Sofia intercambiaron una mirada.

Sofia ya no tenía que ir a la señora Inocencia para pedir trabajo. Ahora aparecía el señor Temba allí en la noche, como si hubiese oído su conversación sobre la comida que pronto se habría terminado.

—Las camisas de ahora aguantan menos que las de antes —dijo el señor Temba con tristeza.

—Puede ser debido a que te has puesto demasiado gordo —dijo la señora Mukulela.

El señor Temba se desató el pañuelo poco a poco y levantó el sombrero.

—Digo lo mismo —contestó.

No debería haberlo hecho.

La señora Mukulela se levantó, haciendo crujir el taburete, y se marchó sin decir ni una palabra.

—No logro entender a esa mujer —dijo el señor Temba apenado—. Me he ofrecido a casarme con ella. Y ella me rechaza.

—Hay que tener paciencia —dijo Lydia—. Tal vez se rinda, antes o después.

El señor Temba se sentó en el taburete.

A Sofia le gustaba mirar su oscura cara en la que le brillaban los ojos. Algunas veces había pensado que el señor Temba era, probablemente, el hombre que más le gustaba. Claro que prefería no imaginar que hubiese tenido nada con Lydia y que a lo mejor era el padre de alguno de sus hermanos. De algún modo, Faustino se parecía al señor Temba. Pero el señor Temba nunca miraba a Faustino de una manera especial, nada que pudiese hacer creer que en realidad era su hijo. Y Lydia nunca le negaría a uno de sus hijos o hijas el derecho de saber quién era su padre.

—Hay una luna muy bonita esta noche —dijo el señor Temba pensativo.

Después miró a Sofia.

Se preguntó si, a pesar de todo, se habría dado cuenta de que ella estaba allí el día en que apareció por el camino con sus piernas tambaleantes para encontrarse con una mujer en algún sitio.

El fuego crepitaba.

Estaban sentados en silencio. Cada uno con sus ideas. Sofia pensaba en las camisas. En que ahora ya no tendrían que estar sin comida. Después pensó en Rosa. Pero en ese momento no tenía ganas de preocuparse por ella.

Pero más que nada pensaba en el Chico de la Luna.

El que nunca regresaría. Clavó la mirada en el fuego y trató de distinguir su cara. Pero las llamas no revelaron sus secretos. Sofia recordaba cómo era hacía unos años. Cuando siempre creía poder descubrir diferentes secretos entre las llamas. Ahora era más difícil. Quizá porque se había hecho mayor.

Llegó una ráfaga de viento. El fuego se avivó. El señor Temba se agarró el sombrero.

—Ya llega —dijo—. El viento del sur que roba sombreros por donde pasa.

Se levantó sin soltar el sombrero, le hizo una reverencia a Lydia y desapareció en la oscuridad. Sofia desató el atillo que había dejado y miró las camisas. Era más que nada los puños y los cuellos lo que estaba deshilachado. No le llevaría mucho tiempo arreglarlo.

Debajo de todo el montón había una camisa azul.

De repente Sofia recordó algo que Lydia le había contado una vez cuando ella era muy pequeña. No podía entender que no lo hubiese recordado hasta ahora. Lydia le había explicado que si dejabas una cinta azul en medio del camino cuando había luna llena, podías hacer que apareciese una persona que echabas de menos.

Sofia sintió que el corazón le latía más rápido. ¿Cómo se le podía haber olvidado?

Pero no podía poner así como así la camisa del señor Temba en el camino. Alguien la pisaría, o la robaría. Y ¿qué pasaría si el propio señor Temba descubría lo que había hecho? Entonces no le dejaría arreglarle más camisas. Y, seguramente, también le exigiría que le pagara la camisa que había ensuciado.

Se quedó pensando.

¿Tenía alguna cinta azul entre sus cosas de coser? No, lo sabía con seguridad. Dentro no había nada.

Lydia se puso de pie y levantó a Alfredo, que se había dormido junto al fuego. Faustino ya estaba durmiendo dentro de la choza.

—Estoy cansada —dijo Lydia—. Pero por lo menos he podido reírme un rato.

—Me quedo vigilando el fuego hasta que se haya apagado.

Después se quedó sola.

Observaba la camisa azul del señor Temba. ¿En qué estaba pensando? Se asustó con la idea. ¿Iba a cortarle la camisa al señor Temba? ¿De veras se creía la historia que Lydia le había contado cuando era pequeña? «No puedo hacerlo», pensó. «Además, es infantil. Pronto seré mayor, no puedo poner una cinta azul en el camino y pensar que significa algo».

Miró el cielo de la noche.

La luna estaba allí. La luz azul era como una lámpara allí arriba. Entró en la choza. Lydia ya se había dormido. Las tijeras estaban en uno de los cajones debajo de la máquina de coser. Palpó cuidadosamente con los dedos hasta que las encontró. Después salió otra vez.

Lydia se despertó.

—¿No te vas a dormir?

—Me he dejado las camisas —dijo Sofia.

Lydia murmuró algo inaudible y se dio la vuelta sobre la esterilla de rafia. Faustino gimoteó.

Cuando Sofia salió intentó hablar seriamente consigo misma.

¿Cómo podía siquiera pensar en cortarle un trozo a una de las camisas del señor Temba?

Pero ya se había decidido. Se sentó junto al fuego, sopló las ascuas y cortó una estrecha tira en mitad de la espalda de la camisa. ¿Podría quizá volver a coserlo después sin que se notara?

Luego se fue al camino.

Los grillos cantaban. En algún lugar ladraba un perro.

Fue hasta el sitio en el que había estado el chico y dejó la tira azul sobre el suelo, miró una última vez a la luna y volvió a la choza.

Justo en la entrada se dio la vuelta.

Escuchó.

La noche estaba en calma.

El viento del señor Temba no había llegado todavía.

9

Aquella noche Sofia tuvo un sueño.

Cuando se despertó lo recordaba con todo detalle.

La luz de la luna era candente.

Era como una llama de fuego azul que se estiraba desde el cielo oscuro hasta su cara. Sofia estaba en el camino. La tira de tela azul había desaparecido. Ahora todo el camino era azul. Sofia se agachó y cogió un puñado de arena. Lo que caía entre sus dedos era azul. Y caliente. Algo que le recorría el cuerpo.

La luna se movía allá arriba en el firmamento.

Se mecía como un farolillo al viento. El viento del señor Temba que levantaba los sombreros de la gente y los llevaba a tierras secretas donde todos los sombreros y los gorros y las boinas y las gorras se encontraban los unos con los otros.

Sofia se rio de su idea.

El aire que salía de su boca también era azul. Se miró la mano. Relucía, era totalmente transparente, como si su cuerpo se hubiese transformado en un mar. No era solo agua caliente lo que la recorría, era también una gran alegría. Pensaba en que iría a buscar a Rosa, y quizá también a Lydia, para que pudieran compartir con ella aquella noche azul.

Luego cayó en la cuenta de que estaba esperando a alguien.

El chico.

Miró a su alrededor. Pero el paisaje azul estaba totalmente vacío.

Sintió miedo.

A lo mejor él no aparecía. Se miró los pies y levantó despacio el pareo. Sus piernas no eran azules. Eran igual que siempre, marrones, desgastadas, con rajas en el plástico. Dejó caer el pareo. Tampoco las muletas que tenía en la mano habían cambiado de color. El agua caliente que fluía por su interior de repente le pareció fría.

Sabía lo que significaba.

Él no aparecería. Nunca podría atraerlo a su sueño.

Pero ¿era realmente un sueño?

¿O estaba despierta? No lo sabía.

Después oyó un ruido a lo lejos.

No sabía qué era. Escuchó. Dio un respingo. Algo llegó volando por el aire. Un pájaro nocturno. Luego vio que era el sombrero del señor Temba. Tenía alas y pico. Volaba a su alrededor, trató de ahuyentarlo y luego desapareció.

El sonido volvió.

Comenzó a caminar. Se dio cuenta de que era ella misma, que cantaba. El sonido le llegaba de dentro. Pero no a través de la boca. Sino de sus dedos. Los dedos cantaban.

La gravilla azul era blanda.

Se hundió. Cada paso era como si se estuviera moviendo en el agua. En su cabeza comenzó a escribir un poema.

Cuando se dio la vuelta sus pisadas habían dejado marcas de palabras en la gravilla azul. Se detuvo para mirar lo que había escrito.

Sofia.
La noche. El amor es azul.
El sombrero del señor Temba llega volando con un mensaje.
El amor es azul.

Le pareció que el poema era raro.

¿De verdad era ella la que había pensado aquellas palabras?

Entonces lo vio a él.

El Chico de la Luna.

Llegó andando por el camino. En la mano llevaba el sombrero del señor Temba. Sonreía. En el recuerdo buscó su nombre. Se quedó aterrada. Si se había olvidado del nombre que le había dado, el chico pasaría de largo sin verla. Buscó desesperada en la memoria. Era como si estuviese corriendo dentro de la oscura choza buscando algo que debía conseguir pero que no podía encontrar.

Ahora el chico estaba cerca.

Sentía como si su corazón se fuera a detener. ¿Dónde había guardado su nombre?

Entonces lo recordó.

Sergio.

El chico se paró.

Olía a canela. Sofia soltó las muletas. Pero no cayeron al suelo, se convirtieron en dos piernas que salieron corriendo. Piernas sin cuerpo. Sofia enseguida se puso nerviosa por si el chico la encontraba rara. Pero estaba completamente inmóvil mirándola. El calor en el cuerpo le había vuelto, el agua azul que poco a poco batía de un lado a otro en su interior.

De pronto, el chico comenzó a quitarse la ropa.

Primero la camisa. El cuello estaba desgastado.

—Lo voy a arreglar —dijo Sofia.

Pero el chico no respondió.

Ahora se quitó los pantalones. En una de las rodillas había un agujero. Justo como en los pantalones de Alfredo que Sofia le había arreglado unos días antes. Estaba casi desnudo, solo llevaba puestos unos calzoncillos. Y sonreía. Sofia asintió con la cabeza. No sabía a qué. Solo que era importante que justo ahora, justo en ese instante, asintiera.

El chico se quitó lo último que le quedaba.

Sofia cerró los ojos. Pero no sirvió de nada. Veía igualmente.

Después, él la tocó.

Sintió su cuerpo contra el suyo. El olor a canela. Notó que el chico comenzaba a desatarle el pareo. Debajo estaba desnuda. Solo estaban su cuerpo y las correas que le sujetaban las piernas. Él le quitó el pareo. Ahora estaba totalmente desnuda. Llevaba todo ese tiempo con los ojos cerrados. Se atrevió a tocarlo, palpó con los dedos el cuello, los hombros, las costillas. Y más abajo. Era allí adonde quería ir. Ahora él respiraba más deprisa. Sofia lo tocó, lo agarró y notó que una de las manos del chico se deslizaba entre sus piernas. Sintió un escalofrío, todo era un aroma a canela.

Luego se tumbaron en el camino y sintió dolor cuando él la penetró, no demasiado, pero Sofia tenía miedo de que se fuera a despertar. Lo sujetaba como si estuviera aferrando el sueño para impedir que se abriera y dejara entrar la realidad.

Todo su cuerpo era como agua caliente.

Flotaban en el mar, se mecían, de un lado a otro.

Después, él la ayudó a levantarse y se vistieron. Él la miraba como si nada hubiese pasado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Sofia.

—¿Cuál era el nombre que me diste?

—Sergio.

Él sonrió.

—¿Me puedes dar otro?

Sofia se quedó pensando. Le quería dar un nombre que le gustara al instante.

—¿Evaristou?

—Es demasiado largo.

—¿Zé?

—Ese está mejor. Zé. Me gustaría mucho llamarme así. Zé. Ahora me tengo que ir.

Sofia tenía miedo de preguntar. Pero debía hacerlo.

—¿Vas a volver?

En ese mismo momento abrió los ojos.

Recordaba al instante todo lo que había soñado. Pero ¿qué le había respondido? ¿Iba a volver? No lo sabía. El sueño se había terminado, simplemente, como cuando alguien cierra una puerta.

Sofia estaba tumbada inmóvil en la oscuridad.

Rosa respiraba sobre el suelo. Sofia palpó su pelo con una mano. Notó que Rosa estaba sudada. Pero no era para preocuparse. A menudo, Rosa sudaba cuando dormía. Sofia intentó saber cuánto faltaba para el amanecer. Para que el gallo de la señora Mukulela empezara a hacer ruido. «No falta demasiado», aseguró. «Pronto el gallo empezará a cantar».

El sueño iba y venía en su cabeza. Se tocó el cuerpo, olió sus dedos. Sí, allí había olor a canela.

El gallo se puso a cantar.

Cuando empezó a hacerse de día, Sofia se levantó y se vistió.

Rosa se despertó.

—Hoy me encuentro mejor —dijo, y se sentó.

Sofia pensó que ya había pasado todo, toda su preocupación. No le pasaba nada malo a Rosa. Siempre y cuando empezara a quedarse en casa por las noches se encontraría mejor.

Sofia salió.

Lydia estaba encendiendo el fuego. Miró a Sofia.

—¿Por qué pareces tan contenta?

Sofia no contestó.

Se fue al camino. Allí estaba la tira de tela azul. La recogió y la escondió dentro del pareo.

Todavía no sabía si lo que había ocurrido durante la noche era algo más que un sueño.

10

Ya era domingo.

Poco después de las diez de la mañana, una vez que Lydia y Rosa hubieron llevado los niños a la iglesia, una casa de ladrillos blanca con el techo de paja estropeado y a punto de derrumbarse, Sofia decidió visitar uno de sus lugares secretos. Lydia le había preguntado por qué no quería ir a la iglesia. Sofia había contestado que iba a empezar a arreglar las camisas del señor Temba.

Ir o no ir a la iglesia podía convertirse en una cuestión engorrosa.

Sofia no sabía si creía en Dios. En especial después de que Maria hubiese muerto y ella hubiese perdido las piernas.

¿Cómo podía Dios, siendo tan bueno, permitir algo así?

Tampoco estaba del todo segura de que Lydia creyera realmente que había un Dios. A Lydia le gustaba cantar, experimentar el espíritu de comunidad en la estrecha iglesia, y chismorrear con las demás mujeres que se encontraba allí.

Sobre las creencias de Rosa, Sofia no sabía nada.

Aunque compartían sus secretos, nunca habían hablado de Dios.

Sofia se puso un vestido rojo que le llegaba hasta los pies. Después cerró la puerta de la casa y empezó a andar por el camino que se alejaba del poblado. El camino de gravilla pronto se transformó en un sendero que avanzaba sinuoso por la alta hierba. Puso mucha atención en dónde ponía los pies, porque había una gran cantidad de serpientes venenosas. De vez en cuando se cruzaba con alguien por el camino. Todos la saludaban y ella respondía al saludo aunque no supiera quiénes eran. El sendero bajaba hasta un río que solo tenía unos pocos metros de ancho. En realidad pertenecía al río grande que llevaba su cauce hasta más allá de Boane. Antes había cocodrilos allí. Pero ahora habían desaparecido, se habían ido a otras zonas del largo río.

Cuando Sofia llegó hasta el agua, estaba sudando.

Se inclinó hacia delante, se apoyó en las muletas y metió una mano en el agua.

Se sintió como una jirafa.

Las piernas rígidas, el trasero que sobresalía y una mano que, con gran esfuerzo, lograba sumergir en el agua.

Se enjuagó la frente y siguió caminando.

Después de unos cien metros llegó a un pequeño montículo, donde se sentó.

El lugar se llamaba la Colina del León.

Se lo había contado un hombre viejo que Sofia se encontró una vez junto al río. Un día, hacía mucho tiempo, cuando todavía había leones en los alrededores, un gran león se había tumbado en el montículo. Era el león más grande que se había visto jamás. Nadie se había atrevido a acercarse. Después de aquello al lugar se le había llamado la Colina del León.

Sofia había ido allí por primera vez un año después del gran accidente, después de que sus piernas le fueran arrancadas del cuerpo y Maria hubiese muerto. Acababa de volver del hospital. Todavía le dolía el cuerpo y le costaba caminar. Un día en que había estado más triste de lo normal, había bajado al río para estar a solas y fue entonces cuando descubrió el montículo. Desde aquella vez pensaba en ese sitio como su lugar para cuando estaba triste. Incluso le había puesto el nombre de Lugar de tristeza. Pero no se lo había dicho a nadie, por supuesto, y mucho menos a Rosa. Era demasiado infantil. Quería poder ser infantil, pero sin que nadie lo supiera.

Pero hoy no estaba triste.

El sueño de la noche permanecía vivo en su interior. Ahora, sentada en el montículo donde había estado tumbado el león, podía ver muy lejos en la calina, hasta las montañas que limitaban con Swazilandia.

Era una de sus metas más anheladas.

Llegar una vez a esas montañas, cruzarlas y ver lo que había al otro lado. A lo mejor un día sería posible.

Hoy Sofia había ido al montículo para estar a solas.

Necesitaba pensar en lo que había ocurrido durante la noche. El sueño con el chico. Ahora que era de día, con un sol muy fuerte, sentía la noche muy lejos. La luz azul, la arena que había sido azul entre sus dedos, el agua de mar que le había chapoteado por dentro. Y el haber estado con aquel chico, sentido su cuerpo contra el suyo.

Era un sueño.

No había ocurrido. Pero el sueño le había recordado que ya era hora. Había cumplido los quince, ya no era una niña. Y echaba de menos a un chico al que pudiera llamar suyo, que solo estuviese allí para ella.

A menudo se desanimaba.

Nadie estaría interesado en ella. Ella, que no tenía piernas, que nunca podría caminar, que nunca podría bailar. Pero no era seguro del todo. Iba a la escuela, sabía leer, quizá un día ella misma podría ser profesora. Si no lograba lo que más deseaba, ser médica. Ser una mujer en la que los hombres se fijaran no era solo una cuestión de apariencia. Si tenía un trabajo, una casa, y ganaba dinero, no le faltarían chicos que la cortejaran. Se lo habían dicho Rosa y Lydia, e incluso su profesora.

Eran muchos los pensamientos que se apretujaban en su cabeza.

Pero lo que de verdad la había empujado a ir al montículo era el tener que decidir si ya se había convertido realmente en una mujer o no. Si ya no era una niña, una «casi adulta». «Es un gran momento», pensó. «Solo ocurre una vez. Nací una vez, me vuelvo adulta una vez y moriré una vez».

Se estiró sobre la hierba.

El sol brillaba con fuerza. Cerró los ojos. En su mente podía verse a sí misma, tal como era unos años atrás. Exactamente así era con Maria. La que no era mayor que ella cuando murió. Ahora Sofia se veía a sí misma y en su mente hacía señas con la mano y veía a aquella pequeña niña desaparecer por el sendero.

Se incorporó.

Realmente, ya era mayor. Sabía lo que implicaba estar con un hombre, aunque solo hubiese pasado en sueños.

De pronto, era como si Maria llegara por el sendero.

Llevaba su vestido blanco. Y ahora Sofia veía que Maria no estaba sola. Era ella misma, Sofia, la que estaba a su lado. Tal y como habían estado aquella mañana mientras corrían por el sendero y la mina esperaba para hacerlas volar en pedazos.

A Sofia le brotaron lágrimas de los ojos.

«Maria nunca pudo experimentar esto», pensó. «La sensación de hacerse mayor».

Las lágrimas le nublaban la vista.

Meneó la cabeza. «No quiero llorar», pensó. «Hoy no. Además, a lo mejor te haces mayor también cuando estás muerto. Como Maria».

Antes de marcharse de casa, Sofia se había metido algo debajo del vestido. Un cuaderno gris y un lápiz. Desde hacía tiempo había pensado que empezaría a escribir cosas que pensaba. Quizá no cada día, y solo para sí misma. Rosa sentiría curiosidad enseguida. Pero no había ido a la escuela tanto tiempo como para haber aprendido a leer. Y Lydia solía dejar estar las cosas de Sofia.

«Un diario», pensó.

Ahora había llegado el momento. El cuaderno lo había comprado en el mercado que estaba más allá de la escuela, porque había ganado dinero arreglándole unos pantalones al señor Temba. El lápiz era un cabo que se había encontrado por el camino.

Se sentó bien y abrió el cuaderno.

¿Qué escribiría primero? El papel blanco la estaba esperando. Obviamente, empezaría con lo más importante. El Chico de la Luna. El sueño que había tenido durante la noche. Y lo que pasaba ahora, que estaba sentada en la Colina del León y sabía que ya no era una niña. Que era adulta, una mujer.

Sofia escribió.

Tal como pensaba, sin demasiadas palabras, la letra clara. Las palabras que no estaba segura de cómo se escribían se las saltaba.

Intentó recordar el poema que había inventado en sueños.

El amor es azul.

Lo escribió. Le llevó mucho tiempo. Cuando al fin pasó la primera hoja empezó a creer que un día realmente lograría llenar todo el libro. Quizá tardaría muchos años. Quizá le daría tiempo de hacerse vieja antes de pasar hoja por última vez. Eso no significaba nada. Lo más importante era que había empezado.

Estuvo sentada en el montículo casi todo el día.

No se levantó para regresar a casa hasta que el sol comenzó a ponerse. Notó que tenía hambre. Y las camisas del señor Temba todavía la estaban esperando. Aun así había sido un buen día. Se preguntaba si se le notaría que se había hecho mayor. Que ya no era una niña.

Se detuvo sorprendida cuando llegó al jardín.

Al fuego estaba la olla que había sido robada el día anterior.

11

Lydia estaba indignada.

Estaba tan enfadada que casi temblaba.

—Todos somos igual de pobres —dijo—. Aun así, nos robamos entre nosotros.

Después explicó lo que había pasado.

Ella y Rosa y los chicos volvían a casa de la iglesia. Habían cogido un atajo, porque Lydia quería pasar a saludar a la señora Chambule, que no había aparecido por el huerto en varios días. A lo mejor estaba enferma y necesitaba ayuda. Pero la señora Chambule estaba sana. En cambio, uno de sus hijos había tenido malaria, así que se había tenido que quedar en casa.

Tras dejar a la señora Chambule se fueron directos a casa. Pero, de repente, Lydia vio su olla de hierro. Estaba delante de una choza miserable y a punto de derrumbarse. Supo al instante que era su olla. Aunque se pareciera a todas las demás la había reconocido, ya que le faltaba la mitad de una de las tres patas. Lydia le dijo a Rosa que esperara con Alfredo y Faustino en el camino. Después entró en el jardín. Había dos hombres, una mujer y muchos niños. Lydia les preguntó de dónde habían sacado la olla. Enseguida notó que sus respuestas eran esquivas. Además, al acercarse, vio un arañazo dentro de la olla. Se enfadó y les dijo que iba a llevarse la olla, que era suya y que se la habían robado. Los hombres protestaron, pero Lydia se mantuvo firme y amenazó con avisar al jefe del poblado si no devolvían el objeto robado por propia voluntad. Se montó una gran bronca, vino gente de otras chozas y se inmiscuyó en la conversación. Pero Lydia no se rindió y cuando amenazó con ir hasta Boane a buscar a la policía, le dejaron llevarse la olla.

Lydia estaba sudando cuando acabó de contarlo.

Todavía estaba enfadada. «Pero quizá más triste», pensó Sofia. En la frente de Lydia se formaban diferentes arrugas según el humor del momento. Cuando estaba enfadada se le dibujaban dos arrugas profundas desde el nacimiento del pelo hasta la nariz. Cuando estaba triste, toda la frente se le llenaba de pequeñas arrugas. Ahora tenía las dos cosas.

—Podía ver que eran igual de pobres que nosotros —dijo—. A lo mejor lo tienen incluso peor. Los niños estaban hechos jirones, hambrientos, tenían miedo. Pero, aun así. Robar a alguien que es igual de pobre que uno mismo. ¿Qué mejora con ello?

Sofia se guardó sus palabras en la memoria.

Las anotaría en su diario.

Aquel día cenaron pronto.

Los domingos por la tarde Lydia solía ir a visitar a su hermana Alicia, que vivía al otro lado del poblado. Normalmente, Rosa y Sofia la acompañaban. Pero no aquella tarde. Lydia se llevó a Alfredo y a Faustino y desapareció.

Rosa y Sofia estaban a solas.

Rosa había visto a Sofia guardar el cuaderno y el lápiz en la habitación.

—¿Qué es lo que escribes? —preguntó.

—Es solo para mí —respondió Sofia esquiva.

—He dicho qué escribes.

—Es secreto.

—Pensaba que compartíamos todos los secretos.

—No todos. Tú tampoco lo haces. Conmigo.

Aún no había oscurecido.

Mientras Rosa le hacía preguntas a Sofia, se miraba la cara en el trozo de espejo. Sofia pensó que Rosa ya se encontraba como siempre. Todo el cansancio parecía haber desaparecido.

—Acompáñame —dijo Rosa de repente.

—¿Adónde?

—A la tienda de Hassan.

Sofia se quedó perpleja.

Siempre esperaba que Rosa le pidiera que la acompañara. Al mismo tiempo, le daba miedo. Tanto quería como no quería.

—Mañana voy a la escuela —dijo—. Tengo que dormir.

—No se hará tarde.

—Quizá sea mejor que vayas tú sola.

Rosa colgó el espejo en la pared de la choza.

—Ahora te vienes —dijo decidida—. Tienes que ver a más gente aparte de nosotros y tus compañeros de escuela.

Sofia se sentía todavía reacia y nerviosa.

—¿Quién hay allí?

—Nunca se sabe. Hay varios. Algunos que conoces, algunos que nunca has visto antes.

Rosa casi metió a su hermana a empujones en la habitación y comenzó a elegir entre la poca ropa que Sofia tenía.

—Esta blusa —dijo Rosa y le alcanzó una azul.

Sofia se la puso. Pero cuando Rosa quiso que se pusiera la otra falda que tenía, Sofia dijo que no. Era demasiado corta. No le llegaba hasta los pies. Rosa miraba a Sofia examinándola con los ojos.

—Eres bonita —dijo—. Pero se te nota que tú no lo crees.

—Eres tú la que es bonita —dijo Sofia—. Yo soy patosa y fea y además no tengo piernas de verdad.

Rosa casi se irritó.

—Estás viva —dijo—. Maria no lo está. Vámonos.

Había empezado a oscurecer.

Rosa caminaba tan deprisa que Sofia casi no la podía seguir. Se iba poniendo más y más nerviosa a medida que se acercaban a la tienda de Hassan. Sofia se detuvo.

—Me voy a casa —dijo—. No quiero ir.

—No seas tonta. ¿Qué tiene de peligroso? ¿Me lo puedes decir?

Sofia sabía que no había nada peligroso.

El miedo que sentía era totalmente diferente. A que nadie se diera cuenta de que estaba allí, a que nadie le prestara atención.

—Continuemos —dijo Rosa—. A lo mejor Hassan ha recibido algunas revistas nuevas.

—¿Tiene abierto los domingos? —preguntó Sofia, deseando que la tienda estuviera cerrada para que pudieran volver a casa otra vez.

—Siempre tiene abierto —contestó Rosa—. ¡Vamos!

Hassan estaba sentado en un taburete alto hojeando una vieja revista. A su lado, sobre el mostrador, había un quinqué. Hassan era de estatura pequeña, llevaba una barba corta y una caperuza gris en la cabeza. Entornó los ojos cuando vio llegar a Rosa y a Sofia.

—Rosa —dijo triste—. Me preguntaba dónde te habrías metido. Creí que no te vería nunca más por aquí.

Sofia se sorprendió.

¿De verdad sabía Hassan quién era Rosa? ¿Se sabía los nombres de todos los que pasaban por su tienda, sobre todo el de los jóvenes, que casi nunca compraban nada, sino que solo miraban sus antiguas revistas semanales?

—Ella es mi hermana —dijo Rosa y puso a Sofia a la luz del quinqué.

Hassan la miró a los ojos, después bajó la mirada hacia sus muletas y la larga falda. Suspiró y meneó la cabeza.

—Lo sé —dijo—. Todo el mundo sabe quién es Sofia. La que sobrevivió.

Hassan se bajó del taburete y removió en la oscuridad tras el mostrador. Después, apareció con una chocolatina y se la dio a Sofia. Sofia estaba tan avergonzada por la atención que le prestaban que ni siquiera cayó en dar las gracias.

La que sobrevivió.

¿Era ella, Sofia?

Sofia notó que se ruborizaba.

Las mejillas se le calentaron. Se retiró de la luz del quinqué.

—¿Revistas nuevas? —preguntó Rosa.

Hassan suspiró.

—Lamentablemente, nada. Quizá la semana que viene. Nunca se sabe.

Hassan se puso las gafas y volvió a su manoseada revista. Rosa se llevó a Sofia fuera de la tienda. Ya estaba todo oscuro. En el suelo, junto a la tienda, había una hoguera. Sofia vislumbró algunas personas en la oscuridad. Se oía a alguien que reía, a alguien que cantaba. Allí había alguien que Rosa conocía, un chico con la gorra puesta del revés. Rosa se olvidó de que Sofia estaba con ella. Desapareció entre los demás jóvenes.

Sofia se enfadó.

Era justo eso lo que había temido. Que nadie la fuera a ver, que se quedara apartada. Ni siquiera Rosa, que era su hermana y la había llevado allí, se acordaba de que ella también estaba.

Uno de los chicos comenzó a tocar un tambor junto al fuego.

Rosa bailaba, otros se animaron. Sofia se dio la vuelta. Se sentía herida e insultada. ¡Jodida Rosa! ¿Por qué la había traído? Si, de todos modos, no se preocupaba por ella. Hassan salió de la tienda.

En la mano llevaba una pipa humeante. De vez en cuando le daba una calada. Miró a Sofia.

—No hace falta bailar —dijo—. Mírame a mí. Tengo piernas. Pero no bailo.

Sofia comprendió que intentaba animarla. Aun así, solo empeoraba la situación. No quería consuelo. Quería estar en otro lugar. Y, sobre todo, quería tener piernas de verdad.

Hassan contempló su pipa, que se había apagado, suspiró otra vez y desapareció dentro de la tienda.

Sofia se decidió rápidamente.

Se retiró despacio hasta que fue engullida por la oscuridad. Luego se alejó de allí. Ahora Rosa se podría preguntar qué había pasado. Ahora se podría preocupar tanto como Sofia el día en que Rosa estaba cansada y se le cayó la azada. Ahora se lo devolvía.

Sofia se detuvo.

Era difícil orientarse en la oscuridad. Además notó unas gotas de agua contra la cara. Encontró el camino otra vez y continuó. A su alrededor brillaban fuegos que pronto se apagarían. El poblado caía en el letargo. Las gotas eran cada vez más numerosas. Caminaba tan deprisa como podía. Pero aun así estaba empapada cuando llegó.

Lydia estaba en la entrada de la puerta.

—¿Dónde está Rosa?

—En la tienda de Hassan.

—¿Tú también has estado allí?

Sofia no se dignó contestar.

Entró en el cuarto y corrió la cortina. Lydia la dejó en paz. Se quitó la ropa mojada, se desató las piernas y se metió en la cama. Notó que estaba cansada. El día había sido largo. Ya no se sentía enfadada con Rosa. Seguramente, su intención había sido la mejor.

Sofia se subió la manta hasta la barbilla y cerró los ojos.

Y se preguntó si tendría que esperar hasta la siguiente luna llena para que el chico del camino volviera.

12

Pasó un mes.

De nuevo había luna llena. Hacía más calor y más humedad. La época de lluvias se acercaba. Ya había habido algunas tormentas fuertes. A menudo, Sofia se despertaba por las noches empapada en sudor.

Pero para Sofia ya no significaba nada que el chico volviera. El que había estado allí de pie bajo la luz azul de la luna.

O quizá en realidad en su sueño. El sueño en el que se había hecho mujer.

Unos días después de que eso ocurriera Sofia había acompañado a Rosa a la tienda de Hassan. Cuando Rosa volvió, tarde por la noche, Sofia ya se había quedado dormida. Al día siguiente no hablaron del asunto. Sofia podía notar que Rosa tenía remordimientos de conciencia. Comprendía. Sin pensarlo, Rosa había abandonado a Sofia y la había dejado en la soledad.

Después, Rosa enfermó de nuevo. Había pasado lo mismo. Se había quejado de cansancio y se le había caído la azada otra vez cuando iba a ponerse con las malas hierbas entre el ascendente maíz. Sofia no lo había visto con sus propios ojos. Estaba en la escuela cuando ocurrió. Rosa se lo había explicado. El cansancio había regresado, había perdido el apetito por completo y la fiebre iba y venía en oleadas.

Sofia había sentido al instante el punto frío en el estómago otra vez.

Se hacía más fuerte y más grande cada día que pasaba y que Rosa seguía enferma. Pronto todo el estómago de Sofia estuvo frío, como si tuviese una lata metálica dentro. Lydia también estaba preocupada. Pero Rosa decía que pronto estaría bien otra vez. Solo debía descansar unos días más.

Pero los días pasaron, convirtiéndose en semanas, y volvía a haber luna llena. Rosa todavía estaba mala. Sofia podía ver cómo adelgazaba. Además, le dolía la barriga. A menudo, Rosa tenía que salir de la choza por la noche. Sofia se despertaba y se quedaba tumbada en la oscuridad esperando a que volviera. Luego le preguntaba cómo se encontraba. Pero Rosa no respondía, únicamente se tumbaba en el suelo y se dormía. Su respiración no era la de siempre. Era como si Rosa hubiese corrido mucho, como si todo el rato tuviera que esforzarse por respirar.

Durante este tiempo, entre las dos lunas llenas, Sofia fue a la escuela cada día. Pero le

costaba concentrarse. Una vez, la profesora Adelina le pidió que se quedara después de la clase.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó—. Normalmente estás muy interesada. Ahora noto que no me sigues todo el tiempo.

—Rosa está enferma.

—¿Quién es Rosa?

—Mi hermana.

—¿Es grave?

—No lo sé.

Adelina no preguntó nada más.

Ahora sabía por qué Sofia parecía tan ausente. Le había dado una explicación.

Durante ese mes, Sofia también le había arreglado la mayoría de las camisas al señor Temba. Todavía no había llegado a la camisa azul. Estaba debajo del todo en el montón, como una mala conciencia que pretendiese ocultar. A veces la miraba y pensaba que nunca podría coserla de tal manera que el señor Temba no se diera cuenta de que le había cortado una tira en la espalda.

Una tarde lo vio en el jardín.

Llevaba puesto el sombrero, como de costumbre. Ahora que se acercaba la época de lluvias también llevaba un paraguas en la mano. Aunque siempre le daría tiempo de ir a su casa desde la de Sofia si empezaba a llover, no quería arriesgarse a mojarse.

Iba a buscar la camisa azul.

Sofia cayó de pronto en la cuenta.

—Aún no está acabada —contestó en un murmullo.

—Me gusta mucho esa camisa —dijo el señor Temba.

Después hizo una reverencia y se marchó.

Sofia sabía lo que en realidad había querido decir. Quería la camisa de vuelta al cabo de dos o tres días, como mucho.

Esa misma tarde, sin que Sofia hubiese sacado todavía la camisa azul, decidieron llevar a Rosa al médico. Ella no quería, pero Lydia y Sofia estaban decididas. Estaba enferma desde hacía más de un mes. Como el ambulatorio estaba cerca de la escuela, Sofia esperaría allí a Rosa. Terminaba a las doce y media. Entonces el médico podría ver a Rosa. Solo dos días a la semana, los martes y los jueves, iba un médico hasta allí. Al día siguiente era jueves.

—No quiero —dijo Rosa—. No hace falta. Pronto estaré bien otra vez.

«Dios mío», pensó Sofia. «En lo más hondo he querido pensar que no es la enfermedad esa la que está en el cuerpo de Rosa. Ahora ya no lo sé. Al mismo tiempo tengo miedo de que sea así. No quiero saber. Aun así, tengo que hacerlo».

A Sofia le costó dormir aquella noche.

Había luna llena otra vez. Intentó pensar en el chico que había estado en el camino en su

sueño. Pero no podía. Rosa, que estaba sobre el suelo, no era una persona en un sueño. Estaba tumbada durmiendo, se movía intranquila y sus inspiraciones eran cortas y fuertes.

Al día siguiente había una pesada capa de nubes en el cielo.

En la distancia, a la altura de las montañas junto a Swazilandia, Sofia podía ver relámpagos. La tormenta se acercaba. Pero todavía no podía oír cómo estallaba y retumbaba.

Rosa llegó a pie por el camino que conducía hasta la escuela.

Se movía lentamente, casi a la fuerza. Sofia se golpeó irritada su estómago frío. Si al menos desapareciera la preocupación. Después fue al encuentro de su hermana. Al instante vio que Rosa tenía miedo.

Ahora se veía.

Sus ojos se movían preocupados, buscaban signos de que no era nada grave en la cara de Sofia. Pero Sofia bajó la vista. No podía mirar a los ojos a su hermana.

¿Qué era lo que resultaba tan difícil?

La verdad era difícil. Nada más.

Y la verdad no la sabían.

Rosa estaba sudada y le dolía la barriga.

Aún no era la una. Por la mañana, Sofia había entrado y le había dicho al médico que Rosa iría a verlo. Este había anotado su nombre. Cuando le preguntó qué le pasaba a su hermana, Sofia le contó cómo estaban las cosas. Rosa tenía fiebre y dolor de barriga, estaba adelgazando y no tenía fuerzas para hacer nada. Él no dijo nada, tan solo asintió con la cabeza. Sofia intentó leer en su cara. Pero allí no había palabras.

Se sentaron a la sombra de un viejo autobús quemado que estaba junto al camino. Era un recuerdo de la guerra. Sofia pensó en los bandidos que habían asesinado a su padre. Podía oír la tormenta en la distancia.

—Nos mojaremos cuando volvamos a casa —dijo Rosa.

Se quedaron sentadas en silencio.

Les llegaban los gritos de los niños que jugaban al fútbol en el patio de la escuela. Sofia miró hacia el ambulatorio. Allí dentro había un médico esperando a Rosa. Él podría decir la verdad.

—Será mejor que vayamos —dijo Sofia levantándose con ayuda de las muletas. Rosa no se movió. Sofia esperó—. Tenemos que ir ya —repitió—. Es la una. El médico nos espera.

Entraron en la oscura antesala, en la que había una enfermera sentada rellenando unos papeles, al tiempo que espantaba una mosca que la irritaba.

—El doctor Nkeka está con una paciente ahí dentro —dijo—. Pero enseguida habrán terminado. Solo está embarazada.

La mujer que salió tenía una barriga muy grande.

No solo estaba embarazada, estaba en estado avanzado, no tardaría mucho en dar a luz a un hijo. «Nacimiento y muerte», pensó Sofia. Se imaginó que era ella la que estaba allí dentro en bata blanca. Y que Rosa era otra persona diferente a su hermana.

Rosa se levantó.

—Acompáñame adentro —dijo.

La enfermera oyó sus palabras.

—Solo el enfermo —dijo severa.

Rosa desapareció donde estaba el médico.

La puerta se cerró. Sofia esperó. La enfermera bostezó y siguió espantando la mosca tozuda. Ahora hacía mucho calor. El temporal se acercaba. Sofia intentó imaginarse lo que estaba ocurriendo allí dentro. La puerta se abrió. Sofia se sobresaltó. Era el doctor Nkeka. Era joven, pero ya tenía canas. Saludó a Sofia con la cabeza. Luego le pidió a la enfermera que entrara. Se levantó con torpeza de la silla. La mosca entró también en la habitación. Sofia pensó que ella, si hubiese sido la mosca, habría podido zumbar alrededor de la cara de la enfermera y escuchar lo que el médico decía. La tormenta sonaba, ahora, más cerca. Un hombre viejo entró. Se apoyaba pesado sobre un bastón y preguntó si el médico todavía estaba allí. Sofia hizo ver que ella era la enfermera.

—El doctor está ocupado —dijo.

El hombre oía mal.

—El doctor está ocupado —gritó.

El hombre asintió con la cabeza y se sentó en la escalera. Empezó a toser. Los pulmones le resonaban. La puerta se abrió. Primero salió la enfermera, después Rosa. La enfermera miró malhumorada al hombre. Sofia pensó que quería volver a casa antes de que empezara a llover. Rosa y Sofia salieron del ambulatorio. Sofia vio que Rosa tenía una marca en el pliegue del codo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Han cogido una muestra de sangre. Tengo que volver el martes.

—Pero, ¿no ha dicho nada?

—Le he tenido que explicar cómo me sentía. Pero no ha dicho nada.

—¿Nada en absoluto?

—Solo que tenían que hacer un análisis de sangre y que volviera el martes.

Sofia no estaba segura de lo que podía significar aquello.

¿Por qué no había dicho nada el doctor Nkeka? Debía de saber por qué había querido tomar una muestra de sangre.

Empezó a llover. Se apresuraron a casa.

El martes sabrían qué le pasaba a Rosa.

13

Los días avanzaban a rastras.

Cuatro días no solían ser mucho tiempo para Sofia. Había aprendido a ser paciente durante los largos meses que había pasado en el hospital. Pero ahora era como si el tiempo pasara infinitamente lento. Además, estaba segura de que no quería que llegara el martes. Hasta que Rosa no visitara al doctor Nkeka y supiera el resultado del análisis de sangre, ninguno de ellos sabía si estaba bien o enferma. Si era algo grave o si a lo mejor era algo totalmente inofensivo.

Lydia las había interrogado cuando llegaron a casa empapadas por la tormenta. Como el médico no había dicho nada excepto que Rosa tenía que volver, Lydia lo interpretó como que no tenía por qué ser algo peligroso. Lydia era así. Se preocupaba a menudo. Pero no tenía ganas de apenarse antes de tiempo.

Lo que Rosa pensaba o sentía era algo que Sofia no podía decidir.

Rosa se parecía a Lydia en muchos aspectos. Podía preocuparse, pero se olvidaba enseguida.

Durante el fin de semana hubo un temporal largo e intenso.

La lluvia arreciaba. El jardín se volvió una gran charca de barro. Lydia estaba preocupada por si su *machamba* se inundaba. El domingo por la mañana, mientras la lluvia seguía cayendo a cántaros, fue hasta la *machamba* para ver cómo estaba. Cuando volvió estaba serena e intranquila a la vez. Serena porque aún no había tanta agua como para que el maíz y las verduras comenzaran a pudrirse. Pero también intranquila por si la lluvia continuaba.

Sofia arregló la camisa azul del señor Temba durante los días de lluvia.

Lo pensó mucho antes de empezar. Trataba de descubrir cuál era la mejor manera de ocultar que le había cortado una tira de tela. El resultado fue mejor que el que se hubiera atrevido a imaginar. Cuando hubo acabado le pidió a Rosa que mirara la camisa. Rosa no se dio cuenta de nada. Después se la dio a Lydia. Tampoco ella notó nada. Sofia esperaba haber conseguido, a pesar de todo, ocultar lo que había hecho aquella noche de luna llena. A veces, por la noche antes de dormir, pensaba en el Chico de la Luna. Pero era como si le costara verle la cara. En sus sueños era siempre oscura.

Por las mañanas continuó con sus conversaciones con Maria.

Le explicaba que Rosa había ido al médico y había dejado una muestra de sangre. Maria solo la miraba, sin decir nada.

«Quizá los que están muertos saben lo que va a ocurrir», pensó Sofia.

Solo somos nosotros, los que vivimos, quienes nos preocupamos, quienes no sabemos lo que va a ocurrir al día siguiente.

El lunes por la mañana se despejaron al fin las nubes.

El jardín todavía estaba lleno de agua. Pero cuando salió el sol la tierra se secó enseguida. Rosa salió y miró el camino. Si había demasiado barro Sofia no podría caminar. Se podría quedar clavada con sus rígidas piernas. La profesora Adelina lo sabía. A veces, Sofia no iba a la escuela si había llovido.

Rosa meneó la cabeza cuando hubo inspeccionado el camino.

Había demasiado barro. Sofia se hundiría.

Sofia se sentó en el borde de la cama y sacó los libros de la mochila. Si no podía ir a la escuela, tenía escuela en casa. A través de la abertura al otro cuarto podía ver a Rosa. Estaba sentada sobre el taburete justo donde entraba la luz del sol por la puerta del patio. Tenía el trozo de espejo en la mano. Ahora se observaba la cara. Sofia la miraba. No se podía imaginar que Rosa tuviera realmente aquella enfermedad.

Apartó los pensamientos de inquietud.

Debía aprender a hacer como Lydia. No apenarse hasta que hubiese motivo para ello.

Rosa la llamó.

—Viene el señor Temba.

Sofia dio un respingo y se le cayó el libro que tenía sobre las rodillas.

Era la hora.

El señor Temba entró y le hizo una reverencia a Rosa.

—Parece que por esta vez ya han pasado las lluvias —dijo amablemente.

Sofia pensó rápidamente que el señor Temba hablaba de una forma muy bonita.

A él mismo le gustaban las palabras que salían de su boca. Siempre las trataba con cuidado. Hablaba despacio, escogía las palabras detenidamente. Había personas que se desesperaban, porque opinaban que hablaba demasiado despacio. Lydia era una de ellas. Ella hablaba tan deprisa que las palabras le salían disparadas de la boca.

Sofia cogió la camisa y se acercó al señor Temba, que hizo otra reverencia.

—No he visto que fueras hoy al colegio —dijo—. Espero no molestar viniendo a buscar mi camisa azul.

Sofia le alcanzó la camisa.

El señor Temba la sostuvo en alto, haciéndola girar a un lado y al otro. Sofia tenía palpitaciones. ¿Se daría cuenta de lo que había hecho? El señor Temba miró con seriedad a

Sofia. «Lo ha descubierto», pensó. «Ahora ya no podré arreglarle más ropa. Además, todos los del poblado sabrán que no se puede confiar en Sofia. No le dejéis nada de ropa».

El señor Temba seguía mirando a Sofia con seriedad.

Ella tenía tanto miedo que ni siquiera se atrevía a bajar la mirada.

—La has arreglado muy bien —dijo.

Sofia no creía lo que acababa de oír.

Pero él parecía totalmente sincero. Sacó unos billetes y se los dio a Sofia.

—Esta noche voy a visitar a una persona muy importante para mí. Y me pondré esta camisa.

El señor Temba hizo una reverencia y se marchó. Rosa se reía con disimulo.

—El señor Temba va a visitar a una de sus muchas mujeres. La señora Mukulela se enfadará otra vez. Se enfada cuando el señor Temba intenta dormir con ella. Y se enfada cuando se va a casa de otras mujeres.

Sofia miró al señor Temba mientras avanzaba prudente y cuidadosamente por el jardín, que todavía no había empezado a secarse. El señor Temba visitaba a muchas mujeres. A lo mejor él también tenía la enfermedad peligrosa. Y le pasaba lo mismo que a Rosa, que no se le notaba.

Sofia volvió a los libros de la escuela.

Pero no se podía concentrar. Lo único que veía era a Rosa saliendo al día siguiente por la puerta del doctor Nkeka.

Esa noche Sofia tuvo otro sueño curioso.

Había ido a la choza del señor Temba para darle un par de pantalones que le había arreglado. Pero cuando llamó a la puerta y esta se abrió, apareció allí de pie un hombre desconocido. Sofia no lo había visto antes. Pero, aun así, era como si lo conociera. Después comprendió que era su padre. Todavía era joven y le estaba pidiendo que entrara en la choza. Cuando hubo cerrado la puerta, Sofia se dio cuenta de que no había paredes en la choza. Estaban en una playa. Las olas del mar corrían sobre la playa. Había acompañado a su padre hasta la orilla, donde las conchas se enjuagaban con las olas. Él había señalado hacia una isla que se vislumbraba en la calina.

—Allí vivo yo —dijo—. Quería que lo supieras.

Después su padre había entrado en el mar con la ropa puesta. Cuando el agua le llegaba por el pecho se dio la vuelta, saludó con la mano y se puso a nadar. Sofia se había quedado mirándole la cabeza, que divisó durante mucho rato entre las olas. Se había sentido repleta de una gran alegría. Después había vuelto lentamente a la casa del señor Temba, había abierto la puerta y todo había vuelto a la normalidad.

Se despertó del sueño.

El gallo de la señora Mukulela había empezado a cantar.

Rosa dormía. Sofia pensaba en el sueño. ¿Qué era lo que le había querido contar? Los sueños siempre llegaban con mensajes misteriosos. Intentó descifrarlo. Pero no lo consiguió. A lo mejor era tan simple como que su padre había querido ir a verla.

Sofia palpó el pelo de Rosa con los dedos.

La noche anterior, Sofia le había hecho un nuevo peinado. Había tardado varias horas. Rosa había querido uno con forma de estrellas en la cabeza. Había quedado muy bonito. Rosa quería tener buen aspecto cuando visitara al doctor Nkeka.

De repente, mientras Rosa estaba con la cabeza sobre las rodillas de Sofia y esta le hacía el nuevo peinado, había hecho una pregunta.

—¿Crees que estoy gravemente enferma? —preguntó.

—No —respondió Sofia.

Demasiado rápido, demasiado convencida.

Pero Sofia no podía decir lo que pensaba. Quizá Rosa tenía aquella terrible enfermedad que llegaba sigilosamente y mataba a las personas.

No lo podía decir. No se atrevía.

Cuando el reloj dio la una, Sofia se encontraba ya frente al ambulatorio esperando a Rosa. La profesora Adelina había notado que ese día Sofia había vuelto a tener dificultades para concentrarse. Pero no dijo nada, porque sabía lo que había detrás.

Los últimos restos de la tormenta se habían ido.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. Hacía mucho calor. Sofia se había puesto a la sombra de un árbol. Miraba a los chicos que jugaban al fútbol, veía sus pies, que se movían deprisa, saltaban y volvían a caer sobre el suelo. Intentó recordar cómo era tener piernas de verdad. Pero no lo consiguió.

Rosa llegó por el camino.

Se detuvo y se secó el sudor de la cara. Sofia vio que las trenzas que le había hecho la noche anterior habían quedado bien.

Entraron.

La enfermera estaba sentada con un matamoscas en la mano. Señaló la puerta con la barbilla.

—Puedes entrar —le dijo a Rosa—. Está libre.

La puerta se cerró.

Sofia se sentó en el sofá de plástico roto. Tenía palpitaciones, casi le costaba respirar. Tenía la cabeza totalmente vacía.

No sabía cuánto rato estuvo allí sentada.
Al final, la puerta se abrió.

Rosa salió.

14

Tarde aquella noche, en realidad ya de madrugada, y con Rosa dormida, Sofia encendió su vela de estearina y se sentó en la cama a escribir en su diario.

No sé si estoy cansada, triste o asustada. O si estoy triste, asustada y cansada. O quizá asustada, cansada y triste. No sé qué es peor. Antes, cuando no sabía pero tenía esperanzas, tenía el estómago totalmente frío. Ahora me siento como si el frío estuviese en todo mi cuerpo. Incluso las piernas, que no sienten nada, están frías. Hoy el doctor Nkeka le ha dicho a Rosa que tiene esa enfermedad que se llama sida. Le ha explicado que es una grave enfermedad. Pero que puede vivir mucho tiempo si se cuida, si come muchas verduras, piensa en cosas alegres y lo hace todo como de costumbre, desde que se levanta por la mañana hasta que se acuesta por la noche. Escribo esto cuando ya es de madrugada. Las nubes hacen que no pueda ver la luna. Me siento sola. Y no sé qué es peor, el cansancio, el miedo o el hecho de que estoy tremendamente triste.

Sofia dejó el diario a un lado y apagó la vela.

La noche era sofocante. Muy lejos, a lo mejor desde Swazilandia, al otro lado de las montañas, se oía la tormenta como un lejano estruendo.

Sofia se quedó tumbada mirando la oscuridad de fuera.

Recordó a Rosa saliendo de la consulta del doctor Nkeka. Por un instante, a Sofia le había parecido ver alivio en la cara de su hermana. Pero había sido solo un instante. Rosa se había acercado a ella y estaba completamente rígida, como si alguien la hubiese asustado. Antes de que tuviera tiempo de decir nada apareció el doctor Nkeka. Sonreía. Pero no era una sonrisa alegre. El doctor Nkeka estaba abatido.

—Solo puedo lamentarlo —dijo—. Tu hermana tiene una grave enfermedad. Ahora debéis ayudaros mutuamente. Es lo único que se puede hacer.

Se marcharon del ambulatorio.

Las lágrimas caían por las mejillas de Rosa. Un llanto silencioso y aterrado. Sofia se detuvo, soltó las muletas y la abrazó. Rosa se volvió una niña muy, muy pequeña. No era aquella chica segura de sí misma, hermosa y distraída que la había abandonado hacía unas noches en la tienda de Hassan.

—No quiero morir —susurró—. Ahora no, todavía no.

—No vas a morir —dijo Sofia—. Nadie va a morir, tú la que menos.

Sofia intentó aguantar.

Pero no tenía fuerzas. Ahora lloraba ella también. Las mismas lágrimas silenciosas. Era como si estuviese a cierta distancia y mirase hacia Rosa y hacia ella misma. Dos chicas, solas en el camino bajo el calor del sol, abandonadas por la vida.

—No vas a morir —dijo Sofia otra vez—. No vas a morir.

Al cabo de un rato siguieron caminando.

Rosa explicaba de manera intermitente, como si fuera tan difícil que se hacía casi insoportable, lo que el doctor Nkeka le había dicho. Le había pedido que se sentara, había movido unos bolígrafos de un lado a otro, como si no supiera por dónde empezar, y luego se lo había dicho directamente.

—Tu análisis de sangre muestra que tienes una enfermedad contagiosa que se llama VIH. ¿Sabes lo que es? ¿Has oído hablar de ella?

Rosa había negado con la cabeza.

—Es un virus que lleva a una enfermedad llamada sida. De eso debes de haber oído hablar.

Rosa había negado con la cabeza otra vez. Sabía lo que era el sida, Sofia se lo había contado. Pero era como si pudiera hacerse inmune negando saber nada.

El doctor Nkeka se lo había contado.

La enfermedad tenía muchas fases. Rosa se hallaba en algún punto de la mitad, sin que ella entendiese del todo lo que eso implicaba.

Después le había empezado a hacer preguntas difíciles.

Preguntas que nadie le había hecho antes. ¿Cuándo había estado con un chico por última vez? ¿Con cuántos chicos había estado? Rosa no había querido responder, había estado a punto de salir corriendo de allí. Pero el doctor se había mostrado resuelto. Y ella había contestado. Se había acostado con cuatro chicos. No más. Le preguntó si alguno de ellos estaba enfermo. No lo sabía. Él había continuado haciendo preguntas. Y ella las había respondido, ya que él no parecía estar enfadado ni le había recriminado nada.

Se había mostrado especialmente interesado en Steven.

Steven, que en realidad era de Sudáfrica y tenía veinticinco años. De los chicos que había conocido, el que más le había gustado. Pero de repente un día había vuelto a Sudáfrica y nunca más le había dicho nada. El doctor Nkeka dijo que creía que Rosa se podría haber contagiado a través de Steven.

Era la pregunta más difícil de todas.

Si habían utilizado algún tipo de protección cuando se habían acostado. Rosa negó con la cabeza. Apenas sabía lo que era.

El doctor Nkeka le había pedido que procurara que los chicos con los que había estado pasaran por el ambulatorio y dejaran una muestra de sangre. Era importante que nadie se contagiara innecesariamente, explicó el doctor Nkeka. Si uno no sabe si es portador de la enfermedad, tampoco sabe si la puede contagiar o no.

Después le había explicado en qué debía pensar.

Comer y dormir, vivir con normalidad, no preocuparse sin necesidad. Y quería que volviera a verle una vez al mes. Si se ponía enferma y si la diarrea no se le pasaba debería ir antes.

Al final le dio unas medicinas y le explicó cómo las debía tomar. Pero también le dijo que no sanaría con ellas. Solo la podían ayudar a sentirse mejor.

Rosa se había parado en algún punto del camino.

—¿Tienes que morir si haces el amor? —preguntó—. Entonces, ¿qué sentido tiene vivir?

Sofia no tenía respuesta.

Continuaron en silencio.

Cuando pasaron por la tienda de Hassan, Rosa apartó la mirada. Sofia sabía que era allí donde había visto a Steven por primera vez.

Cuando solo les quedaban unos cientos de metros para llegar a casa, Rosa se detuvo otra vez. Miró suplicante a Sofia.

—No se lo quiero explicar hoy a Lydia. No tengo fuerzas. ¿No puede esperar hasta mañana?

—Claro que puede esperar —contestó Sofia—. Pero Lydia preguntará. Algo tendremos que decir.

—¿Que el análisis aún no estaba listo?

—No —dijo Sofia—. No se lo creerá. El doctor Nkeka es un médico fiable. Si dice que algo estará listo un día, lo está.

Sofia vio que Rosa estaba a punto de llorar otra vez.

Parecía que fuera a desfallecer en cualquier momento.

—Le diremos que te duele la barriga —dijo Sofia—. Y que tienes que volver una vez más.

Rosa la miró agradecida.

Siguieron hasta casa. Lydia estaba allí esperándolas. Había vuelto más temprano de lo habitual de la *machamba*.

Estaba preocupada y observó a Rosa.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que me duele la barriga.

—Eso ya lo sabemos. ¿No ha dicho lo que era? ¿Si era grave?

—Rosa tiene que volver una vez más —dijo Sofia—. Además, ha dicho que no debía hablar tanto, sino descansar.

Lydia no preguntó nada más.

Rosa entró y se tumbó en la cama de Sofia. Se acurrucó en posición fetal, abrazándose las rodillas para mantener el pánico alejado. A Sofia le escocía el corazón de ver a su hermana.

Todo le parecía aún tan irreal. Rosa iba a morir. No mañana, ni la semana siguiente. Pero algún día, demasiado pronto. La desesperación se hacía cada vez más fuerte dentro de ella. Era como si le estuviera subiendo la fiebre. El frío del estómago se convirtió en una brasa que la quemaba. Se sentó en silencio en el borde de la cama. Puso su mano sobre la cabeza de Rosa.

—No quiero morir —susurró Rosa.

—No —respondió Sofia en voz baja—. No vas a morir.

Rosa no quería comer nada.

—Voy a ver a Lydia —dijo Sofia—. Si no, empezará a preguntar.

Rosa no contestó. Estaba encogida en sí misma.

Sofia salió al jardín.

Había empezado a oscurecer.

Sofia miró a Lydia.

Pronto perdería a otra hija.

Pero aún no lo sabía.

De pronto Sofia se sintió invadida por una gran soledad.

Había perdido a seres queridos durante toda su vida. Primero fue su padre, a quien habían matado los bandidos. Él había regresado en un sueño para hablar con ella y enseñarle la isla en la que vivía. Pero eso no era suficiente. Lo necesitaba vivo, cerca, al lado de Lydia, junto al fuego.

Después fue Maria.

Ella también la visitaba, justo cuando los sueños se prolongaban un ratito más al amanecer.

Durante todo el camino a casa desde el ambulatorio Sofia había intentado recordar todo lo que Deolinda le había contado cuando estuvo en el hospital. ¿Cuánto tiempo podía vivir una persona con la enfermedad? Deolinda había oído hablar de personas, personas ricas en otras partes del mundo, que podían vivir prácticamente todo el tiempo que quisieran. Aquellos que tenían acceso a los medicamentos caros, los mejores médicos, la mejor vida. Pero no era el caso de Rosa. Sofia pensó que odiaba la pobreza en la que vivían. Pensó en todos aquellos que parecían tener dinero ilimitado y que pasaban al lado de los pobres en sus bonitos coches con ventanillas tintadas.

Sofia no sabía cuánto tiempo viviría Rosa.

Pero decidió que la defendería todo el tiempo y con todas las fuerzas que pudiera reunir.

Rosa no iba a morir. Viviría.

Cenaron junto al fuego.

Lydia solo preguntó una vez si Sofia podía decir algo sobre lo que le pasaba a Rosa. Pero

Sofia negó con la cabeza. No era fácil mentirle a Lydia. Pero ahora era necesario. Al día siguiente Lydia sabría lo que el doctor Nkeka había dicho. Sofia ya se angustiaba por cómo iba a reaccionar Lydia.

Se acostaron pronto aquella noche.

Cuando todo estuvo en silencio, Sofia sacó su diario. Escribió lo que pensaba y sentía.

Pero, más allá de las palabras, notó que había otra cosa, la más importante.

Una añoranza.

El no tener que estar sola ahora que Rosa estaba enferma.

El chico en el camino.

Si al menos existiera. Y la pudiese ayudar ahora, cuando más lo necesitaba.

15

El día siguiente fue tan difícil como Sofia se había imaginado.

Amaneció. Había pesadas nubes en el cielo, pero sin lluvia. Ya no se podía alargar más. Sofia sabía que Lydia estaba esperando. Se había despertado durante la noche porque Lydia estaba levantada. No solía estarlo. Sofia comprendía que era la preocupación lo que la había despertado.

Ahora había que decirlo.

Que Rosa tenía esa grave enfermedad de la que nadie, realmente, se atrevía a hablar.

Fue Rosa quien empezó.

Pero pronto Sofia le tomó el relevo, porque Rosa no lograba decir las cosas tal como eran. Acababan de desayunar. Lydia se estaba arreglando para ir a la *machamba*. Fue entonces cuando oyó lo que había pasado. Lo que el doctor Nkeka había dicho. Lydia se quedó inmóvil. Sofia intentaba decírselo de manera directa pero, al mismo tiempo, con la mayor delicadeza posible.

Un pensamiento revoloteó por su cabeza como un pájaro intranquilo.

«Soy demasiado joven para esto, tener que explicarle cosas tan difíciles a mi madre».

Pero no había otro camino.

Rosa estaba demasiado asustada y confusa. Solo quedaba Sofia para contarle a Lydia cómo estaban las cosas. Lydia dejó la azada a un lado. Faustino dormía en su espalda. Alfredo estaba sentado dibujando en la arena. Sofia sabía que escuchaba todo lo que decían. No había nadie que supiera escuchar como Alfredo. Probablemente, cuando se hiciera mayor también sería así. Alguien que escuchaba mucho y hablaba poco.

Lydia iba pasando la mirada de Rosa a Sofia.

—Tiene que haber alguna medicina —dijo.

—No —respondió Sofia—. Lo único que se puede hacer es vivir con normalidad.

De pronto, Lydia se enfadó con Rosa.

—Te lo dije —gritó—. ¿No lo hice? Que no salieras tanto por las noches. Luego pasa algo así. ¿No te lo dije?

Rosa bajó la mirada. Sofia intentó mirar a Lydia con severidad. No mejoraba las cosas que se enfadase con Rosa.

—Iremos a un *curandeiro* —dijo Lydia decidida—. Iremos al señor Nombora. He oído

que puede curar esta enfermedad.

Sofia sabía quién era el señor Nombora.

Vivía en uno de los poblados que había hacia el oeste. Delante de su casa había colgado un cartel que llamaba mucho la atención.

El doctor Nombora cura el sida mientras su hermano te arregla la bici estropeada.

Sofia no sabía qué decir.

Durante la larga temporada que había pasado en el hospital, tras el accidente con la mina, había hablado con muchos otros pacientes. Muchos de ellos habían acabado allí después de haber visitado a algún *curandeiro*. Habían ido al *curandeiro* en busca de remedio contra alguna dolencia. Pero no se habían curado. Al contrario, se habían puesto tan malos que habían tenido que ir al hospital.

Sofia les tenía respeto a los *curandeiros*.

Gente hechicera. También les tenía miedo. Podían ver cosas que otros no podían ver. Podían curar a personas y podían enfermarlas. Era peligroso hacerse enemigo de un *curandeiro*. Al mismo tiempo, no sabía cuánto había de verdad en todo aquello. En la escuela, a menudo, hablaban de que no había *curandeiros* que pudieran hacer cosas sobrenaturales. Sofia no estaba segura. Y Lydia creía tanto en los *curandeiros* como en los médicos como Nkeka.

—Mañana iremos a ver al señor Nombora —dijo otra vez.

Después miró a Sofia.

—¿Tienes todavía el dinero que te dio el señor Temba?

—Sí.

—Tendremos que usarlo para pagarle al señor Nombora.

Sofia dudó. No por el dinero. Más bien por si de verdad debían llevar a Rosa a ver al señor Nombora. El doctor Nkeka había dicho que no existía ningún remedio.

—Quizá podemos esperar un poco —dijo Sofia vacilante.

—¿Por qué íbamos a esperar?

Sofia no tenía una buena respuesta.

—Quiero ir a ver al señor Nombora —dijo Rosa—. Quiero ponerme bien.

Sofia comprendió que ya no valía la pena decir nada más.

Si Lydia y Rosa estaban decididas, lo que ella dijera importaba muy poco. Además, siempre había una pequeña posibilidad de que el señor Nombora pudiera realmente ayudar a Rosa. No se podía saber de antemano. Sofia solo temía que Rosa fuera a ponerse peor. Si Nombora le daba alguna de sus botellitas de medicina de las que no se conocía el contenido.

La conversación se terminó.

Sofia sintió de pronto que se encontraba mal. Toda aquella intranquilidad que llevaba dentro quería salir. Se fue corriendo hasta un árbol y vomitó.

—¿Tú también estás enferma? —preguntó Lydia preocupada.
—Ahora estoy bien —dijo Sofia—. No tengo nada.

Pero Sofia vomitó varias veces aquel día.
Toda la angustia que tenía escondida dentro requería tiempo para salir.

Rosa quitó las malas hierbas.
Cantaba mientras dejaba que la azada abriera la tierra y liberara las plantas de maíz de malas hierbas. Sofia no había ido a la escuela por encontrarse mal. Cuando miró a Rosa pensó que su hermana estaba haciendo lo que debía. No se rendía. Intentaba trabajar. Y cantar. Tal como había dicho el doctor Nkeka. *Vivir con normalidad*. La vida para Rosa, la vida normal, era trabajar y cantar. No estar tumbada en el suelo dentro de la choza y llorar.

Lydia se había ido a la *machamba*.
Pero antes de irse les había contado a Sofia y a Rosa que por la mañana había sucedido algo inesperado. Se reía por lo bajo, como si ella también fuera joven. Todas sentían que necesitaban interrumpir los pensamientos oscuros sobre la enfermedad de Rosa.

—Esta mañana he visto al señor Temba salir de la choza de la señora Mukulela —dijo.
Rosa y Sofia se interesaron enseguida. ¿De verdad había vencido el señor Temba la resistencia de la señora Mukulela?
—¿Te ha visto? —preguntó Rosa.
—Le di la espalda —dijo Lydia—. Pero será divertido ver si esta historia continúa.
—¿Qué aspecto tenía?
Era Rosa la que preguntaba. Sofia pensó que Rosa había conseguido reprimir por un momento los pensamientos sobre su enfermedad.
—Llevaba la camisa abierta —dijo Lydia, y volvió a reír a hurtadillas—. Una camisa azul. Me parece que era la que Sofia le arregló.
—Me dijo que iba a hacer una visita —dijo Sofia—. Pero no que fuera a visitar a la señora Mukulela.

En ese instante la señora Mukulela salió de su choza.
El señor Temba ya estaba sentado delante de su propia puerta trabajando con sus cestos. Lydia, Rosa y Sofia los miraban a escondidas. Oyeron cómo se daban los buenos días e intercambiaban algunas frases de cortesía acerca del tiempo.
—Hoy el señor Temba no discute por el gallo —dijo Sofia—. Pero esta noche ha sido horrible todo lo que ha cantado.
Luego se rieron juntas otra vez. Por un instante, Sofia tampoco pensó en la enfermedad de Rosa.

A mediodía, cuando Sofia estaba limpiando la máquina de coser, entró Rosa y se sentó en la cama.
—El doctor Nkeka dijo que debo ir con cuidado. ¿Qué querría decir con eso?

Sofia captó al instante lo que Rosa estaba pensando.

Que no podía estar con chicos de cualquier manera. Porque ahora se podían contagiar de ella, de la misma manera que ella había sido contagiada, quizá por Steven. Debía ir con cuidado y tenerlo en cuenta. Pero el doctor Nkeka también había dicho otra cosa. Que Rosa, si estaba con algún chico, por fuerza debía procurar que él usara preservativo.

Sofia no estaba segura de que Rosa supiera siquiera lo que era. Se estiró hasta alcanzar una de sus bolsas de plástico en las que guardaba diferentes cositas. Unos meses antes les habían visitado en la escuela personas de la capital que iban de clase en clase hablando de la grave enfermedad y de cómo te podías proteger. Les habían enseñado un preservativo y entre muchas risitas en la clase habían explicado cómo se debía utilizar. Antes de irse, le habían dado un paquete de preservativos a todo el mundo. Al terminar la clase había muchos que los habían inflado como globos. Pero Sofia había metido el paquete en la mochila y se lo había llevado a casa.

Abrió el paquete, sacó un preservativo y trató de explicarle a Rosa. Sofia se dio cuenta de que se había ruborizado. No era fácil describir cómo se usaba un preservativo. En especial cuando es necesario hablar de ciertas partes del cuerpo del hombre.

—Si utilizas uno de estos, lo que sale y tiene que entrar no puede —dijo Sofia.

—No lo entiendo.

—Ya me has oído. Si utilizas uno de estos, lo que tiene que entrar sale pero no entra.

—Lo acabas de decir de otra manera. «Lo que sale y tiene que entrar no puede».

—Es lo que he dicho.

—No es verdad. Has dicho «lo que tiene que entrar sale pero no entra».

—¡Es lo mismo!

—No lo entiendo.

—Sabes cómo se hacen los niños, ¿no?

—Claro que lo sé.

—Pero es lo que sale del hombre lo que puede llevar la enfermedad. Si utiliza uno de estos no es peligroso.

—Yo ya estoy contagiada.

—Si lo que sale no entra, no puede entrar nada más.

—¿El qué?

Sofia meneó la cabeza. No sabía cómo explicarlo mejor.

—Lo importante es que no contagies a nadie —dijo—. Procura que se ponga esto. Te regalo el paquete.

Rosa se quedó sentada en la cama mirando a Sofia.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó.

Sofia negó con la cabeza. No sabía por qué se lo había preguntado Rosa. Si Sofia hubiese tenido novio, Rosa lo sabría.

Rosa salió con el paquete en la mano.

Sofia continuó con su máquina de coser. Deseaba que el día acabara pronto. Rosa seguiría

enferma cuando Sofia se despertara a la mañana siguiente. Pero entonces, por lo menos, habría terminado el duro día en que se lo habían contado a Lydia.

«La vida es un enigma», pensó.

«¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?».

Tomó la decisión de volver a sentarse junto al fuego otra vez y observar las llamas. Como hacía cuando era más pequeña. A lo mejor la explicación a todo lo que era tan difícil estaba dentro de las llamas.

«Probablemente sea así», pensó.

«Que las llamas de la hoguera son mis mejores amigas».

16

Había pasado otro mes.

Hacía un mes que Rosa sabía qué enfermedad padecía. Había llegado la época de las lluvias. A menudo Sofia se tenía que quedar en casa en lugar de ir a la escuela, porque no podía avanzar por el camino embarrado. Durante ese mes escribir en su diario se había convertido en una costumbre. Ahora le parecía que era igual de importante que comer y dormir.

El día en que se cumplía un mes que Rosa había salido de la consulta del doctor Nkeka, Sofia escribió:

Me he pesado hoy en la báscula de la señora Mukulela. Me pregunto si de verdad marca bien. Seguro que se rompe si la señora Mukulela se sube. Cuando Lydia está enfadada con ella suele asegurar que la señora Mukulela pesa 500 kilos. Pero yo pesaba 54 con ropa y piernas. Sin ellas pesaba 48. La señora Mukulela me midió con mi cinta métrica. Hoy mido 159 centímetros. La última vez que me midió dio 158 centímetros. (Ni siquiera quiero pensar cómo debo de ser de bajita sin piernas. Como una criatura, pequeña, más pequeña que Alfredo). Rosa no se encuentra ni mejor ni peor. Por lo general tiene fuerzas para trabajar un rato cada día. A veces se queda tumbada o se sienta a la sombra y prefiere estar sola. Ha dejado de ir a la tienda de Hassan. Pero yo creo que echa de menos hojear sus revistas. Cada día, Lydia insiste en que vaya a ver a Nombora. Opino que debería dejarla tranquila hasta que Rosa lo decida por sí misma. Es ella la que está enferma, no Lydia. Lydia es una buena madre. Pero, de todos modos, espero ser un poco menos rezongona si llego a ser madre algún día. El chico del camino no ha vuelto. Ahora, cuando pienso en ello, ni siquiera sé si solo fue un sueño o algo más. A veces puedo sentirlo dentro de mí. Aunque esté sola noto que me ruborizo. Este mes ha sido más largo que ningún otro. Todavía no entiendo cómo he hecho tan bien el examen de geografía. Y eso que solo pienso en otras cosas. Pero la profesora Adelina es muy amable. Me pregunta a menudo cómo está Rosa. Cuando le expliqué qué enfermedad era, la profesora Adelina se puso a llorar. Después me dijo que tiene un hermano que está enfermo de lo mismo. Me dio un lápiz cuando me fui a casa aquel día. Es con el que escribo ahora. Preferiría tener un bolígrafo. Pero es demasiado caro, a pesar de que no cueste casi nada. Ayer Lydia llegó a casa y estaba enfadada. Aunque quizá estuviera más asustada. (Las personas pobres como nosotras casi no tenemos derecho a enfadarnos. Solo a asustarnos). Había llegado un hombre de la capital. Se había bajado de un gran coche negro que tenía unas ventanas por las que no se veía lo que había dentro. Se llamaba señor Bastardo —un nombre adecuado—. Se había paseado por el campo de cultivo, sin molestarse en mirar dónde ponía sus grandes pies —Lydia dijo que era muy gordo—, y había dicho que a lo

mejor compraba la tierra. Lydia y las demás mujeres habían intentado protestar y habían dicho que aquella tierra era suya. Y ¿de qué iban a vivir si no se la podían quedar? Entonces el señor Bastardo se había enfadado y había dicho que a él eso no le importaba. Después se había marchado. Lydia todavía tiene miedo de que alguien le quite la tierra. A veces creo que piensa en la tierra como en una piedra preciosa que alguien puede robar. Como si la tierra también se la pudieran llevar los ladrones. Aunque siga donde está. (Esto no lo he conseguido escribir lo bastante claro para entenderlo, ni siquiera yo. Pero no me apetece tacharlo y rescribirlo). Ayer, cuando me miré en el trozo de espejo, me gustó mi cara por primera vez desde que Rosa se puso enferma. Es como si todo lo que pienso y siento hiciera que ni siquiera me guste mi propia cara. Pero ayer fue diferente. No sé por qué. Por la noche a menudo me siento a contemplar el fuego. Como hacía cuando era una niña. Ahora no miro en busca de secretos. Ahora intento obtener respuesta al enigma. ¿Por qué tiene que estar Rosa enferma? Me pregunto si algún día obtendré una respuesta. Lo más divertido que ha pasado este mes es que el señor Temba se ha mudado a casa de la señora Mukulela. Cada día se pelean por el gallo. Pero seguramente se gustan mucho el uno al otro.

Sofia escribía por la noche, cuando todos en la choza estaban durmiendo.

Tenía encendida su vela de estearina. La luz caía sobre la cara de Rosa, que estaba tumbada en el suelo. Pero no se despertaba. Sofia se había inventado un alfabeto secreto para cuando escribía sobre cosas que no quería que nadie leyera. Si moría y alguien encontraba su diario, algunas oraciones resultarían totalmente incomprensibles. El alfabeto secreto era sencillo. Si escribía una frase del tipo «a veces puedo sentirlo dentro de mí», en su alfabeto secreto era «seceavva odepuup olritnsees ortndeed edeed ímíím».

Sofia había intentado varias veces convencer a Rosa de que se pasara a la cama. Pero Rosa quería estar en el suelo. Estaba más fresco, le parecía. Una sola vez se había tumbado en la cama al lado de Sofia. Fue una noche en la que de repente había sentido mucho miedo por lo que iba a pasar. Que iba a morir.

Sofia dejó el cuaderno a un lado, apagó la vela y se puso cómoda. Las cigarras cantaban en la oscuridad. «Era como una orquesta que estuviera ensayando», pensaba a menudo. Algún día, todas esas cigarras se pondrían de acuerdo y entonces habría concierto.

La habitación era sofocante.

La ventana estaba abierta. Sofia había arreglado la mosquitera rota con unos retales. Era época de malaria, ahora que llovía. Los mosquitos tan peligrosos nacían en los charcos de agua. Escuchó la lluvia que sonaba en la oscuridad. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Después se durmió.

A la mañana siguiente, Sofia se despertó sobresaltada.

Ya había luz fuera. Pocas veces dormía tanto. Miró el suelo. Rosa no estaba. Se sentó y comenzó a ligarse las piernas. Aquella mañana no tenía tiempo para hablar con Maria. No comprendía por qué había dormido tanto.

Llovía.

Las gotas repiqueteaban contra la techumbre. Cuando se hubo puesto las piernas se levantó y miró por la ventana. El camino estaba enfangado. Nada de escuela hoy. Suspiró y siguió vistiéndose. En la pared había una lagartija que la estaba mirando con sus ojos redondos y rígidos. Cuando estuvo lista salió y se quedó en la puerta. Rosa y Alfredo estaban en el cobertizo de la cocina. Lydia y Faustino no estaban. A pesar del tiempo, parecía que Lydia se había ido al campo. Cuando el tiempo era como hoy no podía hacer nada de trabajo. Sofia pensó de pronto que Lydia se había ido a vigilar su tierra. Para que ningún hombre llamado Bastardo llegara en su gran coche y se la quitara.

Alfredo la saludó con la mano.

Levantó una de las muletas y saludó de vuelta.

—¿Quieres comer? —gritó Rosa.

Alfredo se le acercó con un plato dando saltitos por el jardín mojado. Gachas de maíz. Estaban calientes y olían como debían. Rosa era buena cocinando.

Sofia sacó el taburete y se sentó a la puerta.

Siempre tenía hambre por las mañanas. Mientras comía se dio cuenta de que algo estaba a punto de suceder. No sabía qué. Una sensación que crecía, que aparecía reptando dentro de ella. Después recordó que había tenido la misma sensación una vez antes. El día en que a Rosa se le cayó la azada por primera vez. Una sensación de que algo importante iba a ocurrir.

A Sofia casi se le atraganta la comida.

«Otra vez no», pensó espantada. «Que no sea algo terrible otra vez. No lo aguantaré».

Pero parecía que la sensación era distinta, no tan fuerte. Además, oía una voz que le susurraba por dentro.

Nada horrible. Algo interesante, algo inesperado.

Llamó a Alfredo, que fue a buscar el plato vacío. Rosa se rio cuando estuvo a punto de resbalarse y caer sobre el suelo mojado y pegajoso. Sofia siempre prestaba atención a la risa de Rosa. Dividía sus vidas en días en los que Rosa se reía y días en los que no lo hacía. Los días vacíos eran siempre los días malos. Pero ahora Rosa ya se había reído pronto por la mañana.

«Algo inesperado», pensó Sofia.

«Algo interesante. Es justo lo que necesito para un día como este, en que va a llover y llover y quizá el sol no salga hasta mañana».

Se levantó del taburete y volvió a la habitación.

Se sentó en el borde de la cama con los libros de la escuela. Pensó en lo que harían en la

escuela aquel día. Más que nada, matemáticas. A Sofia le gustaba contar. Estaba entre los mejores de la clase. A menudo, sus compañeros de clase iban a pedirle ayuda. Una vez que la profesora Adelina se encontraba mal y tuvo que irse a casa, había dejado a Sofia a cargo de todo. Tenía que calcular con sus compañeros. Había sido uno de los días más grandes en la vida de Sofia.

Algunas semanas antes, una noche que no sabía qué escribir en su diario, intentó hacer una lista de los diez mejores días de su vida. El día en que la profesora Adelina la había hecho responsable estaba en el tercer puesto. En el puesto anterior estaba el día en que pudo caminar con sus prótesis por primera vez. Después de tantos meses tumbada en una cama. Y, luego, el mejor día de su vida. Cuando el Chico de la Luna había aparecido en el camino azul. Pero lo había escrito con su alfabeto secreto. A nadie le importaba qué día había sido el mejor.

Algún día también haría una lista de los diez peores días de su vida. El día en que pisó la mina y Maria murió estaría en el primer puesto, sin duda. Y, luego, el día en que se despertó en el hospital con terribles dolores y se dio cuenta de que no tenía piernas.

Había mucho donde escoger cuando se trataba de la lista mala.

Podía ser casi infinita.

Sofia leía y calculaba.

Varias veces oyó a Rosa reírse en el cobertizo de la cocina. Cada vez, algo caliente la recorría por dentro.

De repente, Rosa se presentó en la puerta.

Tenía un paquete en la mano. Algo que estaba envuelto en papel azul.

—Para ti —dijo.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿Quién te lo ha dado?

—Una chica que entró en el jardín. Dijo que era para ti. Ropa para arreglar.

—¿Cómo se llamaba?

—Fransina.

—¿Qué más?

—No lo ha dicho.

—Entonces, ¿cómo voy a saber para quién es?

—Dijo que lo sabías.

Sorprendida, Sofia dejó a un lado los libros y abrió el paquete. Y se quedó sentada. Inmóvil. Rosa la miró.

—¿Qué es?

—Nada —dijo Sofia—. Ve a mirar que Alfredo no se escape.

Rosa salió.

Sofia miró la ropa del paquete. No se creía que fuera verdad. Después cogió el jersey que estaba encima del todo y se lo llevó a la cara.

Olía a canela.

17

Por la noche Sofia no pudo dormir.

Pero ahora no era porque estuviera intranquila. Esta vez eran la alegría y la expectación las que la mantenían despierta. Durante las largas horas en las que inútilmente intentaba dormirse, a veces ocurría que se avergonzaba. No debería sentirse contenta ahora que Rosa estaba enferma y que quizá un día no estuviera ya allí.

Pero no lo podía evitar.

El paquete con la ropa que olía a canela. El Chico de la Luna había vuelto. Al menos le había enviado un mensaje. Caviló sobre quién era realmente, pero no pudo resolver el enigma. Aunque, a pesar de todo, lo más importante era que no había sido solo un sueño. Él estaba en algún lugar. Y le había enviado un paquete con ropa que quería que ella le arreglara. Eso significaba que iría a buscarla un día. O que enviaría a la chica que se llamaba Fransina. Ella le diría quién era el chico.

Sofia había revisado la ropa del paquete.

Jerséis, dos camisas y un par de pantalones con agujeros en una de las rodillas. No era muy difícil arreglar lo que estaba roto. Si hubiese tenido hilo en casa habría empezado aquella misma noche. Pero el último que tenía se había acabado después de coserle las camisas al señor Temba.

Estuvo dando vueltas en la cama, hora tras hora, sin poder dormir.

Había dejado de llover. Las ranas y los saltamontes croaban y chirriaban fuera en la oscuridad. Un pájaro nocturno pasó volando y graznando. Después se hizo el silencio otra vez. Al final, Sofia ya no quería seguir dando vueltas en la oscuridad. Se incorporó, se sujetó las piernas, se puso un vestido y salió de la habitación.

Lydia roncaba.

Sofia se rio por dentro: no había nadie que roncara como Lydia. Abrió la puerta con cuidado y salió. El patio estaba pegajoso y resbaladizo. Se alejó tan solo unos pasos de la choza, vigilando en dónde ponía los pies. La manta de nubes se había abierto. La luna no estaba en absoluto llena. Pero lo suficiente como para que la luz azul brillara en la noche.

Sofia miró hacia el camino.

Estaba vacío. Pero tampoco había esperado que él estuviera allí. Le había enviado un paquete. Un día iría a recoger la ropa. Aunque no fuera en persona, Sofia descubriría quién era.

Primero le había puesto de nombre Sergio.

Y luego Zé. Se preguntaba cómo se llamaría en realidad.

Lydia había dejado de roncar.

La puerta se abrió. Lydia apareció como una sombra azul con una tela enrollada al cuerpo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—No podía dormir.

—He tenido un sueño muy raro —dijo Lydia—. Todo era tan confuso. He soñado que llegaba a la *machamba* una mañana y que había un montón de monos sentados mordisqueando mis hortalizas. Cuando intentaba ahuyentarlos, de repente les salían alas y se iban volando. A veces me pregunto de dónde salen todos estos sueños locos.

Lydia bostezó.

Después miró a Sofia. Al principio pensativa, luego con una sonrisa.

—Casi parece que estés enamorada —dijo—. ¿Puede ser? Si es así, eso explica por qué no puedes dormir. A veces, yo tampoco podía cuando tenía tu edad.

Sofia no respondió. Lydia repitió la pregunta.

—¿Estás enamorada o no?

—No.

—Yo pensaré lo que quiera. Pero no voy a preguntar nada más. Si no quieres, no lo cuentes.

Lydia bostezó otra vez.

Después estalló en carcajadas.

—Recuerdo cuando tenía tu edad —dijo—. Y justo acababa de conocer al que sería tu padre. Entonces yo tampoco podía dormir por las noches.

Sofia hubiera preferido estar a solas con sus pensamientos.

Casi se irritó cuando salió Lydia. Pero ahora que comenzaba a hablarle de su padre, se despertó su interés.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—¿Qué?

—Cuando conociste a mi padre.

—Tenía la misma edad que tú. No se puede decir que fuera especialmente guapo. Además, siempre le entraba hipo cuando se ponía nervioso.

—¿Hipo?

—Como los viejos cuando han bebido demasiado. O sea que no se puede decir que fuera un príncipe azul. Pero me gustaba de todos modos. Desde el principio.

—¿Por qué?

—Era bueno. Y nunca tuve que preocuparme de que yo no le gustara. Era lo más importante. Y su padre tenía algunas vacas y bueyes. O sea que no era muy pobre.

Nada de lo que Lydia le estaba contando lo había oído antes Sofia.

Tampoco se habría imaginado nunca que Lydia hubiera sido una vez igual de joven que ella.

—Cuando tenías nuestra edad, ¿a quién te parecías más? —le preguntó—. ¿A mí, a Rosa o a Maria?

Lydia lo pensó un momento antes de contestar.

—Supongo que Maria y tú os parecéis más a vuestro padre —dijo—. Rosa y yo tenemos la misma cara.

—Entonces, de joven debiste de ser guapa.

Lydia clavó la mirada en Sofia.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No crees que todavía sea guapa?

—No quería decir eso.

Lydia se rio.

—Entiendo lo que quieres decir. El tiempo pasa tan deprisa, la vida sale corriendo y de repente estás a punto de agotarte. Pero recuerdo cuando conocí a tu padre. La primera época. Entonces yo tampoco podía dormir por las noches.

Sofia miró a Lydia a la luz de la luna.

Era como si viera a su madre de manera diferente. En algún lugar, detrás de todas las arrugas y todo el trabajo duro, estaban las huellas de alguien que una vez había sido muy joven.

—Fue la mejor época de mi vida —dijo—. Aparte de cuando nacieron mis hijos. Ser joven y estar enamorada. Entonces la vida es un regalo fantástico.

Sofia quería saber más de su padre.

Pero Lydia negó con la cabeza. Tenía que irse a dormir si quería aguantar el largo día que le esperaba en la *machamba*. Además, iba a acompañar a Rosa al *curandeiro* Nombora. Sofia todavía no sabía qué opinar al respecto. Pero a la vez no importaba lo que ella pensara. De todos modos iba a hacerse lo que Rosa y Lydia desearan.

Lydia fue a acostarse.

Enseguida se puso a roncar otra vez. Sofia pensó que debía acordarse de apuntar en el cuaderno lo que Lydia le había contado sobre su padre. Pero también lo que había dicho de estar enamorada: «Entonces la vida es un regalo fantástico».

Al día siguiente escribió en su diario:

Anoche no podía dormir. Salí. Ranas. Vino Lydia. Habló de papá. Cosas que yo no sabía. Si me miro en el trozo de espejo puedo ver su cara. Lo dijo Lydia. Me parezco a él. Maria también. Luego Lydia explicó que cuando estás enamorada la vida es un regalo fantástico. Pero no dijo de dónde venía ese regalo. Otro enigma del que buscaré la respuesta entre las llamas.

Sofia avanzó con cuidado por el patio.

Se sentó en cuclillas e hizo pis.

Había aprendido a apoyarse en las muletas y dejar una pierna estirada para no caerse. Después se impulsaba para levantarse. Sofia tenía los brazos fuertes.

Continuó hasta el camino.

«En algún punto empieza un camino», pensó. «Y en algún punto termina. Las personas que construyen caminos deben de ser felices. Pueden ver lo que hay detrás de todas las montañas».

Después se sobresaltó.

Se quedó rígida. Delante, a tan solo un metro de sus pies, había una serpiente. Al principio pensó que era una rama. Pero enseguida vio lo que era. Una serpiente. Y estaba viva. Contuvo la respiración. Sabía que las serpientes no veían demasiado bien. Por eso había que estar totalmente quieto si tenías una cerca. Pero era más fácil saber lo que se debía hacer que hacerlo. Sofia solo quería dar un salto hacia atrás y luego alejarse corriendo.

La serpiente no se movía.

Era negra, de casi dos metros de largo. Sofia comprendió que era una cobra. Podían matar a una persona con su picadura. Sofia tenía miedo. Pero se obligó a permanecer inmóvil. Si se movía, la podía picar con la velocidad de un rayo.

¿Qué podía hacer?

No lo sabía. Solo quedarse quieta y esperar a que la serpiente se deslizara lejos de allí.

Ahora se estaba moviendo.

Sofia esperaba que no oyera lo rápido que le latía el corazón. Después se detuvo otra vez. De repente Sofia vio que la serpiente formaba una figura. Una letra. La letra «N».

«Nombora», pensó.

«La serpiente ha reptado hasta aquí para decirme que Nombora está esperando».

En realidad no quería creer que las personas, ni siquiera si se trataba de hechiceros, pudieran tener serpientes como mensajeros. Pero tampoco estaba del todo segura. La serpiente volvió a moverse. Esta vez se arrastró hasta desaparecer en la hierba que había junto al camino. Sofia respiró hondo.

«Nombora está esperando a Rosa», pensó.

«Tiene que ser eso».

A la mañana siguiente Alfredo estaba enfermo.

Le dolía la barriga. Lydia se quedó en casa en lugar de ir a la *machamba*.

—Tendrás que ir con Rosa a ver a Nombora —dijo.

Sofia no había dicho nada de la serpiente con la que se había topado la noche pasada.

¿Acaso Nombora había hecho enfermar a Alfredo para que Lydia no pudiera ir? Sofia no lo sabía.

Poco después de las diez, Rosa y Sofia se fueron.

El cielo estaba despejado.

A Sofia le preocupaba el encuentro con Nombora.

18

El diario de Sofia. (Entonces todavía no sabía que sería ella la que acompañaría a Rosa a ver a Nombora).

Escribo esto por la mañana antes de que Rosa se haya despertado. Esta mañana el gallo de la señora Mukulela no ha cantado. ¿O estaba tan dormida que no me he despertado? No lo sé. Quizá el señor Temba ha cumplido sus deseos y se ha cargado el gallo. Lo voy a echar de menos. ¡Qué raro que se pueda echar en falta algo que siempre te ha irritado! Cuando me he despertado me sentía triste y alegre a la vez. Sé que he soñado con algo esta noche, pero no lo recuerdo. Lo primero en lo que he pensado ha sido en la serpiente. A lo mejor he soñado con ella. Debería contar que la vi, al menos a Lydia. Pero solo me preguntará qué estaba haciendo en el camino. Es mejor que no le diga nada. Dejo de escribir. Hoy es uno de esos días en los que no tengo nada en absoluto que contarme a mí misma.

Hacía calor y humedad.

Rosa y Sofia marchaban por el camino que llevaba al poblado en el que vivía el señor Nombora. Ambas sudaban. Sofia comprobó que el dinero que llevaba para darle al señor Nombora estaba bien escondido dentro de su blusa.

Costaba trabajo caminar junto a Rosa.

Cambiaba de ritmo constantemente. Unas veces, casi corría, otras, sus pasos eran cortos y lentos. Pero Sofia no decía nada. Comprendía que Rosa estuviera preocupada por la cita con el señor Nombora. Con los hechiceros nunca se sabía. Podían ser amables. Pero también podían gruñir y gritar. A veces podían darles bofetadas a las personas enfermas para que se curaran.

De repente Rosa se detuvo y se secó el sudor de la frente.

—¿Qué hacíais tú y Lydia anoche? —preguntó.

—¿Nos oíste?

—Me desperté. Estabais hablando en el patio.

—Tuve que salir a hacer pis. Estuvimos allí unos minutos mirando la luna.

—¿Hablabais de mí?

La pregunta fue rápida y contundente. Rosa bufó cuando la hizo. No pasaba casi nunca.

—¿Por qué íbamos a haber hablado de ti?

—Porque susurrabais.

—No susurrábamos. Solo lo parecía porque estábamos fuera.

Rosa siguió bufando.

—¿Qué dijisteis de mí?

Sofia era totalmente sincera.

—No hablamos de ti.

—Hablabais de mí. De que voy a morir. Pero estáis equivocadas. No voy a morir. Voy a vivir más que cualquiera de vosotras. El señor Nombora me va a curar. Lo pone en su cartel.

Sofia se quedó estupefacta con la rabia de Rosa.

Tardó un rato en comprender que Rosa no solo estaba desesperada. Realmente, lo que decía lo decía en serio. Creía que el señor Nombora la iba a curar.

Luego Sofia dijo algo de lo que se arrepintió.

—¿Por qué te tienes que enfadar tanto?

Rosa se le acercó.

—Si tú estuvieras enferma como yo, ¿no te enfadarías?

Sofia deseó no haber formulado nunca esa pregunta.

Pero no le dio tiempo a decir nada. Rosa le dio un empujón para que cayera al suelo. Después le cogió las muletas y las lanzó tan lejos como pudo.

—¡Al menos estoy contenta de no ser como tú! —gritó—. Que te tienes que arrastrar si no tienes las muletas debajo de los brazos.

Sofia se quedó paralizada.

Nunca antes había ocurrido que Rosa le pegara. No la había empujado, había sido realmente un golpe. Se habían peleado más veces anteriormente. Pero nunca de esta manera.

Sofia comprendió que Rosa la odiaba.

Justo en ese momento, cuando le tiró las muletas lo más lejos que pudo, era odio lo que sentía. No lo había entendido hasta ahora. Rosa tenía tanto miedo a morir que necesitaba encontrar a alguien a quien odiar. Alguien que siguiera vivo cuando ella ya no estuviera.

Rosa estaba de pie mirando a Sofia en el suelo.

«Ahora yo soy la serpiente», pensó Sofia. «La serpiente que Rosa acaba de intentar matar».

Rosa se dio la vuelta y empezó a caminar.

Sofia cruzó el sendero a rastras, avanzando por entre la hierba, hasta donde había caído una de las muletas. Entonces se pudo poner de pie y buscar la otra.

El camino estaba vacío.

Rosa había desaparecido detrás de una cuesta. Sofia se preguntaba qué debía hacer. ¿Quedarse o seguirla? Todavía estaba compungida por lo que acababa de pasar. Pero Lydia le había pedido que la acompañara a ver a Nombora. Además, era Sofia la que llevaba el dinero.

Comenzó a caminar.

Al llegar a lo alto de la cuesta vio a Rosa. Estaba sentada en la parte de abajo, sobre una piedra, con la cabeza apoyada en las manos y meciéndose adelante y atrás. A Sofia le brotaron lágrimas de los ojos. «Una persona que está tan enferma como Rosa, también está sola», pensó. «No ayuda que Lydia y yo estemos aquí. O Alfredo y Faustino. Rosa está sola igualmente».

Era importante saberlo.

Cuando vas a morir estás solo. Debía recordarlo y anotarlo en su diario.

Se acercó a Rosa.

—No digas nada —dijo Sofia—. No hace falta.

—No sé por qué lo he hecho.

—Cuando descubrí que no tenía piernas le aticé a una de las enfermeras.

Después Sofia avisó a Rosa.

Si no se daban prisa, a lo mejor el señor Nombora no la recibiría.

El señor Nombora vivía en una choza que estaba rodeada de una valla alta y amenazadora. Estaba hecha de planchas metálicas y enredaderas con pinchos. En lo alto del portón había un cráneo de mono.

Cuando entraron en el patio, Sofia notó que Rosa le agarraba la mano. Todo estaba quieto y en calma allí dentro. Aun así se percibía cierta tensión, como si hubiesen entrado en otro mundo. Algunas mujeres estaban machacando maíz con un gran mortero de madera, había críos correteando y jugando.

A la sombra de un árbol, sentado en un taburete alto, estaba el señor Nombora.

Se puso de pie lentamente cuando las vio. De pronto todo se detuvo. Los críos ya no jugaban y las mujeres dejaron de machacar el maíz. El señor Nombora era alto y fuerte. Tenía unos ojos rojos que parecían atravesar a la gente. Señaló una alfombra de color rojo oscuro y con flecos extendida sobre el suelo. Rosa se sentó. Un hombre más joven llegó corriendo con el taburete. Nombora se despatarró sobre él con su cuerpo pesado. Se ató algunos penachos en la cabeza. En la mano tenía un bastón con pelo de animal.

Después comenzó a hablar entre dientes.

Al mismo tiempo mecía su cuerpo. De repente, señaló a Sofia, que ya había sacado el dinero que llevaba consigo. Sin ver cuánto había, lo cogió y se lo metió debajo de la camisa. En algún lugar comenzó de pronto a retumbar un tambor. Una mujer que llevaba una peluca de color amarillo pálido atada con una cinta a la cabeza comenzó a bailar. Los pies repicaban contra el suelo.

Estuvieron así casi media hora antes de que el señor Nombora de repente se pusiera a caminar a cuatro patas por la alfombra. Murmuraba todo el rato. Sus palabras eran incomprensibles. A veces era como si las bufara. Todo el tiempo le soplaba aire a Rosa. Sofia sabía lo que estaba pasando. El señor Nombora estaba expulsando los malos espíritus

que se escondían en el cuerpo de Rosa. Era eso lo que la hacía estar enferma. Nada de bacterias, nada de virus. El señor Nombora soplaba y escupía, murmuraba y daba golpes a su alrededor con los brazos, como si hubiese malos espíritus por todas partes en el aire.

Rosa estaba completamente quieta.

Tenía los ojos cerrados. Sofia se imaginaba lo que estaba pensando. *Deja que sea verdad que el señor Nombora me puede curar*. Ya no había solo un tambor, retumbaban por todos lados, y alrededor de la alfombra había mujeres bailando, pisando y pataleando.

Luego se acabó.

El señor Nombora se sentó en el taburete otra vez, le dio unos tragos a una botella marrón e hizo muecas.

—Tienes muchos malos espíritus en el cuerpo —dijo—. Ahora los he echado. Pero no sé si he podido con todos. Si no te sientes mejor tendrás que volver otra vez.

De pronto todo estaba como antes.

Las mujeres siguieron machacando el maíz y los niños empezaron a jugar de nuevo.

Rosa y Sofia salieron por el portón.

—¿Notas algo? —preguntó Sofia.

—No lo sé.

Continuaron en silencio.

Sofia se preguntaba qué pensaba realmente de lo que había pasado. ¿Malos espíritus? ¿De verdad existían? ¿Eran las enfermedades algo a lo que algunas personas exponían a otras por pura maldad? Le costaba creerlo. Pero era mejor no decir nada. Ni a Rosa ni a Lydia. Las dos creían que era así. Y Sofia tampoco lo podía saber. Quizá fuera cierto. Quizá no. Pero podía desearlo. Siempre que Rosa se pusiera bien, podía aceptar que hubiera malos espíritus.

Anduvieron el largo camino hasta casa.

Sofia notaba que le empezaba a doler donde las prótesis se sujetaban a lo que le quedaba de piernas. El dolor siempre aparecía cuando caminaba mucho. «Pero me libro de las ampollas en los pies», pensó. «Al menos hay algo bueno en no tener piernas».

Sofia decidió irse a dormir temprano aquella noche.

Estaba cansada. Al día siguiente tenía que pensar en la escuela. Pero nada sucedió como había esperado.

Cuando llegaron a casa se encontraron a Lydia alterada y hablando más rápido de lo normal. El señor Bastardo había llegado en su gran coche y le había gritado que ahora la tierra era suya y que mandaría a la policía contra ella y las demás mujeres si no se iban.

Lydia estaba desesperada.

—No puede hacerlo —dijo—. ¿De qué vamos a vivir?

Ni Rosa ni Sofia tenían respuesta para eso.

Esa noche, Sofia tampoco pudo dormir muchas horas.

Era como si lo difícil nunca tuviera fin.

19

Sofia tampoco fue a la escuela al día siguiente.

Empezó a preocuparse por lo que diría la profesora Adelina. Pero Lydia le había pedido que se quedara en casa.

—Tú hablas tan bien —dijo—. Quiero que me acompañes mañana a la *machamba*. Si el señor Bastardo ha hablado con todas las mujeres que tienen tierras habrá muchas que estén irritadas. Tienes que ayudarnos.

«Soy demasiado pequeña», pensó Sofia.

«Además, no tengo piernas. Los problemas de Lydia son demasiado grandes para mí. Rosa está enferma. Y yo quiero ir a la escuela. ¿Por qué no hay nadie más que pueda ayudar a Lydia?».

Aquella noche estuvieron despiertas hablando hasta muy tarde.

Rosa también estaba. Le contó a Lydia lo que había pasado en casa del señor Nombora.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Lydia.

—Creo que sí.

Sofia se preguntaba si era verdad. Pero no dijo nada.

Después hablaron del señor Bastardo.

Lydia no sabía nada de él. Pero corría el rumor de que era un hombre de negocios de la capital, muy rico. Lydia volvía siempre al mismo asunto.

—¿Por qué no nos puede dejar tener en paz nuestros pequeños huertos? ¿De qué vamos a vivir si nos los quita?

Sofia propuso que Lydia fuera a hablar con el jefe del poblado. Lydia dijo que era muy pronto. Además, no debía ir allí sola. Las otras mujeres también tenían que ir.

—¿De verdad se le puede quitar la tierra a la gente así como así? —preguntó Sofia.

—¿A quién le importa lo que nosotras digamos? Nosotras, que somos pobres —era la pregunta con la que respondía Lydia.

Rosa se fue a dormir.

—¿Tú qué crees? —preguntó Lydia casi suplicante cuando Rosa se hubo metido en la choza—. ¿Verdad que ha sido bueno que fuera a ver al señor Nombora?

—Esperemos que sí —contestó Sofia esquiva.

Rosa estaba cansada cuando se fue a dormir.

«Demasiado cansada», pensó Sofia. El frío en el estómago había vuelto.

El fuego se consumía poco a poco.

Lydia se metió en su habitación. Sofia se quedó junto al fuego, sopló las brasas para que crecieran las llamas otra vez. Buscaba en el fuego respuestas a todas las preguntas enigmáticas que se le habían juntado en la cabeza. ¿Por qué tenía Rosa que haber enfermado? ¿Por qué le pasaba a los pobres y no a los demás?

Pero el fuego no daba ninguna respuesta.

El fuego estaba mudo. Al final, el fuego también se quedó dormido, pasó a convertirse en brasas que se extinguían poco a poco.

Sofia se desnudó y se metió en la cama.

Rosa dormía en el suelo, a su lado. Sofia notó que respiraba intranquila. Encendió la vela de estearina y sacó el cuaderno y el lápiz que tenía debajo del cojín. Pero estaba demasiado cansada para escribir. En lugar de eso intentó hacer un dibujo. El lápiz casi se deslizaba solo sobre el papel.

Después vio que había intentado retratar a Lydia.

Pero no había salido bien. Lydia parecía un animal. Los ojos eran finos como rayas, la frente demasiado alta.

Sofia suspiró, guardó el cuaderno y apagó la vela.

Pero no podía dormir.

Los pensamientos revoloteaban, no la dejaban reposar. Rosa, Bastardo, Nombora. De aquí para allá. Todo estaba dentro de su cabeza. Intentó pensar en otra cosa. En el chico que un día iría a buscar la ropa que le había enviado para que se la arreglara. Pero no conseguía mantener los pensamientos. Enseguida aparecía el señor Bastardo molestando. Y, si no, era Rosa, a la que se le caía la azada. Rosa gimoteó en sueños. Sofia se preguntó qué estaría soñando. Y pensó en lo que había pasado aquel día. Que Rosa la había tirado al suelo y le había apartado las muletas. El recuerdo le escocía. Cuando pensó en ello se enfadó. ¿No había límites para lo que se podía permitir a una persona? Aunque padeciera una grave enfermedad uno no se podía comportar de cualquier manera. ¿O sí?

Sofia continuó moviéndose y dando vueltas en la cama.

Cuando el gallo de la señora Mukulela se puso a cantar se estaba quedando dormida. De modo que el señor Temba no se había cargado al gallo. Se acurrucó en la cama y se obligó a dormir. Pero al instante volvían todos los pensamientos alarmantes y la arrancaban del sueño.

Aquella mañana acompañó a Lydia a la *machamba*.

Rosa se quejó de dolor de barriga. Pero prometió que, de todos modos, vigilaría a Alfredo y a Faustino mientras Lydia y Sofia estuvieran fuera.

Los campos estaban dispuestos como pequeños cuadrados sobre un llano situado

ligeramente al sur del poblado.

Cuando Lydia y Sofia llegaron, ya había un grupo de mujeres sentado en el suelo junto al pozo que surtía de agua a todos los campos. Había incluso algunos hombres. Sofia conocía a la mayoría de las mujeres. Se reían a menudo, aunque estuvieran enfadadas o preocupadas.

Sofia no se había topado con muchas personas ricas e importantes a lo largo de su vida.

Aunque con las suficientes para preguntarse por qué las que eran pobres se reían mucho más que las que eran ricas. ¿Había que estar enfadado por tener un gran coche, una gran casa y mucho dinero? Era otro enigma que lanzaría al fuego para ver si obtenía alguna respuesta.

Los allí reunidos estaban nerviosos.

El señor Bastardo había estado dando vueltas en su gran coche y había amenazado a todos de la misma manera. Si no se marchaban les enviaría a la policía. Aseguraba que había comprado el terreno y que iba a empezar a utilizarlo. Sin embargo, nadie sabía para qué. Una de las mujeres había oído que también había comprado el terreno que estaba más allá de los campos. Allí la tierra era mala y no servía para cultivar.

Sofia escuchó la conversación.

Se hicieron muchas propuestas.

Pero al final todos se pusieron de acuerdo en que irían juntos a hablar con el jefe del poblado, que se llamaba Ngonga, para exigirle que impidiera que el señor Bastardo les robara la tierra.

—El señor Ngonga también come de las hortalizas que nosotras cultivamos aquí —dijo una de las mujeres, que tenía una voz estridente y potente.

Después se inició una discusión sobre si se podía confiar en el señor Ngonga o no. Quizá el señor Bastardo le había dado dinero para que no protestara por la tierra robada. Cosas así ya habían pasado antes. Pero muchas de las mujeres, entre ellas Lydia, sostenían que el señor Ngonga era un buen hombre que nunca haría nada similar. Y, además, ¿cómo podía haber comprado el señor Bastardo una tierra de la que las mujeres tenían papeles? ¿Quién podía haber vendido tierras de otro? Las insinuaciones sobre quién lo podría haber hecho volaban por todas partes.

Sofia escuchaba.

Había dejado de pensar en la escuela. Este era otro tipo de escuela, escuchar cómo discutían las mujeres. Aunque fueran pobres, de tontas no tenían nada. Sofia pensaba que casi nunca, o nunca antes, había oído tantas ideas inteligentes. En general, hablaban más las mujeres. Los hombres permanecían callados. Solo de vez en cuando alguno de ellos hacía un comentario. «La tierra y los campos eran territorio de las mujeres», pensó Sofia. «Es de su trabajo del que incluso los hombres sacan la comida».

De repente la conversación cesó.

Una mujer pequeña y delgada que se llamaba Rut miró a Sofia.

—Tú vas a la escuela —dijo—. Tú sabes leer y escribir. Casi ninguna de nosotras sabe. ¿Qué crees que debemos hacer?

Sofia meneó esquiva la cabeza.

—No tengo nada que decir —contestó.

Lydia se disgustó.

—Algo podrás decir, ¿no? Si no, ¿para qué vas a la escuela?

Sofia se enfadó. Pero no lo mostró. A veces, Lydia podía decir cosas malas que en realidad no pensaba.

—Opino que hacéis lo correcto. Hablad con el señor Ngonga. Si quiere tener comida mañana tendrá que impedir que el señor Bastardo robe la tierra.

—En caso contrario, tendremos que defenderla —dijo una de las mujeres, que había estado callada hasta entonces—. Tendremos que venir aquí por la noche. Si no, a lo mejor aparece con máquinas grandes y destroza todo lo que hemos sembrado.

Sofia se unió al desfile de mujeres y hombres que se dirigía a la casa del señor Ngonga. Las piernas le escocían y le dolían. Le suponía un esfuerzo tan grande hacer el largo camino que comenzó a sangrar por la nariz. Se arrancó dos trozos de la *capulana*[*] y se los metió en la nariz.

Se detuvieron delante de la casa del señor Ngonga.

El señor Ngonga les había oído llegar, porque iban cantando.

Queremos quedarnos con nuestra tierra,
de qué vamos a vivir si no,
el señor Bastardo viene en su gran coche,
queremos quedarnos con nuestra tierra…

Una y otra vez, la misma estrofa.

Lydia y algunas mujeres más empujaron a Sofia delante del todo. ¿Tenía que hablar ella? No se lo esperaba. Además, parecía estúpido. ¿De verdad iba a escuchar en serio el señor Ngonga a una chica que llevaba dos trozos de tela metidos en los agujeros de la nariz?

—Que hable otra —pidió Sofia.

—Tú eres la que mejor lo hace —dijo una de las mujeres, que se llamaba Joana.

Sofia se apoyó en las muletas.

El señor Ngonga la miraba amablemente.

—Sofia —dijo—. Sofia Alface Fumo. Has crecido desde la última vez que te vi. ¿Qué queréis? Os he oído cantar sobre alguien que se llama señor Bastardo. Y sobre vuestra tierra.

Sofia se lo explicó.

El señor Ngonga escuchaba en silencio. Sofia oía cómo las mujeres cuchicheaban y mascullaban animándola a su espalda.

Sofia se calló.

El señor Ngonga se rascó la calva coronilla.

—Nadie os quitará vuestra tierra —dijo—. Voy a averiguar quién es el señor Bastardo y cómo es que asegura haber comprado el terreno. Os prometo que nadie os va a quitar vuestra tierra.

Las palabras del señor Ngonga fueron recibidas con júbilo por parte de las mujeres.

Algunas empezaron a bailar delante de él.

—Ya te dije que hablas bien —dijo Lydia con orgullo.

—Lo que he dicho lo podías haber dicho tú también —contestó Sofia—. Probablemente, mucho mejor.

Las mujeres regresaron a sus *machambas*.

Sofia se fue a casa. Ya era tarde. Estaba cansada. Pero la nariz le había dejado de sangrar.

Cuando Sofia llegó a casa, Alfredo estaba sentado dibujando en la arena. A su lado, sobre un trozo de tela, estaba Faustino durmiendo.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó Sofia sorprendida.

Alfredo señaló la choza.

Sofia entró.

Sobre el suelo, al lado de la cama, yacía Rosa tumbada y mirando a Sofia con ojos asustados. Sofia le tocó la frente. Estaba caliente. Además descubrió que tenía una herida junto a la oreja.

El frío en el estómago de Sofia volvió al instante.

La visita al señor Nombora no había servido.

Rosa estaba más enferma de lo que nunca había estado.

20

El diario de Sofia, dos noches más tarde:

Ahora Rosa está enferma. Muy enferma. Ya no tiene fuerzas para levantarse de la cama. He intentado convencerla de que se tumbe en mi cama. Pero no quiere. Es como si se sintiera más en casa en el suelo. Lydia y yo nos tenemos que turnar para ayudarla cuando tiene que hacer pis u otra cosa. (Que además tiene que hacer a menudo, ya que está mal de la barriga). No quiere comer. Cuando la lavé porque estaba muy sudada, descubrí que tenía heridas por todo el cuerpo. Le pregunté por qué no nos lo había dicho. Dijo que no quiso hacerlo. Quizá porque le daba vergüenza. ¿Qué podría haber hecho? No sé responder a eso. Rosa empieza a comprender que a lo mejor va a morir. No dice nada. Pero se lo noto. Está ahí ya, la muerte, como una mancha dentro de sus ojos. Lydia está desesperada. Yo también. Pero como Lydia tiene tantas cosas en las que pensar relacionadas con el señor Bastardo, soy yo la que se ocupa de Rosa. Hoy he ido a la escuela para hablar con la profesora Adelina. Le he contado cómo están las cosas. Se ha puesto triste. Pero le he dicho que volvería en cuanto pudiera. ¿Cuándo será eso? No me atrevo a pensar en ello. ¿Significa que no podré ir a la escuela hasta que Rosa haya muerto? Nunca me he sentido tan sola como ahora. Ni siquiera cuando estuve en el hospital y comprendí que había perdido mis dos piernas y que Maria había muerto. Rosa, simplemente, no puede morir. Ni Lydia tampoco. ¿No hay nadie que la pueda ayudar?

Después de hablar con la profesora Adelina, Sofia fue al ambulatorio. Como de costumbre, la enfermera estaba sentada a su mesa espantando moscas. Justo se disponía a cerrar. Todos los enfermos que se amontonaban allí por la mañana ya se habían ido.

—¿Se ha marchado el doctor Nkeka? —preguntó Sofia.

—Hoy ya no visita a más pacientes.

—No estoy enferma. Solo le quiero preguntar una cosa.

La enfermera la observó un momento.

—Tú eres la que tiene una hermana enferma —dijo—. ¿No es así?

—Sí.

La enfermera se levantó y llamó a la puerta.

El doctor Nkeka salió. Se había quitado la bata blanca de médico. Cuando vio a Sofia le hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

Sofia se sentó y pensó que fue justo en aquella silla donde Rosa se enteró de que tenía la grave enfermedad.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó el doctor Nkeka.

Sofia no quería.

Pero no pudo evitarlo. Comenzó a llorar. El doctor Nkeka se quedó callado mirándola. Después le dio un pañuelo de papel. Se secó los ojos.

—Deduzco que ya se ha puesto muy enferma —dijo el doctor Nkeka.

—Ya no puede levantarse —dijo Sofia—. Tiene heridas por todo el cuerpo. Y tiene mal el vientre. —El doctor Nkeka asintió con la cabeza. No pareció sorprenderse—. ¿No hay nada que se pueda hacer?

Era por esta sencilla pregunta por lo que Sofia había ido allí.

—No —dijo el doctor Nkeka—. Te hablo como a una adulta. Ya que eres adulta. Sí, tú que sabes lo que es perder las dos piernas, te has hecho adulta rápidamente. De modo que te lo puedo decir tal cual. No quiero darte falsas esperanzas. No hay nada que hacer. La enfermedad ya se ha declarado en tu hermana. Es por eso que está mal de la barriga, es por eso que tiene todas esas heridas. Se puede mitigar su sufrimiento. Pero no se la puede curar. Es lo que hace que esta enfermedad sea terrible. No hay remedio. Lo único que se puede hacer es procurar no enfermar. Y supongo que sabes cómo ocurre. —Sofia lo sabía—. En este momento, mientras nosotros estamos aquí hablando durante un par de minutos, varios cientos de personas jóvenes se están contagiando —dijo el doctor Nkeka—. Cada día, en este país se contagian trescientas personas menores de veinte años. Pienso en ello constantemente. ¿Qué se puede hacer? La mayoría son pobres y no saben leer ni escribir. ¿Cómo se les puede decir que deben protegerse de esta enfermedad? A veces puedo sentir una gran desesperación.

El doctor Nkeka se calló.

Después suspiró y se levantó.

—Tengo que irme —dijo—. Antes de que se haga de noche tengo que ir a otro ambulatorio.

De un armario de la pared sacó dos tarros y se los enseñó a Sofia.

Uno contenía una pomada para las heridas. En el otro había unas pastillas que quizá podían mitigar los problemas de barriga de Rosa.

El doctor Nkeka cogió su maletín del suelo.

—¿Dónde vives? —preguntó. Sofia se lo explicó—. ¿De verdad caminas todo eso cada día?

El doctor Nkeka la miró asombrado.

—Si no, no puedo ir a la escuela —dijo Sofia.

Salieron del ambulatorio.

La enfermera se había ido. El doctor Nkeka saludó al anciano que vigilaba el edificio.

—Te puedo llevar a casa —dijo el doctor Nkeka.

Había un coche viejo en el patio.

Le faltaba uno de los faros. La ventana de atrás estaba tapada con cartón.

—Muchos creen que los médicos son ricos —dijo el doctor Nkeka—. Y claro que lo puedes llegar a ser si dedicas tu tiempo a personas con mucho dinero. Pero si trabajas como

yo, en los ambulatorios rurales, te tienes que contentar con coches como este. Esperemos que arranque.

El doctor Nkeka se rio.

Sofia se sentó en el asiento de delante. Los muelles eran tan malos que casi acabó en el suelo. El doctor Nkeka giró la llave. El motor estaba viejo pero se puso en marcha. Sofia le explicó el camino. Arrancaron.

—Yo me he criado en el campo —dijo el doctor Nkeka—. Pero decidí hacerme médico. Nadie creyó que lo pudiera conseguir.

Sofia escuchaba con interés.

Tenía el mismo sueño que había tenido el doctor Nkeka una vez. Y él lo había logrado.

—¿Se puede ser médico si no se tienen piernas? —preguntó.

El doctor Nkeka la miró interrogante.

—Claro que se puede. ¿Estás pensando en ser médica?

Sofia no contestó. El doctor Nkeka tampoco preguntó nada más.

La llevó hasta casa.

Y también tuvo tiempo de entrar en la choza y ver a Rosa.

«Mientras no le diga que se está muriendo», pensó Sofia preocupada. Pero el doctor Nkeka no dijo nada. Miró las heridas de Rosa, le tocó la frente, le preguntó cómo se encontraba. Después, cuando se hubo marchado, Sofia pensó que había intentado animar a Rosa. Pero no le había dicho nada que no fuese verdad. No había entrado para darle falsas esperanzas.

Sofia arrastró la máquina de coser hasta el patio.

Luego empezó a arreglar la ropa que había en el paquete. Faustino se había despertado. Sofia se lo ató a la espalda. Se preguntó si algún día cargaría a la espalda a su propio hijo y no solo a un hermano.

A Alfredo le gustaba mirar mientras Sofia trabajaba con la máquina de coser. Con los ojos seguía la aguja que subía y bajaba. Empezaría arreglando el agujero de la rodilla del pantalón. Pero primero dejó que Alfredo oliera los pantalones.

—¿Notas lo que es? —le preguntó.

—Canela —contestó Alfredo, y sonrió.

—Así que no me lo estoy imaginando —se dijo Sofia a sí misma en voz baja—. Los pantalones pertenecen a aquel que me encontré en el camino a la luz de la luna.

Después recordó que se había quitado los pantalones. La idea la ruborizó y la excitó.

El señor Temba llegó caminando por el patio.

—He deducido que Rosa está enferma —dijo haciendo una reverencia—. Espero que no sea nada grave.

—Está muy enferma —contestó Sofia—. Pero no sé si es grave.

Lo último no era verdad.

Pero a Sofia le pareció que no podía decir la verdad.

El señor Temba era un hombre al que le encantaban los rumores. La señora Mukulela era igual. Además, si ahora ellos dos eran una pareja, todo lo que Sofia dijera sobre Rosa se habría difundido enseguida por todo el poblado.

—La señora Mukulela se ha mostrado muy amable desde hace un tiempo —dijo el señor Temba.

—Lo sé —dijo Sofia.

El señor Temba se sorprendió.

—¿Ha dicho algo la señora Mukulela?

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

—No tengo piernas —dijo Sofia—. Pero tengo ojos con los que puedo ver.

En realidad, no debería haber hablado al señor Temba como lo había hecho. Quizá había sido demasiado atrevida. Pero al mismo tiempo sabía que la apreciaba. Podían gastarse bromas el uno al otro.

—No es bueno para un hombre estar solo —dijo el señor Temba pensativo—. Pero tampoco es bueno para una mujer.

Después levantó su sombrero y se fue.

Sofia siguió cosiendo.

Cuando hubo terminado con los pantalones empezó con la camisa que estaba más estropeada. Todo el rato pensaba en lo que había dicho el doctor Nkeka. Rosa no se curaría. Iba a morir. A Sofia todavía le costaba creer que realmente fuera verdad. El frío en su estómago iba y venía. A veces se le saltaban las lágrimas. Pero hacía fuerza con los dientes y seguía cosiendo. Nada iba a mejorar por mucho que se tumbara en el suelo e hiciera solo lo que le apetecía. Gritar. Gritar. Gritar. «El fuego tiene que ayudarme», pensó. «¿Qué sentido tiene que Rosa muera? ¿Por qué vivimos en realidad? Tiene que haber una respuesta. Un enigma puede ser difícil. Pero tiene que tener solución».

Sofia siguió cosiendo.

Y se angustiaba por el regreso de Lydia a casa. Le tenía que contar lo que el doctor Nkeka le había dicho. Ya sabía que Lydia no aceptaría que no hubiese remedio. El señor Nombora no era el único *curandeiro*. Había otros. Lydia haría todo lo que estuviera en sus manos para que Rosa no muriera. Cualquier cosa.

Lydia venía a pie por el camino.

En la cabeza llevaba un gran manojo de ramas que utilizarían de leña. Sofia se estremeció. Ahora tenía que contárselo. «Pero ¿cómo dices algo que no puedes?», pensó. «¿Algo que no te atreves?».

Lydia bajó el manojo de ramas y estiró la espalda.

—Hemos decidido hacer guardias —dijo—. Cada noche. El señor Bastardo no nos

sorprenderá.

—Pero el señor Ngonga dijo que no debíais preocuparos.

—Los pobres siempre se tienen que preocupar —contestó Lydia—. No lo olvides nunca. Jamás.

Sofia lo prometió.

Lydia le quitó a Faustino de la espalda. Después empezó a encender el fuego. Sofia dobló la ropa que había arreglado y metió la máquina de coser dentro de casa otra vez. Rosa dormía. Su frente brillaba por el sudor. Se había quitado la manta. Su cuerpo estaba cubierto de heridas.

Sofia salió.

Lydia estaba machacando maíz.

—¿Dónde está Rosa? —preguntó.

Sofia respiró hondo.

Después lo soltó.

Rosa moriría pronto.

21

Sonó como un animal en peligro.

Sofia nunca había experimentado nada parecido, nada tan aterrador. Lydia aullaba. Salía de lo más profundo de su cuerpo y surgía después como un bramido de su boca. La señora Mukulela llegó corriendo para ver qué había ocurrido. Tuvo que arrastrar su gran cuerpo para llegar lo más rápido posible. El señor Temba, que estaba sentado delante de su choza con sus cestos, también se había levantado y se había metido en casa.

Sofia registraba con los ojos todo lo que sucedía.

Pronto el señor Temba saldría otra vez con el sombrero puesto en la cabeza. Sin él no iba nunca a ningún sitio. Aunque fuera la Muerte quien viniera a buscarlo, se disculparía e iría a buscar su sombrero antes de acompañarla.

Sofia lo veía todo y delante tenía a la aullante Lydia.

Sofia le había hablado sin tapujos. Rosa iba a morir. Como cada vez estaba más enferma, podía ocurrir deprisa. El doctor Nkeka no había dejado lugar a dudas. Incluso se había tomado la molestia de visitar a Rosa dentro de la choza y examinar sus heridas. Lydia, que hasta ahora había sido fuerte, que había creído que debía de haber algún remedio, se rindió de repente. Sofia no había contado con esa reacción. Había esperado que Lydia se asustara y se pusiera triste, y que a pesar de todo empezara enseguida a buscar soluciones. Pero se rindió.

Sofia pensó que nunca olvidaría cómo Lydia se había desplomado sobre el suelo, como si quisiera hundirse en la tierra y desaparecer. Era como si un dolor repentino le hubiese cortado el cuerpo entero y le hubiese arrebatado todas las fuerzas.

«Ese es el aspecto de una mujer que se da cuenta de que su hija va a morir», pensó Sofia. «Lydia ya ha pasado antes por ello. Pero, aun así, siempre es la primera vez».

—¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosa la señora Mukulela, al tiempo que le gritaba a unos chavales curiosos que se habían parado en el camino que desaparecieran de allí.

Lydia negó con la cabeza. No tenía fuerzas para hablar.

Sofia se lo explicó.

Ya había llegado también el señor Temba. Cuando se enteró de que Rosa estaba muy enferma y se iba a morir se quitó el sombrero.

—Me pregunto quién puede haberle metido malos espíritus a Rosa —dijo la señora Mukulela, que de pronto pareció asustada—. Una chica que nunca ha hecho ningún mal.

—No son malos espíritus —respondió Sofia—. Es una enfermedad.

—Todas las enfermedades están provocadas por malos espíritus —dijo la señora Mukulela, como si Sofia necesitara una reprimenda.

Sofia no dijo nada más.

Sabía que la señora Mukulela, al igual que la mayoría de los que vivían en el poblado, estaba convencida de que no había otra explicación para las enfermedades que la de que los malos espíritus habían tomado posesión de una persona.

—Es una noticia muy triste —dijo el señor Temba—. He oído hablar de esta enfermedad que no se ve y que no se oye pero que se mete dentro de las personas y les quita toda la energía.

Lydia estaba sentada, muda y decaída.

«Está como una niña perdida», pensó Sofia. «Y yo no puedo hacer nada».

La señora Mukulela había cocinado, ya que Lydia no tenía fuerzas para hacerlo.

El señor Temba también había comido allí junto al fuego. Sofia había intentado encontrar dentro de las llamas respuestas a sus preguntas, que cada vez eran más y más. Pero no podía concentrarse. Tenía que estar a solas con el fuego para conseguirlo.

Rosa dormía todo el rato.

Lydia estaba sentada a su lado y le embadurnaba el cuerpo con la pomada que el doctor Nkeka le había dado a Sofia. Sofia estaba en la puerta y la miraba en la penumbra. La vela de estearina ardía. El viento de la noche que entraba por las ventanas rotas hacía moverse las sombras en las paredes. Lydia susurraba y murmuraba mientras esparcía con cuidado la pomada sobre las numerosas heridas enrojecidas. Sofia no entendía ni una palabra, así que pensó que quizá Lydia estaba rezando sus oraciones. Oraciones a los dioses, que parecían no estar nunca cuando realmente se les necesitaba.

Un enigma más.

El enigma de los dioses.

Después, Lydia se quedó totalmente exhausta.

—Debería haber hecho guardia en el campo esta noche. Pero no me siento con fuerzas.

¿Era una sugerencia para que fuera ella en lugar de Lydia?

Sofia no estaba segura. Pero Lydia no dijo nada más. Guardó la pomada y después se tumbó sobre el suelo del otro cuarto, donde Alfredo y Faustino dormían ya.

Sofia se metió en la cama.

Estaba tan cansada, tan agotada, que se durmió al instante. Y fue entonces cuando el sueño salió a hurtadillas de los oscuros rincones de su cabeza. Durante los últimos años, Sofia había empezado a imaginarse su cabeza como un paisaje. En los sueños también podía

pasar de ser de día a ser de noche. A veces brillaba la luna, a veces se veían nítidas las estrellas, pero sobre el cielo de su sueño también podía haber un manto de nubes. En sus sueños podía llover. Podía pasar cualquier cosa. Sus recuerdos se escondían detrás de árboles y arbustos. Nunca podía saber por qué aparecían de golpe. En el paisaje del sueño todo era posible.

Todavía estaba oscuro cuando Sofia se despertó.

El gallo de la señora Mukulela aún no había empezado a cantar. Sofia escribió lo que había soñado.

Estoy de pie en un sendero. Es al atardecer. Voy de camino a algún sitio. Pero no sé a dónde. De pronto aparece un hombre delante de mí. A pesar de que lleva una máscara en la cara yo no me asusto. La máscara es de cuero. Está oscuro, pero puedo ver que es de color rojo, amarillo y negro. A los lados hay pelos blancos y grises. En la abertura de la boca se pueden ver dientes. Si pertenecen a la máscara o a la cara que hay debajo es algo que no puedo responder. Tampoco si la máscara es amenazante o amistosa. Luego comprendo que es la Muerte la que está ahí. A pesar de ello, no me asusto.

Después me he despertado. El hombre de la máscara había venido para llevarse a Rosa. Pero era muy pronto. Estaba dormida y respirando allí abajo en el suelo.

Sofia estiró la mano y le tocó la frente a Rosa.

Aún seguía caliente. Pero estaba viva. La mano de Sofia palpándole la cara la intranquilizaba. Empezó a delirar. Sofia trató de oír lo que decía. Era como si Rosa intentara liberarse de algo.

Sofia sintió una mano fría alrededor de su corazón.

«Rosa no lucha contra la muerte», pensó. «Rosa lucha contra el miedo. A morir. A no poder vivir una vida entera y larga».

Sofia tuvo que apretar las manos contra su boca para no gritar. Los enigmas. Los enigmas. ¿Por qué no había respuestas? ¿Por qué estaba el fuego tan callado? Si ni siquiera las llamas que ardían podían darle una respuesta, ¿quién podía entonces?

Rosa se calmó otra vez.

Sofia oyó cantar el gallo de la señora Mukulela. Casi sonaba triste en la oscuridad. «Quizá porque comprende que lo está haciendo mal», pensó Sofia. «Quizá porque comprende que las personas que se despiertan solo tienen ganas de matarlo».

Se ató las piernas, se levantó, se vistió y salió.

La oscuridad estaba caliente y húmeda. Miró hacia el camino. No había chico. No había nada. Todavía le apetecía gritar más que ninguna otra cosa. Reventar la oscuridad en pedazos con su voz. Pero se quedó callada. Permaneció inmóvil pensando que a lo mejor podía tener lugar un milagro. Que Rosa se levantara de pronto y estuviera sana otra vez. Que todo aquello solo fuese una pesadilla.

Poco a poco fue clareando.

Primero una débil, casi invisible, raya de luz gris. Y después el sol, que surgía rodando tras el horizonte. Los pájaros se despertaron primero, y a continuación las personas.

Lydia salió al patio.

Sofia vio que su ropa estaba rota. Se avergonzó de no haberla arreglado.

—Tenemos que llevar a Rosa a otro médico —dijo Lydia—. Claro que su enfermedad se puede curar.

Sofia oyó que estaba decidida.

Lydia no se rendía. Mientras hubiera vida en sus hijos nunca era demasiado tarde.

A pesar de que estaba cansada, Lydia se puso a Faustino a la espalda y desapareció por el camino. Como de costumbre, caminaba rápido, tenía prisa. Alfredo le preguntó a Sofia si podía ir a jugar con unos amigos. Asintió con la cabeza. Pero no podía estar fuera demasiado rato.

Sofia entró en la choza. Rosa estaba despierta.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Sofia.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer.

—No tengo hambre.

Sofia le dio una taza de té y salió. Eran las últimas hojas de té. Ahora el tarro estaba vacío. No tenían dinero para comprar más. Todo el dinero que Sofia había cobrado del señor Temba lo habían utilizado para pagar a Nombora. Y nada había mejorado.

Sofia cogió el trozo de espejo y se miró la cara.

Vio lo cansada que estaba. Volvió a colgar el espejo. Justo llegaba el señor Temba. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

—No he podido dormir esta noche —dijo—. La señora Mukulela también ha pensado en ella. Por eso no hemos dormido en la misma casa esta noche. Mientras pensábamos en Rosa queríamos estar a solas.

El señor Temba se sentó sobre el taburete que había junto al cobertizo de la cocina.

—He comprendido que te contagias cuando quieres a alguien —dijo—. Cuando te acuestas con alguien y el amor es fuerte. Los jóvenes necesitan amor. E incluso nosotros que somos un poco mayores. ¿Verdad que Rosa tenía un novio que se llamaba Steven? El apellido lo he olvidado.

—Gomane —dijo Sofia.

El señor Temba asintió pensativo.

—Si no estoy del todo equivocado, Steven trabajó algunos años en las minas en Sudáfrica, ¿no?

—Durante dos años.

El señor Temba asintió otra vez con la cabeza. Sofia comprendió que quería decir algo.

Esperó.

—Acabo de recordar que hace unas semanas oí algo sobre Steven Gomane —dijo al final.

—¿Qué oyó el señor Temba?

La miró antes de responder.

—Que Steven Gomane murió hace un tiempo. Y que fue por la terrible enfermedad que no se puede curar.

El señor Temba se puso de pie, hizo una reverencia y se encaminó hacia los cestos, que le esperaban delante de su choza.

Sofia pensó en lo que había dicho.

Y en Rosa, que estaba sola dentro de la choza.

22

Aquel día, Sofia estuvo buscando una risa durante mucho rato.

Cuando el señor Temba se hubo marchado, se sintió totalmente abandonada. Pensó que necesitaba experimentar algo que la alegrara. Si no, no podría soportarlo. Tenía que reírse. Por lo menos una vez cada mañana y cada noche. Si no, era como si toda su vida se rompiera en pedazos.

Pero ¿dónde podía encontrar una risa?

¿Adónde iría para encontrar la risa perdida? Pensó que era una idea infantil. Una risa que había desaparecido. Pero ahora quería ser infantil. Nadie se lo impediría. Salió al camino y tomó un sendero que llevaba a una choza con la techumbre rota.

Allí vivía una prima de Lydia.

O quizá era otro el parentesco. Sofia no estaba muy segura. Pero familia eran. Se llamaba Graçieta, tenía muchos hijos y un marido que la visitaba una vez al año. Sofia lo había conocido. Cada vez que visitaba a Graçieta, iba a saludar a todos los familiares. Se llamaba Ricardo y era muy bajito. Se ganaba la vida como zapatero en la calle de una ciudad muy lejana, en la frontera con Sudáfrica. Ahorraba dinero todo el año. Visitaba a Graçieta, se quedaba unos días, le daba el dinero que había ahorrado y luego se marchaba otra vez. Nueve meses más tarde, Graçieta daba a luz a otro hijo. Año tras año acontecía de la misma manera. Graçieta, a diferencia de Ricardo, era alta y tenía un culo respingón que bamboleaba con mucho gusto.

A Sofia le bastó pensar en el culo de Graçieta para echarse a reír. Sofia se reía con la boca, pero Graçieta se reía con su gran trasero. Sofia se detuvo. Encontrar una risa le había resultado más fácil de lo que esperaba. Pero ahora que había llegado tan lejos bien podía seguir para saludar a Graçieta y contarle que Rosa estaba enferma.

Graçieta se estaba cortando las uñas de los pies cuando Sofia llegó.

Como Graçieta era tan larga, se le hacía difícil llegar a las uñas con las tijeras oxidadas. Apoyaba la espalda contra la pared de la choza, ponía una pierna sobre un taburete y después se estiraba con las tijeras en busca de las uñas. Cuando vio a Sofia se le iluminó la cara.

—Aquí viene la chica que me va a salvar —gritó.

Sofia no conocía a nadie que hablara tan alto como Graçieta.

A veces, la gente le pedía que hablara un poco más bajo.

—Hablo bajo —gritaba.

Nadie solía replicar. Era inútil. Simplemente, no podía hablar más bajo.

—No me llego a las uñas —gritó—. Tienes que ayudarme.

Sofia se puso en cuclillas, cogió las tijeras sin filo y comenzó a cortar. Las uñas eran duras como piedras. Pero Sofia tenía las manos fuertes. Después de un par de minutos estuvo lista. Graçieta se miraba los grandes pies. Estaba satisfecha.

—Ricardo está de camino a casa —dijo—. Tiene derecho a encontrarse a su mujer con las uñas recién cortadas. Además, no le gusta que le arañe con las uñas cuando me hace un hijo.

Aunque ya sabía que Graçieta era muy sincera, Sofia se ruborizó. No había nada de lo que pasaba entre un hombre y una mujer que Graçieta no quisiera comentar. Y gritaba. Todos los que vivían cerca sabían ahora que Ricardo estaba de camino a casa. Y sabían también por qué era tan importante que Graçieta tuviera las uñas recién cortadas.

Graçieta preguntó cómo estaba la familia.

—Rosa está enferma —dijo Sofia—. Muy enferma.

—Enferma —gritó Graçieta—. ¿Cómo enferma?

Sofia se preguntaba cómo podría evitar que todo el mundo se enterara de que Rosa estaba tan enferma que pronto moriría. Aunque propusiera que entraran en la choza, la potente voz de Graçieta atravesaría las paredes de barro.

—Le duele la barriga —dijo Sofia—. Y tiene fiebre. El doctor Nkeka ha dicho que no hay remedio.

—Entonces tiene sida —gritó Graçieta, y luego comenzó a suspirar y a mecerse hacia delante y hacia atrás.

Sofia vio que realmente se había puesto triste.

Rosa le había contado que cuando Sofia estuvo en el hospital, después del accidente y de la muerte de Maria, Graçieta había sido un gran apoyo para Lydia.

—Hay tanta gente que muere —gritó Graçieta—. Esta enfermedad va a vaciar nuestros poblados. Pronto solo quedarán niños y viejos. ¿Qué pasará?

Sofia no sabía qué podía responder. Pero estaba contenta de que Graçieta estuviera allí. Con ella se podía reír y también estar desanimado. Y seguro que ayudaría a Lydia otra vez si lo necesitaba.

Sofia se fue a casa.

Rosa estaba despierta cuando llegó, pero aún no quería comer nada.

—¿Quieres que me quede aquí dentro?

—No. ¿Dónde está Lydia?

Sofia miró desconcertada a Rosa. Naturalmente, Lydia estaba en la *machamba*, trabajando. Los ojos de Rosa brillaban. Sofia pensó que probablemente no sabía muy bien qué hora del día era.

—Pronto llegará a casa —dijo Sofia.

—Quiero que mamá esté aquí —murmuró Rosa—. Quiero que mamá esté aquí.

Sofia arrastró la máquina de coser hasta el patio y siguió arreglando la ropa del Chico de la Luna. En su mente le cambió el nombre. «Chico de la Luna» ya no era divertido. «Chico de Canela», pensó. «Así se puede llamar. Por lo menos durante lo que quede del día». Se rio con la idea. Aunque no podía dejar de preguntarse por qué había sido precisamente ella la que se había quedado con su ropa estropeada. Y ¿cómo sabía él que tenía una máquina de coser? Alguien se lo debía de haber dicho. Pero ¿quién?

Sofia cosió.

Al mismo tiempo estaba soñando. Soñaba despierta.

La enfermedad de Rosa y el miedo de Lydia al señor Bastardo habían pasado. Sofia ya era adulta. Casada, tenía su propia casa, muchos niños. Rosa y Lydia iban a visitarla. Alfredo y Faustino ya se habían hecho mayores. En la parte de delante de la casa de Sofia había un largo porche. En la casa incluso había luz eléctrica. El Chico de Canela era profesor, o quizá un importante político que iba de un lado a otro en un coche más grande que el del señor Bastardo. Sofia era médica. Todo el mundo sabía quién era, porque había encontrado un remedio a la peligrosa enfermedad.

Ahí se desvaneció el sueño.

No fue más allá. No podía estar sin pensar en Rosa todo el tiempo que quisiera.

Continuó cosiendo.

Alfredo llegó a casa porque se había abierto una herida en la rodilla. Sofia la limpió con agua. Aunque escocía, no se quejaba.

—¿Qué le pasa a Rosa? —preguntó de pronto.

Sofia vio que lo decía muy serio. Asustado por la respuesta que le esperaba. Sofia comprendió que tanto ella como Lydia se habían olvidado de Alfredo. Estaba allí y lo veía y lo oía todo. Pero no decía casi nada. Y se habían olvidado de explicarle por qué Rosa no comía nada y se quedaba allí tumbada todo el día, dentro de la choza.

—Rosa está enferma —dijo—. Muy enferma.

—¿Se va a morir?

La pregunta llegó sin dudar. Alfredo la había preparado bien, esperando el momento oportuno para formularla.

—Rosa se pondrá bien —contestó Sofia.

Alfredo no dijo nada. Se sentó en la arena junto al cobertizo de la cocina y empezó a dibujar con un palo. No había nadie que pudiera rodearse de tanto silencio como Alfredo, con lo pequeño que era.

«¿Por qué miento?», pensó Sofia.

«¿Por qué no le digo las cosas tal como son?».

Volvió a sentarse frente a la máquina de coser.

Todavía le quedaban dos camisas por arreglar. La aguja se atascó. Sofia golpeó rabiosa la máquina con la mano. La aguja había protestado porque no le había dicho la verdad a

Alfredo. Era el castigo. «Le voy a decir la verdad», le susurró a la máquina de coser. «Me he equivocado. Pero ahora haré lo correcto».

Unos granos de arena habían obstruido el agujero por el que la aguja entraba y salía. Giró con cuidado el volante. La aguja se soltó. Se levantó y fue hasta donde estaba Alfredo.

Había dibujado una cara en la arena.
La cara de Rosa.

—Rosa está muy enferma —dijo Sofia—. Tal vez se muera.
Alfredo siguió dibujando. Pero no dijo nada.

Llegó la tarde, la hora del crepúsculo que pasa tan rápido.
Sofia arregló la última camisa y metió la máquina de coser en la choza. Rosa dormía. O quizá solo fingía que estaba dormida para poder estar en paz. Sofia no lo sabía.

Cuando salió al patio otra vez, Lydia ya había llegado a casa.
Estaba alterada.
—El señor Bastardo ha estado dando vueltas en su coche —dijo con voz temblorosa—. Y hay quien asegura que una gran excavadora está en camino. Vamos a hacer guardia esta noche otra vez.
—Rosa pregunta por ti —dijo Sofia.

De pronto ya no le preocupó el señor Bastardo.
Lydia se metió en la choza. Sofia encendió el fuego y preparó la comida. La despensa se estaba quedando vacía. Solo un poco de arroz, maíz, casi nada de hortalizas. Lydia salió y se sentó junto al fuego. Pero apenas tocó la comida.
—Tenemos que llevarla a otro médico —dijo Lydia—. He oído que también hay un *curandeiro* hábil en Xai-Xai. Pero ¿cómo voy a juntar dinero para los billetes del autobús?

Se hizo de noche.
Lydia se puso de pie.
—Tengo que ir a la *machamba* —dijo—. No volveré hasta mañana por la tarde.

Entró en la choza para decirle adiós a Rosa.
Sofia oyó cómo de repente Rosa empezó a gritar.
Se puso junto a la puerta y escuchó. Alfredo tenía miedo. Estaba de pie junto a Sofia y la cogía fuerte de la mano.

Rosa no quería que Lydia la dejara. Sofia entró en la choza. Rosa sujetaba los brazos de Lydia, no quería soltarla. Gritaba que no quería morir. Pero, sobre todo, no quería que Lydia la dejara sola. Sofia se acercó a la cortina.
—Yo iré a la *machamba* —dijo—. Es mejor que tú estés en casa.

Estaba oscuro cuando Sofia llegó.

En la distancia retumbaba una tormenta. Un fuego llameaba donde se juntaban los campos y el camino. Las mujeres que estaban sentadas alrededor del fuego hablaban y reían. Sofia se quedó de pie en la oscuridad, sin dejarse ver. Pensó que un día sería como esas mujeres. Vigilando sus campos al lado de un fuego. Hablando y riendo. Meciendo a sus hijos. Si no lograba ser médica. Era como si viera su vida delante de sí. La vida que también habría sido de Rosa.

Partió el pensamiento como una rama de árbol seca.

No tenía fuerzas para pensar en Rosa justo ahora. Se acercó al fuego y se mezcló con la multitud. Allí se sentía acogida. La conversación fluía. Palabras de ira hacia el señor Bastardo. O quizá estaban asustadas. Bromas indecentes sobre lo que algunos hombres enloquecidos podían inventar. Sofia ya lo había oído todo antes. Pero lo escuchaba con gusto otra vez.

Una a una las mujeres se fueron acurrucando y quedándose dormidas.

Habían hecho turnos de guardia. Sofia se tumbó de espaldas con las muletas debajo de la cabeza y miró al cielo de la noche. Las estrellas la miraban también a ella.

Cuando se despertó había soñado con el señor Temba.

Había hecho un cesto al que de repente le habían salido alas y, para sorpresa de todos, había salido volando.

«Sueño con alas», pensó Sofia.

«Alas que vuelan. Quizá en realidad estoy soñando con mis piernas. No con volar, sino con poder caminar, con la sangre bombeando hasta los pies».

Había llegado su hora de vigilar.

Sofia echó algunas ramas al fuego. Buscó en las llamas con la mirada. Pero tampoco ahora pareció obtener respuesta alguna a sus preguntas.

Se levantó, bostezó y fue hasta el camino.

La noche estaba tranquila. Un perro ladró en algún lugar a lo lejos. Después se hizo el silencio otra vez.

Primero fue como un ruido lejano. Los faros aparecieron muy abajo, en la cuesta que descendía hasta el río.

Enseguida vio lo que era.

Como un insecto gigante, una gran excavadora se arrastraba directo hacia ella.

23

Sofia despertó a las demás mujeres con un grito.

Medio dormidas, se levantaron de un salto, se enrollaron los pareos y se juntaron en el camino. Al mismo tiempo comenzaba a clarear. Ya era por la mañana. El gran insecto vomitaba humo negro y avanzaba arrastrándose despacio. Las mujeres discutían preocupadas sobre lo que debían hacer. Alguien propuso que se desnudaran y se tumbaran en el camino. Otra dijo que tiraran piedras. Sofia trataba febrilmente de pensar en algo: ¿qué habría hecho Lydia? Sofia estaba allí en lugar de ella. De modo que tenía que hacer lo que hubiera hecho Lydia. El gran insecto dejó de arrastrarse y se las quedó mirando con sus ojos de faro. Un coche negro apareció al lado del insecto. El señor Bastardo se bajó y se acercó a las mujeres.

—¿Seguís aquí? —gritó—. He comprado esta tierra. Es mía. Largaos.

Las mujeres respondieron con gritos de ira y preguntas.

—¿De qué vamos a vivir? La tierra es nuestra. Tenemos los papeles.

—Soy un hombre con mucho poder —gritó el señor Bastardo—. Vuestros papeles no me importan. Soy propietario de esta tierra. Si no os marcháis, llamaré a la policía. Iréis todas a la cárcel.

Meneó un pequeño teléfono con la mano.

Sofia había oído que ahora había teléfonos con los que se podía llamar sin necesidad de cable. Así que era verdad. El señor Bastardo podía llamar a la policía.

Las mujeres siguieron acosando al señor Bastardo con protestas.

¿*De qué iban a vivir*?

Pero el hombre aquel en el camino no parecía escuchar.

—Largaos —gritó otra vez—. No me dejaré frenar por unas viejas chillonas. Os doy tres minutos para desaparecer.

El señor Bastardo le hizo un gesto al hombre que conducía la excavadora. Comenzó a arrastrarse otra vez. «¿Qué habría hecho Lydia?», pensó Sofia. «Justo ahora».

Le pasaban imágenes a toda velocidad por la cabeza.

Lydia con su azada. Faustino a la espalda. Cada día, año tras año. A la machamba*, sembrar y cosechar, vigilar el maíz y las hortalizas. Lo que les daba vida*.

El insecto se acercaba.

El señor Bastardo estaba a un lado del camino. Se reía. Sofia cogió con fuerza las muletas y salió al camino. Al medio del camino. Justo por donde venía el insecto arrastrándose. El señor Bastardo siguió riéndose, las mujeres gritaban, el insecto estaba cada vez más cerca. Ya era plena mañana. Pero los ojos de faro seguían clavándole la mirada. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Tenía miedo. Pero no pensaba apartarse. Se quedaría allí hasta que la atropellaran. Salió un berrido del insecto. Estaba tocando el claxon. El señor Bastardo había dejado de reír. Le gritó que se apartara. Pero Sofia se quedó en el sitio. El insecto había dejado de avanzar. Pitó otra vez. Las mujeres gritaban, el señor Bastardo fue corriendo hasta Sofia e intentó empujarla. Entonces ella le dio un golpe con la muleta. Él levantó la mano para pegarla. Pero entonces sonó un bramido de las mujeres y salieron corriendo hacia el camino. El insecto se había parado a unos metros de Sofia. De todas partes llegaba gente corriendo. El señor Bastardo se secaba el sudor de la cara. Se había quedado afónico de tanto gritar. El hombre que conducía la excavadora parecía asustado. Ahora el camino estaba lleno de gente. El señor Bastardo se dio cuenta de que el ambiente empezaba a ser amenazante. Alguien tiró una piedra a su coche.

—Volveré con policías —gritó.

Otra piedra le alcanzó el coche.

El señor Bastardo le gritó algo al hombre que conducía la excavadora, se metió en el coche y se alejó de allí. Poco a poco, el insecto comenzó a reptar hacia atrás. Las mujeres gritaban de júbilo. Sofia se dio cuenta de que estaba temblando. Tuvo que sentarse en una piedra en la cuneta. Había hecho algo que en realidad no se hubiera atrevido a hacer. «Tengo que acordarme de escribirlo en mi libro», pensó. «Que puedes hacer aquello a lo que en realidad no te atreverías».

Una de las mujeres le dio agua.

—Has sido valiente —dijo.

—Yo no —contestó Sofia—. Solo he hecho lo que habría hecho Lydia.

El ambiente en el camino todavía estaba caldeado.

El señor Bastardo había amenazado con volver. Llevaría a la policía. Pero todos los congregados allí estaban decididos. El señor Bastardo no les quitaría la tierra. Por muchos policías que llevara si volvía.

Sofia regresó a casa.

Iba a ser un día caluroso. Caminaba despacio. Lo que había ocurrido ya se había transformado en un extraño sueño. Sofia estaba convencida de que el señor Bastardo volvería. Quizá acompañado de algunos policías. Pero también sabía que las mujeres se opondrían. Nadie les arrebataría la tierra. Sería lo mismo que quitarles la vida. Durante el día, todos los que vivían en el poblado se enterarían de lo que había pasado. Y nadie dudaría en ponerse en el camino si el señor Bastardo y la excavadora volvían.

Sofia se detuvo.

Una de las cintas que le sujetaban la pierna al cuerpo se había soltado.

Una idea terrible la asaltó de repente.

¿Y si Rosa ya había muerto? Quizá hubiese sabido que el fin estaba cerca y por eso había querido que Lydia se quedara con ella.

Sofia aceleró el paso.

La cinta de la pierna se soltó otra vez. Juró, la ató de nuevo y continuó. La idea de que Rosa hubiera muerto le hacía sentir pánico.

Pero cuando llegó, descubrió para su alivio que Rosa todavía estaba viva. Incluso se había levantado. Estaba recostada a la sombra de la choza. Sofia sintió una gran alegría por todo el cuerpo. ¿Era posible que Rosa, a pesar de lo que había dicho el doctor Nkeka, se estuviera curando? ¿Que todo fuera una equivocación? ¿Que en absoluto tuviera esa grave enfermedad?

Rosa estaba sola en casa.

Estaba tumbada delante de la choza. Lydia, Alfredo y Faustino se habían ido. Rosa miró a Sofia, pero tenía los ojos en blanco. Sofia comprendió que la alegría que había sentido duraría poco. Rosa estaba igual de enferma que el día anterior.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sofia con cuidado.

—Te aseguro que tú te encuentras mejor que yo.

La respuesta llegó como una picadura de insecto. Rosa le había clavado un aguijón a Sofia. Igual que cuando le había tirado las muletas. Sofia se puso triste.

—Solo pregunto —dijo—. Nada más.

—Preguntas cuando ya sabes la respuesta —bufó Rosa.

Luego intentó agarrar una de las muletas de Sofia para que se cayera. Pero Sofia tuvo tiempo de apartarla.

—¿Dónde está Lydia? —preguntó Sofia para hablar de algo que no enfadara a Rosa.

—No sé.

Lydia nunca se iba sin decir adónde.

Rosa quería ser mala. O estar en paz. Sofia ni siquiera tenía ganas de contarle lo que había pasado por la mañana en la *machamba* de Lydia.

Sofia entró y se tumbó en la cama.

En realidad debería comer algo. Pero no tenía apetito. Estaba tumbada mirando el cuarto. Pensaba en lo que había pasado. Y en Rosa, que la odiaba porque Sofia estaba sana mientras ella estaba muy enferma.

De pronto, Sofia notó que había algo diferente en la habitación.

Al principio no sabía qué era. Después se dio cuenta de que el paquete con la ropa del Chico de Canela había desaparecido. Recordaba muy bien que había dejado el paquete al lado de la máquina de coser. Ya no estaba. Se inclinó y miró debajo de la cama. Allí no había nada. El paquete no estaba. Salió al patio otra vez. Rosa se había tumbado. Pero estaba despierta.

—¿Has visto el paquete que había al lado de la máquina de coser? —le preguntó.

Rosa se incorporó despacio.

—¿Qué paquete?

Sofia notó enseguida que algo no iba como debía.

—Había ropa en el paquete. Ropa que había arreglado.

—Vino alguien a buscarlo.

—¿Quién?

—Un chico. Quiso pagar, pero le dije que habías prometido hacerlo gratis.

Sofia se quedó de piedra. ¿Cómo podía Rosa hacerle algo así?

—¿Dijo cómo se llamaba?

—Lo he olvidado. Además, le dije de tu parte que ya no querías volver a remendar su ropa estropeada.

Sofia se enfadó tanto que le entraron ganas de pegar a Rosa.

Pero logró controlarse. Rosa se tumbó otra vez. Sofia no sabía qué hacer. Rosa se comportaba como si en realidad se muriese de ganas de contagiarle su enfermedad.

Rosa miró a Sofia.

—Solo hice lo que consideraba correcto —dijo sonriendo.

Sofia no contestó.

Se fue de allí, se metió en la choza otra vez y se tumbó en la cama. El Chico de Canela no volvería nunca más. Rosa lo había ahuyentado. Si Sofia no hubiese ido a la *machamba* en lugar de Lydia y se hubiera quedado allí durante la noche, no habría pasado nada. Ahora era demasiado tarde. Sofia no sabía cómo se llamaba, ni dónde vivía. Y él nunca volvería. Si Rosa no hubiese estado enferma, Sofia la podría haber odiado por lo que había hecho. Ahora era imposible.

Sofia sacó el cuaderno y el lápiz.

Ahora entiendo que la muerte no solo le quita la vida a una persona. La muerte a veces también hace mala a una persona buena. No, mala no. Asustada. Y celosa de los que van a vivir. Aunque esté enfadada con Rosa tengo que procurar comprenderla. Pero es difícil. A lo mejor es imposible.

No tenía fuerzas para escribir más. Guardó el cuaderno debajo del cojín, cerró los ojos y se durmió.

En los sueños aparecían las excavadoras arrastrándose hacia ella.

Pero ahora era un insecto de verdad. Algo que se parecía a una cucaracha o a una mosca. Intentó salir corriendo. Pero los insectos la alcanzaban. Todo el rato oía reírse al señor Bastardo.

Cuando se despertó, Lydia estaba inclinada sobre ella.

Sus ojos ardían como cuando estaba realmente enfadada.

—¿Qué haces? —preguntó—. ¿Qué es lo que le haces a Rosa?

Sofia se incorporó.

—¿Qué le he hecho?

—Dice que has intentado pegarla.

Lydia estaba tan enfadada que le temblaba el cuerpo.

Le apretó tan fuerte el brazo a Sofia que le hizo daño.

—¿Te atreves con tu hermana que está enferma?

El golpe llegó de ninguna parte.

Una fuerte bofetada que hizo que Sofia saliera disparada hacia atrás y se golpeara la cabeza contra la pared. No había pasado nunca antes que Lydia le pegara. Nunca jamás.

—Ahora sales y le pides perdón a tu hermana —dijo Lydia.

Sofia salió de la habitación.

La mejilla le ardía. Pensó en el chico que había ido a buscar su ropa mientras ella estaba en medio del camino intentando evitar que la excavadora del señor Bastardo pudiera llegar a las tierras de cultivo.

«Sácame de aquí», pensó.

«No puedo más. Que Rosa se muera sola. Que Lydia defienda su campo junto con las demás mujeres. Yo he perdido mis piernas. Ya no puedo más».

24

Era como si las palabras sangraran.

Las palabras que salían de la boca de Rosa. Negras, resentidas. Palabras llenas de mala conciencia y miedo.

Sofia estaba en el patio.

—No puedo pedir perdón por algo que no he hecho —dijo.

Rosa se echó a llorar.

Nada de lo que le había dicho a Lydia era verdad. No sabía por qué había acusado a Sofia de haberla pegado. Lydia estaba perpleja. Ahora no era a Sofia a quien sujetaba del brazo, sino a Rosa.

—¿Era mentira?

—Sí.

—¿Por qué dices cosas que no son verdad?

—No lo sé.

Sofia no quería que Lydia presionara más a Rosa.

Comprendía por qué Rosa había hecho lo que había hecho. Cuando Sofia estuvo en el hospital sin piernas también había tenido malas ideas.

Sofia se fue al cobertizo de la cocina y bebió agua.

Lydia la siguió.

—No debería haberte pegado.

Sofia la miró directamente a los ojos y dijo:

—No. No deberías haberme pegado.

Sofia podía perdonar a Rosa.

Pero no a Lydia. Al menos no por ahora.

Sofia le explicó a Lydia lo que había pasado.

Le habló de la excavadora, del señor Bastardo. Al principio Lydia escuchaba con preocupación, después con asombro.

—¿De verdad fue así? —dijo cuando Sofia calló—. ¿Te pusiste en medio del camino? ¿Y los demás te siguieron?

—Se lo puedes preguntar. Pero lo importante es que el señor Bastardo dijo que volvería. Con muchos policías.

—Esta noche voy a estar allí —contestó Lydia—. ¿Me puedes perdonar por haberte pegado?

—Por ahora, no —contestó Sofia—. Mañana.

Se hizo de noche.

Rosa también estaba junto al fuego, pero apenas tocó la comida. Lydia estaba nerviosa. Hablaba sin parar, de todo y de nada, como hacía cuando estaba preocupada. Rosa entró en la choza y se tumbó. Al levantarse se tambaleó y casi se cayó al suelo. «Se está volviendo como su azada», pensó Sofia. «Fue lo primero que se le cayó. Ahora está a punto de caerse ella misma».

Lydia se preparó para ir al campo a vigilar.

—¿Crees que volverá? —preguntó—. ¿Con policías?

—No lo sé —respondió Sofia.

Lydia desapareció en la oscuridad.

A pesar de las protestas de Sofia se había llevado a Faustino.

—No creo que la policía pegue a una mujer que lleva una criatura a la espalda —dijo.

Sofia no estaba segura. Pero Lydia había tomado una decisión. Faustino iba atado a su espalda cuando se marchó. Alfredo se sentó a su lado.

Sofia comprendió que quería algo. Normalmente, Alfredo necesitaba bastante tiempo antes de decir lo que pensaba. Sofia oía a una mujer cantando en la distancia. Tenía una voz bonita. Las notas se alzaban y se hundían en la oscuridad.

—Armando —dijo Alfredo.

Sofia no le había escuchado, ya que estaba sumida en sus propios pensamientos.

—¿Qué has dicho?

—Armando.

—¿Quién es?

—Él.

—¿Quién, él?

—El que vino a buscar la ropa.

Sofia se quedó mirando a Alfredo. ¿Podía ser posible?

—¿Estás seguro?

—Oí que Rosa hablaba con él. Le preguntó cómo se llamaba. Armando.

—¿Solo Armando? ¿Nada más?

—Saia.

A Sofia le pareció un nombre curioso. Saia*.

Alfredo debía de haber oído mal.

—¿Armando Saia? ¿Se llamaba así?

—Sí.

Alfredo parecía tan seguro como orgulloso. Sofia comprendió que realmente había oído cómo se llamaba el chico. Armando Saia.

Sofia veía imágenes de ensueño revoloteando dentro del fuego.

Armando y Sofia. Sofia y Armando. Sofia Saia. Las imágenes bailaban entre las llamas.

—¿Dijo dónde vivía?

—No.

—¿En qué dirección se puso a caminar?

—No caminaba. Tenía una bicicleta.

Sofia oyó la añoranza que había en la voz de Alfredo. Bicicleta propia. El sueño de Alfredo. Pero un sueño que era demasiado grande. Ni Lydia ni Sofia podían imaginarse tener un día tanto dinero como para comprarle una bicicleta.

—Se fue hacia allí —dijo Alfredo señalando con el dedo.

Cuesta abajo.

Por donde había desaparecido aquella vez que Sofia se lo había encontrado a la luz de la luna.

—Vigila el fuego —dijo Sofia y se levantó.

Alfredo se inquietó al instante.

—¿Adónde vas?

—Solo a ver al señor Temba. Vuelvo enseguida.

—Acabo de ver que se ha metido en la casa de *A Gorda*.

«Alfredo tiene ojos capaces de ver en la oscuridad», pensó Sofia.

Nada se escapaba a su mirada. También solía darle a la gente apodos cariñosos. La señora Mukulela era *A Gorda*, el señor Temba, *O Chapeu*[*].

Sofia dudó en ir a llamar a la puerta de la señora Mukulela. Quizá molestara en un momento inoportuno. Pero ¿se habrían acostado ya? Todavía era pronto. De todos modos, lo más importante era que estaba pensando en el chico. Armando Saia. El señor Temba conocía todos los nombres de los poblados. Si había una familia que se llamaba Saia, el señor Temba sabría dónde debía buscar Sofia.

Sofia anduvo por la oscuridad hasta la casa de la señora Mukulela.

La puerta estaba cerrada. Justo iba a llamar cuando oyó ruidos que venían de dentro. La señora Mukulela reía. El señor Temba gruñía encantado. Sofia podía adivinar por el ruido que estaban acostados en la cama chirriante de la señora Mukulela. Una luz tenue se filtraba por la rendija entre la puerta y la pared de la casa. Sofia no pudo resistir la tentación. Miró por la ranura. Sobre una pequeña mesa había algunas velas de estearina. Y allí en la cama estaban la señora Mukulela y el señor Temba. Los dos estaban desnudos. El señor Temba estaba acostado encima de la señora Mukulela. Parecía que estuviera a punto de tragárselo con su gran cuerpo. Sofia se echó atrás. Pero se inclinó otra vez. No había visto nunca a un hombre y una mujer de esa manera. Los dos se reían. Sofia vio los dientes de la señora Mukulela brillando en la oscuridad. Y sus manos, que agarraban con fuerza la espalda del señor Temba. Lo que vio la puso contenta. Dos personas nunca podrían acercarse más la una a la otra. Después se rio por lo bajo con la idea de que el señor Temba no se había dejado puesto el sombrero.

Sofia los dejó tranquilos. Aunque le habría gustado seguir mirando por la ranura. Volvió

a casa otra vez. Alfredo se había quedado dormido junto al fuego. Lo movió para que se despertara. Se metió en la choza. Sofia echó unas ramas al fuego, que enseguida se avivó. Se acostó de lado y miró las llamas. Y se durmió.

Se despertó porque alguien la estaba zarandeando.

Era el señor Temba.

—Me iba a ir a dormir —dijo—. Te he visto aquí tumbada.

Sofia estaba atontada por el sueño.

Todavía estaba oscuro. ¿Cuánto rato había dormido?

El señor Temba pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Pronto empezará a cantar el gallo chiflado ese —dijo.

Sofia ya estaba despierta.

—Armando Saia —preguntó—. ¿Hay alguna familia que se llame Saia?

El señor Temba se quedó pensando. No preguntó por qué lo quería saber.

—Hay una familia que se llama Saia —dijo al cabo de un rato—. Viven justo al lado del río. —Señaló hacia la oscuridad—. El padre es mecánico de coches —continuó—. Se llama Carlos. Pero quizá haya en la casa un hijo llamado Armando.

El señor Temba levantó el sombrero y desapareció en la penumbra.

Sofia estaba despierta. El fuego ardía suave. Pensó en el chico. En todo lo que sabía sobre él. Tenía unos pantalones rotos. Olía a canela. Se llamaba Saia de apellido, tenía una bici y vivía en una casa junto al río. Pero también sabía que Rosa lo había ahuyentado.

Apartó los pensamientos tristes.

Ahora no tenía fuerzas para ellos. El gallo comenzó a cantar. Sofia se quedó sentada junto al fuego. Tenía la cabeza vacía. Llegó el amanecer. Se levantó y echó arena sobre las ascuas. A lo mejor podía dormir una hora dentro de la choza.

Entonces oyó un estallido.

Escuchó. Luego hubo un estallido más.

El ruido venía de lejos.

Pensó que quizá era algo que se había caído, cuando sonó otro estallido.

Entonces lo comprendió.

Eran disparos de escopeta.

«Los policías», pensó.

El señor Bastardo ha venido con los policías. Y ahora están disparando a Lydia y a las demás mujeres.

Los disparos continuaron.

Sofia salió a toda prisa, lo más rápido que pudo.

Nada podía pasarle a Lydia.

Nada.

25

Cuando Sofia llegó a los campos ya había pasado todo.

El sol estaba por encima del horizonte. Ya era de día. El camino estaba lleno de gente. Sofia había hecho el último tramo corriendo. A pesar de que en realidad no podía correr. Mientras corría pensaba que algo terrible había pasado. Las mujeres estarían acribilladas sobre el camino. Tanto Lydia como Faustino estarían muertos.

Pero Lydia seguía viva.

Faustino seguía vivo. Había policías con escopetas. De la misma manera que la excavadora parecía un gran insecto que se arrastraba, los policías parecían haber salido de un hormiguero. Parecían termitas. El señor Bastardo también estaba allí. Pero cuando Sofia llegó se estaba metiendo en su coche para irse. Sofia sintió un alivio que no había experimentado nunca antes cuando descubrió a Lydia entre las demás mujeres. Había caos y nerviosismo en el camino. Pero nadie estaba herido.

Sofia se abrió paso hasta Lydia.

—He oído disparos de escopeta —dijo.

—Han disparado —dijo Lydia—. Pero no a nosotras, sino al aire. Cuando han visto que no nos movíamos se han rendido. El señor Bastardo ha gritado que volverá. Pero ¿de qué servirá? La policía no nos disparará. Dispara al aire. Ahora saben que no nos dejamos intimidar.

Las mujeres dieron gritos de júbilo.

La excavadora y los policías se marcharon. El coche negro con el señor Bastardo ya había desaparecido. Las mujeres empezaron a bailar en el camino. Sofia miraba a Lydia. Cómo movía el cuerpo, siguiendo el ritmo. Lydia bailaba bien. Faustino, que estaba colgado a su espalda, estaba despierto. El movimiento del cuerpo de Lydia le hacía saltar y columpiarse en su espalda.

Sofia volvió a casa.

Lydia y las demás mujeres se quedaron para trabajar en sus campos. Sofia tuvo que ponerse bien las sujeciones de las piernas varias veces. Pero ya no tenía prisa.

De pronto fue como si Maria le estuviese haciendo compañía.

Llevaba su vestido blanco y estaba justo al lado de Sofia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Maria.

Sofia se lo explicó.

Le habló de la gran excavadora, del señor Bastardo y del penetrante olor a pólvora de las escopetas de la policía que flotaba sobre el camino. Maria escuchaba. Después preguntó por Rosa. Y Sofia le dijo la verdad. Rosa estaba gravemente enferma. Iba a morir. Maria no parecía sorprendida. Sofia pensó que tendría que hacerle muchas preguntas a Maria. Sobre cómo era cuando estabas muerto. Pero cada vez que empezaba a formular una pregunta en la cabeza era como si Maria desapareciera.

Maria siguió en silencio a su lado casi hasta la casa.

Pero cuando la choza apareció, Sofia no pudo ya sentir que Maria estuviese a su lado. Rosa estaba apoyada en la pared de la choza. Dormía. Sofia pensó que estaba cada vez más delgada. La piel ya se le ceñía con fuerza a los huesos.

Sofia se paró en medio del patio y miró a su alrededor.

Todo estaba como de costumbre. Pero, al mismo tiempo, no lo estaba. La enfermedad de Rosa hacía que en realidad nada estuviera como siempre. Incluso la arena del patio estaba diferente, aunque Sofia no podía decir de qué manera.

Entró en la choza.

Se sentó en el borde de la cama y comenzó a escribir en su diario. Lo que había pasado en los campos lo escribiría más tarde. Ahora había otra cosa que la ilusionaba. Una lista de deseos. Lo que más quería en el mundo. Le llevó mucho rato decidirse. Pero al final su lista estaba terminada. Sabía que muchas de las cosas que deseaba nunca se harían realidad. Pero nadie la podía privar de desear lo que quisiera.

Maria viva.
Rosa sana.
Piernas. (Las de antes).
Piernas. (Las de antes. Mejor pedirlo dos veces).
El chico de la bici. Armando Saia.
Hijos.
Ser médica.
Poder volver pronto a la escuela.
Que Lydia viva mil años.
Un buen bolígrafo.

Repasó lo que había escrito.

La lista se podía hacer mucho más larga. Pero esto era lo más importante. Además, el orden era el adecuado. Quería que Maria nunca hubiese muerto y que Rosa se pusiera buena.

Se hizo de noche.

Lydia volvió del campo. Estaba de buen humor. Casi parecía haber olvidado que Rosa estaba enferma. «Lydia solo puede tener una sensación grande y fuerte a la vez», pensó Sofia. Ahora tocaba la alegría de haber logrado echar al señor Bastardo.

—Iba a utilizar la tierra para construir algo que se llama «campo de golf». ¿Sabes lo que es? —Sofia no lo había oído nunca—. Las hortalizas crecen bien. A principios de la semana que viene ya podré empezar a vender.

«Es por eso que está contenta», pensó Sofia.

No solo porque hubiesen logrado echar al señor Bastardo. Sino sobre todo porque pronto podría vender sus hortalizas. Y comprar arroz, maíz y aceite con el dinero que sacara.

Lydia se acostó pronto.

Rosa ya dormía. Sofia pensó que quizá el sueño era para la persona una manera de acostumbrarse a estar muerta.

Apartó la idea.

No quería darle vueltas. Quizá podía pasar algo que, a pesar de todo, hiciera que Rosa se despertara una mañana y estuviera bien. Lydia le había dicho que había más médicos que el doctor Nkeka. Y más *curandeiros* que Nombora. No se podían rendir. Cuando se trataba de la vida no se podía dudar en ningún momento de seguir luchando.

Sofia echó más combustible al fuego.

Se acostó de lado y observó las llamas. Después se tumbó de espaldas. Se dio cuenta de que había luna llena. Lo había olvidado. El cielo estaba totalmente despejado, la luna, con sus sombras negras, se veía claramente. Hacía respiraciones largas y hondas. Las imágenes revoloteaban en su cabeza.

«Ya soy adulta», pensó.

«Mi hermana va a morir, es la segunda hermana que se me muere. Y yo tengo que aguantarlo. Pensar en los que están vivos».

Giró la cabeza.

Era como si viajara entre la luna y el fuego. ¿Había alguna respuesta? ¿Por qué vivíamos? ¿De dónde veníamos? ¿Dónde estaba la muerte? ¿Por qué existía la muerte? ¿Por qué se había colocado justo detrás de Rosa y había jadeado en su nuca? Tantas preguntas y ninguna respuesta. Volvió la mirada hacia la luna otra vez. Un pájaro nocturno pasó volando. Las alas silbaron, y desapareció.

Después oyó otro ruido.

Sonó como algo que rozaba. O crujía. El sonido venía del camino. Sonaba como una bicicleta.

Se incorporó.

La luz de una bicicleta titiló en el camino. Se iba acercando. El ciclista se había parado. ¿Era posible? Sofia apenas se atrevía a pensarlo. Se levantó y salió despacio al camino. Preparada para llevarse un chasco.

Pero era él.

El Chico de la Luna, el Chico Canela, Sergio, Zé y, al final, Armando. Todos sus nombres volaron en su cabeza. Vio que llevaba puestos los pantalones que ella le había arreglado.

—Solo pasaba por aquí —dijo—. Para dar las gracias.

Sofia recordó lo que Rosa le había enseñado. Esquiva, sin pasarse de amable.

—¿Pasabas por aquí? ¿En mitad de la noche?

Él se rio.

—No —dijo—. No del todo. Pero me gusta ir en bici por la noche. Cuando está oscuro.

—¿Por qué?

—No lo sé.

La breve conversación se terminó.

«¿Qué hago ahora?», pensó Sofia. «¿Cómo me comporto? Para que no se vaya».

—Los pantalones quedaron bien —dijo Armando.

—Rosa me dijo que habías venido.

—Creo que no le caí bien.

De repente la voz sonó un poco triste. Sofia sintió que debía defender a Rosa.

—Mi hermana está enferma.

—Lo vi.

—¿Cómo que «lo viste»?

—Estaba delgada y pálida.

—*Yo* no estoy enferma.

Las palabras le salieron solas por la boca a Sofia.

«Soy una idiota», pensó. «¿Por qué he dicho eso?».

Pero a Armando no parecía importarle.

—Yo tampoco —contestó.

La conversación se acabó otra vez.

Sofia pensó que debía evitar a cualquier precio que se marchara. Si se iba ahora no volvería nunca más.

—Hace calor —dijo.

—Sí.

—Y hay luna llena.

—Sí.

—Me gustas tanto.

A Sofia casi se le caen las muletas.

Las palabras le salieron otra vez solas por la boca. ¡Lo había dicho! «Me gustas tanto».

—Me gustas —contestó Armando—. No nos conocemos. Pero, aun así.

—Aun así, ¿qué?

—Fue la bici la que me llevó hasta aquí. Y supongo que ayer me desilusioné un poco cuando vi que no estabas.

Acercó la bici hasta estar junto a ella. Sofia tocó el manillar. No se atrevía a mirarle a la cara. Pero olía a canela.

Levantó los ojos.

Él la estaba mirando.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Pero vendré a decirte hola. Si quieres.

—Sí, gracias.

Ahora fue tonta otra vez. No se daban las gracias.

Armando se fue montado en la bici.

Si hubiese podido, Sofia habría salido corriendo tras él.

Se sentó junto al fuego otra vez.

Justo en ese instante supo qué era la felicidad.

No necesitaba preguntárselo al fuego.

La respuesta estaba donde tenía que estar. Dentro de sí misma.

Epílogo

Rosa murió una tarde justo después de que pasara una tormenta. Las gotas dejaron poco a poco de caer sobre la techumbre. De la misma manera se fue apagando la vida de Rosa, como una lenta marejada que se va meciendo lentamente contra una playa y después desaparece por completo.

Rosa murió en la cama de Sofia.

Lydia y Sofia le acariciaban las manos. Alfredo estaba sentado en la otra punta de la cama y le cogía un pie.

Era lo que Sofia recordaba con más fuerza del momento en que Rosa dejó de vivir. Alfredo sentado cogiendo uno de sus pies.

Rosa estaba delgada y su cara llena de heridas.

La mayor parte del último tiempo se la pasó durmiendo. De vez en cuando se despertaba, como para controlar que todos estaban allí, tal como debían. Después se dormía otra vez.

Una vez, cuando estaba sola con ella, Rosa dijo unas palabras que Sofia se prometió a sí misma no olvidar nunca.

—Ya no tengo miedo. No tengo más miedo.

Habían pasado seis meses desde que Lydia y las demás mujeres obligaran al señor Bastardo a dejar en paz sus tierras. Durante todo ese tiempo, Rosa había ido empeorando poco a poco. El doctor Nkeka pasó a visitarla algunas veces y decía que no había nada que se pudiera hacer. Aunque Lydia en el fondo lo comprendiera, nunca pudo aceptar que Rosa muriera.

Las gotas contra la techumbre, Alfredo que le cogía el pie a Rosa.

Después se acabó.

Ya al día siguiente tuvo lugar el entierro.

El señor Temba recorrió el largo trecho hasta Boane y compró un ataúd. Lydia lloró mucho. Sofia tuvo la sensación de que le tocaba a ella ser fuerte. Hacer de madre con su propia madre.

Rosa fue enterrada entre los demás muertos, sobre una colina cerca del río. Sofia pensó que ahora se encontraría con Maria. Al menos Rosa no tendría que estar sola, como había estado

Maria durante tanto tiempo. Pensó también que cuando fuese mayor tenía que tener dos hijas. Una a la que pudiera llamar Maria y otra Rosa.

Armando no fue al entierro.

Pero Sofia sabía que estaba en algún sitio cerca.

Aquella noche, cuando hubieron enterrado a Rosa, Sofia se quedó sentada sola junto al fuego.

Lydia estaba completamente agotada y se había dormido pronto. Sofia estaba sentada con la mirada clavada en las llamas. Buscando respuestas para todos sus enigmas. Otra vez pensó que era infantil. El fuego no tenía voz. Las llamas no tenían respuestas que darle.

De pronto dio un respingo.

Al otro lado del fuego vio una cara. Era como si los ojos y la boca y las mejillas relucientes estuviesen entre las llamas.

Reconoció la cara.

Era Armando, que había ido a verla.

Y el fuego olía aquella noche a la singular especia llamada canela.

LA IRA DEL FUEGO

Antes de empezar la historia…

Han pasado diez años desde que hablé por primera vez de Sofia, la niña africana. Aquel libro se llamaba *El secreto del fuego* y trataba de cómo Sofia perdió a su hermana Maria a la vez que perdía sus piernas en un horrible accidente con una mina antipersona. Eran muy jóvenes, nueve, diez años, e iban corriendo por un camino cuando Sofia pisó por casualidad una mina que explotó, le destrozó el cuerpo y mató a Maria.

Unos años más tarde escribí de nuevo sobre Sofia y su familia. El segundo libro se llamaba *Jugar con fuego* y relataba el momento en que Sofia se enamoró por primera vez en su vida. También trataba de la desesperación que sintió cuando una de sus hermanas, Rosa, murió de sida.

Entonces prometí que escribiría otro relato sobre Sofia.

Han pasado cinco años desde entonces. No es mucho tiempo pero han ocurrido muchas cosas, tanto en mi vida como en la vida de Sofia. Y es ahora cuando siento que ha llegado el momento de escribir otro libro sobre Sofia.

Este es un relato con una parte de verdad y otra de fantasía. Todo lo que explico ha ocurrido, pero no exactamente de la manera en que lo escribo. Normalmente es así como se escribe un relato, mezclando la realidad con los sueños o la fantasía. De esta manera transcurre también la vida de Sofia junto a la vida de otras personas. El destino de uno se mezcla con el de los otros.

Este relato se lo he leído en voz alta a Sofia. Nos hemos sentado unas cuantas veces al lado del fuego en las cálidas noches africanas. Ella escuchaba y ahora te lo cuento también a ti que tienes el libro entre las manos…

HENNING MANKELL

1

Sofia corre a través de la oscuridad. Tiene prisa y mucho miedo. No sabe por qué corre, por qué tiene miedo, o hacia dónde va. Hay algo allí detrás que la asusta, algo peligroso, algo malo, que se acerca cada vez más.

Corre a través de la noche. Está sola y siente cómo le invade el miedo…

Sofia cierra los ojos mientras sigue pensando en la horrible pesadilla. Ha tenido aquel sueño desde el tremendo accidente, cuando murió Maria y ella perdió las piernas, además de sufrir profundas quemaduras. Dio un respingo y abrió los ojos, como si se despertara de un verdadero sueño. Como si se hubiera desplazado en el tiempo. Echó unas cuantas ramas al fuego y pensó que ya habían pasado diez años. Entonces tenía nueve y ahora casi veinte.

Era tarde. A estas horas normalmente ya estaba durmiendo. Pero aquella noche no podía. Detrás de ella, en la pequeña casa de ladrillos, dormía el resto de la familia. Oía los pesados ronquidos de su madre, Lydia, y a alguno de los niños quejándose en sueños.

Sofia estaba sentada sobre una alfombra de rafia junto al fuego. Al otro lado de las llamas estaba su perro, Lokko, con la cabeza sobre las patas y con los ojos cerrados. Cuando Sofia se movía o algún insecto revoloteaba cerca de su hocico, abría los ojos y la miraba.

A veces Sofia pensaba que era igual de extraño mirar hacia el interior de los ojos de un perro que observar fijamente el fuego, donde las llamas saltaban y las ascuas crepitaban y se liberaban desapareciendo en la noche. Los ojos de Lokko eran como entradas a oscuras cuevas donde se escondían muchas cosas emocionantes y extraordinarias. En las llamas del fuego bailaban los recuerdos de lo que ocurrió y lo que pensó hace mucho tiempo…

El poblado dormía a su alrededor. Lejos, en la oscuridad, podía oír cómo lloraba un niño. Escuchó. Parecía que el niño estuviera enfermo. Quizá tuviera fiebre, quizá fuera otra cosa.

En cuanto oyó el llanto sintió un pinchazo. Ahora ella tenía dos niños pequeños y sabía que cuando un niño empezaba a llorar podía ser una enfermedad grave que estuviera a punto de declararse. Tampoco tenía por qué ser así, pero nunca se sabía. Había visto morir a muchos niños, de fiebre, de diarrea o de malaria. Los que eran pobres y vivían como ella en aquel poblado nunca podían estar seguros de que hubiera un médico para ayudarlos o de que tuvieran siquiera dinero para comprar las medicinas que necesitaban.

Volvió a escuchar. El niño se había callado. Sofia acercó unos trozos de leña con una de sus muletas y los echó al fuego. Lokko la miraba.

—¿A que es bonito? Las llamas saltan y bailan, igual que yo antes de perder las piernas. Bailaba como las llamas.

Lokko la miró con sus grandes ojos.

—Me pregunto qué es lo que piensas —dijo Sofia—. Ojalá pudieras hablar conmigo un solo minuto y me contaras lo que hay en tu cabeza.

Sofia apartó la muleta poniéndola sobre la arena y se apoyó contra el taburete de madera que usaba de respaldo. Volvió a escuchar en la oscuridad. Pero el niño que acababa de llorar se había callado.

«¿Cómo ha pasado todo lo que ha pasado?», pensó. «Una vez, yo era una niña pequeña. Ahora, de pronto, soy una adulta. ¿Qué significa realmente no ser ya un niño?».

Sofia cerró los ojos y se puso a pensar en el pasado. Era como si tuviera un camino bien marcado dentro de su cerebro. A menudo pasaba por allí y con cada día que vivía, el camino se hacía un poco más largo. Y así sería hasta que se hiciera vieja, y quizá un día estuviese tan cansada que el camino le parecería tan largo que ya no podría seguirlo ni con el pensamiento…

Pensó en Maria y Rosa, sus dos hermanas muertas. Siempre pensaba en ellas cuando recordaba el tiempo pasado. Sabía que las encontraría allí, dentro de su cabeza. Estarían en diferentes sitios del camino esperándola. En alguna parte, allí dentro, también estaba su padre, Hapakatanda, que había muerto cuando ella era tan pequeña que casi no se acordaba de él.

—Ahora soy adulta —se dijo a sí misma—. Pero aún no sé lo que significa.

De pronto sintió como si ya no estuviera sola sobre la alfombra de rafia delante del fuego. A su alrededor había varias personas parecidas a las sombras. Una solo tenía tres, cuatro años, otra ocho, otra quizá diez.

¡Era ella misma! Sofia pensó que estaba allí sentada rodeada por sus diferentes edades. Podía alargar la mano y saludarse a sí misma a los ocho años, o a los seis, o cuando era tan pequeña que ni siquiera había aprendido a andar.

Pero estaba sola, por supuesto. Era a sí misma a quien veía, pero dentro de su cabeza, en la memoria.

¿Qué era lo primero que recordaba de su vida? ¿Su recuerdo más antiguo? Había bajado al río a lavar ropa con Lydia, su madre. Había estado jugando a la orilla del río. Quizá Maria también había ido aquella vez. No lo recordaba. Lydia estaba agachada junto a otras mujeres, restregando ropa en el río con el agua hasta las rodillas. Sofia sabía que en el río había animales peligrosos. Los cocodrilos se acercaban sigilosamente por debajo del agua, sobre la superficie tan solo los ojos. Entonces podían atacar con su enorme boca atrapando a una persona y hundiéndola en el agua. Lydia y las otras mujeres no dejaban de vigilar todo el tiempo el agua. Los cocodrilos estaban allí y, traicioneros, nunca se sabía cuándo se acercarían por debajo del agua.

De pronto un cocodrilo cruzó la superficie abriendo sus tremendas fauces con unos dientes resplandecientes. Había cogido por un brazo a una de las mujeres que estaban lavando. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se hundió en el agua llevándosela consigo.

La mujer salió a la superficie una vez. Gritaba, Sofia todavía podía recordar el sonido. Después desapareció debajo del agua otra vez y nadie pudo encontrar nunca restos de ella.

«Es el primer recuerdo de mi vida», pensó Sofia. «Vi aquel cocodrilo y oí cómo gritaba la mujer. No es solo una historia que me contó mi madre Lydia u otra persona. Aquello fue lo que realmente ocurrió. Yo estaba sentada a la orilla del río viendo cómo desaparecía debajo del agua».

«Es raro», pensó. Algo que la asustaba. El primer recuerdo de su vida era cuando vio morir a una persona, apresada entre las fauces de un cocodrilo.

Sofia apartó un mosquito que se había posado sobre su brazo, antes de que le picara atravesando la piel y le chupara la sangre. Otras imágenes del pasado empezaron a aparecer en su cabeza. Maria estaba casi siempre allí. Habían sido inseparables. Solo se llevaban un año y a menudo pensaban que en realidad eran mellizas. Aunque siempre habían sido pobres e incluso a veces se habían tenido que ir a dormir con hambre mientras su madre Lydia lloraba porque no le podía dar de comer a sus hijos, siempre hubo cierta luz en su infancia. ¿O acaso era que ella solo quería recordarlo de aquella manera?

En realidad Sofia no quería recordar lo que había ocurrido, pero no podía evitarlo. Fue aquella espantosa mañana cuando sucedió aquello tan terrible que cambió toda su existencia.

Ella y Maria iban corriendo por el camino. Era pronto y el sol acababa de aparecer en el horizonte. Cada mañana su madre Lydia les ordenaba ir por el camino, no correr nunca a través de los campos o por la tierra por la que nadie pasaba. Allí había algo peligroso, animalitos horribles, cocodrilos de tierra que podían abrir las mandíbulas y arrancarles las piernas y los brazos a los niños pequeños que no miraban dónde ponían los pies. Iban corriendo por el camino y Sofia se puso a saltar a la pata coja. Maria estaba a su lado, en el camino. Sofia saltaba con el pie izquierdo. Después puso el pie derecho en el suelo para volver al camino otra vez.

Lo siguiente que recordaba tan solo era un dolor que le quemaba y un silencio grande y oscuro. En el hospital estuvieron cada una en una cama, una al lado de la otra. Las heridas de Maria eran muy graves y una noche le cogió la mano a Sofia y le dijo: «Me voy a casa»; después cerró los ojos y en ese mismo instante Sofia supo que Maria había muerto.

Sofia estaba sentada al lado del fuego y pensaba que a pesar de que había tenido que recordar lo sucedido muchas veces, todavía era igual de doloroso. Se le llenaban los ojos de lágrimas cada vez que pensaba en Maria, como si acabara de reír hacía un momento. La veía delante de ella, con su vestido blanco, riendo por el camino.

A Sofia le resultaba difícil de comprender la sutil diferencia que había entre la vida y la muerte, a pesar de que en realidad debería ser muy grande. Además, era la gente mayor la que debía morir, no los que eran como ella o Maria, niñas que aún no habían cumplido los diez años.

Se secó los ojos y pensó que Maria había muerto hacía diez años. Si hubiera seguido viva tendría veinte. Quizá también hubiera tenidos hijos. Sofia intentaba verla con el aspecto que tendría ahora. Pero era imposible. Aunque podía imaginarse el cuerpo adulto de Maria, con las caderas redondas y con pecho, era la cara infantil y sonriente de Maria la que estaba en aquel cuerpo. Por muy mayor que se hiciera Maria, siempre tendría cara de niña en su memoria. Su cara no envejecería.

Sofia miró al cielo. Si hacía sombra con una mano sobre los ojos para que el fuego no la deslumbrara, podía ver las estrellas que brillaban allí arriba.

Su madre Lydia siempre decía que los que morían se convertían en estrellas. A Sofia le resultaba difícil creer que fuera verdad, aunque era bonito imaginarse que eran los ojos de Maria los que brillaban allí arriba. Pero solía pensar más bien que Maria estaba dentro de su cabeza. Lo que estaba enterrado en la tierra eran huesos y no sonrisas, ni carcajadas, ni recuerdos.

Lokko se levantó, se rascó y desapareció en la oscuridad. Sofia tomaba té frío en un vaso de plástico y escuchaba los sonidos del interior de la casa. A veces Lydia roncaba tan fuerte que se oía a través de las paredes. Pero ahora había silencio. Lydia dormía en el suelo sobre una alfombra de rafia con una almohada delgada debajo de la cabeza. Sofia le había preguntado si no quería que le comprara una cama. Pero Lydia dijo que no. Siempre había dormido en el suelo. No quería cambiar aquello, ahora que empezaba a hacerse vieja.

Pero ¿era Lydia realmente vieja? Sofia intentaba pensar. Lydia no sabía muy bien los años que tenía. Nadie había escrito la fecha exacta ni el año en que nació. Cuando fue lo bastante mayor para preguntarlo, su madre ya había muerto y su padre no se acordaba muy bien. La madre de Lydia había tenido un niño cada año durante bastante tiempo. Había parido once pero solo tres habían sobrevivido. Su padre recordaba que Lydia nació un otoño inusualmente lluvioso. En septiembre, quizá a principios de octubre. Pero ¿de qué año? A eso no podía responder. Sofia creía que Lydia tendría unos cuarenta y cinco años, aunque como estaba cansada de haber trabajado mucho parecía mayor de lo que era.

La muerte la había envejecido.

Primero había muerto Maria en aquel accidente que le cortó las piernas a Sofia. Después había muerto la otra hermana de Sofia, Rosa, de una enfermedad horrible. Uno de sus hermanos pequeños había muerto de malaria y otro de dolor de barriga. A Lydia se le habían muerto cuatro hijos. De los que hoy vivían, una, Sofia, había perdido las piernas y andaba con muletas.

Lydia había visto morir a sus hijos. Eso la había envejecido. Les lloró en su desesperación y las lágrimas le habían marcado profundos surcos en la cara. La pena por los niños muertos se le había pasado al cuerpo y se había convertido en dolor en las articulaciones, las rodillas y los brazos.

A Sofia se le llenaban los ojos de lágrimas cuando pensaba en su madre Lydia. Tanta

desgracia y pena que había tenido que sufrir en su vida. No era raro que tuviera la cara de una persona muy mayor.

Lokko apareció desde la oscuridad y se acostó al lado del fuego. Sofia continuó pensando en todo lo que había ocurrido en su vida. En los tiempos difíciles después del accidente, cuando estaba en el hospital y lloraba hasta que se dormía por la desesperación ante la muerte de su hermana Maria y por las piernas que había perdido, muchas veces pensó en que no quería seguir viviendo. Fue ella, Sofia, la que había pisado la mina que estaba en el suelo al lado del camino. Pero fue Maria la que recibió peor castigo y la que murió. ¿Por qué fue Sofia la que siguió viviendo y Maria la que murió, cuando debería haber sido al revés?

No se podía entender. Sofia se preguntaba si aquello era lo que significaba ser adulta. Si había cosas que no se podían entender. Y se tenían que aceptar.

Con el pensamiento avanzó hasta el año en que Rosa se puso enferma y murió en el suelo, dentro de casa, una noche en que Sofia y los demás estaban sentados a su alrededor abrazándola, fuerte, para que no los dejara. Pero no consiguieron que se quedara. Murió y ahora estaba enterrada.

Sofia solía ir con Lydia hasta la tumba una vez a la semana. Estaba junto a las otras tumbas del poblado en una colina, abajo, al lado de un riachuelo. Cada vez que iban habían cavado nuevas fosas. Gente nueva a la que se había enterrado. Lydia siempre lloraba. Se ponía en cuclillas y lloraba, como si la muerte de su hija acabara de ocurrir. Y no hacía muchos años.

Para Lydia, su madre, los hijos muertos siempre estaban cerca.

Sofia se preguntaba a veces si los muertos podían hablar entre ellos. Que los muertos y los vivos podían hablar entre ellos ya lo sabía. A veces parecía como si Maria, Rosa y los hermanos pequeños muertos estuvieran cerca de ella y pudieran susurrarle.

Cuando se hablaba con los muertos se susurraba. Sofia no sabía decir por qué era así. Pero sabía que estaba en lo cierto.

Pero ¿podían Rosa y Maria hablar entre ellas? ¿O bajo tierra había un completo silencio? ¿Podían hablar entre ellos arriba, entre las estrellas, como creía Lydia?

Sofia miró hacia las estrellas otra vez con los ojos entreabiertos. De nuevo pensó que ser adulta comportaba que había muchas cosas a las que no se sabía dar respuesta.

Notó que tenía ganas de hacer pis y se levantó trabajosamente con ayuda de sus muletas. Si estaba sentada mucho rato en el suelo le dolían las caderas al levantarse. Fue hasta las letrinas. Lokko la siguió. Nunca la dejaba sola. Cuidaba a la familia entera. Especialmente a los dos niños pequeños de Sofia.

Se puso de cuclillas e hizo pis. Cuando se levantó le volvieron a doler las caderas. De nuevo junto al fuego, puso más leña y vio cómo crecían las llamas.

El fuego olía bien. Casi como el perfume que usara Rosa de vez en cuando.

En las ascuas le pareció ver la cara de Rosa. Unos años antes de que muriera era una de las chicas más guapas que Sofia hubiera visto. A veces tenía un poco de envidia de su hermana por ser tan guapa y porque todos los chicos la rodeaban. Pero un año después, cuando murió, toda la belleza había desaparecido. La piel se le había estirado como un cuero sobre los huesos. Estaba tan delgada que no se sostenía en pie.

Rosa había contraído una enfermedad de la que nadie hablaba pero que todo el mundo temía. Hacía que la gente adelgazara, tuviera dolor de vientre y al final muriese. Excepto los más mayores, cualquiera podía padecerla. Los niños podían morir, lo mismo que los jóvenes. La enfermedad se llamaba sida. Era una enfermedad que ningún médico, ni siquiera los del hospital de la ciudad, podía curar.

De pronto Sofia vio interrumpidos sus pensamientos por alguien que venía andando por el camino ¿Tan tarde? El que realmente había oído el ruido era Lokko. Había estirado las orejas y se había sentado. Tras un instante, Sofia vio que era el viejo Augustino quien iba andando por allí. Era de los más ancianos de la aldea. Vivía solo en una cabaña medio derruida y no era como los demás. Hablaba solo, se vestía de una forma rara y nadie entendía verdaderamente lo que decía. Además, no podía dormir y por la noche se paseaba por la aldea. Nadie le tenía miedo porque era una buena persona. En ese momento apareció por entre la oscuridad. Sofia vio como se paraba echando la cabeza hacia atrás para mirar el cielo.

Una vez Sofia había hablado con él. Fue en un periodo en el que ella tampoco podía dormir. Estaban en el camino de gravilla en la oscuridad. Augustino habló y habló a su manera susurrante e incomprensible. Pero de pronto Sofia entendió lo que intentaba explicarle, que salía por las noches a pasear buscando estrellas caídas. Podían quedarse en el suelo resplandeciendo si se tenían los ojos adecuados para ver su luz. Sofia no había logrado entender lo que significaba tener los ojos adecuados. Probablemente solo Augustino tenía los ojos adecuados.

De pronto miró hacia el fuego junto al que estaba ella y la saludó. Sofia le devolvió el saludo esperando que no se le acercara y se pusiera a hablar. En aquel momento ella quería estar a solas con sus pensamientos.

Augustino parecía haber entendido sus deseos. Volvió a saludar y desapareció por el camino hacia la oscuridad. Lokko se volvió a echar con la cabeza descansando sobre las patas.

Sofia bostezó. Empezaba a estar cansada. Dentro de poco dormiría dentro, en su cama. Pero aún deseaba quedarse un rato allí fuera, junto al fuego. Ya no echaría más leña y vería consumirse el fuego hasta que solo quedara una fina capa de brasas.

Se puso a pensar en los que estaban durmiendo dentro de la casa de paredes marrones. Su familia.

La casa tenía dos habitaciones. La comida se hacía en el fuego, que estaba apartado, en un pequeño cuchitril, lo mismo que la letrina y el lugar donde se podían asear, detrás de unas cuantas alfombras de rafia que habían colgado de unos postes. En una habitación dormían

Lydia y los dos hermanos de Sofia. En la otra habitación vivía Sofia con sus dos hijos. Allí también estaba su orgullo, la máquina de coser, que en los años difíciles la ayudó a ganar dinero con el que cooperar en la compra de comida y ropa.

Sofia sintió un calor interior cuando pensó en los que estaban durmiendo allí dentro. Aquel calor no procedía del fuego sino de su propio corazón que, a veces, podía ser como un auténtico horno.

«Tengo a mi madre y a mis hermanos», pensó. «También tengo a mis dos hijos que están sanos, que ahora duermen y no tienen hambre. Cada día cuando se quedan dormidos y sé que no tienen hambre, siento que la vida vale la pena vivirla. Si yo hubiera muerto, mis hijos nunca habrían existido».

A veces aquel pensamiento no solo significaba una gran alegría, sino también una gran pena. Maria y Rosa nunca tuvieron la posibilidad de traer hijos al mundo. Lo tenía que hacer ella.

De vez en cuando pensaba que sus hijos en realidad tenían tres madres. Una que vivía, ella, y dos que estaban muertas, Maria y Rosa.

Sonrió al pensar en los niños, volvió a bostezar y sintió un ligero cosquilleo en la barriga. Mañana iría al pequeño ambulatorio y le dirían si estaba embarazada. Se puso una mano sobre el vientre, cerró los ojos e intentó percibir algo. Las dos veces que se había quedado embarazada había estado segura de ello antes de saberlo con certeza. Pero esta vez no era así.

«Soy adulta», pensó. «Tengo casi veinte años, tengo hijos de los que soy responsable y hay preguntas a las que no encuentro respuesta».

Apoyó la espalda en el banco y tarareó una melodía, una canción infantil que ella y Maria solían cantar juntas. Sentía una tremenda mezcla de tristeza y alegría. ¿Era aquello quizá otro signo de que era adulta? Cuando era niña siempre había sido una cosa u otra. O estaba contenta o estaba triste. Nunca se podía estar las dos cosas a la vez.

Decidió que así era. Eras adulto cuando podías estar contento y triste a la vez.

A su lado, sobre la alfombra de rafia, estaban algunos de sus diarios. Tenían las tapas rojas y había llenado una página tras otra desde el año en que murió Rosa. No sabía lo que le hizo tomar la decisión de escribir un diario. Una mañana, simplemente, se despertó y lo decidió. Había llegado hasta la ciudad en autobuses y camiones, y bajo un calor tremendo, había ido de tienda en tienda hasta que encontró una que vendía diarios.

Abrió una página al azar. Las llamas de la fogata ya no eran tan grandes. Se inclinó hacia delante para poder leer lo que ponía.

«Chico de la Luna».

Sofia sonrió para sí. Y pensar que una vez había llamado así a Armando, al que después sería el padre de sus hijos.

Chico de la Luna. Ojeó el diario, deteniéndose de vez en cuando mientras intentaba leer bajo el resplandor que se hacía cada vez más débil.

Y pensar que también lo había llamado ¡*Chico de canela*! Y Sergio. Y Zé.

Recordó aquella noche cuando vino a darle las gracias porque le había arreglado los pantalones. Era justo antes de que Rosa muriera. Todavía recordaba lo que le había dicho.

—Solo pasaba por aquí. Para darte las gracias.

Cerró de nuevo el diario. Hacía tanto tiempo. Aquella vez ella se había quedado como paralizada por la pena de saber que Rosa estaba muy enferma e iba a morir. Al mismo tiempo estaba contenta de ver a Armando y de haberse enamorado de él.

Ahora juntos tenían dos niños y quizá fueran a tener el tercero. Pronto lo sabría.

El fuego se había apagado. Solo quedaban brasas que ardían lentamente sin llama. Ya casi no podía distinguir a Lokko, que estaba tumbado al otro lado del fuego apagado.

Cerró los ojos, volvió a bostezar y pensó en irse a acostar a su cama.

Lydia se despertó como siempre la primera de la casa. Salió al amanecer y estiró sus doloridos miembros, y entonces reparó en que Sofia estaba durmiendo sobre la alfombra de rafia al lado del fuego apagado. Al lado tenía uno de sus diarios. Lydia se acercó y miró a su hija. Las dos muletas, sus piernas ortopédicas. Amaba a su hija y pensó que era muy fuerte al haber superado todo aquello tan difícil y los dolores que había tenido que sufrir.

Después la despertó con cuidado sacudiéndole un hombro. Sofia abrió los ojos y miró directamente a la cara de Lydia.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Estas durmiendo aquí fuera, junto al fuego.

Sofia se sentó. Lydia sonrió. A lo lejos el gallo malhumorado de la señora Mukulela había empezado a cantar.

Un nuevo día había comenzado.

2

Sofia era la única de la familia que tenía un reloj de pulsera. Le había hecho una falda a una de las hermanas de Armando, que se llamaba Angela. Esta trabajaba en una cafetería de la ciudad y ganaba dinero. Cuando fue a buscar la falda azul vio que Sofia miraba a hurtadillas el reloj que ella llevaba.

—Puedo pagarte con meticales o darte el reloj, tú eliges —dijo.

Sofia sintió de inmediato que se ponía colorada. No lo soportaba. Solo los niños se sonrojaban y ella se había comportado como una niña que no sabe reaccionar cuando le ocurre algo imprevisto. Como ahora. Pero cuando se era adulto no se debía una sonrojar.

Angela lo notó y se echó a reír sin que pareciera que se burlaba. Aquello le facilitó las cosas a Sofia.

—El reloj —dijo.

—¿Sabes cómo funcionan las agujas?

Sofia casi se enfadó. Claro que sabía cómo funcionaban las agujas. Lo había aprendido cuando estuvo en el hospital después del terrible accidente. Una de las enfermeras le había enseñado.

—La falda es muy bonita —dijo Angela—. Aquí tienes el reloj. La batería es pequeña pero dura un año entero.

Desde aquel día Sofia tenía reloj. La correa era de plástico rojo y tenía la esfera negra y las agujas amarillas. Sofia solía entretenerse adivinando la hora. ¿Cuándo eran las doce? Miraba el sol y lo notaba dentro de sí. Cuando creía que había llegado la hora, miraba el reloj. A veces era más tarde y a veces más temprano. Pero casi siempre lo adivinaba. Notaba cuándo eran las siete o las diez, cuándo las ocho o las nueve. Si se despertaba a medianoche porque alguno de los niños, Leonardo o Maria, se despertaba, siempre adivinaba la hora que era.

Consultó el reloj de pulsera. Eran las siete y diez. El gallo de la señora Mukulela continuaba cantando a pesar de que ya se había despertado todo el poblado. Su madre Lydia había calentado lo que quedaba de sopa de la noche anterior y les dio de comer a los hermanos pequeños de Sofia y a los hijos de esta.

Sofia aprovechó para marcharse mientras los niños estaban entretenidos comiendo. Si la veían irse por el camino del pueblo, alguno de los dos se podía echar a llorar. No les gustaba que se fuera. Una vez Sofia le preguntó a su madre Lydia si ella también hacía lo mismo de pequeña. ¿Lloraba cuando Lydia se marchaba?

—Siempre —contestó Lydia—. Eras la que más chillaba de todos tus hermanos.

A pesar de que solo eran las siete el sol ya estaba muy alto en el cielo. Sofia no tardó mucho en ponerse a sudar. Siempre empezaba por la frente, justo en la línea del pelo. Después se le humedecía la parte de entre los pechos. Al final empezaba a sudar por la espalda. Pero siguió andando. No se podía hacer nada contra el sol. Sin él no habría vida. Así que una tenía que aguantarse y sudar.

Utilizaba las dos muletas. Cuando no tenía que ir muy lejos le bastaba con una, pero el ambulatorio estaba a seis kilómetros así que tenía que utilizar las dos.

Para que el camino no se le hiciera tan largo escogió en qué quería pensar. Hoy pensaría en Armando, el padre de sus hijos y su primer y único amor. Una vez apareció en el camino a la luz de la luna y parecía completamente azul. Hacía siete años. Después de la muerte de Rosa, Sofia estuvo durante bastante tiempo tan desesperada por la pena que no tenía ganas de estar con nadie más que con los más cercanos, tanto vivos como muertos. Pensaba en Rosa y en Maria y soñaba con ellas por la noche.

De vez en cuando venía Armando a preguntar por ella. Se sentaban en la sombra detrás de la casa y hablaban. Pero solo lo aguantaba un rato cada vez. En su interior siempre tuvo miedo de que se cansara de ella, ya que podía pensar que estaba más interesada en sus dos hermanas muertas que en él. Pero no podía hacer otra cosa. Estaba tan llena de tristeza que no tenía sitio para la alegría que el amor le podía dar. Tendría que ser después.

Y así fue. Sofia continuó penando, pero después de medio año notó que la alegría que sentía cuando Armando aparecía andando por el camino ocupaba cada vez más espacio en su interior.

Un año más tarde empezaron a vivir juntos. Armando y Sofia dormían en la habitación más interior, mientras que Lydia y los niños pequeños ocupaban la otra. A Lydia le gustaba Armando, aunque al principio tenía sus dudas. Pero como trabajaba y no bebía demasiada cerveza, al final pensó que Sofia había encontrado un buen hombre.

Naturalmente, lo más importante era que tuviera un trabajo. Era mecánico y al principio trabajaba en un pequeño taller a las afueras del poblado. Dedicaban casi todo el tiempo a mantener vivos los dos viejos tractores. Un día, un año después de haberse ido a vivir con Sofia, Armando llegó preocupado a casa y contó que iban a cerrar el taller. Tendría que ir a la ciudad a buscar trabajo. Sofia estaba entonces embarazada del primer niño, el que se llamaría Leonardo. Tuvo miedo de que Armando se quedara sin trabajo o de que pudiese desaparecer en la ciudad. Pero varias semanas después Armando encontró trabajo. Volvía a casa cada fin de semana y no regresaba a la ciudad hasta el domingo, a última hora de la tarde.

Una vez Sofia fue a verlo a su trabajo. Era un pequeño taller con una parte al aire libre. El propietario del taller se llamaba Samuel y era un hombre mayor que siempre sonreía con una boca a la que le faltaban casi todos los dientes. A Armando le caía bien, aunque no le pagara un buen sueldo y tampoco se atrevía a dejar a Samuel sin tener antes otro trabajo donde pudiera ganar más.

Sofia tuvo a Leonardo en el ambulatorio hacia donde se dirigía ahora. Fue un miércoles. Se

había despertado pronto por la mañana porque había roto aguas. Estaban preparados porque se acercaba la hora, y ya habían acordado con el sobrino de la señora Mukulela, que tenía un viejo camión, que llevaría a Sofia al ambulatorio si de pronto había que darse prisa.

Y hubo que dársela. Lydia envió a uno de sus hijos pequeños que corrió como un gamo sobre el polvoriento camino. Sofia sentía movimientos y latidos dentro del vientre. Su madre Lydia, que había tenido tantos hijos, parecía más nerviosa que si hubiera sido ella la que estuviera a punto de tener otro. Gritó y riñó al sobrino de la señora Mukulela cuando este apareció por fin con el viejo camión. Subieron a Sofia a la cabina mientras Lydia se encaramaba a la plataforma, en la que había unas cuantas cabras amarradas. Llegaron al ambulatorio a tiempo. El doctor Nkeka, que fue el que le había dicho a Rosa que tenía una enfermedad mortal, ya estaba en su sitio. Sonrió cuando vio que era Sofia. Durante el embarazo había visitado a Sofia dos veces y le había dicho que todo parecía estar bien.

—Buena chica —dijo cuando vio a Sofia—. No vienes ni muy pronto ni muy tarde.

Dos horas más tarde nació Leonardo. Su madre Lydia estuvo allí todo el tiempo, sujetándole la mano cuando las contracciones eran más fuertes. Aun cuando sentía mucho dolor, Sofia no quería chillar. Ya había chillado bastante mientras estuvo en el hospital después del tremendo accidente con la mina. Entonces sintió tanto dolor que a veces se desmayaba entre grito y grito. Ahora que iba a tener un hijo no quería gritar.

Lydia fue la primera que vio que era un niño. Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

—Ha sido niño —dijo.

Sofia cogió a su hijo de manos del doctor Nkeka y pensó que era igual a otros recién nacidos que había visto. Estaba arrugado y era feo, y lo más maravilloso que podía llegar a imaginarse.

—Maria —susurró—. Maria y Rosa, ¡miradlo!

—Un niño guapo —dijo el doctor Nkeka—. No tienes piernas, Sofia. Y también tienes graves quemaduras. Pero, de todas formas, eres completamente normal. ¿Cómo se va a llamar el niño?

Sofia miró a Lydia, que estaba sentada en un banco al lado de la cama meciéndose de alegría. No había pensado en que el niño necesitaba un nombre. Tampoco Armando había dicho nada.

—No sé —respondió Sofia.

—Un niño guapo tiene que tener un nombre bonito —dijo el doctor Nkeka.

Al día siguiente, cuando Sofia ya estaba en casa con el niño, llegó Armando. El doctor Nkeka, que vivía en la ciudad, había pasado por el taller mecánico y le había contado que había tenido un hijo. Samuel le dio un día de permiso. Ahora estaba sentado mirando a su hijo y Sofia, de pronto, pensó que volvía a parecer el *Chico de la Luna*.

—Cógelo —dijo Sofia.

Armando sacudió la cabeza.

—No me atrevo.

—Es tu hijo.

—Tengo miedo de que se me caiga.

Su madre Lydia estaba en la puerta de la casa oyendo la conversación a través de la ventana abierta. Entró de inmediato y miró duramente a Armando.

—Naturalmente que tienes que coger a tu hijo. No se te va a caer.

Cuando Sofia vio cómo Lydia le ponía al niño entre los brazos, pensó de nuevo en Maria y en Rosa. ¿Podía ser que la estuvieran viendo, a pesar de que Sofia no las pudiera ver a ellas?

Sofia pensó que si el niño hubiera sido una niña no habría sido difícil. En ese caso se llamaría Maria. Y si tuviera después otra niña se llamaría Rosa. Pero ahora tenía un niño.

—Tenemos que ponerle un nombre —dijo Sofia—. ¿Cómo se va a llamar?

—Rogerio —dijo Armando—. Como mi padre.

—Es un nombre bonito —dijo Sofia—. Pero de todas formas no es ningún Rogerio. Es otro nombre completamente distinto.

Armando se sintió un poco molesto, Sofia lo pudo notar, pero no protestó. Lo principal para Sofia era ver su tímida y torpe alegría por el niño.

Sofia también se sentía tímida y torpe a su vez. ¿Cómo iba a hacerse responsable de un niño? Ella que hasta ahora también había sido una niña. Una niña que, además, iba saltando por ahí con muletas.

Aquella noche, después de que Armando regresase a la ciudad, y el niño se hubiese dormido, Sofia estuvo mucho tiempo despierta en la cama. No se cansaba de mirarle la cara a aquella nueva persona que ya había vivido dos días y casi dos noches también.

Sintió como una punzada cuando pensó en que el niño se haría mayor. ¿Se avergonzaría porque tenía una madre que iba con muletas y que cada noche se quitaba las piernas ortopédicas y las ponía al lado de la cama? Igual pensaba que ella no servía para nada.

Intentó apartar aquellos pensamientos inquietantes. El niño, a pesar de todo, tenía un padre que era normal. Armando tenía unas piernas sanas y un cuerpo sin cicatrices ni quemaduras.

Lydia entró para ver si el niño dormía. No tenían electricidad. Había una vela encendida al lado de la cama de Sofia.

—¿Estás contenta? —preguntó Lydia.

—Estoy contenta —dijo Sofia—. Pero tengo miedo. De que muera.

—No va a morir —dijo Lydia—. Parece fuerte. Si se pone enfermo nos vamos directamente a ver al doctor Nkeka.

Lydia desapareció por la puerta. Sofia sopló la vela y cerró bien la mosquitera. Había mosquitos en la habitación. No pensaba dejar expuesto a su hijo a que le picaran los mosquitos y cogiera la malaria.

Estaba amodorrada en la oscuridad y de pronto abrió los ojos. De repente se había acordado de algo que le había explicado el doctor Raul, el que la había atendido después del tremendo accidente. De vez en cuando pasaba a verla a última hora, cuando volvía a casa del hospital. A veces, cuando estaba muy cansado, tan solo se sentaba al lado de su cama y le preguntaba cómo se encontraba. Después de que ella contestase, él se quedaba callado. Pero otras tardes, cuando no estaba tan agotado, se sentaba en su cama y le contaba historias y cosas de la gente.

Una vez le había hablado de un extraño hombre que hacía muchos cientos de años había inventado una máquina de volar. ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre que a Sofia, ya entonces, le había parecido bonito. Intentó recordarlo sin conseguirlo. Irritada, trató de obligar a su cerebro a que le dijera cómo se llamaba aquel hombre singular.

Era imposible. Con cuidado se puso de lado y permaneció con el niño apretado junto a su pecho.

Estaba casi dormida cuando el nombre salió corriendo hacia ella a través de la oscuridad.

¡Leonardo! Así se llamaba. Tuvo que volver a encender la vela para ver a su hijo.

—Leonardo —susurró—. Así te vas a llamar. Cuando seas mayor, todos entenderán que el único nombre que podías tener era Leonardo.

Sofia se paró en el camino para secarse el sudor de la frente. El recuerdo de cómo dio con el nombre de Leonardo la ponía contenta. Era un nombre bonito. Cuando se lo dijo a Armando, él le comentó que el nombre le gustaba.

Sofia se había parado donde el camino hacía una curva hacia la escuela a la que ella iba cuando era pequeña. Había niños jugando en el patio de la casa marrón que no tenía ni ventanas ni puertas. ¡Qué deprisa había pasado el tiempo! Entonces todavía tenía piernas y a su hermana Maria. Ahora Maria estaba muerta y ella iba de camino al ambulatorio para saber si estaba embarazada por tercera vez en su vida.

«La vida es extraña», pensó. Nunca se sabía qué era lo que te esperaba a lo largo del camino.

Continuó andando. En sus pensamientos volvió a la época en que tuvo a sus hijos. Primero llegó Leonardo, después, dos años más tarde, nació Maria. Ese nombre lo había propuesto Sofia. Estaban sentados junto al fuego una noche cuando Sofia estaba tan gorda que apenas se podía mover.

—Lydia —dijo Armando—. Tiene un nombre que empieza por L. Y Leonardo. ¿Qué nombre le pondremos si tenemos otro niño? ¿Y si es una niña?

Aquella noche jugaron a los nombres.

—Laurinda —dijo Armando—. O Lucas.

—Maria —dijo Sofia—. Si es una niña.

Y fue una niña. Y se llamó Maria. No había más nombres para ella. De pronto Sofia tenía dos hijos y aún no había cumplido los veinte. Cuando Maria nació, Leonardo era tan mayor que ya sabía andar. Armando seguía trabajando para Samuel, el gallo de la señora Mukulela seguía cantando y Sofia pensaba a menudo que aunque eran pobres no cambiaría su vida por la de nadie. Las noches de los fines de semana, que Armando pasaba en casa, ella descansaba segura junto a él en la estrecha cama. A pesar de que Armando siempre estaba muy cansando cuando llegaba a casa, solían hablar del futuro. Su mayor sueño era que los niños que habían tenido pudieran ir a la escuela. Armando solo había ido a la escuela hasta saber leer y escribir. Sofia había ido a la escuela más tiempo que él. Ella también había soñado en seguir estudiando y en un futuro maravilloso e inconcebible llegar a ser médico. Pero con el tiempo tenía cada vez más dudas. ¿Si quería estudiar en la universidad, cómo iba a ir a vivir a la ciudad? ¿De dónde iba a sacar el dinero? Después, cuando nacieron Leonardo y Maria, empezó a pensar que quizá podía estudiar para enfermera o para maestra.

Además, tenía bajo su responsabilidad a Lydia y a sus hermanos pequeños. Tras la muerte de Rosa, Lydia se convirtió en otra persona. Antes de que Rosa falleciera, solía reír y parecía poder con cualquier trabajo que se le presentara. Pero cuando murió Rosa, Lydia se rompió. Sofia se había dado cuenta. Nunca hablaba con Lydia abiertamente de ello, ya que a su madre no le gustaba hablar de sus sentimientos. Pero Sofia veía lo que pasaba. Lydia se cansaba cada vez más. Sofia, simplemente, no podía abandonarla. Tenía que quedarse hasta que sus hermanos pequeños fueran mayores. ¿Y quién cuidaría de Lydia cuando fuera tan mayor que ya no pudiera ir cada mañana a los campos a trabajar con la azada bajo el ardiente sol hasta que anochecía?

Sofia llegó al ambulatorio y se detuvo a la sombra de un árbol para secarse el sudor de la cara y debajo de la blusa. Cuando se agachó hacia delante para llegar con el pañuelo a la parte delantera del cuerpo pensó que tenía los pechos tan grandes que sin duda habría suficiente para amamantar a otro niño.

Si era una niña se llamaría Rosa. Si era un niño, Armando podría elegirlo.

Sofia atravesó la explanada de arena donde la gente llevaba una tela sobre la cabeza para protegerse del fuerte sol. Muchos se quejaban. Sofia se apresuró a pasar con las muletas. En aquellos momentos no aguantaba el sufrimiento de otra gente.

La sala de espera estaba llena. A pesar de que las dos ventanas estaban abiertas faltaba aire en la sala. Sofia se apoyo contra la pared y sobre una de las muletas. Un joven que parecía tener fiebre se levantó pesadamente para dejarle su sitio en el banco de madera. Sin embargo, ella negó con la cabeza. Podía quedarse de pie.

Pasó la mirada por todos los enfermos que había allí. «Todos tenemos algo», pensó. «Nadie se libra, ni de las enfermedades ni de las penas. Todos tenemos algo».

Pasó casi una hora hasta que Sofia pudo entrar en el consultorio del doctor Nkeka. Aquel día estaba cansado, lo vio de inmediato. Había tantos pacientes que no podría con todos.

Observó a Sofia a la vez que se limpiaba las gafas.

—Sofia —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y tus hijos?

—Bien.

—¿Y tu madre? No recuerdo cómo se llama.

—Lydia. También está bien.

El doctor Nkeka se puso las gafas y asintió pensativo con la cabeza.

—Pocas veces oigo que tanta gente esté bien. Especialmente aquí dentro. Aquí me paso el día entero oyendo cómo todo el mundo tiene dolor, padecimiento, pena, miedo. Y tú estás bien. Entonces, ¿a qué has venido?

—Creo que estoy embarazada —murmuró Sofia.

—¿Qué dices?

El doctor Nkeka se echó hacia delante para oírla mejor.

—Creo que estoy embarazada.

El doctor Nkeka asintió. Ahora lo había oído.

—Vamos a saberlo enseguida.

Llamó a una puerta con un bastón y enseguida abrió una enfermera.

—Sofia quiere saber si está embarazada —dijo—. Vamos a ayudarla.

Sofia acompañó a la enfermera. Sabía lo que iba a ocurrir. Primero la harían pasar detrás de una cortinilla a hacer pis en un pequeño recipiente. Después, la enfermera mojaría un palito en la orina. Si cambiaba de color sucedería lo que ella intuía. Tendría otro niño.

Tardó un poco hasta conseguir sacar un poco de pis. Siempre le ocurría cuando estaba nerviosa.

Salió de la pequeña habitación detrás de la cortinilla y le dio el recipiente a la enfermera.

—¿Quieres tener un niño? —preguntó la enfermera.

—Sí —respondió Sofia—. Sí que quiero.

—¿Es tu primer hijo?

—Ya tengo dos.

—¿Los puedes mantener? ¿Les puedes dar de comer?

—Sí, sí que puedo.

La enfermera asintió con la cabeza, metió el palito en la orina y enseguida lo sacó.

Sofia vio el color. ¡Estaba embarazada! Sintió una gran alegría, como una ducha de agua caliente. Lydia se pondría muy contenta, y Armando. ¡Armando!

La enfermera abrió la puerta que daba a la consulta del médico y le dijo que Sofia estaba embarazada.

—Vuelve dentro de unos meses —contestó el doctor Nkeka—. Entonces miraré que todo esté bien. Y cuando el niño haya nacido no quisiera que lo trajeras por haber cogido la malaria.

—Tengo mosquitera —contestó Sofia.

Sofia volvió a casa. El sol le achicharraba la cabeza. Pero lo sentía todo tan fácil. Ni siquiera le dolían las caderas después del largo trecho que había caminado.

Algo grande había ocurrido. No solo que estuviera de nuevo embarazada. Se sentía invulnerable.

Nada le podía hacer daño.

Tenía prisa. Tenía muchas cosas que explicar. Antes que a nadie a Lydia. Y Armando iría a casa al día siguiente.

Entonces le daría la gran noticia.

3

Aquel tiempo que siguió después, Sofia siempre lo recordaría como «los buenos tiempos». No recordaba haber estado tan bien nunca en la vida. Lo único que la hacía sufrir durante el embarazo era la espalda, que a veces le dolía tanto que no se podía mover. Entonces la irritaban sus hermanos pequeños y su madre Lydia, pero también sus hijos Leonardo y Maria, e incluso Armando. Ella intentaba hacérselo comprender pero sin conseguirlo.

—¿Por qué tenemos que pagarlo los niños o yo? —le preguntaba.

—¿Me pongo en el camino y le echo la bronca a la primera persona que pase por allí?

Durante aquel tiempo ocurrió varias veces que Armando y ella se metieron en la estrecha cama sin hablar. Pero pronto se les pasaba, hasta la siguiente vez que Sofia se irritaba de nuevo.

Dio a luz a su hijo ocho meses después de haber estado en el consultorio del doctor Nkeka y de que se enterara de que estaba embarazada. Las otras dos veces sintió dolor al parir a los niños. El doctor Nkeka dijo que podía ser por las heridas que recibió al perder las piernas tras la explosión. Pero no era seguro. Esta vez, cuando dio a luz a su tercer hijo, fue mucho más fácil.

Fue una niña. Cuando vio a su hija la primera vez pensó que aquella cosa arrugada incluso se parecía a Rosa. Fue como si su hermana hubiera vuelto.

Lydia, que estaba en la ciudad vendiendo verduras en el mercado, se fue corriendo a verla nada más volver a casa, donde se encontró con los niños pequeños que le contaron excitados que Sofia había ido al ambulatorio. Lydia estaba sin aliento cuando entró en la habitación donde estaban Sofia y otras tres mujeres que acababan de dar a luz o estaban a punto de hacerlo. Tenía la cara sudada.

—Ha sido una niña —dijo Sofia.

—¿Está todo bien?

Sofia le enseñó a su hija.

—Tiene diez dedos en las manos y diez en los pies. Tiene dos ojos, dos orejas, una boca y una nariz. Tiene pelo en la cabeza y parece una niña completamente normal entre las piernas.

—Gracias a Dios —dijo Lydia sentándose en el borde de la cama.

—Se llamará Rosa —dijo Sofia.

A Lydia le brillaron los ojos. Pero no dijo nada. A Lydia, como siempre, no le gustaba demostrar sus emociones. Cuando se ponía triste se escondía.

Armando llegó a casa dos días después. Era sábado por la tarde y, como siempre, estaba libre hasta el lunes por la mañana. Lydia se lo encontró en el camino junto a los niños pequeños, que hablaban todos a la vez intentando describir cómo era la recién nacida. Armando se dio prisa en volver a casa mientras le gritaba a todo aquel con quien se cruzaba que había tenido una hija.

—Lástima que no haya sido un chico —contestaban algunos.

—No hay nada malo en tener hijas —respondía entonces Armando.

Sofia estaba sentada en la escalera esperándolo. Se había puesto guapa y sostenía a la niña en los brazos. Armando no solo iba a ver a su hija sino que también se iba a encontrar con Sofia, y comprobaría lo orgullosa que estaba aquella madre, a pesar de las piernas ortopédicas, las muletas y el cuerpo tan gordo que se le había quedado.

Armando se quedó cortado delante de ella.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó.

—Ha ido todo bien. Rápido. Tampoco me ha hecho mucho daño.

—¿Sangraste mucho?

Ahora era Sofia la que estaba cortada. Armando no solía hablar de esas cosas.

—No mucho —murmuró Sofia.

Después, apartando una tela que le cubría la cara, le enseñó a su hija. Armando se inclinó con cuidado hacia delante. En el fondo, los pequeños armaban jaleo porque también querían mirar, pero Lydia no les dejaba salir.

—Está igual de arrugada que los demás —dijo Armando.

—Los niños salen arrugados —respondió Sofia molesta.

—Pero es bonita —se dio prisa Armando en añadir. Había notado por la voz de Sofia que no le gustaba lo que le había dicho.

—Quiero que se llame Rosa —dijo Sofia.

—Está bien —dijo Armando—. ¿Llora mucho?

—Solo cuando tiene hambre. ¿Quieres cogerla?

Armando se secó las manos en los pantalones y la cogió con cuidado, como si fuera de cristal.

—La verdad es que tiene la cara muy arrugada —dijo Armando—. Pero de todas formas se puede ver que cuando sea mayor será una niña bonita.

—Se parece a Rosa —dijo Sofia—. Pero tú no te puedes dar cuenta de eso porque solo la viste cuando estaba muy enferma.

Aquella noche, mientras Armando dormía, agotado tras la larga y pesada semana de trabajo en casa de Samuel y sus coches rotos, Sofia se había sentado junto al fuego a hablar con Lydia. La señora Mukulela pasó por allí y se sentó un rato. Olía a cerveza y se reía a carcajadas de todo, aunque lo que dijeran no siempre fuera divertido. Enseguida desapareció por el camino en medio de la oscuridad.

—Bebe demasiado —dijo Lydia con amargura—. A veces no sé qué hombres deja entrar en su casa.

—Déjala tranquila —dijo Sofia—. Ella se ríe, así que no será tan peligrosa la vida que lleva.

Lydia movió la leña del fuego con un bastón. Las chispas se alzaron y desaparecieron en la oscuridad.

—Espero que tengas otro hijo varón —dijo Lydia—. Entonces me podré morir tranquila.

Sofia miró sorprendida a Lydia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque uno no sabe cuánto tiempo va a vivir. Y vosotros necesitáis otro hijo, un varón que os pueda ayudar cuando seáis viejos.

—¿Estás enferma?

—No más de lo normal.

—No quiero que mueras. Ya han muerto demasiados en nuestra familia. Lo mejor es que los que estamos vivos sigamos viviendo. Además, tenemos que cuidar de los niños.

—No pienso morirme —dijo Lydia—. Seguro que aún puedo aguantar un par de años más. Pero tengo que asumir que me estoy haciendo vieja.

—Solo tienes cuarenta y tres años —dijo Sofia—. O cuarenta y cuatro, o cuarenta y dos. O quizá cuarenta y cinco.

—Me siento vieja —dijo Lydia—. Me duelen los brazos y las piernas, ya no tengo tantas fuerzas como antes.

—Aún puedes vivir el doble —dijo Sofia—. Quiero que te hagas vieja de verdad.

La conversación se acabó. Ninguna de las dos quería continuarla.

Armando roncaba dentro de la casa. Sofia sonrió pensando en que estaba allí.

Una vez estaba de pie en el camino a la luz de la luna. Él fue el primero que hizo el amor con ella. Y después no desapareció bajo la luz de la luna. Se quedó junto a ella.

Lydia se quedó dormida junto al fuego. También roncaba. Cuando Rosa empezó a quejarse dentro de la casa se despertó. Sofia se levantó y entró para darle de mamar. Armando dormía.

Sofia encendió una vela. Lydia estaba en el quicio de la puerta mirándola. Sonreía.

—Voy a vivir un poco más. Tienes razón. Aún no soy tan vieja como para tener que morir.

Aquellos fueron buenos tiempos para Sofia y su familia. Mucho tiempo después, Sofia pensaría que nunca se había reído tanto como cuando nació Rosa. Quizá antes del tremendo accidente, cuando era muy pequeña. No lo recordaba.

Cuando Rosa tenía tres meses Sofia fue a la ciudad. Los otros dos niños se quedaron con Lydia. Armando, tras mucho insistir, había conseguido que Samuel le dejara un viejo coche con el que fue a buscar a Sofia y a la niña. El motor hacía ruido y echaba mucho humo, tenía abolladuras, le faltaba un guardabarros y las ventanillas no se podían abrir ni cerrar. Pero Armando le abrió orgulloso la puerta a Sofia, que llevaba en brazos a Rosa. Se fueron por el camino, a través de los campos donde Lydia solía trabajar con su azada, y después salieron a la carretera principal, que estaba asfaltada, en dirección a la ciudad.

—Un día tendremos un coche —dijo Sofia.

—¿De dónde sacaremos el dinero?

—No lo sé. Pero nada es imposible.

A veces Sofia consideraba que Armando era demasiado cauteloso. No se atrevía a tener pensamientos grandes de verdad sobre el futuro. No era como Sofia. Ella podía pensar que todo era posible. ¿Por qué no iban a poder ellos comprarse un día un coche viejo?

El tráfico aumentaba, los gases de los motores se metían en el coche. Sofia le tapó la cara a Rosa, asombrada de que pudiera vivir tanta gente en la ciudad. ¿Dónde vivían? ¿Dónde trabajaban? ¿Qué comían? Armando conducía con cuidado, pero a pesar de ello a veces se veía obligado a frenar de golpe. Al final llegaron al destino de su viaje.

¡El hospital! El lugar al que Sofia fue llevada el día del tremendo accidente. Entonces estaba sin conocimiento y no despertó hasta muchos días después. Sintió una punzada, un escalofrío al recordar los terribles dolores que tuvo que vivir.

Fue también en aquel hospital donde Maria, su hermana, murió. Ahora ella llevaba a Rosa en los brazos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. La vida a veces era tan difícil de entender. Armando notó las lágrimas en sus ojos pero no preguntó nada. Solo la ayudó a salir y le prometió que volvería a buscarla por la tarde.

Sofia fue por los pasillos que tan bien conocía. Había gente enferma tumbada o sentada por todas partes. Olía a fiebre y a suciedad, a vómitos y miedo.

Sofia sabía aquello, que el miedo huele. Ella misma lo había sentido.

Llegó al departamento donde ayudaban a la gente que había perdido los brazos o los pies. Fue allí donde le dieron las piernas nuevas y donde aprendió a andar de nuevo, con ayuda de las muletas.

De pronto alguien la llamó por su nombre. Era una chica de su misma edad que estaba en la puerta. Llevaba el uniforme de enfermera. Sofia la reconocía, pero no sabía quién era.

La enfermera se le acercó.

—¿No me reconoces?

En ese mismo momento Sofia supo quién era la persona que tenía enfrente. Le miró rápidamente las piernas para estar segura. ¡Tenía razón! La enfermera llevaba una pierna ortopédica.

Era Hortensia, la chica del pueblo remoto que también había pisado una mina y que se había hecho amiga suya durante aquella época tremenda que pasó en el hospital. Un día también ella se fue a casa y nunca más se volvieron a encontrar. Hacía diez años de aquello.

—Hortensia —dijo Sofia—. ¡Pensar que te volvería a encontrar!

—He soñado contigo —dijo Hortensia—. Y ahora estás aquí delante de mí con un niño en los brazos.

Se sentaron en un banco que había en el pasillo del hospital, mirando a la niña y mirándose la una a la otra.

—Hace diez años que nos conocimos —dijo Sofia—. Me quedé tan triste cuando te fuiste…

—Yo también estaba triste. Pero a la vez estaba contenta de volver a casa.

Hortensia le explicó que a pesar de la pierna ortopédica había estudiado para ser

enfermera. Primero iba con una muleta, después con un bastón y ahora ya podía andar sin ninguna ayuda.

—¿Estás casada? —preguntó Sofia—. ¿Tienes niños?

—Todavía no. Pero tengo novio. Trabaja aquí en el hospital. Es carpintero.

Sofia le habló de su vida, de los niños y de Armando. Que había ido a la escuela y que ella también había soñado con llegar a ser enfermera.

—Te envidio —dijo—. Aunque me gusta verte con el uniforme blanco. Ojalá fuera yo.

—Pues claro que puedes ser tú.

—No —dijo Sofia—. No podré nunca andar sin apoyo. Y así no se puede ser enfermera.

Hortensia no contestó porque sabía que lo que había dicho Sofia era cierto.

—He venido a recoger mi último par de piernas —dijo Sofia al cabo de un momento—. Mis piernas han dejado de crecer. Esta es la última vez que necesito cambiar las viejas. Las piernas que me den ahora las que tendré que usar mientras viva. Si no se rompen.

Hortensia, naturalmente, sabía todo lo referido al cambio de piernas. Si una persona joven tenía un accidente, el esqueleto seguía creciendo y las piernas tenían que cambiarse de vez en cuando. Ella había pasado por lo mismo.

—Te vas a poner muy contenta —dijo Hortensia—. ¿Adivina quién trabaja todavía aquí?

—¿Esa enfermera que se llamaba Mariza?

—Está en otro departamento.

—Entonces no sé quién puede ser.

—Claro que puedes.

Sofia intentó pensar. Había tanta gente que la había ayudado mientras estuvo allí.

—El doctor Raul —dijo—. ¿Es él?

—No lo he visto desde hace unos años —respondió Hortensia—. Quizá trabaje en alguna otra parte.

—Pues entonces no sé quién.

—¡Sí que puedes!

—Ayúdame.

—«Po-po-po» —dijo Hortensia poniendo los labios como si quisiera darle un beso a alguien.

Entonces lo supo. Sofia se emocionó intensamente.

—Mestre Emilio —dijo—. ¿Es él?

—Sí, él.

—Pero tiene que ser muy viejo.

—Seguro. Pero sigue aquí.

Sofia pensó en el anciano que siempre decía «po-po-po» cuando medía lo largas que tenían que ser unas piernas. La había ayudado y cuando estaba triste siempre estaba allí para consolarla.

Hortensia se levantó diciendo que tenía que ir a trabajar. Cogió de la mano a Sofia.

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Vuelvo al poblado —dijo Sofia.

—Puedes vivir en mi casa —dijo Hortensia—. Tengo una habitación en una casa no lejos de aquí. Está en la planta baja. No necesitarás subir las escaleras.

—¿Qué dirá tu novio?

—¿Stefano? No dirá nada. Le he hablado de ti.

—No olvides que tengo tres hijos —dijo Sofia—. Tengo que pensarlo.

Hortensia se fue deprisa. Sofia se dio cuenta de que apenas si se notaba que tenía una pierna ortopédica. Por un momento aquello la deprimió. Después pensó en Maria la que estaba muerta, y en Maria la que estaba en casa con Lydia. No tenía tiempo de estar ocupada pensando cosas tristes.

Cuando entró en la sala donde iba a probarse las nuevas prótesis, Mestre Emilio la estaba esperando. Dijo po-po-po y meció la cabeza cuando vio al niño que Sofia llevaba en brazos.

—Ya tienes hijos —dijo Mestre Emilio—. Y te voy a dar el último par de piernas, si no recuerdo mal. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Me he encontrado con Hortensia —dijo Sofia—. No la había visto desde hacía diez años.

—El tiempo pasa —dijo Mestre Emilio—. Cuando se es niño, está quieto o pasa con insoportable lentitud. O no se piensa en el tiempo o pasa inadvertido. Después pasa cada vez más deprisa. Pero lo más difícil es el tiempo que se pasa uno pensando en alguien que uno cree que no va a ver nunca más. Cuando por fin se consigue, el tiempo te parece a la vez largo y corto.

Sofia no estaba completamente segura de haber entendido lo que había dicho Mestre Emilio. A veces utilizaba demasiadas palabras cuando hablaba.

—Un niño pequeño —dijo—. ¿Es niño o niña?

—Es una niña. Se llama Rosa. Tengo también otra hija que se llama como mi hermana, la que murió cuando yo perdí las piernas.

Mestre Emilio asintió despacio con la cabeza.

—Lo recuerdo —dijo despacio—. Erais dos hermanas y una murió.

Sofia sintió un nudo en la garganta. Ya no quedaba mucha gente que recordara que hubo un tiempo en que ella tenía una hermana que se llamaba Maria. Pero Mestre Emilio se acordaba. Para él Maria todavía seguía viva.

—Po-po-po —dijo—. ¿Vamos a mirarte las piernas? A la niña la puedes poner en mi silla.

Sofia acostó a Rosa, que dormía. Después Mestre Emilio se puso a examinarle las piernas, que estaban sujetas con unas correas alrededor de la cintura.

—Es hora de cambiarlas —dijo—. Ya has crecido del todo. ¿Te hacen rozaduras?

—Si ando mucho me hacen daño.

—Pues vamos a cambiarlas. Pero primero voy a tomar medidas.

Cuando Armando fue a buscarla ya estaba avanzada la tarde. Sofia estaba sentada esperándolo en un banco delante del hospital. Diez años atrás había estado allí sentada en una silla de ruedas. Sin piernas. Tenía que volver al hospital una última vez dentro de dos

semanas para recoger las piernas nuevas. Esas la mantendrían de pie el resto de su vida. Quizá alguna vez tuviera que repararlas. Pero no necesitaría cambiarlas nunca más.

Sofia le dio de mamar a Rosa mientras esperaba. Aún estaba confundida por su encuentro con Hortensia. ¡Y Mestre Emilio! Quizá el doctor Raul también estuviera por el hospital, y la hermana Mariza. Habían ocurrido tantas cosas, y tantos reencuentros y recuerdos. Hortensia le había ofrecido vivir en la ciudad. Miró a la gente que se apresuraba por la calle. Mujeres con grandes pesos sobre la cabeza, niños con la ropa rota, coches sobrecargados. De pronto le atraía la idea de vivir en la ciudad un tiempo. Pero no podía llevar allí a los niños. Y ¿qué diría Armando? Desechó por completo la idea y pensó que lo importante era que se había encontrado con Hortensia y que no tenían que pasar otros diez años para verse de nuevo.

Sonó un pito a su lado. Dio un respingo. Armando salió del coche y cogió a Rosa en brazos. Sofia pensó que ya no tenía miedo de que se le cayera. Así había pasado con los tres niños. Armando necesitaba tiempo para acostumbrarse.

Sofia se sentó en el coche. Armando le había comprado mazorcas de maíz. Ahora notó lo hambrienta que estaba. Armando logró con maña y cuidado meter el coche en el tráfico. Sofia tenía tanto que explicar que no le dio tiempo de comer lo que él le había traído.

—No entiendo lo que me estás diciendo —protestó él—. Come primero y habla después.

Sofia se puso colorada. A veces era vehemente como un niño, lo sabía. Le daba vergüenza demostrar a Armando lo infantil que podía llegar a ser.

Antes de llegar al poblado ya le había dado tiempo de contarle todo lo que había ocurrido. Pero no le dijo nada de la idea de Hortensia de que se fuera a vivir a su casa en la ciudad durante un tiempo. No sabía cómo iba a reaccionar Armando. No quería que se enfadara.

A pesar de que se había hecho de noche, Armando tuvo que volver a la ciudad con el coche que le había dejado Samuel. Como siempre, volvería dentro de tres días, cuando fuera sábado.

Aquella noche Sofia soñó con Hortensia. Ella y Sofia estaban en el hospital con el uniforme blanco de las enfermeras. Y ninguna de las dos llevaba piernas ortopédicas. Bailaban entre los enfermos que estaban en los pasillos.

Por la mañana Sofia aún recordaba el sueño y lo escribió en su diario, en el que intentaba escribir algunas líneas cada día.

Dos semanas más tarde, cuando volvió a la ciudad con Rosa en la espalda para que el Mestre Emilio le diera las piernas nuevas, le explicó a Hortensia su sueño.

—Las piernas no las recuperaremos —dijo Hortensia—. Pero nos hemos recuperado la una a la otra.

Sofia recogió sus piernas nuevas que la hacían unos centímetros más alta y que no le rozaban contra la piel al atárselas.

—Ya no te harás más alta —dijo Mestre Emilio—… Pero espero que no me olvides y que vengas a verme alguna vez.

—Vendré.

Cuando Sofia se puso las piernas nuevas fue a ver a Hortensia y ambas fueron a tomarse un refresco en un quiosco a la puerta del hospital. Armando aún tardaría varias horas en ir a buscarla. Hacía mucho calor, las dos estaban sudando. El sudor les caía con la misma intensidad con que les salían las palabras de la boca. Después Sofia pensó que echaba de menos a alguien de su misma edad con quien poder hablar. Alguien que la conociera desde que era pequeña. No eran muchos. En el poblado la mayor parte de las chicas se habían casado y se habían ido de allí. Pero ahora estaba Hortensia. Se prometieron no perder el contacto. Sofia dibujó en un papel un plano para que Hortensia pudiera encontrar el pueblo donde estaba su casa.

Aquella tarde hablaron y sudaron. Se reían casi todo el tiempo, aunque a veces, cuando Hortensia le contaba cosas demasiado íntimas de su novio Stefano, Sofia enrojecía.

De pronto Hortensia se quedó callada.

—Tengo que decirte una cosa que te va a poner triste —dijo al cabo de un rato.

Sofia notó como un nudo en el estómago.

—Es el doctor Raul —continuó Hortensia.

—¿Qué le ha pasado?

—Está muerto.

Sofia sintió una punzada. ¿Cómo podía estar muerto el doctor Raul? Si aún era joven. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te lo tenía que decir —dijo Hortensia—. No me podía quedar aquí sentada disimulando.

—¿Qué pasó?

—Se ahogó. Estaba en Inhaca, esa isla en medio del mar, bañándose. Lo que pasó no lo sé. Pero lo encontraron muerto en la playa.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un año, quizá dos. No sé.

Sofia quería gritar. El doctor Raul la había ayudado más que nadie. No era justo que se ahogara. Era tan injusto como que Maria muriera, y Rosa.

La muerte siempre era injusta.

Sofia cogió las muletas y se levantó. Señaló la iglesia que había cerca del hospital.

—Quiero ir allí —dijo—. ¿Me acompañas?

Hortensia la acompañó a la iglesia, que estaba vacía, a excepción de dos ancianas que estaban limpiando el polvo. Sofia cogió una vela y la encendió. Después se sentaron en silencio en uno de los bancos. Cuando Sofia empezó a llorar, Hortensia la cogió de la mano.

Se separaron delante del hospital. Hortensia tenía que volver al trabajo. Sofia se quedó sentada pensando en el doctor Raul y en la muerte que nunca se sabía cuándo iba a venir.

Pasaron unos meses, lo que para Sofia fueron los buenos tiempos. Fueron buenos a pesar de que la muerte del doctor Raul la ponía triste.

Cuando Rosa cumplió cinco meses, Sofia fue al ambulatorio para enseñársela al doctor

Nkeka.

—Parece estar bien —dijo después de haberla examinado y pesado—. ¿Llora mucho?

—No especialmente.

—De todas formas parece que come bien, porque está en su peso.

Sofia se ató a Rosa en la espalda y se fue hacia su casa. En el cielo se estaban formando unas nubes negras. Si no se daba prisa empezaría a llover antes de llegar.

Llegó a tiempo. Por la noche empezó a tronar. Los niños dormían a su lado mientras ella permanecía despierta escuchando los truenos y contando los relámpagos. El calor bochornoso se transformó en una fresca brisa nocturna.

El día siguiente era sábado. Armando volvería a casa, como siempre. Sofia preparó un guiso con arroz, verduras y unos cuantos trozos de carne.

Después esperó. Y esperó. Pero Armando no llegó.

La inquietud se fue acercando a ella despacio, arrastrándose, como una serpiente que imperceptiblemente se había metido en su cuerpo.

4

Dieron las diez. Y las once. Y las doce. Medianoche. Pero Armando no llegó. Cuando Lydia preguntó, Sofia intentó esconder su inquietud y dijo que quizá tenía mucho que hacer. Ya había pasado otras veces.

—Tan tarde no ha llegado nunca —dijo Lydia.

Sofia no contestó. Pero se enojó con su madre. Se metía en algo que no le incumbía para nada. La inquietud era de ella, no de su madre Lydia.

Cenaron. Sofia miraba todo el tiempo hacia el oscuro camino. Por allí solía llegar Armando andando cuando bajaba del autobús o, si había hecho autostop, de algún camión al otro lado del río.

En dos ocasiones le pareció verlo. Pero la primera vez era el anciano Alfonso, que había bebido demasiada cerveza y pasó tarareando camino de su cabaña donde ahora vivía solo ya que su mujer había muerto y todos los hijos se habían ido a vivir fuera.

—Bebe demasiado —dijo Lydia—. Lo mismo que la señora Mukulela.

—Déjalos tranquilos.

Lydia miró sorprendida a su hija. La respuesta de Sofia había sido como un bufido de gato. Pero Lydia no dijo nada. Sabía que Sofia era irascible y a veces se podía poner furiosa sin que Lydia entendiera por qué.

La segunda vez los que surgieron de entre las sombras del camino fueron los hermanos Basima, Toro y Eduardo, que venían andando. Vivían de la pesca del río y solían llegar a casa tarde. Saludaron a Sofia.

—Tenemos hambre. ¡Invítanos a comer!

—Se ha acabado —gritó Sofia como respuesta—. Os darán de comer en casa.

—¿Cómo están los niños?

—Están bien.

—¿Dónde está Armando?

—Trabajando.

Los hermanos desaparecieron de nuevo en la oscuridad. Lydia retiró los platos y los fregó en un barreño. Sofia acostó a los niños. Esperó a que se quedaran dormidos.

Cuando Sofia salió de nuevo, Lydia aún estaba sentada al lado del fuego. Sofia volvió a ponerse furiosa. ¿Es que no entendía que quisiera estar sola mientras esperaba a Armando? ¿Por qué no llegaba? No se atrevía a pensar que hubiera podido tener un accidente. Seguro que había alguna explicación de por qué se había retrasado justo aquella noche.

Pero Sofia quería esperarlo sola. No quería compartir su inquietud con nadie.

Se sentó junto al fuego. Lydia no dijo nada. Se quedaron calladas. El poblado estaba en silencio, el camino vacío. Lejos se oyó un pájaro nocturno. Lydia se levantó, le dio las buenas noches y desapareció dentro de la casa. Sofia echó más leña. Las enojadas llamas bailaban y saltaban en el fuego. Lokko salió de la oscuridad y rozó el hocico contra su brazo. Sofia lo acarició, pero enseguida lo apartó. Se tumbó al otro lado del fuego, como solía, mirándola. Sofia le sacó la lengua. El perro bostezó. Sofia le sacó la lengua otra vez. Lokko se enroscó y se puso una pata sobre el hocico.

Sofia esperaba. Llegó la medianoche. Intentó imaginarse por qué Armando llegaba tan tarde. A veces Samuel podía ponerse pesado y exigirle a Armando que acabara un coche antes de irse a casa. Pero ¿tan tarde un sábado por la noche?

Sofia aún no podía imaginarse que hubiera ocurrido un accidente. Armando llegaría dentro de poco y le daría una explicación.

A la una de la noche por fin salió de la oscuridad. Sofia estaba sentada junto al fuego y se había quedado casi dormida. Dio un respingo cuando oyó sus pasos. Lokko ya se había despertado y había ido corriendo a recibirlo. Armando parecía cansado. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿Por qué llegas tan tarde? —preguntó Sofia.

—Teníamos mucho que hacer.

—¿Un sábado por la noche?

—Había un coche que tenía que quedar acabado.

—¿En plena noche?

Sofia notó que le salía una voz aguda. Le solía ocurrir cuando estaba nerviosa.

—En plena noche —dijo Armando—. Tardamos bastante. Y a estas horas tampoco pasa casi ningún autobús.

Todavía estaba un poco entre las sombras. Sin embargo, Sofia pudo ver que había tenido tiempo de lavarse las manos antes de dejar el trabajo. A veces llegaba a casa sucio porque prefería lavarse en casa. Entonces Sofia solía frotarle la espalda.

—Si no te hubieras lavado habrías llegado antes a casa —dijo Sofia.

Armando no contestó. Todavía estaba en la oscuridad, con la cara entre sombras.

—Te puedo frotar la espalda —continuó Sofia—. Solo tardo un momento en calentar agua.

—Es medianoche —dijo Armando—. No me puedo lavar ahora.

—¿Por qué no?

—Estoy cansado. Necesito dormir. Además, ya me he lavado.

—Has dicho que habías estado trabajando.

—Me he lavado antes de salir de allí.

—No sueles hacerlo.

—Esta noche lo he hecho.

Sofia sintió una punzada. Primero se había alegrado de que Armando por fin hubiera llegado a casa. Pero ahora le parecía que las cosas no estaban como deberían. Algo en su

forma de quedarse de pie entre las sombras y sus respuestas hicieron que volviera a sentirse intranquila.

—¿Tienes hambre?

—Ya he comido.

—¿El qué?

—He comprado unas mazorcas de maíz. Y dos manzanas. No tengo hambre. Solo tengo sueño.

Fueron a acostarse. Sofia encendió una vela. Se movían con cuidado para no pisar a los niños, que dormían en un colchón sobre el suelo. Armando se metió en la cama. Sofia apagó la luz antes de sentarse en el borde de la cama, se quitó las piernas y se desnudó. Todavía tenía vergüenza de mostrarse desnuda ante Armando. A pesar de haber tenido tres hijos. Se puso el camisón y se metió bajo la delgada colcha. Se quedó esperando a que Armando la abrazara y se apretara junto a ella para empezar a hacer el amor. Siempre era así cuando llegaba a casa los sábados, menos cuando estuvo esperando a alguno de los niños, que estaba muy gorda.

Pero aquella noche no la tocó. Ella esperaba, escuchando su respiración, sintiendo su cuerpo. Le puso la mano sobre la mejilla. Él no se movió.

—¿Duermes? —susurró.

Él no contestó. Dormía. Sofia se sintió desilusionada. Siempre añoraba aquel momento de la noche cuando él llegaba a casa. Se dio media vuelta y cerró los ojos. Seguro que era por lo que había dicho él, que estaba cansado, que había tenido mucho trabajo aquel sábado. En realidad le entraron ganas de salir hacia la ciudad y decirle a Samuel que no le gustaba que su marido llegara a casa los sábados tan tarde y tan cansado que se quedaba dormido demasiado pronto.

Al día siguiente Armando parecía igual que siempre. Jugó con los niños, ayudó a Lydia a llevar leña hasta la casa y después estuvo hablando durante mucho rato con Sofia sobre la semana que había pasado. Sofia se sintió aliviada de ver que estaba como siempre. Varias veces estuvo a punto de preguntarle por qué no habían hecho el amor la pasada noche. Pero no dijo nada. Pensó si alguna vez se atrevería a decirle cosas como aquella. Nunca llegaría a ser como Hortensia.

El domingo, ya entrada la noche, Armando se fue a la ciudad otra vez. Sofia lo acompañó un tramo del camino.

—Fue aquí donde estábamos —dijo.

Él no pareció entender lo que ella quería decir. Aquello la entristeció.

—Cuando nos vimos la primera vez. Estabas aquí, a la luz de la luna.

Armando lo recordó.

—Hace mucho tiempo —dijo como excusándose—. Pero claro que me acuerdo.

Se inclinó y acarició a Lokko detrás de las orejas. Después le dio un beso a Sofia en la mejilla.

—En la boca —dijo Sofia—. No en la mejilla.

Armando la besó en la boca y desapareció por el camino. Sofia lo estuvo mirando

mientras pudo distinguirlo en la oscuridad. Después desapareció.

Durante la semana Sofia olvidó la intranquilidad que había sentido el día que Armando llegó tan tarde. Tampoco pensó en que no habían hecho el amor. Además, tenía mucho que hacer con su máquina de coser. Algunas personas del poblado le habían dejado ropa para arreglar o para rehacer. La máquina de coser que una vez le regaló Toto todavía funcionaba bien, pero notaba que empezaba a estar vieja.

Había un sueño que compartía con Armando, el de que algún día tendrían dinero para tener electricidad en casa. Hasta hacía unos años aquello hubiera sido una idea imposible. Pero entonces, un hombre que había ganado dinero en las minas de Sudáfrica volvió al pueblo e instaló electricidad en su casa. Sofia podía ver sus lámparas encendidas en el cielo de la noche cuando el fuego se había apagado. Había solo unos cien metros hasta su casa. Un día, tal vez, llegarían a ahorrar suficiente dinero para los dos postes que se necesitaban para los cables y para el resto de la instalación en su casa. Entonces Sofia se podría comprar lo que más deseaba en el mundo, una máquina de coser eléctrica. Así el trabajo sería mucho más fácil y mucho más rápido. Darle a la máquina le cansaba las piernas, ahora lo notaba mucho más que unos años atrás.

A veces, el hecho de que un día no fuera ya capaz de pedalear, podía llegar a angustiarla. ¿Qué haría entonces? Si no podía coser no tendrían dinero. Leonardo empezaría la escuela dentro de poco. Entonces necesitaría dinero para pagar la escuela, los libros y el uniforme.

Cuando hablaba con Armando, él compartía sus sueños. También entendía que una máquina de coser eléctrica les ayudaría a ganar más dinero.

A menudo Sofia pensaba en que eran muy pobres. A veces parecía como si estuvieran encerrados en la pobreza. ¿Por qué había tanta gente que vivía mucho mejor que ella y su familia? Y ¿por qué había gente que también vivía mucho peor que ella, su madre Lydia, Armando y los niños? Había gente en el pueblo que era tan pobre que a veces no podía ir a dormir sin tener hambre. Lydia, Sofia y Armando solían conseguir que aquello no ocurriera con su familia. Ninguno tenía que acostarse llorando de hambre hasta quedarse dormido.

Normalmente, Sofia pensaba en lo pobres que eran después de haber visitado la ciudad. Allí había visto aquellos grandes coches relucientes o a la gente detrás de las ventanas de elegantes restaurantes. Había visto en los menús que el precio de la comida era desorbitado. Veía a gente joven de su misma edad por la calle que parecía poder disponer de cualquier cantidad de dinero. A veces llegaba a envidiarlos. No solo tenían sus propias piernas, sino también vestidos, dinero y teléfono móvil. ¿Por qué no les explotaba nunca una mina bajo los pies? Si hubiera podido les habría robado la ropa y el dinero. Si hubiera sido posible seguro que también les habría querido robar las piernas…

Después, Sofia solía sentir vergüenza por pensar de aquella manera. Pero pronto se le pasaba. Aunque era pobre, tenía derecho a soñar con otro tipo de vida. Un día, Armando aparecería deslizándose en uno de aquellos lujosos coches y ella estaría sentada delante de su brillante máquina de coser eléctrica.

Pero ¿por qué eran tan pobres? La pregunta seguía flotando. No podía encontrar ninguna respuesta y por eso la pregunta no quería alejarse de ella. Sobre todo pensaba en la manera de procurar que los hijos que había tenido con Armando no tuvieran que vivir en la pobreza en la que ella había crecido. Su madre Lydia no la había podido ayudar. Pero Sofia quería crear otra vida para sus hijos.

Miró a los niños que jugaban en la arena delante de la casa. En su interior siempre había sentimientos encontrados, de alegría e intranquilidad. ¿Cómo sería en realidad su vida? ¿Qué podrían hacer ella y Armando para ayudarles? Decidió hablar con Armando cuando volviera a casa. Lo habían hecho muchas veces antes, pero tenían que continuar hablando de ello.

La pobreza era su mayor enemigo.

El sábado por la mañana Sofia se sintió intranquila de nuevo porque Armando llegara a casa demasiado tarde y se durmiera después sin haberla tocado. Se sintió irritada cuando llamó a Leonardo y él no le contestó. Lo zarandeó duramente cuando acudió corriendo. Por el rabillo del ojo vio que Lydia la estaba mirando. Pero no dijo nada. Ninguna dijo nada.

A las siete de la tarde llegó Armando andando por el camino. Como de costumbre, fue Lokko el que primero lo oyó, y salió corriendo a buscarlo hacia la oscuridad. Sofia sintió alegría y alivio cuando lo vio llegar con el perro saltándole entre las piernas. Ahora ya todo era como siempre otra vez.

Armando entró a la luz del fuego. Sofia vio enseguida que llevaba ropa nueva. Una camisa nueva azul con el cuello rojo, pantalones nuevos, incluso sandalias nuevas. Se preguntó si le habría comprado algo a ella y a los niños. Pero no llevaba ninguna bolsa.

Estaba de buen humor, no parecía nada cansado.

—¿Estoy guapo? —preguntó.

—Muy guapo —respondió Lydia.

«Me ha preguntado a mí», pensó Sofia furiosa.

—Es bonita —dijo—. ¿Dónde la has comprado?

—En el gran mercado.

Sofia pensó rápidamente que el gran mercado estaba lejos del taller mecánico de Samuel. Además, desde allí no había autobuses que fueran directamente. ¿Le quedaba tanto tiempo libre como para ir a comprar ropa?

—¿No te ha costado mucho? —preguntó.

—No demasiado. Además, necesito ropa.

«Los niños también», pensó Sofia. «Y yo y Lydia y mis hermanos pequeños». Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. No quería. No quería que Armando viera que estaba enojada ni triste. Se secó los ojos cuando Armando fue a ver a los niños y después desapareció camino de la letrina.

—Qué ropa más bonita se ha comprado —dijo Lydia.

—Cállate —contestó furiosa Sofia—. A ti no te importa.

Lydia lo entendió y se acurrucó, como si sintiera miedo. Siempre le pasaba lo mismo

cuando Sofia se ponía de mal humor. No dijo nada más y siguió ocupándose de la cazuela en la que se estaba haciendo la cena.

Se sentaron al lado del fuego a cenar. Armando estaba de buen humor. Iba con mucho cuidado para no mancharse de comida la ropa nueva. Hablaron de la semana que había pasado. Armando les explicó que había arreglado un coche muy caro.

—Cuesta 50.000 dólares.

Sofia no sabía exactamente cuánto dinero era aquello. Entendía que era mucho, pero no cuánto podría comprar con él.

—Mil máquinas de coser —dijo Armando—. O podríamos hacer que todo el poblado tuviera electricidad.

—¿Con solo un coche?

—Te prometo que es verdad.

—¿Quién tiene dinero para comprar un coche así?

—Un ministro del gobierno.

—¿Es un hombre blanco?

—Es tan negro como tú y yo.

—¿Y tiene dinero para comprar un coche así de caro?

Sofia sacudió la cabeza. Se resistía a creer que fuera verdad. Y además, que fuera un hombre negro quien tuviera tanto dinero aún la sorprendía más. Siempre había creído que los más ricos del país era gente blanca que había ido a vivir allí. La gente blanca era rica, la negra pobre. Algo debía de haber cambiado sin que ella lo supiera.

—¿De qué es ministro? —preguntó.

—No sé. De las escuelas, creo.

—¿De las escuelas? ¿Y tiene tanto dinero? Debería utilizarlo para construir escuelas de verdad en lugar de comprar coches caros.

Lydia le chistó para que hablara más bajo.

—No hables tan alto —le dijo—. Siempre hay gente con grandes orejas escuchando.

—No me importa —respondió Sofia enfurecida—. La escuela del pueblo donde fui yo y donde Leonardo irá dentro de poco no tiene ventanas, ni puertas, ni bancos ni pizarra para escribir.

—No hay que irritar a los poderosos —dijo Lydia—. Entonces pueden pasar cosas malas. Nunca se han preocupado de la gente como nosotros.

—¿Recuerdas cómo conseguisteis tú y las otras mujeres del pueblo echar al señor Bastardo?

—Era otra cosa completamente diferente.

—Claro que no.

Armando se levantó de pronto.

—Estoy harto de vuestra charla —dijo enojado—. Me voy a dar un paseo.

Se dio la vuelta y desapareció por el camino en la oscuridad. De pronto Sofia tuvo la sensación de que nunca más volvería.

Todavía estaba enojada con Lydia.

—Le has hecho enfadar. ¿Por qué hablas siempre tanto?

Lydia se echó a llorar. Sofia se arrepintió de inmediato. Al mismo tiempo oyó que Rosa empezaba a quejarse dentro de la casa. Entró y se sentó al borde de la cama para darle de mamar. Los otros niños dormían. Cuando Rosa hubo mamado se la ató a la espalda y salió otra vez. Lydia se había calmado y estaba fregando.

—No quería enfadarme contigo —dijo Sofia.

—Claro que querías —contestó Lydia—. Además, realmente creo que hablo demasiado.

Dejó el plato que estaba fregando y miró a Sofia a los ojos con determinación.

—Si tú y Armando tenéis problemas, debéis resolverlos y no dejar que la ira caiga sobre mí.

—No tenemos ningún problema.

Lydia se encogió de hombros y continuó con el fregado.

—Entonces todo está bien —dijo.

Sofia se dirigió hacia la oscuridad. En alguna parte oía a gente que cantaba un salmo. Se quedó escuchando. Siempre le causaba una sensación extraña oír cantar a gente invisible en la oscuridad. Un coro entre las sombras. Sofia canturreó también. No cantaba bien, pero tampoco mal.

Después vio a Armando aparecer por entre la oscuridad.

—¿Habéis acabado de pelearos?

—Sí —respondió Sofia—. Lydia está fregando y los niños duermen.

Volvieron a la hoguera. Armando se sentó en su taburete mirándose las manos. Sofia lo observaba. Y esperaba. ¿Por qué no decía nada? Podía ver que estaba lleno de pensamientos. En situaciones normales le salían las palabras a borbotones. Si había alguien que hablara en aquella familia no eran ni Lydia ni Sofia. Era Armando.

Pero ahora estaba completamente callado.

No ocurría nada. Sofia esperaba. Lydia dio las buenas noches y desapareció dentro de la casa. Al final Armando se levantó.

—Me voy a acostar —dijo—. Estoy cansado.

—No quiero que te quedes dormido —dijo Sofia—. Quiero que me abraces.

Se puso roja de asombro. ¿Cómo fue capaz de pronunciar aquellas palabras? Armando también estaba sorprendido. Pero no dijo nada.

Cuando Sofia, un momento después, se metió debajo de la manta, Armando la abrazó. Para ella fue como flotar en agua caliente. Todo volvía a estar bien. Armando estaba cerca de ella. Ella abrazó el cuerpo de él con fuerza y después se quedó dormida con la cara apretada contra su pecho.

Por la mañana, cuando Sofia abrió los ojos, Armando ya se había levantado. No solía hacerlo. El domingo por la mañana dormía, a veces hasta las nueve. Sofia se había levantado una vez por la noche a darle de mamar a Rosa, y él dormía profundamente. Se vistió sin lavarse y salió. Lydia estaba barriendo delante de la casa. Lokko estaba tumbado al lado del fuego apagado royendo un hueso.

—¿Dónde está Armando? —preguntó Sofia.

—Se ha ido —dijo Lydia—. Tiene tanto trabajo con todos esos coches estropeados que

Samuel le había pedido que fuera a trabajar el domingo.

Sofia se sintió confusa.

—¿No ha dejado dinero? ¿Por qué no me ha despertado?

—No querría; pero dinero sí que ha dejado.

Lydia sacó unos cuantos billetes doblados del vestido enrollado alrededor de su cuerpo. Sofia vio de inmediato que era bastante menos dinero del que Armando solía darle. Pensó en la ropa que se había comprado y se enfadó. Pero a la vez empezó a sentir que la intranquilidad la atormentaba de nuevo.

—¿No ha dicho nada más? —preguntó.

—Tenía prisa.

—¿Nada de nada?

—¿Qué iba a decir?

Leonardo salió de la casa. Tenía hambre. Al mismo tiempo Maria se puso a llorar. Sofia pensó que en ese momento estaba muy sola. Era como si Armando no existiera.

Pasó el día. La intranquilidad la atormentaba. Pero no fue hasta la noche, después de soltarse las piernas y sentarse desnuda en el borde de la cama con el camisón entre las manos, cuando le vino un pensamiento con una violenta fuerza.

«¡Armando tiene otra mujer!».

Era por eso que se había comportado de una manera tan extraña. Era por la otra que se había comprado ropa nueva y se había ido pronto el domingo por la mañana.

Sofia estaba como anestesiada junto a la vela. No podía ser verdad lo que estaba pensando.

Si Armando había encontrado a otra mujer que le gustaba más, la vida de Sofia se rompería.

Sofia se quedó sentada mucho rato con el camisón entre las manos. Tenía tanto miedo que no se atrevía a acostarse.

Después sopló la vela. En la oscuridad, a pesar de todo, se sintió más segura.

—Armando —susurró—. Vuelve. No me dejes. No dejes a tus hijos.

No recibió ninguna respuesta. La oscuridad era silenciosa, no tenía voz.

5

Aquel día Sofia hizo lo que solía hacer cuando estaba intranquila. Se puso a Rosa en la espalda, dejó a los otros niños con Lydia y se fue a la orilla del río. Tras haber apartado las hierbas para ver si había alguna serpiente, posó a Rosa en el suelo. Después se sentó y empezó a hablar con los que estaban muertos.

Era uno de los pocos recuerdos que tenía de su padre Hapakatanda, que había muerto hacía mucho tiempo. Apenas lo recordaba, pero una vez le había dicho que no solo se podía hablar con los vivos sino también con los que estaban muertos. Creía saber por qué se acordaba justo de aquella conversación. Su padre había querido enseñarle algo importante. Solo por estar muerto y enterrado bajo tierra, donde crecía la hierba y las abejas zumbaban, no quería decir que no se le pudiera escuchar. Hablar no se podía, por lo menos con la boca. Las respuestas surgían en el cerebro de los demás.

—Sois mis mejores amigos —dijo Sofia—. Estáis muertos pero de todas formas vivís. En estos momentos tengo miedo de que Armando, al que quiero tanto y que es el padre de mis hijos, haya encontrado a otra mujer. No sé qué voy a hacer. Si me deja no sé qué será de mí. No sé por qué hace esto. Tampoco estoy segura de tener razón. Quizá son imaginaciones mías que se esté comportando de una forma rara.

Escuchó las respuestas que salían de la tierra y se metían en su cabeza. Las voces de Maria y de Rosa eran diferentes cuando vivían. Ahora era como si las dos voces se hubieran convertido en una sola.

—Tienes que enterarte de lo que ha sucedido —oyó que le decían.

—Pero ¿cómo puedo hacerlo?

—Pregúntaselo a él.

Sofia sacudió la cabeza. No se atrevía. Si ella estaba equivocada, él se enfadaría tanto que entonces decidiría irse a buscar a otra mujer con la que vivir.

Volvió a escuchar las voces.

—Ve a la ciudad. Ve a verlo sin que él te vea a ti y sin que sepa que vas a ir. Entonces sabrás la verdad.

—¿Voy a espiarlo?

—Quizá no haya otro modo si no quieres preguntárselo directamente.

Sofia supuso que Maria y Rosa tenían razón, aunque lo que habían propuesto era desagradable.

—¿Adónde voy a ir? —preguntó Sofia.

—Ya lo sabes.

¡Hortensia! Maria y Rosa tenían razón. Le había ofrecido que fuera a vivir con ella a la ciudad. Lydia podría cuidar de Leonardo y de Maria. A Rosa se la llevaría con ella.

Acarició la hierba que crecía sobre las tumbas.

—Sois mis amigos —dijo—. Sin vosotros no podría superarlo.

Se inclinó hacia delante y apoyó la mejilla y la oreja contra el suelo. A su nariz llegaba el olor a tierra. Le pareció poder oír sus corazones allí debajo en la tierra. Aunque, naturalmente, eran imaginaciones suyas. Los muertos estaban muertos, no respiraban, no tenían corazón que palpitara.

«Sus corazones laten en mi corazón. Así será siempre», pensó.

Aquel día se quedó bastante tiempo sentada al lado de las tumbas. Rosa dormía y Sofia le daba de mamar cuando se despertaba con hambre. Arriba, en el cielo, un avión estaba dejando líneas. Armando y ella habían hablado de que quizá un día tuvieran dinero para ir a algún sitio en avión. Ahora pensó que Armando quizá quisiera volar por el cielo con otra. Con rabia y miedo arrancó un trozo de hierba, no sabía qué sentimiento era más fuerte. Por un momento pensó que debería morir. Si Armando no la quería ni a ella ni a los niños, daba lo mismo si se tumbaba a morir y se quedaba con sus hermanas. Pero apartó aquel pensamiento. No podía morir.

—¡Voy a vivir! —gritó directamente al aire.

Un hombre mayor que pasaba por el camino con un cesto en la cabeza se paró asombrado. Sofia no lo había visto.

—¿Quieres algo? —preguntó.

—Solo estaba gritando —dijo Sofia—. Estoy enfadada.

El hombre dejó el cesto en el suelo y se secó el sudor de la cara. Sofia se fijó que el cesto estaba lleno de tomates.

—Es lo único que se puede hacer cuando se está enfadado —dijo—. Gritar muy fuerte. Y esperar que alguien te oiga.

—Espero que nadie me oiga —respondió Sofia.

—También se puede pensar así —contestó el hombre, que levantó el pesado cesto, se lo puso de nuevo sobre la cabeza y siguió andando.

Al día siguiente Sofia se fue a la ciudad con Rosa balanceándose en su espalda. A Lydia le dijo que tenía que ir al hospital por lo de las piernas nuevas.

Lydia se sorprendió ya que Sofia no le había dicho nada de eso antes. Sofia supuso que Lydia no la había creído. Aquello la enojó. Pero esta vez no lo demostró. Necesitaba que Lydia la ayudara a cuidar de Leonardo y de Maria.

Sofia había preparado una maleta con lo más imprescindible. Por la noche había levantado un trocito de barro del suelo. Debajo había un agujero donde tenía una lata con dinero. Ni siquiera Armando lo sabía. Ahorraba lo poco que podía porque nunca se sabía si un día ella o Armando se iban a quedar sin trabajo. Pero nunca se había imaginado que fuera a utilizar sus ahorros en un viaje para espiarlo.

Hacía un calor bochornoso cuando emprendió la marcha, más de treinta y cinco grados a la sombra. Una vez Armando llevó a casa un termómetro que se había encontrado en la calle.

Estaba puesto en la sombra de la casa. Si hacía treinta y cinco grados a la sombra, al sol haría más de cuarenta. Sofia se puso un trozo de tela blanca para protegerse del sol. También Rosa llevaba protección para la cara. A Sofia le preocupaba tener que ir andando hasta la carretera principal donde paraban los autobuses y camiones que cogían pasajeros.

Pero tuvo suerte. No había andado aún mucho cuando un tractor con remolque frenó y le preguntó si quería que la llevara. En el remolque había cabras y algunas jaulas con gallinas. El hombre que conducía el tractor la ayudó a subir.

—Conozco a Lydia —dijo el hombre—. No vas a ir andando con este calor.

Sofia se sentó sobre una de las jaulas de gallinas. El tractor no iba deprisa, pero aun así el aire era más fresco. Pasaron por naranjales y huertas con mujeres con azadas trabajando. Cuando llegaron a la carretera principal la suerte de Sofia continuó. Un camión de pasajeros acababa de parar. No solo iba a la ciudad, sino que el conductor dijo que pararía delante del hospital. Sofia le pagó el trayecto y le ayudaron a subir a la plataforma. Había poco sitio, pero finalmente pudo sentarse en uno de los lados detrás de la cabina del conductor. La mayoría de los que estaban en el camión eran gente pobre como ella. Iban a la ciudad con la esperanza de encontrar trabajo. Sofia pensó que seguro que era la única que iba allí a espiar a su marido.

Se bajó delante del hospital. Su suerte se había acabado. Cuando fue a preguntar por Hortensia le dijeron que justo aquel día libraba. Nadie parecía saber dónde vivía. Sofia empezó a temer que aquella noche tendría que dormir al relente. El dinero que llevaba seguro que no era suficiente para pagar una habitación en una pensión. Además, necesitaba dinero para la comida y para el viaje de vuelta. Fue al departamento donde trabajaba Mestre Emilio. Este la miró sorprendido.

—Sofia —dijo—. ¿No te van bien las piernas nuevas?

—No hay ningún problema con las piernas. Pero no encuentro a Hortensia y no sé dónde vive.

Mestre Emilio se quedó pensando.

—Creo que yo tampoco.

—Pensaba dormir en su casa. Ahora no sé qué voy a hacer.

—En mi casa no hay sitio —dijo Mestre Emilio—. Además está muy lejos, con muchos transbordos de autobuses y camiones.

Siguió pensando, diciendo «po-po-po».

—Puedes dormir entre todas estas piernas —dijo—. No cerraré con llave, así que puedes dormir aquí dentro. De cualquier forma, es mejor que dormir en la calle toda la noche y que te piquen los mosquitos.

La ayudó a extender unas alfombras de rafia en un rincón de la habitación, con brazos y piernas de plástico y de madera colgando del techo. Encontró una vieja manta y le hizo una almohada de unas cuantas batas de trabajo viejas.

—¿No tendrás miedo a la oscuridad? —preguntó—. ¿O a todas estas piernas y brazos?

—No creo.

—Mañana vendré más pronto que de costumbre. Traeré comida. Ve a comer algo ahora.

Después entras y cierras la puerta. No vendrá ningún guarda nocturno a molestarte.

En la calle delante del hospital, Sofia compró un pedazo de pan, algunas naranjas y un trozo de chocolate. En realidad no tenía hambre ninguna pero se obligó a comer. Después se encerró en el taller de Mestre Emilio. Empezó a anochecer. Se tumbó en el suelo con Rosa apretada contra ella y observó las piernas y los brazos que colgaban del techo. Recordó aquella vez que la dejaron sola durante toda la noche en la calle y en una silla de ruedas. Hacía mucho tiempo. Siempre ocurren cosas en la vida que no se pueden prever. ¿Cómo se podía ella imaginar que una noche dormiría en el taller de Mestre Emilio?

Durmió intranquila toda la noche. Pero cuando Mestre Emilio llegó pronto por la mañana la tuvo que despertar.

—Por lo menos parece que has dormido un poco —dijo—. Aquí te traigo comida.

—He dormido —dijo Sofia—. Pero he soñado con todas estas piernas y brazos que cuelgan del techo.

—Serán la alegría de mucha gente —dijo Mestre Emilio—. ¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que viniste aquí? Que te daría un par de piernas que iban a ser tus mejores amigas.

—Lo recuerdo —dijo Sofia—. Y tenías razón. A mi pierna derecha la llamé Kukula y la izquierda Itsongo. La corta y la larga.

Mestre Emilio se puso la bata de trabajo y descolgó una de las piernas del techo.

—Esta es para un chico de diecisiete años —dijo—. No pisó una mina. Desgraciadamente se puso en el camino de un hipopótamo enfurecido. Pero aún tuvo suerte. Un hipopótamo puede partir a una persona por la mitad. Conservó la vida pero perdió una pierna.

A Sofia le dio un escalofrío solo de pensarlo. Había hipopótamos arriba en el río que pasaba por el pueblo. Allí, en el agua, también se escondían cocodrilos. La gente que vivía en las ciudades siempre creía que los cocodrilos eran más peligrosos que los hipopótamos. Aquellos tenían una boca enorme y parecían dragones. Los hipopótamos eran pesados, parecían buenos y eran tranquilos. Pero Sofia, que vivía entre animales, sabía que el hipopótamo podía correr muy deprisa a pesar de su gran cuerpo y morder con fuerza con su enorme boca.

Mestre Emilio le había llevado papillas de maíz en un recipiente metálico. Se lo comió todo porque tenía hambre, amamantó y cambió a Rosa y después se dispuso a salir en busca de Hortensia.

—Si no la encuentras puedes volver a dormir aquí esta noche —dijo Mestre Emilio—. ¿No te pareció que las piernas fueran fantasmas?

—No —respondió Sofia—. No tengo miedo a los fantasmas.

—Es verdad —dijo Mestre Emilio—. No hay que tener miedo a los fantasmas. Es a la gente a la que a veces con motivo hay que temer.

Sofia no tardó mucho en encontrar a Hortensia. Primero oyó su carcajada en un pasillo. Allí estaba, rodeada de un montón de pacientes que casi se pegaban por entrar antes a que los

viera el médico. Hortensia no se irritaba, intentaba explicarles con calma que el doctor solo podía atenderlos de uno en uno. Cuando vio a Sofia la saludó sorprendida y le indicó que se sentara en un banco.

—Enseguida estoy —le dijo—. Cada mañana tengo que ser un poco policía y poner orden entre los que van a ver al médico.

Hortensia tardó casi media hora en sentarse rendida y resoplando en el banco al lado de Sofia.

—Así es cada mañana —se rio—. A veces sueño que no voy vestida de enfermera sino de policía. Y que estoy en un cruce dirigiendo el tráfico con guantes blancos en las manos.

Se levantó y se llevó consigo a Sofia hasta una habitación que estaba llena de viejos archivos, sillas y camas rotas. Hortensia cerró la puerta.

—No sabía que ibas a volver a la ciudad tan pronto.

Sofia se sintió cortada. Se dio cuenta de que no se había preparado en absoluto para lo que le iba a contar a Hortensia. No le apetecía para nada mentir. Por eso le explicó lo que pasaba. Mientras hablaban Rosa se puso de pronto a llorar. Tanto Sofia como Hortensia intentaron consolarla sin conseguirlo.

—A veces le duele la barriga —dijo Sofia.

—Ya lo noto —dijo Hortensia.

Sofia intentó hablar más alto que los gritos de la niña para explicar por qué había ido allí. Al principio Hortensia parecía no entender nada, después se puso a asentir con la cabeza. Justo cuando Sofia acabó de explicárselo, Rosa dejó de llorar.

«Llora porque también le duele», pensó Sofia. «Quizá lo que pasa es que un niño oye y entiende mucho más de lo que creemos. Aunque después, de adultos, ya no recordamos lo que oímos ni lo que vimos».

—Tengo que ir a trabajar —dijo Hortensia—. Pero dentro de unas horas me escaparé y te acompañaré a casa.

De pronto Sofia se echó a llorar. Fue completamente inesperado, pero se mordió el labio inferior y lo superó rápidamente.

—Es bueno llorar —dijo Hortensia—. Yo lloro todo lo que puedo. Después es más fácil reír.

Sofia salió del hospital y se sentó sobre un muro bajo que había al lado de la entrada principal. Por todas partes había gente que iba de un lado a otro.

De pronto se dio cuenta de que nunca se podría acostumbrar a vivir en una ciudad grande. Había nacido en un pueblo y era allí donde quería vivir.

Mientras estaba sentada sobre el muro esperando, se le acercaba gente que quería venderle cosas. A menudo eran niños pequeños, pero a veces eran ancianos y mujeres los que ofrecían sus productos. Mentalmente hizo una lista de las cosas que le propusieron comprar:

antenas de televisión
sandalias de plástico

mecheros
hachas de juguete
jabón
perchas
cordones
agujas de coser
manetas de puerta
marchas de bicicleta
gafas de sol
ranas parlantes de juguete
imágenes de una cantante llamada Madonna
hojas de afeitar
macetas
calzadores…

Finalmente se rindió. La memoria no le daba para todo lo que le ofrecían comprar y que ella rechazaba dando las gracias. La mayoría de los que se acercaban con cosas parecían muy pobres, y muchos de ellos también hambrientos. Sofia casi sintió vergüenza por estar allí sentada sin hambre y dando las gracias pero sin comprar nada de lo que le ofrecían.

De pronto oyó el ruido de unas sirenas. Sofia creía que llegaban los bomberos. Pero era la policía motorizada que paraba el tráfico para que pasara una caravana de coches negros que iban a gran velocidad. Las sirenas desaparecieron. Sofia oyó que alguien decía que era el presidente el que acababa de pasar.

«He visto su coche —pensó Sofia—. A él no le he visto, detrás de los cristales oscuros. La cuestión es si él me ha visto a mí».

Finalmente, Hortensia llegó. Siempre parecía que tuviera prisa. Sofia pensó que quizá había tenido suerte al perder solo una pierna, ya que siempre parecía tener mucha prisa.

—Vámonos —dijo—. No puedo estar fuera mucho rato. ¿Llevo a Rosa?

Sofia intentó protestar pero Hortensia se ató la niña a la espalda.

—Necesito acostumbrarme —rio—. Un buen día tendré hijos yo también.

A Sofia le era difícil seguir el ritmo de Hortensia. Iba a decirle que ya no podía más, que tenían que ir más despacio, cuando Hortensia se paró diciendo que ya habían llegado. Sofia miró asombrada la casa, que estaba en medio de un jardín.

—¿Vives en un sitio tan bonito? —preguntó.

—¡Qué va!, vivo en la parte de atrás en la mitad de un garaje.

Sofia se dio cuenta de lo bien que vivía ella cuando entró en lo que era la casa de Hortensia. Era un garaje que había sido dividido por el centro con una pared hecha con maderas que no se parecían en nada. En el suelo de cemento había alfombras de rafia. Solo había una pequeña ventana y la habitación que era la casa de Hortensia olía a gasolina y a aceite.

Había unas cuantas camas, una mesa, dos sillas, una palangana con agua y un pequeño hornillo de gas.

—Para hacer pis y lo demás tienes que ir a la parte de atrás, a la letrina —dijo Hortensia —. ¿Qué te parece mi casa?

Sofia se dio cuenta de que Hortensia estaba orgullosa, pero a ella aquello le parecía horrible.

—Está bien —dijo.

—No —respondió Hortensia—. No mientas. Pero estoy contenta de que Stefano y yo tengamos algún sitio donde vivir. En la ciudad. Si no, tendríamos que vivir muy lejos y todo el dinero se iría en autobuses.

Sofia miró a su alrededor.

—¿Hay sitio para nosotras? —preguntó.

—Coge esta cama. Nosotros nos apretaremos. ¿Roncas?

—No lo sé.

—Yo ronco. Todos roncamos. Bienvenida.

Hortensia se fue de nuevo al hospital. Sofia se sentó en el patio delante del garaje donde olía menos a aceite. Pensó que era extraño que fuera a vivir en un garaje mientras intentaba enterarse de lo que Armando, que también trabajaba con coches, se traía entre manos.

Los celos y el miedo la acosaron de nuevo. Ahora casi era peor, al estar mucho más cerca de Armando.

«No puedo esperar», pensó Sofia. «Tengo que saber si es verdad lo que creo y temo».

Atravesó la ciudad, sin prisa para no perderse. Conocía bastante bien la ciudad pero, aun así, tenía miedo de extraviarse. Además, allí construían todo el tiempo. Derribaban las casas viejas y levantaban otras nuevas a una velocidad de vértigo. Del poblado de Sofia también se iba la gente a la ciudad, con la esperanza de salir de la pobreza.

¡Por fin llegó! Se paró debajo de un jacarandá del que se acababan de caer las bonitas flores azules. Estaban en el suelo como una alfombra azul delante de sus pies. Desde allí podía ver el lugar en el que Samuel tenía el taller. En la acera y en el jardín de la casa, que ahora era una ruina, había coches desmontados. Miró a la gente que trabajaba pero no pudo ver a Armando. El corazón le palpitaba fuerte en el pecho. ¿Qué le iba a decir si la descubría? «He venido a saludarte», se dijo a sí misma. «Nada más». Es natural que una mujer quiera ver el lugar donde trabaja su marido.

Había un viejo autobús aparcado en la calle, un poco más adelante. Sofia pensó que desde allí podría ver mejor lo que ocurría entre los coches de Samuel. Con cuidado fue andando bien pegada a la pared de la casa hasta que estuvo al lado del oxidado autobús al que le faltaban todas las ruedas.

Rosa se estaba despertando. Sofia la acunó balanceando la espalda y Rosa se volvió a dormir. Dentro de poco se despertaría con hambre pero ahora Sofia tenía tiempo para echar un vistazo por detrás del autobús y ver qué estaba pasando.

Lo primero que vio fueron las piernas de Armando. Nada más. Un par de pantalones de trabajo de color azul oscuro y dos pies descalzos.

Estaba tumbado debajo de un coche aporreando algo. El ruido llegaba hasta donde estaba Sofia. «Me parece muy bien que esté tumbado debajo de un coche», pensó, «siempre y cuando no se tumbe al lado de otra mujer».

Casi se había decidido a acercarse hasta él y tirarle de los pies para preguntarle por qué se había marchado tan temprano el domingo cuando Rosa volvió a despertarse. Sofia se sentó en la escalerita del autobús y le dio de mamar. Después cambió a Rosa y la cogió en brazos mientras volvía a echar otro vistazo. Ahora Armando estaba hablando con Samuel. Armando tenía una llave inglesa en la mano, Samuel señalaba y le explicaba. Después Armando se volvió a meter debajo del coche.

Sofia continuó en su sitio, mucho, mucho rato. Estaba cansada y tenía hambre, ya era mediodía, pero no pensaba rendirse. Se quedaría hasta que Armando se fuera del trabajo. Entonces sabría lo que hacía.

Llegó un chico que llevaba una carretilla con plátanos. Sofia compró un manojo de plátanos. Tenía para comprar plátanos, pero aun así le preocupaba que no le llegara el dinero. Quizá Hortensia contaba con que le pagaría por dormir en su casa… No lo creía, los amigos no pagan. Pero no podía saberlo con seguridad. En la ciudad todo era tan diferente a su poblado.

Cayó la tarde. El breve anochecer se posó sobre la ciudad. Algunas farolas iluminaban los coches. Uno tras otro, los que trabajaban para Samuel se iban marchando. Al final solo quedaba Armando. Desapareció por el patio.

Sofia se quedó esperando. Cuando volvió se había cambiado de ropa. A pesar de la distancia, Sofia también pudo ver que se había mojado el pelo. Puso un periódico viejo sobre una pila de neumáticos y se sentó.

«¿Qué hace ahora?», pensó Sofia. Armando bostezó. Ella no pudo evitar bostezar también. Rosa se movía intranquila en su espalda. «Ahora no», pensó. «Ahora no. Duerme unos minutos más, hasta que sepa qué está pasando».

El tiempo pasaba, tremendamente lento. Avanzaba a rastras, pensaba Sofia, como una serpiente en una mañana fría, antes de que el sol la haya calentado. El tiempo es una serpiente que se puede mover lo mismo despacio que deprisa. Armando estaba sentado encima del periódico hurgándose las uñas con un clavo. De vez en cuando levantaba la vista y miraba a las personas que pasaban. No ocurría nada. Se observó las manos y siguió lanzando miradas calle abajo.

Pasó un rato antes de que Sofia se diera cuenta de que solo miraba en una dirección. «Espera a alguien», pensó. Volvió la preocupación, le roía aún con más fuerza en el estómago. Rosa se movía impaciente en su espalda. Sofia mecía la parte superior de su cuerpo. «Calla, niña», pensó. «Calla, no molestes».

Después pasó lo que no había querido creer pero que en el fondo era lo que se temía.

Armando se incorporó como un resorte. Una mujer llegó caminando por la acera. Llevaba una falda corta y el pelo lleno de fuertes trenzas. «Pasa de largo», pensó Sofia. «No te pares».

Pero se detuvo. Armando la cogió de la mano y rozó los labios contra su mejilla. Después se fueron caminando por la acera hasta desaparecer en la oscuridad.

Sofia sintió un grito por dentro. ¡Armando hacía lo que no podía! Maldito, ¿por qué ya no la quería?

Sofia se quedó totalmente paralizada. Estaba mareada por el nudo aquel que le oprimía el estómago, quería vomitar. Se sentó en la acera.

No sabía cuánto tiempo estuvo allí sentada. No podía pensar, solo veía la imagen de aquella mujer con las trenzas bonitas y la falda corta, Armando y sus labios y la oscuridad que los envolvió.

No fue hasta que alguien le tiró una moneda delante que volvió en sí. ¿Había alguien que creía que estaba mendigando en la calle? Eso la hizo enfurecer.

—No estoy mendigando —gritó y le lanzó las monedas a la asombrada mujer que le había dado el dinero.

Se puso de pie, se sacudió la ropa y se sentó en la escalerita del autobús. Rosa volvía a tener hambre. «Espero que mi leche no se ponga ácida como el limón», pensó. «Es Armando el que la tiene que probar, no mis hijos».

Quería llorar, pero apretó los dientes. Se sentía completamente sola en el mundo.

Después fue a casa de Hortensia. Sabía que podía ser peligroso moverse por las calles en la oscuridad. Pero no tenía miedo.

Ahora nadie le podía hacer nada peor que lo que Armando le había hecho.

6

Al día siguiente Sofia regresó a casa.

A Rosa le había entrado dolor de barriga durante la noche y no solo había mantenido despierta a Sofia sino también a Hortensia y a Stefano. Varias veces Sofia había sentido el terrible deseo de ahogar a aquella criatura que tanto gritaba, pero no lo había hecho, evidentemente. Hortensia había intentado ayudarla y Stefano se había puesto algodón en las orejas y había procurado dormir a pesar de todo el jaleo. La familia que vivía al otro lado de la fina pared del garaje había dado unos golpes gritando que necesitaban dormir.

Al final Sofia también se puso a llorar. Y, por extraño que parezca, entonces Rosa se calló.

No hubo tiempo para que Sofia le contara con detalles a Hortensia lo que había pasado, lo que había visto. Solo dijo que tenía razón. Su miedo había resultado estar bien fundado. Armando había estado sentado sobre una pila de neumáticos de coche esperando a una mujer que llevaba la falda corta y movía las caderas al andar. Sofia no podía estar segura, pero creía que aquella mujer a la que Armando había acompañado aún no había tenido hijos.

Era lo que más la atormentaba. Que Armando se acostara con una mujer y que quizá un día tuviese un hijo con ella.

—Amenázalo —le había dicho Hortensia.

—¿Qué lo amenace? ¿Cómo?

—Dile que tiene que escoger entre tú y ella. Que si escoge mal lo echas de casa.

—Pero quiero que se quede conmigo.

—Las cosas son como son. Si él no quiere, tú no lo puedes obligar.

Stefano salió cuando Sofia y Hortensia empezaron a hablar de Armando. Era como si no quisiera oír nada de lo que Armando estaba haciendo.

—¿Tú qué habrías hecho? —preguntó Sofia cuando Stefano se hubo marchado cerrando la puerta del garaje.

—Lo habría matado a palos —respondió Hortensia.

Sofia la miró horrorizada.

—No lo digo en sentido literal, naturalmente —dijo Hortensia—. No es que quiera estar en la cárcel toda mi vida solo porque mi hombre se ha comportado de una manera tan estúpida. Lo que quiero decir es que lo echaría de casa.

—¿Aunque quisieras vivir con él?

Hortensia se encogió de hombros.

—No se puede tener todo —dijo—. Hay que escoger qué dolor es el peor. Echar de menos a un hombre que se ha portado mal, o la libertad de vivir sin tener que sentir celos o miedo todo el tiempo.

Temprano, al día siguiente, con Rosa mejor de la barriga, Hortensia la acompañó a la plaza desde la que salían los autobuses que iban al poblado de Sofia.

—¿Por qué no te quedas? —preguntó Hortensia.

—No puedo hablar con él en la ciudad —contestó Sofia—. No sé qué le voy a decir. Tengo que pensarlo.

—A lo mejor no vuelve a casa.

—Sí que lo hará —respondió Sofia decidida—. Sé que lo hará. Entonces hablaré con él.

—¿Qué le vas a decir?

Sofia sacudió la cabeza sin responder. Aún no sabía qué le diría en el momento en que lo tuviese delante.

—Siempre puedes volver aquí —dijo Hortensia.

—Lo sé —dijo Sofia—. No tengo muchas amigas. Pero tú eres una de ellas.

Hortensia la saludó con la mano mientras Sofia y Rosa se apretujaban dentro de un autocar sobrecargado. Hacía calor y olía mal. A Sofia le entró un miedo repentino de que Rosa se pusiera enferma otra vez. Pero no pasó nada, Rosa no tuvo diarrea. Sofia se durmió y no se despertó hasta que el conductor le gritó que habían llegado y que el autocar iba a dar la vuelta.

Bien entrada la tarde, Sofia llegó de vuelta a su casa. Leonardo y Lokko corrieron hasta ella. Por primera vez desde que había visto a Armando con la mujer desconocida sintió un poco de alegría. Y calma. La visión de Armando y la otra mujer la había derrumbado. Ahora logró ponerse otra vez en pie.

Lydia no dijo nada. Solo la miró interrogante. Sofia tampoco dijo nada. Opinaba que Lydia no tenía nada que decir respecto a ella y Armando. Ya era mayor. Esto era algo que concernía a ella y a sus hijos, a nadie más.

La semana pasó.

Sofia escribió en su diario que las noches eran lo peor. Se despertaba por culpa de los sueños desagradables. Los celos la perseguían. Soñaba que Armando estaba desnudo delante de ella, como lo había estado aquella vez en el camino a la luz de la luna, tiempo atrás. Sonreía. Pero justo cuando Sofia iba a tocarlo aparecía una mujer y se ponía entre los dos. Entonces ella se despertaba. Tuvo el mismo sueño varias noches seguidas. Normalmente se iba a dormir sin quitarse las piernas. Estaba intranquila y no podía quedarse en la cama dando vueltas. Entonces cogía las muletas y salía. Las noches eran cálidas. Lokko siempre se le acercaba meneando la cola. A veces sacaba una alfombra de esparto y se tumbaba con la cabeza sobre el cuerpo caliente de Lokko. El cielo estrellado brillaba con fuerza y claridad cuando el fuego se apagaba. Era como si las estrellas la atrajeran consigo.

Una vez el doctor Raul le había contado que todo lo que veía allí arriba se estaba alejando de ella a una velocidad de vértigo. «El universo», le había dicho, «es como una flecha que avanza a una velocidad inconcebible para nosotros. Un día, todas las estrellas se apagarán, todo se quedará negro. Pero entonces habremos desaparecido hará ya mucho tiempo».

Le brotaban lágrimas de los ojos cuando pensaba en el doctor Raul, en que estaba muerto. «Pronto ya no quedaría nada», pensó. «¿Por qué no entiende Armando que se debe quedar conmigo?».

Eso era lo peor de todo durante las noches sin sueño. Los celos. A veces los sentía como si se hubiese tragado el contenido de un hormiguero. Las hormigas le mordían desgarrándole las vísceras y ella no podía hacer nada. Intentó apartar los pensamientos sobre Armando y aquella mujer, a los que siempre veía desnudos el uno junto al otro. Pero no lo conseguía, a pesar de que a menudo se golpeaba la frente con los nudillos.

A veces pensaba que Armando no entendía lo que estaba haciendo. Solo con que ella se lo explicara todo volvería a estar bien.

Durante los días y las noches que pasó esperando a que llegara el sábado y a que él volviera a casa mantuvo una conversación casi ininterrumpida con él en su cabeza. Solo de vez en cuando, especialmente cuando estaba enfurecida, se ponía a hablar sola en voz alta. Lydia, que la oía, no decía nada, ni tampoco Leonardo. Sofia mantenía sus conversaciones con Armando, se preparaba no solo para lo que le fuera a decir sino también para las respuestas que él le daría.

Cuando al fin llegó el sábado, se bañó en la gran palangana detrás de la cortina de alfombras amarillas de esparto. Después se puso su mejor ropa, una falda roja, que se había hecho el año anterior, y una blusa blanca. Intentaba mantener la calma pero notó que estaba tan nerviosa que el cuerpo entero le temblaba.

Armando llegó poco después de las siete, tal como solía hacer. Llevaba puesta su ropa nueva, pero dijo que estaba sucio y quería que Sofia le frotara la espalda. Así lo hizo. Cuando le vio la espalda desnuda le entraron ganas de arañarle. Pero frotó con todas sus fuerzas. Quería borrar todo rastro de aquella mujer a la que había cogido de la mano y con la que, seguramente, había hecho todo lo que estaba prohibido.

—Me haces daño —dijo de repente—. Frotas demasiado fuerte.

—Ha sido sin querer —respondió Sofia—. Ya he terminado.

Se dio la vuelta mientras él se secaba, lavó la palangana y tiró el agua. Si hubiese tenido fuerzas a lo mejor le habría tirado toda el agua sucia por encima y le habría dicho que podía irse a casa de la otra a lavarse. Pero no dijo nada. Esperó.

Mientras cenaban, pollo asado, arroz y ensalada, parecía que todo fuera como de costumbre. Armando hablaba sobre la semana que había pasado, sobre los coches que había reparado. De pronto Sofia se preguntó si todo habría sido una pesadilla. Pero no, era verdad. Sin duda, ella había estado en la ciudad y lo había visto esperando a aquella mujer de la minifalda.

Después de la cena, Armando jugó con Leonardo y Maria y tuvo a Rosa en su regazo

hasta que se quedó dormida. Aquella noche, Lydia se fue pronto a la cama. Sofia comprendió que quería dejarla a solas con Armando. «No sabe lo que ocurre», pensó Sofia. «Pero intuye que algo ha pasado. ¿Lo haré yo también cuando mis hijos sean mayores? ¿Intuir que alguno de ellos tiene problemas?».

Armando estaba sentado junto al fuego y le lanzó un palo a Lokko, que lo fue a buscar. Sofia se sentó al otro lado de la hoguera y observó el juego. El perro, el palo, el perro, el palo…

Sofia miró la cara de Armando detrás de las llamas danzantes. ¿Qué pensaba? ¿Estaba aquí o en su mente se hallaba en compañía de la otra mujer? Estaba sentado junto al fuego tirándole un palo a Lokko, pero en realidad quizá estaba desnudo en una cama junto a otra mujer.

De pronto Sofia sopló con fuerza el fuego. Las llamas resoplaron y algunas pequeñas brasas salieron volando hacia Armando.

—¿Qué haces?

—Nada —respondió Sofia—. ¿Qué haces tú?

—Estoy jugando con el perro. ¿No lo ves?

Ya era demasiado tarde para parar. Sofia sentía que ya no lo soportaba más. Tenía que saber.

—¿No tenías mucho que hacer esta tarde?

—Samuel me ha dado libre antes que a los demás.

—Pues qué pena.

—¿Por qué qué pena? Así he podido volver antes a casa.

—Te podrías haber quedado en la ciudad.

—No sé lo que quieres decir. Quiero volver a casa.

—Eso no es lo querías hace dos sábados.

—¿Has olvidado que teníamos tanto que hacer que tuve que quedarme?

—¿Qué haces por las noches?

Sofia no había planeado la pregunta. Simplemente salió disparada de su boca, como un pájaro que de pronto descubre que la jaula está abierta. No consiguió atrapar las palabras antes de que salieran volando.

—Duermo —respondió Armando.

Sonaba completamente normal, pensó de pronto Sofia. No se había puesto nervioso. Era como si hubiese estado esperando justo aquella pregunta.

—Duermes en una habitación del desván de aquella casa que está pegada al borde de una calle empinada. Donde te he visitado una vez.

—¿Dónde iba a dormir si no? ¿Por qué lo preguntas? —Solo quiero saber. —¿Saber lo que ya sabes?

Ya no funcionaba. No hacía más que escabullirse. Estaba alerta, Sofia lo había comprendido. Era igual que dos sábados atrás, cuando llegó a casa tan tarde ocultando su cara entre las sombras. Ahora estaba haciendo lo mismo. A pesar de estar sentado en el

suelo, retrocedía de manera imperceptible, para que al menos parte de su cara quedara a la sombra.

—No dices la verdad —dijo Sofia con voz temblorosa—. Me estás mintiendo.

—¿Qué quieres decir?

Ahora era él a quien le temblaba la voz. Se rompió, se volvió casi chillona, penetrante.

—Solo quiero decir que llega una chica, la coges de la mano y te vas con ella.

Armando la miró sorprendido.

—No entiendo a qué te refieres.

—No mientas —gritó Sofia.

Ahora estaba furiosa, asustada, celosa y colérica. Tenía ganas de tirarle una muleta.

—No te miento. No sé de qué estás hablando.

—¿Que de qué estoy hablando…? Estoy hablando de lo que he visto con mis propios ojos. Estaba detrás de aquel autobús oxidado y os vi. A lo mejor echas en falta que no pueda ir con faldas cortas por el jodido aspecto de mis piernas. ¿Es así?

Intentó golpearlo con la muleta a través del fuego. Las llamas volaron.

—Es un error, no es verdad, no es lo que crees —dijo Armando.

Él también había empezado a gritar, igual que Sofia. Ella sabía que la señora Mukulela estaba escuchando entre las sombras delante de su casa. Pero a Sofia le daba igual. Solo quería conseguir que Armando dijera la verdad.

—Solo creo lo que ven mis ojos.

—¿Me espías?

—No quería hacerlo. Pero me vi obligada.

—No es nada.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Nada?

—Se ha acabado, ha quedado atrás.

—¿Quién era?

—¿Es importante?

—Para mí lo es.

—Te estoy diciendo que no hay nada. Nunca lo ha habido.

—La llevabas cogida de la mano.

—Debes de haber visto mal.

—No vi mal.

—No quiero hablar más de ello. Ha quedado atrás, se ha acabado.

—¿Cómo se puede haber acabado si nunca hubo nada? ¿Cómo se llama?

—Eliza.

—Ahora quiero saber qué has estado haciendo.

—Nada.

—¿No puedes dejar de mentir?

—La cogí de la mano algunas veces, eso es todo.

—¿Qué más habéis hecho?

—Nada.

—¿No habéis dormido juntos?

—No.

—¿Y quieres que me lo crea?

—Sí.

—Estás mintiendo.
—Lo juro. Nunca hubo nada. Y ahora ya ha terminado.
—¿Cómo os conocisteis?
—¿Es importante?
—Para mí lo es.
—Simplemente así, por la calle.
—¿A qué se dedica?
—No lo sé.
—¿Vas de la mano con alguien que no sabes a qué se dedica? ¿Es una de esas que va por la calle vendiéndose?
—¿Estás loca?
—Quiero saber la verdad.
—Nos encontramos por casualidad, le estábamos comprando tomates al mismo vendedor, nos pusimos a hablar, la cogí de la mano alguna que otra vez, eso es todo.

Antes de que Sofia tuviera tiempo de hacer más preguntas Armando rodeó el fuego y se sentó a su lado. La tomó de la mano. Ella intentó apartarla, pero él la sujetaba con fuerza, no la soltaba.

—No ha sido queriendo —dijo—. No es siempre tan fácil estar solo en la ciudad. Pero no es nada. No había nada más que lo que tú viste. Y se ha terminado.

—¿Cómo puedo confiar en ti?

—Mirándome a los ojos.

Ella lo miró a los ojos. Pero ¿podía creer lo que decía? Quería hacerlo, pero no sabía si se atrevía. ¿Qué pasaría si le creía aunque estuviera mintiendo?

—Vámonos a dormir —dijo él—. Te echo de menos cada día, allí en la ciudad.

Sofia no le contestó. Se quedaron sentados en silencio. Después de un rato él le soltó la mano y dijo que se quería acostar.

Sofia dejó que el fuego se apagara. Lo oía dentro de la casa, la cama que crujía. Lo que más deseaba ahora era ponerse en pie con las muletas lo más rápido posible para desnudarse y tumbarse a su lado. Pero se quedó sentada pensando en todo lo que él le había dicho. ¿Es posible que fuera tal como él se lo había contado? ¿Que no había ocurrido nada más que lo que Sofia había visto?

No sabía qué pensar. Al final se puso de pie, echó un poco de arena sobre las últimas ascuas y entró en la casa. Podía oír que él seguía despierto esperándola. Cuando se tumbó, la rodeó con su brazo y trató de darle la vuelta.

—Esta noche no —dijo Sofia—. Quiero que me dejes tranquila. Duérmete.

Él no dijo nada, solo dejó el brazo reposando sobre su cuerpo. Ella siguió despierta y oyó que él se había dormido.

Los pensamientos continuaban dándole vueltas en la cabeza. Pero justo antes de dormirse tomó una decisión. Le creería. No había habido nada más que la mano aquella y el paseo bajo la oscuridad. Él no le podía mentir a ella, que era la madre de sus hijos.

Cuando Armando se marchó a la ciudad el domingo a última hora de la tarde Sofia estaba

convencida de que le había contado la verdad. ¿Cómo, si no, habiendo mentido, iba a comportarse de aquella manera tan normal con ella y con los niños? Sofia no lo podía entender y por ello tampoco lo podía creer.

Lo acompañó a lo largo de un tramo del camino. A Sofia siempre le había gustado caminar por allí con Armando. «Camino por aquí con mi marido», pensó. «Muchos pensaban que nunca encontraría marido porque era una tullida. Nadie querría estar en la misma cama que yo, una mujer sin piernas. Pero estaban equivocados. Armando no es uno cualquiera. Tiene un trabajo en la ciudad y cuando vuelve los sábados trae dinero consigo».

El domingo por la mañana Armando le había dado dinero a Sofia, la misma cantidad que le solía entregar siempre.

Todo era como de costumbre. Sofia sentía una tranquilidad infinita porque aquello no hubiera sido más que una pesadilla. Ahora tenía que creerlo, la imagen de aquella mujer con la falda corta iba desapareciendo.

Él le rozó la mejilla con las yemas de los dedos antes de despedirse en el camino.

—Vuelvo el sábado, como siempre —dijo.

—Aquí estaré —respondió Sofia—. Siempre lo estoy.

Lokko corrió tras él sin que Sofia lograra hacerle volver.

—Lloverá —gritó Sofia—. Si no te das prisa te mojarás.

Él saludó con la mano y después se apresuró por el camino.

Aquella noche hubo una tormenta muy violenta. Sofia estaba despierta en la cama escuchando el estruendo contra el tejado de aluminio. Cuando llovía era como si viviera dentro de un gran tambor. La lluvia tocaba en su cabeza.

«¿Quién baila cuando llueve?», se le ocurrió. «Si la lluvia es un tambor, tiene que haber alguien que baile…».

Por la mañana había dejado de llover. El patio de arena que tenían delante de casa era una gran charca de barro cenagoso. Lokko estaba con las orejas caídas y el rabo entre las piernas debajo del techo donde cocinaban.

De pronto Sofia estalló en carcajadas. ¿Qué más daba el barro, todo este barro encharcado, cuando ya no tenía que pasar las noches en vela a causa de la intranquilidad y los celos?

Ya casi habían desaparecido del todo, sustituidos por una leve envidia hacia aquella mujer que podía ir con una falda corta enseñando las piernas. Pero ella también desaparecería, se ahogaría en ese barro que cubría el suelo de todo el poblado.

Aquel día Sofia tuvo una idea. Le daría una sorpresa a Armando y le cosería una camisa. Recuperó un trozo de tela que llevaba tiempo guardando en uno de los cajones detrás de la máquina de coser. Obviamente, conocía sus medidas y aquella misma noche empezó a recortar la tela y a coser las diferentes piezas. Le iba a hacer una camisa roja con una franja blanca brillante sobre el pecho. Sería el único en tener esa camisa, no la podría comprar en ningún mercado.

También decidió ir a la ciudad para dársela, no quería esperar hasta el sábado siguiente.

Los viajes en autocar eran pesados y complicados, pero Sofia consideró que valía la pena.

Lydia respondió que se haría cargo de Leonardo y de Maria ese día. «Seguro que nota que es importante», pensó Sofia. «Ella siempre ve lo que me pasa. No la puedo engañar».

Dos días más tarde la camisa estaba lista. Sofia se levantó más temprano que de costumbre y partió con la salida del sol. Lydia se preguntaba cuándo tendría pensado volver. Sofia pensaba que, seguramente, pasaría la noche con Armando.

—A lo mejor vuelvo esta noche —dijo—. Pero prefiero que sea mañana.

—Vuelve mañana —dijo Lydia—. Es lo mejor.

«Entiende demasiado», pensó Sofia otra vez. «Entiende que me quiero quedar con Armando esta noche. Me puede leer el pensamiento. Incluso creo que puede entender lo que sueño por las noches».

Aquel día Sofia no llegó a la ciudad hasta bien entrada la tarde. A pesar de haber salido tan temprano, el viaje había sido muy lento. Dos veces se habían estropeado dos autocares diferentes y el último camión en el que iba se había quedado atascado en una caravana de coches a causa de un accidente. Cuando por fin llegó tenía tanta hambre que estaba a punto de desmayarse. Antes de ir al taller mecánico tenía que comer algo. Compró frutos secos y manzanas y entró en un café para beber agua. Ya había comenzado a oscurecer cuando se dirigió hacia el taller.

Llevaba la camisa en una bolsa de tela que le colgaba del cuello. De repente alguien le dio un estirón. Sofia estuvo a punto de caerse, pero logró apoyarse en una de las muletas. Era un joven de su misma edad que estaba tirando de su bolsa. Ella comprendió enseguida que se trataba de un ladrón, pero no pensaba dejar que le cogieran la camisa de Armando. Le gritó que soltara y después le golpeó en la cabeza con una muleta. Él se sorprendió tanto que la soltó. Ella continuó aporreándolo hasta que el joven se fue corriendo.

Todo había pasado muy deprisa. A la gente que estaba en la acera apenas le había dado tiempo de darse cuenta de lo sucedido. Sofia estaba alterada y se apoyó en la pared de una casa para recuperar el aliento. Rosa no se había despertado. Sofia había visto que el joven que le había intentado robar estaba sucio y llevaba la ropa hecha trizas. «Era pobre», pensó. «Más pobre que yo. Los pobres roban a los pobres y que Dios tenga piedad del ladrón que ha sido pillado por la persona a quien intentaba robar. Los pobres son su propia policía y a veces pueden hacer cosas terribles».

Se dio cuenta de que tenía miedo. No era buena idea andar a solas por las calles de la ciudad cuando comenzaba a oscurecer, sobre todo con una bolsa que alguien podría querer robar.

Cuando llegó al taller de coches, los que trabajaban allí habían empezado a recoger sus herramientas y a quitarse la ropa de trabajo. Vio a Armando y estuvo a punto de llamarlo. Pero algo le hizo quedarse callada. Después nunca entendería por qué se tapó la boca con la mano y no lo llamó. ¿Acaso podía ver a Armando como Lydia la veía a ella? ¿Lo que le pasaba por dentro? Dio unos pasos hacia atrás y luego se apresuró a cruzar la calle para

resguardarse detrás del viejo autobús una vez más. Aún no podía entender por qué lo hacía. Había ido hasta allí para sorprenderle con la camisa nueva y ahora estaba escondida otra vez.

Al final Armando se quedó solo. Samuel puso en marcha su ciclomotor y desapareció. Justo iba a abandonar su escondite cuando la vio llegar. La chica de la minifalda. Hoy era de otro color, blanco. Pero era ella y tenía el mismo peinado de trenzas. Sofia cerró los ojos con fuerza y luego volvió a mirar. Lo que veía era de verdad. Armando se acercó a la mujer que se llamaba Eliza y se besaron. Sofia sintió un grito que comenzaba en lo más profundo de su cuerpo pero que no dejó salir.

Lo que veía no podía ser cierto. Sin embargo, era verdad. No estaba soñando. Armando le había mentido. No se había acabado nada, nada había quedado atrás.

Comenzaron a caminar a lo largo de la calle. Esta vez Sofia los siguió. Tenía lágrimas en los ojos, sentía celos y miedo, sentía todo lo que se puede sentir cuando nada va bien. Siguió a su marido, «como un perro», pensó, «un perro lastimoso que quiere saber por qué le hace lo que le está haciendo». Se detuvo varias veces pensando en dar la vuelta y salir corriendo de allí, pero continuó tras ellos cerrando los ojos cuando se paraban a besarse.

Se detuvieron delante de una casita que estaba apretujada entre dos edificios altos. Sofia vio cómo Eliza abría la puerta con llave. Cuando cerraron la puerta tras ellos fue como si a Sofia le golpearan directamente en la cara. Se tocó para ver si estaba sangrando. Pero no tenía sangre en la cara. No había nada.

Sofia se arrancó la bolsa con la camisa de Armando. Había una reja de alcantarilla rota cerca de donde estaba. Metió la camisa en el agujero apestoso. Después dejó que la bolsa de tela se fuera por el mismo camino.

En aquellos momentos, en su interior no había más que odio. Hacia Armando, hacia aquella mujer. Pero también hacia sí misma por haberle creído.

«Una persona que me hace eso no merece vivir», pensó mientras cruzaba la calle.

Había luz tras la cortina de una de las ventanas. Se acercó e intentó mirar dentro. No vio nada, pero de pronto oyó voces, una mujer que se reía. Y después, de repente, la voz de Armando. Él también se reía.

«Os voy a matar», pensó Sofia. «No voy a esperar, lo haré ahora mismo».

Había un periódico roto tirado sobre la acera. Unos metros más allá había un vendedor de cigarrillos medio dormido con sus productos delante. Sofia compró una caja de cerillas. Después enrolló el periódico hasta hacer un tubo duro. Antes ya se había hecho con una piedra. La tiraría contra la ventana. Le seguiría el periódico en llamas. Ella se quedaría allí para ver qué ocurría. Si ardía también, no pasaba nada.

Encendió el periódico y se preparó para lanzar la piedra.

En ese instante se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Prenderle fuego a una casa, quizá matar a personas. Soltó la piedra y pisoteó el periódico hasta apagarlo.

Se marchó de allí. Aquella noche se escondió en un parque y de vez en cuando notaba

unas grandes ratas olfateándole el cuerpo. Al amanecer cogió el primer autocar de vuelta a casa.

Ahora sabía que ya no tenía marido, ya no le quedaba ningún Armando. El chico de la luz de la luna había decidido dejarla.

Hasta ahí. Se acabó.

7

Cuando Sofia llegó a casa le contó a Lydia todo lo que había pasado.

Le salía todo a borbotones, sin parar. Sorbía, hipaba y lloraba como una niña. Lydia estaba sentada a su lado sobre la alfombra de esparto, a la sombra de la casa, y escuchaba sin decir nada. Cuando Sofia llegó a casa, Lydia, al ver lo triste que estaba, envió a los críos con la señora Mukulela, que prometió echarles un ojo.

Sofia realmente trataba de confiarle a Lydia todo lo que había pasado. Incluso le contó que había tenido una antorcha encendida en la mano y que había estado dispuesta a lanzarla por una ventana rota para provocar un incendio.

—Podría haber habido niños allí dentro —dijo Lydia alterada—. ¿En qué estabas pensando?

—No la lancé —respondió Sofia—. Pero no tenía ni idea de qué iba a hacer. Y no lo pensé.

Después, Sofia comprendería que no estaba en absoluto preparada para la reacción de Lydia. Probablemente, había esperado que Lydia se enfureciera con Armando tanto como lo estaba Sofia. Sin embargo, ahora se encontraba con palabras totalmente distintas por parte de Lydia, nada de rabia, nada de ira.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó simplemente.

—¿Que qué voy a hacer? Lo voy a echar de casa. Le voy a poner la ropa en una bolsa y se la voy a dejar fuera. No volverá a entrar en mi casa.

—Es nuestra casa —dijo Lydia—. Si no puede entrar en tu casa, podrá entrar en la mía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Solo quiero decir que debes tranquilizarte.

Sofia la miró interrogante. Lydia parecía cansada aunque no sorprendida por lo que Sofia le había contado.

—Me calmaré. Pero no hasta que haya recogido sus cosas y le haya dejado la bolsa fuera.

—¿Cómo te las arreglarás sin un hombre?

—Lo hacía antes de que él entrara en mi vida, ¿o no?

—Entonces no tenías tres hijos.

—Me las apañaré. No puedo vivir con un hombre que se va con otras mujeres.

Lydia se quedó callada un momento.

—A lo mejor no es tan grave —dijo tímidamente.

—¿Qué quieres decir?

—Seguramente, volverá contigo. Aquí es donde está su familia. Es aquí donde vive. Se olvidará de esa mujer.

—Yo no la olvidaré. Me mintió. ¿No oyes lo que te digo?

—No hace falta que grites. Te oigo.

—¿Qué habrías hecho si te hubiera pasado a ti?

—Te voy a responder a eso —dijo Lydia con voz decidida—. Habría reaccionado como tú. Habría llorado de celos y rabia. Pero me habría aguantado y le habría perdonado si volvía a casa. Y, ¿sabes por qué? Porque, a pesar de todo, mi vida sería más sencilla si él estuviese aquí, si él trabajara, si él contribuyera. Los que somos pobres no podemos comportarnos de cualquier manera.

Sofia la quiso interrumpir, pero Lydia alzó una mano.

—Aún no he terminado. Tu padre Hapakatanda, de quien apenas te acuerdas, se comportaba igual que Armando. Lo pesqué dos veces con distintas mujeres. Pero le perdoné. Y no me arrepiento.

—¿Mi padre? —dijo Sofia.

—Tu padre. Era muy problemático. Yo me enfadaba muy a menudo con él. Pero, aun así, era el padre de mis hijos. Y cuando trabajaba me ayudaba a mantener a la familia.

—Da lo mismo —dijo Sofia empecinada—. Voy a echar a Armando de mi casa.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Puede ir al jefe del poblado a quejarse. Es un hombre. Los hombres mandan.

—Puede que sobre ti. Pero no sobre mí.

Lydia negó con la cabeza.

—Desearía que me escucharas —dijo—. Los celos y la tristeza son pasajeros. Él siempre será el padre de tus hijos.

—No quiero saber nada de él. Es así de sencillo.

Lydia se quedó sentada en la alfombra de esparto viendo cómo la ropa de Armando salía volando por la puerta abierta. Entonces se levantó y se puso a recogerla.

Ella la metía dentro y Sofia la tiraba fuera. La señora Mukulela estaba en su casa observándolo todo junto con los niños.

—¿Qué hacen? —preguntó Leonardo tímidamente.

—No lo sé —dijo la señora Mukulela.

—¿Por qué está mamá tirando la ropa de papá?

—¡Silencio! Preguntas demasiado. ¡Vete a jugar!

Leonardo hizo lo que le habían mandado y la señora Mukulela se quedó mirando mientras Lydia y Sofia casi se peleaban por la ropa de Armando.

Al final fue Sofia la que ganó. Lydia se rindió. Tiró un par de zapatos de Armando en la arena.

—Estás cometiendo una estupidez —gritó—. Nunca te perdonará. Intentará quitarnos la casa a ti, a mí y a los niños. Irá a ver al jefe del poblado y pondrá a su familia en contra nuestra.

—No lo quiero aquí.

Sofia llamó a Lokko y se fue a la tiendecita que había junto al camino principal. En realidad no era más que una caseta destartalada con un tejado metálico oxidado. Allí la señora

Basima vendía diferentes productos. Nadie comprendía cómo en una casita tan pequeña podían caber tantas cosas. Además, la señora Basima era muy gorda. Se mecía como un pato y siempre le caía sudor por la cara. Suspiraba y resoplaba, pero siempre estaba contenta.

—Sofia Alface Fumo —dijo riéndose—. He oído que has tenido otra criatura.

—Rosa —dijo Sofia—. Se encuentra bien.

—Y ¿cómo está tu madre Lydia?

—Bien.

—Y ¿tus hermanos pequeños?

—Bien.

—Y ¿Leonardo?

—Bien.

—Y ¿Maria?

—Bien.

La señora Basima tenía muy buena memoria. Se sabía los nombres de todos los que vivían en el poblado a pesar de que eran casi quinientas personas.

Ahora se quedó observando a Sofia, y arrugó la frente.

—Pero tú no estás bien.

—No me pasa nada.

—Nunca le cuentes mentiras a la señora Basima. Si te digo que no estás bien, es que no lo estás. ¿No tengo razón?

—A lo mejor —dijo Sofia—. Pero no quiero hablar de ello.

—Eso es otra cosa —dijo la señora Basima—. ¿Qué quieres?

—Dos bolsas de plástico —dijo Sofia—. Preferiblemente de esas que son grandes y negras.

—Voy a ver qué tengo.

La señora Basima se agachó. Su gran trasero asomó por encima del mostrador. Sofia no pudo evitar reírse.

—¿De qué te ríes? —gritó la señora Basima desde el suelo, donde resoplaba y suspiraba por el esfuerzo que le suponía buscar las bolsas de plástico.

—De nada —dijo Sofia—. Solo me río.

La señora Basima se incorporó. En una mano sujetaba triunfante un rollo de bolsas de plástico negras.

—Sabía que las tenía. ¿Cuántas quieres?

—Dos.

—¿Vas a hacer limpieza?

—Sí.

Sofia pudo ver que la señora Basima no le creía. Pagó las bolsas y se marchó. Lokko iba a su lado.

—Habla demasiado —le dijo Sofia al perro—. La señora Basima es una auténtica cotilla. Pero ¿qué se va a inventar de mí y mis bolsas de basura? ¿Que he matado a alguien y que ahora lo voy a cortar en pedazos y enterrarlo?

Lokko estaba más interesado en los diversos olores del camino. Meneaba la cola en señal de que estaba de acuerdo.

Durante aquel mediodía y aquella tarde, Sofia estuvo metiendo la ropa de Armando en las dos bolsas. Mientras la doblaba se dijo que gran parte de aquella ropa la había cosido ella misma.

Era como si dentro de las bolsas estuviera metiendo toda su vida en común. Sofia no podía dejar de llorar.

De pronto Leonardo se presentó delante de la puerta. Sofia no lo había oído llegar. Igual que ella cuando era pequeña, Leonardo podía moverse con un sigilo absoluto. La observaba con sus grandes ojos, y también lo que estaba haciendo.

—Sal —dijo Sofia—. ¡No te quedes en la puerta!

Leonardo no se movió.

—¡Vete de aquí!

No se marchó hasta que Sofia alzó la voz. Ella se arrepintió al instante. Pronto se vería obligada a explicarle que había echado a su padre de casa.

Pero no quería que estuviera mirando mientras ella recogía su ropa.

Cuando estuvo todo listo se sentó en la cama y se quedó mirando las dos bolsas de basura. Sacó uno de sus viejos diarios y lo hojeó hasta los días de su primer encuentro con Armando. Era la época en que Rosa estaba enferma y le quedaba poco para morir.

Una noche había tenido un sueño. Mientras leía lo que había escrito, lo recordó.

La luz de la luna ardía.

Era como una llama de fuego azul que se estiraba desde el cielo oscuro hasta su cara. Estaba de pie en el camino. Todo el camino era azul. Se agachó y cogió un puñado de arena. Los granos de arena que resbalaban entre sus dedos eran azules. La arena estaba caliente. Era como si algo azul le recorriera el cuerpo.

Sofia pasó algunas hojas y llegó a la página en la que había descrito su primer encuentro con Armando, cuando todavía no sabía su nombre y lo llamaba el Chico de la Luna.

Llegó andando por el camino. Sonreía. Cuando se detuvo, ella sintió que olía a canela. De pronto comenzó a quitarse la ropa. Le alcanzó la camisa, que tenía el cuello desgastado y deshilachado. Ella la cogió y prometió arreglársela.

Aquella camisa estaba encima del todo en una de las bolsas. La había doblado con más cuidado que las otras. Cuando la tenía entre las manos pensó que no podría soportar la idea de no vivir más con Armando. ¿No era mejor aguantar que quedara de vez en cuando con una mujer con minifalda, siempre que fuera con ella con quien acabara yendo a casa?

Pero Sofia no podía. De todos modos, lo peor era que no le había dicho la verdad.

Había una fotografía en el diario. La señora Mukulela tenía un pariente que vivía en la ciudad y que a veces venía a visitarla. Un día trajo consigo una cámara que revelaba las fotos al momento. Les había sacado una foto a Armando y a Sofia juntos. Estaban de pie delante de la casa, reían y miraban directamente al objetivo de la cámara.

Sofia intentó recordar lo que pasaba y sentía en aquel momento de la foto. «Estaba tranquila», pensó. «Después de todos los años terribles, con Maria, mis piernas y luego Rosa y su tremenda enfermedad y muerte, estaba totalmente tranquila. Podía volver a reír y lo hacía porque a Armando no le importaba que me faltaran las piernas ni que tuviera grandes cicatrices de quemaduras por todo el cuerpo. Me tocaba de todos modos».

Se quedó mirando la foto un buen rato. Le parecía todo tan infinitamente lejano. Era como si su sonrisa se estuviera borrando poco a poco de la fotografía. Al final solo era Armando quien reía. Y no era a la cámara sino a la mujer que estaba detrás del fotógrafo y que saludaba con un pañuelo en la mano.

Sofia guardó el diario, ató las dos bolsas y las arrimó a una esquina. No quería que estuviesen fuera y que las mordisquearan las ratas o los perros sueltos que pasaran por allí. No las sacaría hasta el sábado, cuando Armando estuviera de camino a casa.

De pronto Lydia apareció por la puerta. También ella se podía mover a veces con un silencio absoluto. Miró las bolsas sin decir nada.

—¿Comemos? —preguntó—. Los niños tienen hambre.

—Yo no quiero nada.

—¿Estás enferma?

—No tengo hambre.

Lydia no dijo nada más. Sofia se puso en la puerta y miró cómo repartía las gachas de maíz a sus hijos y a sus hermanos pequeños sirviéndose ella misma en último lugar.

Rosa, que había permanecido en la cama durante el tiempo que Sofia había estado separando y recogiendo la ropa de Armando, se despertó con un grito. Sofia la cogió en brazos preguntándose si los críos pequeños también soñaban. ¿O había que ser un poco mayor antes de que los sueños afloraran en la mente mientras uno dormía?

—¿Sueñas? —le susurró—. ¿Te ha asustado algo?

Rosa le toqueteó la cara con sus deditos extendidos. Sofia se sentó en la cama y le dio de mamar. Eso le aportó una gran calma. Aunque Armando ya no le hiciera caso, Rosa la necesitaba.

Continuó amamantándola, se levantó y salió al jardín. Leonardo estaba rascando el plato.

—Dale mi comida —dijo Sofia—. Tiene más hambre.

—Nunca he visto un niño que coma tanto.

—Quiere hacer muchas cosas —dijo Sofia—. Por eso necesita comer.

Se sentó en un taburete y meció a Rosa, que ahora ya se estaba durmiendo.

«Tengo unos hijos buenos», pensó. «Apenas gritan».

—¿Cómo era yo de pequeña? —preguntó Sofia mientras Lydia recogía los platos después de comer—. ¿Gritaba?

Lydia tuvo que pensar un momento. «Ha tenido tantos hijos», pensó Sofia. «¿Cómo me voy a acordar yo de mis propios hijos, si gritaban o no, cuando tenga la misma edad que Lydia?».

—Maria lloraba mucho —dijo Lydia—. Pero tú no. En cambio, tú siempre dormías intranquila. Dabas vueltas constantemente, como si siempre tuvieras pesadillas.

—Y ¿cómo era Rosa?

—Ella gritaba de una manera espantosa —dijo Lydia—. Pero era porque tenía dolor de barriga.

Lydia puso los platos y los cubiertos en la palangana que usaban tanto para lavarse como para fregar.

—El sábado por la tarde no estaré aquí —dijo Sofia—. Las bolsas de ropa de Armando las pondré aquí en el jardín, pero no quiero encontrármelo cuando venga.

—¿Qué le digo?

—Aún no lo sé. A lo mejor le escribo una carta.

—Ya sabes que Armando no lee demasiado bien.

—La escribiré de manera que la entienda.

Lydia se quedó quieta con un plato en la mano.

—¿Estás completamente segura de lo que haces?

—No —respondió Sofia—. No estoy segura de nada. Pero hago lo que considero que es correcto.

—Te vas a arrepentir.

Sofia se puso furiosa.

—Eres mi madre —gritó—. Me debes ayudar. No a Armando, que se comporta como un cerdo. Es un *patif* *.

—No grites —le rogó Lydia.

—¡Grito lo que me dé la gana!

—Lo único que debes pensar es que quiero lo mejor para ti.

—¡Pues demuéstralo!

Sofia se puso de pie y entró en casa con Rosa. Leonardo y Maria estaban sentados en la cama mirando inquietos a Sofia cuando entró en la habitación.

—¿Por qué gritas? —preguntó Leonardo.

—Porque me he enfadado —respondió Sofia—. Pero ya se me ha pasado. Desnudaos, lavaos y cepillaos los dientes, que después os contaré un cuento.

Sofia encendió una vela de estearina y subió a la cama cuando los niños se hubieron acostado. Solían dormirse en su cama. Después, cuando ella se iba a acostar, los ponía en el suelo. Sentía una ternura enorme cuando veía las cabecitas negras asomando expectantes por el borde de la manta.

Sofia siempre se inventaba sus propios cuentos. Y no se los preparaba. Lo que contaba simplemente le llegaba de algún sitio. A veces pensaba que había un espíritu invisible cerca de ella que le mandaba una historia a través del viento cuando le hacía falta. Obviamente, era una idea infantil, pero a Sofia le daba igual. Las personas que más le gustaban tenían todas en común que eran infantiles. Incluso la señora Mukulela podía ser infantil y reírse a veces tontamente como una niña.

Aquella noche les contó un cuento sobre un sombrero de paja trenzada que llegó rodando con el viento. El sombrero era mágico, podía hablar y lo hacía de todas las cabezas que se lo habían puesto durante los mil años que había existido...

Los niños dormían.

Sofia apagó la vela y salió al jardín. En la otra habitación oía a Lydia y a sus hermanos que se estaban yendo a dormir. Sofia se fue por el camino con Lokko. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas, el aire era cálido. Pronto llegarían las lluvias. Era esa época del año. Lluvia y tormenta, y entremedio días y noches sofocantes. Y mosquitos. Sofia pensó que debía comprar una mosquitera, la que tenía estaba rota. Era lo que más miedo le daba, que alguno de sus hijos contrajera la malaria. Uno de sus hermanos, uno de los numerosos hijos de Lydia, había muerto de malaria. Sofia no quería volver a tener aquella experiencia en la vida.

De pronto Lokko empezó a gruñir. Se le erizó el pelo del lomo. No solía gruñir. Sofia miró en la oscuridad sin poder descubrir lo que Lokko había notado con su hocico husmeador.

Pero allí había algo que se movía. De repente Sofia vio dos ojos amarillos que brillaban. «Un gato», pensó. Pero el gato era demasiado grande. Lokko gruñía más y más, tenía el pelo del lomo completamente erizado.

El animal se movió en la oscuridad. Durante unos pocos segundos pudo verle todo el cuerpo. La piel era amarilla y tenía manchas negras.

Sofia pegó un grito y dio la vuelta. *Tenían un leopardo en el poblado*. Había sucedido antes, pero nunca lo habían llegado a ver. A veces los leopardos aparecían y cogían cabras o perros.

Sofia perdió el equilibrio y se cayó mientras volvía a casa a toda prisa. De pronto Lokko comenzó a ladrar. Enseguida lo acompañaron otros perros a coro, y pronto todo el poblado parecía estar ladrando.

Lydia salió de la casa y preguntó qué había ocurrido.

—Un leopardo —dijo Sofia—. Lo he visto.

Lydia lanzó unos palos y ramitas en el fuego, que casi se había apagado. Sopló hasta darle vida. El fuego siempre mantenía alejados a los depredadores.

—¿Por qué ladran todos los perros? —gritó la señora Mukulela, que había salido de su casa.

—¡Sofia ha visto un leopardo!

—¡Dios me ampare! ¿Dónde está?

—Se ha ido.

La señora Mukulela entró corriendo. Sofia pudo oír cómo echaba el cerrojo por dentro.

Lokko todavía estaba intranquilo. Sofia le acarició el lomo para que se calmara.

Poco a poco los perros se fueron callando. Al día siguiente el poblado se despertaría y a lo mejor habría desaparecido una cabra, lo único que quedaría sería algún rastro de sangre y piel arrancada.

Sofia estuvo mucho tiempo despierta en la cama aquella noche. Escuchaba la oscuridad. A lo mejor el leopardo estaba al otro lado de la pared, a tan solo unos centímetros de su cara. Sintió un escalofrío. No había ninguna certeza en la vida, ninguna seguridad. Si no eran depredadores, eran personas que se comportaban como depredadores.

Ahora Armando era un depredador. Se había deshecho de ella con un escupitajo y ahora estaba cazando junto a otra mujer.

«Pero a Lokko no se le eriza el pelo cuando vuelve a casa», pensó. «Ni siquiera gruñe».

Cuando llegó el sábado Sofia se levantó temprano. Había llovido durante la noche, pero el suelo comenzó enseguida a secarse con el fuerte sol. Sacó las dos bolsas de plástico y le dio una carta a Lydia. Como Lydia apenas podía leer —ante un texto escrito avanzaba despacio y con gran esfuerzo—, Sofia no había metido la carta en un sobre.

—Dásela a Armando —dijo—. Si pregunta dónde estoy, le dices que no lo sabes. Pero que no volveré mientras él esté aquí.

—Se pondrá furioso.

—No contigo. Conmigo.

—¡Pero cuando tú no estés aquí la tomará conmigo!

—Entonces tú también te puedes ir —dijo Sofia—. Dejo la carta sobre las bolsas. O, si no, se la puede dar Leonardo.

Lydia tomó la carta a la fuerza.

—¿De verdad estás segura de lo que haces?

—No —dijo Sofia—. Soy demasiado joven para estar segura de nada. Pero tengo que hacer lo que considero que es lo correcto.

Por la tarde Sofia se marchó de casa. Primero pasó por donde la señora Basima y compró pan y un manojo de plátanos. Cuando la señora Basima le preguntó adónde iba le dijo la verdad, a visitar la tumba de Rosa.

—Hay que ver, todos los que mueren —dijo la señora Basima—. Y yo también moriré un día.

Suspiró profundamente negando con la cabeza.

Sofia estuvo sentada junto al río hasta que comenzó a oscurecer. Entonces ya no se atrevió a quedarse más. Nadie sabía si el leopardo iba a volver. La noche que lo había visto en la oscuridad se había llevado una cabra. Los leopardos solían volver a los lugares en los que sabían que había comida. Sofia fue a la tienda de Hassan a tomar un té. Allí había muchos jóvenes y muchos que bebían demasiada cerveza. Rosa iba allí muy a menudo cuando estaba viva. Sofia se sentó en una esquina a escuchar el estruendo de la música, a mirar a los que bailaban.

Sabía que nunca lo superaría. El no poder bailar. De todo lo que se le había arrebatado cuando estalló la mina y le arrancó las piernas, la facultad de bailar era lo que más añoraba. Podía soportar las muletas y las piernas de plástico postizas. ¡Pero el baile! Eso no lo recuperaría jamás.

Miró el reloj de pulsera que llevaba. Armando ya debía de haber llegado a casa, si es que no se había vuelto a retrasar. Intentó imaginarse su reacción. Pero no lo consiguió. De lo único que estaba segura era que no se habría esperado que Sofia no estuviera y que su ropa estuviese metida en dos bolsas negras.

Mentalmente repasó la carta que le había escrito, palabra por palabra.

Armando,

He recogido tu ropa, tus zapatos y tu armónica rota en las dos bolsas. Como no quieres vivir conmigo sino con otra mujer, ya no te puedes quedar aquí. Dentro de un mes puedes volver un domingo y hablaremos sobre cómo verás a tus hijos en el futuro.

Sofia Alface Fumo

Firmó con su nombre completo, así era más serio. Había escrito muchas cartas que había roto. Algunas eran muy largas, hablaban de toda su vida juntos. Otras cortas, llenas de palabrotas y juramentos. Las rompió, una a una. Al final ya no podía más. Se quedó con la cartita de cinco líneas.

Se quedó donde Hassan casi hasta la medianoche. En realidad tenía motivos para preocuparse cuando iba hacia su casa. El poblado estaba prácticamente a oscuras, solo resplandecían algunos fuegos en distintas casas. El leopardo podía estar por allí. Aun así no tenía miedo. Sabía que los leopardos solían evitar a las personas. Una solo se asustaba cuando no contaba con toparse con un leopardo en la oscuridad.

A medida que se iba acercando a casa se iba poniendo más nerviosa. Si Armando seguía allí se escondería en la oscuridad hasta que se hubiese marchado. El corazón le empezó a latir con fuerza en el pecho cuando distinguió la casa en la penumbra. El fuego de la parte delantera todavía estaba encendido.

Con cuidado se fue acercando. Lokko no fue a su encuentro. ¿Se habría llevado Armando al perro?

No había nadie delante de la casa.

Lydia no estaba allí, la puerta estaba cerrada. Estuvo un rato largo en la oscuridad espiando el jardín antes de acercarse al fuego.

Entonces lo vio. Las bolsas ya no estaban.

Armando había llegado. Y se había marchado.

8

Sofia agarró el pomo de la puerta. Estaba cerrada, el cerrojo estaba echado por dentro. Sofia escuchó y llamó. Lydia le respondió desde dentro.

—¿Quién es?

—Soy yo, Sofia.

Lydia abrió y la dejó entrar. Después volvió a echar el cerrojo. Había una vela encendida encima de un taburete. Las sombras salpicaban las paredes. Sofia vio que Lydia estaba asustada. Cogió la vela e iluminó su cuarto. Los tres niños dormían. Respiró tranquila.

—¿Por qué cierras la puerta con llave?

—¡Siéntate!

Sofia se sentó en el frío suelo de piedra al lado de Lydia. Hablaron en voz baja para no despertar a los niños.

—¿Por qué cierras con llave? —volvió a preguntar Sofia—. ¿Por qué estás tan asustada?

Lydia empezó a contar. Sofia vio que estaba muy alterada.

—Armando llegó como de costumbre. Le di la carta y le enseñé las dos bolsas. Entonces se volvió loco y empezó a chillar y a gritarme. Quería saber adónde habías ido. Cuando le dije que no lo sabía me amenazó. Me iba a pegar si no se lo decía. Los niños también empezaron a gritar asustados. La señora Mukulela vino corriendo y le pidió que se tranquilizara. Entonces la amenazó también a ella. Nos iba a pegar hasta que le dijéramos adónde habías ido. Al final me creyó. Pero siguió chillando. Decía que iba a buscar a su padre y a sus hermanos. Iban a venir a echarnos de la casa. Aquí iba a vivir él con los niños. Tus hermanos pequeños y yo, y tú misma, nos tendríamos que largar. Cuando le dije que en verdad eras tú la que había pagado la vivienda se enfadó todavía más. Él era el hombre, él era quien mandaba. Ni tú ni yo podríamos evitar que nos echara. Y así continuó varias horas hasta que cogió las bolsas y se marchó. Dijo muchas cosas horribles.

—¿Qué?

—No lo quiero decir.

—Tienes que hacerlo. Se trata de mí.

—No quiero.

—Sabes que no pararé hasta que me digas exactamente todo lo que ha dicho.

Lydia la miró e hizo una mueca.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan tozuda? Nadie en nuestra familia ha tenido nunca esa tozudez.

—Soy tozuda porque tengo que serlo —dijo Sofia—. Ahora quiero saber lo que ha dicho. Me imagino que eran cosas malas sobre mí.

—Ha dicho que deberías estar agradecida por haberse rebajado a dejar embarazada a una tullida. Deberías haberte postrado ante él, si hubieses tenido rodillas.

Sofia se mordió los labios para soportar el dolor que la atravesó. No quería creer lo que oía, pero sabía que era verdad. Ahora Armando la odiaba, quería deshacerse de ella y vivir su vida con otra mujer. Intentaría arrebatarle a sus hijos.

—¿Ha dicho algo más?

—¿No es suficiente con eso?

—Quiero saberlo todo.

Lydia hizo un gesto con todo el cuerpo, quería escapar. Pero Sofia no pensaba rendirse. Por mucho que le doliera, quería saber.

—Ha dicho que eras mala y que no sabías criar a los niños. Quería que otra mujer se ocupara de ellos.

—¿Y qué más?

—No hay nada más.

—Has dicho que ha estado chillando y gritando varias horas. Entonces, tiene que haber dicho algo más.

—Decía lo mismo una y otra vez. He cerrado la puerta con llave porque tenía miedo de que volviera con sus hermanos.

Sofia intentó concentrarse. El dolor de haber oído lo que Armando había dicho iba en aumento. Al mismo tiempo, comenzaba a sentir miedo. ¡Qué pasaría si cumplía sus amenazas!

—Has hecho bien en cerrar la puerta —dijo Sofia—. A partir de ahora siempre estará cerrada por las noches. Además, Maria y Leonardo no podrán irse corriendo a jugar solos nunca.

De pronto Lydia tenía lágrimas en los ojos.

—Espero que no te arrepientas —dijo—. Hay que ver, que nuestra familia siempre tenga que sufrir un infierno tras otro…

Muy pocas veces utilizaba Lydia palabras tan fuertes. Pero Sofia la comprendía. No parecía haber límites para las desgracias que les ocurrían. ¡Como si no bastara con la pobreza! Todos los hijos muertos, las veces que apenas habían tenido comida o dinero para comprar medicinas.

—No me arrepiento —dijo Sofia.

Sofia durmió intranquila aquella noche. Estuvo tumbada atenta a los ruidos por si había alguien merodeando fuera en la oscuridad. Cuando al final se quedó dormida, de repente le pareció ver que Armando llegaba. Pero estaba medio transformado en leopardo. Sus pies eran patas y en las manos tenía largas garras...

Sofia se despertó al amanecer con un sobresalto. La tenue luz gris que entraba por las cortinas le decía que el sol justo estaba asomando por el horizonte. Los niños dormían, en la habitación de Lydia se oían ronquidos. Sofia tenía que hacer pis. Se levantó, se colocó las piernas, se vistió, cogió las muletas y salió. Lokko fue a recibirla meneando la cola. La acompañó hasta la letrina y se quedó esperando hasta que hubo terminado.

Cuando volvió a casa, Armando estaba en el jardín. Lokko fue corriendo hasta él, pero

Armando no se agachó para acariciarlo. Le dio una patada con el pie. Lokko aulló y salió corriendo.

—No le pegues a mi perro —dijo Sofia, a quien se le había disparado el corazón al ver a Armando. Debía de haber estado esperando a que se despertara.

—Le doy una patada a tu perro del mismo modo que tú me la das a mí.

—¡Yo no hago eso!

—¿No me echas a patadas?

—Te has echado tú solito. Vete con Eliza. Puedes acariciar a su perro, si es que tiene.

Estaban hablando a distancia. Sofia estaba temblando. ¿La amenazaría? ¿Estaban su padre y sus hermanos en algún sitio cerca sin que ella pudiera verlos?

Armando se le acercó. De pronto empezó a llorar. Sofia se lo quedó mirando. Pero las lágrimas que caían eran de verdad. El que el día antes había amenazado a su madre y había dicho cosas horribles sobre ella, estaba ahora llorando.

—No puedo vivir sin ti —dijo—. Te prometo que no la volveré a ver. Quiero estar aquí.

A Sofia se le hizo un nudo en la garganta. Pero ya lo había dicho antes, había hecho promesas que no había cumplido.

—¿Cómo puedo creerte? —le preguntó.

—Lo juro.

—Ya lo has hecho una vez. No sirvió de nada.

—Ahora es distinto.

Sofia quería creérselo. Estuvo a punto de estirar un brazo y secarle la cara. Después volvió a imaginárselo delante con la mujer de la minifalda. ¿Qué era lo que había dicho? ¿Que debería estarle agradecida, yo, que soy una tullida, por haberme dado hijos?

—Quiero que te vayas —dijo Sofia—. Puede que podamos hablar de ello más adelante. Pero no ahora.

Lydia abrió la puerta con cuidado. Cuando vio que Armando estaba allí y que Sofia le hacía un gesto para que se quedara dentro de casa cerró la puerta otra vez.

Rosa se había despertado y estaba gimoteando. Era inevitable. Primero Sofia debía procurar que Armando se diera cuenta de que seguía hablando en serio.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—No lo sé. Necesito tiempo. Pero hablaremos de esto.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Pero no ahora. Dentro de un mes.

—Es demasiado tiempo.

—Vuelve dentro de dos semanas.

—¿Lo prometes?

—Estaré aquí. Entonces podremos hablar.

Armando siguió preguntándole si de verdad prometía que hablaría con él. Y ella continuó diciendo que sí. Al final, cuando estaba a punto de marcharse, quiso abrazarla, pero ella se apartó.

—Te quiero —dijo.

Sofia no contestó. Le dio la espalda y oyó sus pasos sobre la arena. Cuando se dio la vuelta se había marchado. Tuvo que sentarse, porque estaba empapada de sudor. Lydia abrió la puerta otra vez. Salió al ver que Armando se había ido. Llevaba a Rosa en los brazos y se la dio a Sofia. Mientras le daba de mamar, Sofia explicó el acuerdo al que había llegado con Armando, que podía volver dentro de dos semanas y entonces hablarían.

Lydia pareció aliviada.

—¿Te refieres a que volverá para quedarse?

—No —dijo Sofia—. Solo me refiero a que podremos hablar. A pesar de todo, tenemos tres hijos juntos.

Pasaron dos semanas.

Para Sofia fueron muy largas. Para no andar cavilando todo el tiempo acerca de lo que había pasado, llorar el amor perdido, sentir rabia por lo que Armando le había dicho a Lydia de ella, intentó trabajar con la máquina de coser todas las horas que pudo. Repasó todos los retales que tenía y también seleccionó ropa vieja que podía recoser. Después hizo ropa para los niños y una blusa para ella.

Un día fue a visitar al hombre que tenía electricidad en casa. Se llamaba Filipinho, su mujer Vera, y tenían muchos hijos. Filipinho estaba sentado frente al televisor cuando llegó. Salieron y se acomodaron a la sombra de un árbol. Sofia fue directa al grano, quería intentar ahorrar dinero para comprar dos postes y luego pedirle a la compañía eléctrica suministro para su casa.

Filipinho era un hombre con músculos fuertes, barriga grande y calvo. Cuando sonreía, Sofia podía ver que tenía los dientes blancos, pero no demasiados.

—¿Cómo lo vas a pagar? —preguntó.

—No lo sé —dijo Sofia—. Pero quiero intentarlo.

—¿Cómo se llama tu marido? ¿Armando? ¿Gana tanto dinero?

Sofia no respondió. Se quedó estupefacta cuando Filipinho le contó cuánto tuvo que pagar para que le pusieran electricidad en casa. ¿Cómo iba a poder ella ahorrar ese dinero?

—Está muy bien tener electricidad —dijo Filipinho cuando ella se estaba yendo—. Ya no recordamos cómo era vivir sin luz ni televisión.

Sofia se sentía abatida al volver a su casa. El sueño de la electricidad también estaba desapareciendo con Armando. ¿Qué le quedaría?

Se detuvo en el camino y miró a su alrededor. Aquí, en el poblado, había vivido toda su vida, excepto la larga temporada que había estado en el hospital después del accidente con la mina antipersona. Aquí era donde había nacido y, seguramente, aquí era donde iba a morir algún día. Entonces la enterrarían donde ya estaban sus hermanas. Era así como se imaginaba su vida; en realidad, no podía imaginarse otra cosa. Era así como lo quería. Aquí estaba en casa. Aun así, había tantas cosas con las que había soñado y que ahora sencillamente parecían desvanecerse.

Volvió a pensar en el sueño de la arena azul que le caía entre los dedos. Quizá debería

decirle a Armando que lo olvidaba todo, que le perdonaba todo lo que había hecho. Pero en el fondo sabía que no funcionaría. No había vuelta atrás.

Cuando habían pasado las dos semanas era eso también lo que había decidido que le diría.

Pero el domingo que se levantó temprano y lo estuvo esperando, él no apareció. Esperó hasta que se hizo de noche. «Una semana más puedo esperar», pensó decepcionada. «Quizá ahora sea consciente de que estaba hablando en serio».

Cuando se acostó aquella noche se sintió aliviada. Sabía que había actuado bien. La vida con Armando había quedado atrás. Ahora podía quedarse con Eliza y manosearla por debajo de la minifalda.

«Mi vida empieza de nuevo», pensó. «Ya lo ha hecho varias veces antes. Ahora vuelve a pasar».

Esperaba que Armando llegara el domingo siguiente. Pero dos días antes, el viernes, apareció un coche por el camino. Sofia lo reconoció enseguida, era el coche que llevaba Armando cuando la fue a buscar para ir al hospital.

Creyó que era él quien iba dentro. Pero era Samuel, el dueño del taller mecánico, quien estaba detrás del volante. Se bajó y saludó. Parecía tener prisa, como todos los que vivían en la ciudad. No quiso sentarse cuando Lydia apareció con la única silla con respaldo que tenían.

—Sofia Alface —dijo—. Estoy buscando a tu marido.

—No está aquí.

Samuel arrugó la frente.

—Si no está aquí, entonces ¿dónde está?

—Pues estará en tu taller trabajando. No ha pasado por aquí desde hace dos semanas.

Samuel parecía extrañado.

—¿Dos semanas? Y ¿dónde está?

—No lo sé. ¿No está en el trabajo?

Samuel negó con la cabeza. Sofia sintió una ligera preocupación.

—No ha venido a trabajar la última semana. Pensé que estaba enfermo. Por eso he venido.

Sofia le comentó cuándo fue la última vez que Armando había estado en casa. Pero no le dijo nada acerca de que se habían peleado, a Samuel eso no le incumbía. También pensó que Armando podía estar en casa de Eliza. Pero eso no explicaba por qué no había ido a trabajar.

—Han desaparecido algunas herramientas —dijo Samuel—. Un martillo, una palanqueta y un destornillador. No quiero pensar que haya sido Armando el que las ha cogido.

Sofia se indignó.

—Armando no es de los que roban.

—Yo tampoco lo he dicho. Solo me pregunto dónde se ha metido.

—Puede que esté en casa de sus padres y de sus hermanos —dijo Lydia.

—No —contestó Samuel—. La verdad es que ya he estado allí. Ellos tampoco lo han

visto. ¿Ha dicho algo acerca de que quería ir a Sudáfrica para ver si encontraba trabajo allí?

—No —dijo Sofia—. No creo que haya hecho eso.

Samuel se puso en pie.

—Espero que no haya pasado nada —dijo—. Me gustaría mucho que volviera. Le necesito. Y las herramientas, si es que ha sido él quien las ha cogido.

Sofia lo acompañó hasta el coche. Samuel se sentó, pero no encendió el motor. Le daba vueltas a algo. Después miró a Sofia.

—Las herramientas esas… —dijo—, tienen algo de especial.

—¿El qué?

—Son herramientas que suelen llevar los ladrones —continuó—. Pero espero estar equivocado.

Arrancó el motor y se marchó.

—Armando no es ningún ladrón —gritó Sofia tras el coche, que desapareció entre una nube de polvo.

Se quedó allí de pie pensando en lo que Samuel le había dicho. La preocupación iba en aumento. ¿Había sido real la pena de Armando porque ella ya no quería vivir con él? ¿Se había conmovido tanto que había dejado el trabajo y se había marchado sin más?

La cosa estaba cada vez peor. Cuando Lydia intentaba hablar con ella, Sofia no hacía más que cortarla. Y Lydia se retiraba como de costumbre, cuando Sofia estaba enfadada. Ni siquiera le hacía caso a Lokko. Cuando se le acercaba para que lo acariciara ella lo empujaba con una de sus muletas.

«Igual que Armando», pensó. Él también apartaba a empujones al perro cuando estaba preocupado.

Por la noche Sofia tomó una decisión. Iba a hacer algo que antes de la visita de Samuel habría sido impensable. Iría a la ciudad para buscar a la mujer que se llamaba Eliza. Quería saber qué había pasado con Armando. Si Samuel no lo sabía, quizá Eliza podría darle una respuesta.

Naturalmente, Sofia también quería saber otras cosas. ¿Quién era la que había conseguido atraer a Armando? ¿Qué tenía ella que no tuviera Sofia? Aparte de una minifalda y unas bonitas piernas.

Se marchó con Rosa temprano al día siguiente.

—¿Sabes realmente lo que estás haciendo? —preguntó Lydia cuando Sofia ya se había colgado la bolsa al hombro y agarrado las muletas.

—Sí —respondió Sofia—. Ahora mismo sé muy bien lo que estoy haciendo.

Sofia tuvo suerte.

De camino al lugar donde solían parar los autocares sobrecargados de Swazilandia, apareció un coche y frenó a su lado. Era uno de los sacerdotes católicos que conocía desde hacía tiempo, el padre Ricardo. Era mayor y famoso por conducir muy mal. Demasiado deprisa, demasiado bamboleo. Pero Sofia corrió el riesgo de sentarse en el coche. De algún

modo, desde que tuvo a su hija Rosa, se sentía invulnerable. Si había un dios, no podía ser tan despiadado como para arrebatarle a su madre a esa pequeña criatura.

Fue un viaje agotador. El padre Ricardo estaba tan confuso que creía que Sofia era Rosa. Le explicó quién era y que Rosa estaba muerta desde hacía varios años. Pero era como si no lo comprendiera. Durante todo aquel zigzagueante viaje pasó a ser la hermana fallecida. Cuando llegaron a la ciudad, el padre Ricardo se equivocó de camino; aunque también parecía que se hubiese olvidado de por qué había ido a la ciudad y adónde se dirigía. Sofia le pidió que parara cuando estaban cerca del taller de Samuel. Le dio las gracias por haberla llevado y lo vio continuar su movido trayecto entre el espeso tráfico. «Sin duda, tiene a Dios de su parte», pensó. «Si hubiese sido yo, seguro que a estas alturas ya habría chocado con varios coches».

Cuando llegó a la casa en la que había visto a Eliza y a Armando, donde había estado con un periódico encendido y a punto de lanzarlo a través de una ventana rota, no se sentía nerviosa. Eso la sorprendió. Ahora se iba a encontrar con la mujer que Armando había escogido en su lugar. Eso debería hacerla sentir intranquila y enfadada.

Se quedó un rato al otro lado de la calle observando la casa. Parecía abandonada. No había niños jugando fuera, la puerta y las ventanas estaban cerradas. Cruzó la calle, abrió la verja y llamó a la puerta. Una vez, dos veces. Decepcionada, pensó que no había nadie en casa, y de repente la puerta se abrió.

Era Eliza. Pero a diferencia de las otras veces que Sofia la había visto, ahora no llevaba una falda corta, sino que vestía pantalones. Además, tenía un peinado nuevo. Las trenzas habían desaparecido. Ahora el pelo le colgaba liso. Miró aguardando a Sofia. Esta se quedó en blanco, de pronto no tenía ni idea de lo que iba a decir, a pesar de habérselo preparado a conciencia.

—¿Quién eres? —preguntó Eliza.

—Soy la esposa de Armando —dijo Sofia—. Soy la madre de sus hijos.

Eliza dio un respingo, siguió clavándole la mirada.

—Mientes —dijo—. Armando no tiene hijos.

—¿Eso ha dicho?

—Armando solo me tiene a mí.

A Sofia le dio un mareo. De todo lo que se había imaginado que Eliza le pudiera decir, nunca había contado con la posibilidad de que asegurara que Armando había negado la existencia de Sofia y de los niños. ¡No existían! Sofia tuvo que sujetarse a la pared para no caerse. La cabeza le daba vueltas. Eliza se dio cuenta de lo que estaba pasando. Agarró a Sofia bajo el brazo, la llevó dentro de la casa y la sentó en una silla. Se metió en otra habitación y volvió con un vaso de agua. Sofia bebió, el mareo fue desapareciendo poco a poco. Eliza estaba de pie delante de ella.

—Ya estoy bien —dijo Sofia.

Eliza se sentó.

—¿Quién eres? —preguntó.

Sofia notó que un fuerte olor a perfume rodeaba a Eliza. «Canela y perfume», pensó.

«Una vez me pareció que Armando olía a canela. A lo mejor se encontraron por eso, el olor a perfume y la canela…».

—Me llamo Sofia —dijo.

—¿Qué quieres?

—Hablar de Armando.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacerlo.

—¿Sabes dónde está?

La pregunta cogió a Sofia por sorpresa. Era justo eso lo que le quería preguntar a Eliza. Pero ella se le había adelantado.

—No —dijo—. No sé dónde está. He venido para preguntarte lo mismo.

Se quedaron mirándose la una a la otra, observándose como dos animales que no tienen muy claro si están ante un enemigo o no.

—¿Quién eres? —preguntó Eliza otra vez.

—Soy Sofia. Tengo tres hijos con Armando.

En su bolso Sofia llevaba una pequeña funda de plástico con fotos de los dos hijos mayores. Las sacó del plástico y se las pasó a Eliza.

—El chico se llama Leonardo —dijo—. Maria es la niña. Y esta es Rosa. No llega al año.

Eliza se quedó un buen rato mirando a Rosa y las fotografías.

—No te creo —dijo.

Sofia pudo oír en su voz que ahora ya no sonaba tan segura. Pensó que lo mejor sería explicárselo todo tal y como era. La vida de ella y Armando y cómo había descubierto a Eliza y a Armando por la calle cogidos de la mano. Mientras Sofia se lo contaba, Eliza escuchaba y negaba lentamente al mismo tiempo con la cabeza. Sofia no sabía qué le había dicho Armando, pero comprendió, sin que Eliza dijera nada, que debía de haberse inventado toda una vida en la que no estaban ni Sofia ni los niños.

Sofia se quedó callada.

Eliza no dijo nada, solo continuó negando con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo al final—. Nunca me dijo nada de una familia, nada sobre ti ni los niños.

—Los sábados se iba. Debe de haberte dicho adónde.

—Decía que iba a visitar a sus padres.

—¿Dónde viven?

—De camino a Xai-Xai.

Sofia suspiró. Ni siquiera sobre eso había dicho la verdad. Xai-Xai quedaba en una dirección totalmente distinta a la del poblado.

Eliza no podía comprender que lo que estaba oyendo fuera verdad. Sofia no estaba sorprendida. Sabía lo que implicaba hallarse frente a una mentira que se hacía cada vez más grande. Cuanto más conversaban, más aparecía Armando como el mentiroso que realmente era. Nada de lo que le había dicho a Eliza era cierto. No había ninguna Sofia, ningún

Leonardo, ninguna Rosa, ninguna Maria, nada. Incluso había mentido al decir que su propia madre estaba muerta. Ni siquiera eso era verdad.

Armando había vivido dos vidas distintas, una con Sofia y otra con Eliza.

Ella le contó que era peluquera. En verdad, la casa en la que vivía pertenecía a su hermano, que pronto regresaría de Sudáfrica. Como tenía una gran familia, ella tendría que mudarse. Armando le había prometido que se comprarían un piso.

—¿De dónde iba a sacar el dinero? —preguntó Sofia.

—Dijo que tenía una hermana que ganaba mucho dinero. Que trabaja en Europa en una gran empresa.

—No tiene ninguna hermana en Europa —dijo Sofia—. Tampoco tiene dinero. ¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace una semana.

—¿Una semana justa?

—Diez días quizá. Debería haber venido el sábado. No quería que lo fuera a buscar donde está trabajando con los coches. Como no venía fui allí y pregunté por él. Entonces me contaron que había desaparecido.

Sofia volvió a sentir la creciente preocupación. ¿Dónde se había metido? ¿Y las herramientas que le faltaban a Samuel, qué significaban?

—¿Seguro que no sabes dónde está? —rogó Sofia.

—No tengo la menor idea —respondió Eliza—. No soy como Armando. Yo no miento. Si es que de verdad se llama Armando. A lo mejor eso también es mentira.

—Se llama Armando —dijo Sofia—. Eso es verdad. ¿Cómo os conocisteis?

—En la calle. Yo iba paseando con unas amigas, una lo había conocido porque le reparó el coche a su padre. Comenzamos a hablar. No fue más que eso.

De pronto Sofia sintió lástima por Eliza. Ya no pensaba en sus piernas, ni en la minifalda. A Eliza la habían engañado igual que a ella.

Sofia se levantó para marcharse.

—No tengo teléfono —dijo—. Vivo muy lejos, en un poblado de camino a Sudáfrica y Swazilandia. Allí también viven los padres de Armando. Hay un hombre que se llama Hassan. Él tiene teléfono. Quiero que me llames cuando Armando aparezca otra vez. Aquí tienes dinero para llamar.

Le dio unos billetes que Eliza no quiso coger. En un trozo de papel apuntó el número de teléfono de Hassan.

—Tengo dinero para hacer una llamada —dijo—. No es que gane mucho, pero para eso tengo. ¿Por qué dices cuando Armando aparezca? Puede que no se deje ver más.

—No lo sé. Pero, a pesar de todo, tiene tres hijos. Una persona no puede, simplemente, desaparecer. Supongo que esperará que le echemos de menos, que olvidemos todas sus mentiras. Entonces volverá.

Eliza la acompañó hasta fuera. Sofia vio que le miraba las piernas de reojo.

Sofia le contó lo que había sucedido. La muerte de Maria, todas las desgracias contra las que había luchado. Quizá también lo exageró un poco.

Se despidieron en la verja.

—Lo siento mucho —dijo Eliza.

—Yo también —respondió Sofia—. Pero ahora al menos sabes algo de Armando que antes no sabías.

Se había hecho tarde. Sofia quería volver a casa lo antes posible, pero los autocares y los camiones tardaban su tiempo. Ya se había hecho de noche cuando llegó a su casa.

Lydia estaba esperando sentada junto al fuego. Cuando oyó los pasos de Sofia dio un respingo y salió al camino junto con Lokko.

Sofia vio de inmediato que algo había pasado.

—Ha venido la policía —dijo Lydia—. Ha preguntado si hemos visto a Armando.

—¿Por qué?

—No lo han dicho. Pero algo tiene que haber hecho.

—¿No han dicho nada en absoluto?

—Han venido en coche desde la ciudad. Querían localizarlo. Cuando les he dicho que no estaba aquí se han ido.

Sofia sintió cómo la serpiente que durante las últimas horas había permanecido inmóvil comenzaba a moverse otra vez en su estómago.

¿Qué había hecho Armando? ¿Qué había ocurrido?

9

Tras una noche de insomnio, Sofia viajó una vez más hasta la ciudad.

Armando le había causado un gran dolor. Pero ahora necesitaba ayuda. Una ayuda que solamente ella le podía dar. La preocupación y la ira que había sentido anteriormente, por haberlos abandonado, a ella y a los niños, se había convertido durante la noche en algo totalmente distinto. Ahora estaba preocupada por lo que podía haber hecho. ¿Había robado las herramientas? ¿Se estaba convirtiendo en un ladrón? ¿Existía el riesgo de que Leonardo, Maria y Rosa fueran a tener un padre preso?

«No quiero que mis hijos tengan a un ladrón por padre», pensó mientras era apretujada en el autocar que traqueteaba lentamente hacia la ciudad. «Puedo ayudarle sin que se entienda que le perdono lo que me ha hecho».

En cuanto llegó, lo primero que hizo después de bajarse del autocar fue buscar la peluquería en la que trabajaba Eliza. Eliza había mencionado la calle de pasada cuando Sofia la fue a visitar. Ahora, después de preguntar a algunas de las personas con las que se cruzaba, la iba ubicando. Tenía las caderas hinchadas y le dolían por culpa del trayecto en autocar y de todas las calles que llevaba cruzadas. Pero no pensaba rendirse. Iba a encontrar a Eliza, y también a Armando.

Después de un par de horas por fin dio con el sitio. Para entonces ya había pasado por ocho peluquerías sin encontrar a Eliza. Casi había empezado a desesperarse temiendo que no iba a ser capaz de dar con ella. Pero al final acertó. Cuando Sofia abrió la puerta, Eliza estaba masajeando el cuero cabelludo de una mujer que se había quedado dormida en la silla. Eliza le pidió a otra de las mujeres que continuara con los masajes y que después le lavara la cabeza a la señora.

Salieron a la calle. Sofia le habló de lo que había sucedido, de la visita de la policía. Y de las sospechas de Samuel de que Armando se hubiera escapado del trabajo con herramientas que iba a utilizar para cometer algún robo.

Eliza negó con la cabeza.

—No creo que sea así —dijo—. Él no es de esos.

—Yo nunca creí que me fuera a abandonar —respondió Sofia—. Yo no creía que fuera de esos. Ahora lo tengo más claro. Me ha mentido a mí y te ha mentido a ti. Ni tú ni yo podemos hacer nada al respecto. Pero no quiero que sus hijos tengan por padre a un ladrón.

—Vamos a hablar con Samuel —dijo Eliza.

Entró en la peluquería y volvió con su bolso colgado del hombro.

—La señora de la silla todavía está dormida —dijo riéndose—. Las que trabajamos aquí nos ayudamos si hace falta.

—Tengo sed —dijo Sofia—. Y tengo hambre.

Comieron unos plátanos y se tomaron un té que le compraron a un vendedor que hervía agua sobre una hoguera encendida junto a un árbol caído sobre la acera. Hablaban todo el rato de lo que había pasado, intentaban imaginar dónde se podría haber metido Armando. Pero ninguna de las dos podía aventurar una respuesta.

Cuando llegaron al taller, Samuel estaba sentado a la sombra, espantándose las moscas con un pañuelo mientras le daba instrucciones a un hombre joven que estaba hurgando bajo el capó abierto de un camión.

Se levantó en cuanto las vio llegar. Dentro, en el patio trasero, había algunos asientos de coche viejos y una sombrilla rota que los protegía del sol. Les pidió que se sentaran. Sofia notó que él también estaba preocupado. La escuchó con atención mientras le contaba que la policía estaba buscando a Armando.

—¿Qué ha pasado con este chico? —preguntó cuando Sofia hubo terminado—. Es como si se hubiera transformado en alguien que no era antes.

Sofia decidió contarle lo que había pasado.

—Nos hemos peleado —dijo—. Lo descubrí con otra mujer.

No dijo que era Eliza. Pero, probablemente, Samuel lo comprendió de todos modos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Lo eché de casa. Metí su ropa en unas bolsas.

—Y ¿luego?

—Le dije que podríamos hablar al cabo de unas semanas.

Samuel asintió con la cabeza.

—Entonces lo entiendo un poco mejor —dijo—. Noté que le pasaba algo un lunes por la mañana. Estuvo aquí trabajando como siempre. Pero, aun así, era como si no estuviera aquí. Estaba serio y no quería hablar con nadie.

Pero tampoco Samuel podía dar una respuesta sobre el posible paradero de Armando. Llamó a los mecánicos, uno tras otro, y se lo preguntó. Pero ninguno parecía haber conocido a Armando demasiado bien. Nadie pudo decir dónde podía estar.

—¿Tiene algún familiar en la ciudad?

—Creo que no —dijo Sofia—. Pero ni siquiera de eso estoy segura. Ahora mismo no sé nada de él.

—Sus padres tampoco saben nada —dijo Samuel—. Simplemente, ha desaparecido.

—A lo mejor se ha ido a Sudáfrica —propuso Eliza.

—Todo es posible —dijo Samuel—. Supongo que lo único que podemos hacer es esperar y cruzar los dedos para que no se meta en ningún lío.

—Quiero enterarme de por qué vino la policía —dijo Sofia—. Ellos deben de saber algo.

—Hay miles de policías en esta ciudad —dijo Samuel—. ¿Cómo vamos a encontrar justo a los que fueron a visitarte?

Sofia comprendió que era imposible. Impaciente, golpeó el pie de la sombrilla con una muleta. No se veía capaz de quedarse sentada esperando. ¿De verdad no había nada que pudiera hacer?

Samuel parecía entender lo que pensaba.

—No podemos hacer gran cosa aparte de esperar —dijo—. Aunque sea eso lo que menos nos apetece hacer.

Sofia volvió al poblado aquella misma tarde. Eliza la acompañó a la parada. Sofia pensó en las vueltas que podía dar la vida. Tan solo unos días antes había odiado a Eliza, y hace unas semanas había estado a punto de lanzar un periódico en llamas por su ventana. Ahora le parecía que Eliza era una de sus amigas más cercanas.

Sofia no le había contado nada sobre el periódico en llamas. Se convirtió en un secreto, algo de lo que se avergonzaba.

Una vez más, Sofia se había hecho un hueco a empujones en uno de los autocares sobrecargados. A través de la ventana sucia podía ver coches negros relucientes en los que había una o quizá dos personas. Ellos no tenían que ir apretujados.

«Lo voy a escribir en mi diario», pensó. «Ser pobre significa tener siempre que ir apretujado».

Aquella noche Sofia habló. Ya no tenía ninguna necesidad de mantener a Lydia al margen de su vida con Armando. Ahora necesitaba la ayuda de Lydia, sobre todo para no perder la paciencia por completo.

Se sentaron junto al fuego después de que los niños se hubiesen dormido. La señora Mukulela tarareaba una canción delante de su casa, en la oscuridad.

—No debemos pensar en lo peor —dijo Lydia—. Cuando Armando está normal es un joven bueno e inteligente. No te olvides de lo que te hizo empezar a vivir con él.

—No me olvido de nada. Pero estoy preocupada.

Lydia asintió con la cabeza pero no dijo nada. Sofia sabía por qué. Si había alguien que sabía lo que era la preocupación, esa era Lydia.

Sofia se durmió muy tarde aquella noche. Aunque se sentía cansada, estuvo dando vueltas en la cama durante varias horas antes de relajarse. En sueños corría de un lado para otro en medio de una gran oscuridad. Estaba buscando a Armando sin poderlo encontrar.

Algo rascaba la pared de la casa. A lo mejor era Lokko que se frotaba el pelo contra la argamasa para deshacerse de los insectos que le picaban y le molestaban siempre tanto. Pero continuaban rascando. Lentamente, Sofia fue saliendo del sueño. Abrió los ojos y se quedó escuchando la oscuridad. Volvieron a rascar. Alguien llamó cuidadosamente a la ventana con las puntas de los dedos. El corazón comenzó a latirle deprisa, tuvo miedo. Se hizo silencio. Después oyó el leve ruido otra vez.

Se deslizó hasta el otro lado de la cama y apartó la cortina.

Había luz de luna. Vio la cara de Armando allí fuera. Casi de la misma manera, bajo la misma luz azul, que la primera vez. Él le hizo señas de que saliera. A pesar de que su cara se vislumbraba apenas, pudo ver que estaba preocupado. Dejó caer la cortina, se colocó las piernas, las sujetó y se vistió deprisa. Justo antes de abrir la puerta se quedó quieta en la oscuridad. ¿Por qué había venido? ¿Qué quería? ¿En mitad de la noche? Intuyó peligro.

Pero, en verdad, ¿dónde estaba el peligro? Por lo menos ahora sabía que no le había pasado nada grave. Estaba aquí, justo detrás de su puerta.

Abrió y salió a la luz de la luna. Armando estaba junto al consumido fuego con Lokko a sus pies. La noche era cálida, los insectos bailaban alrededor de la cara de Sofia.

Se le acercó. Su cara estaba a la sombra.

—¿Qué quieres?

—Volver a casa.

—¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? La policía ha estado aquí preguntando por ti.

—No he hecho nada.

—Samuel también ha preguntado por ti. No vas al trabajo. Además, han desaparecido herramientas. Unas que suelen utilizar los ladrones.

Todavía no podía verle la cara. Pero notó por la voz que estaba tenso.

—No puedo trabajar. No cuando las cosas están así entre nosotros.

—Ahora tienes tres hijos a los que alimentar. No quiero que mis hijos tengan por padre a un ladrón.

—Yo no he robado ninguna herramienta. No robo casas.

—¿Por qué vienes aquí en mitad de la noche?

Evitó la pregunta. En lugar de responder la cogió del brazo y señaló el camino. Había un coche. Aun a la luz de la luna Sofia pudo ver que era uno de los coches relucientes que había visto desde el autocar, un coche en el que habitualmente solo iban una o dos personas.

Volvió a tener miedo.

—¿Has robado ese coche?

—Me lo han prestado.

—¡Samuel no repara coches como ese!

—Tengo un trabajo nuevo. Allí gano mucho más dinero. Además, puedo tomar prestado ese coche cuando quiera.

Sonó convincente. Pero ¿de verdad estaba Sofia dispuesta a creerle? No lo sabía, solo se sentía más y más desconcertada.

—Te quiero enseñar mi trabajo —dijo.

—¿En plena noche?

—Es que durante el día no me quieres ver. Solo tardaremos una hora.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa.

—¿Solo una hora?

—Lo juro.

«Es una locura», pensó Sofia. Aun así fue con él hasta el camino y se sentó en el coche. ¿Sería cierto lo que decía? De todas formas, sobre todo, Sofia quería saber lo que había pasado. Tenía que haber una razón para que la policía hubiese preguntado por él.

—Una hora —dijo—. No más.

—Lo prometo.

Armando puso el motor en marcha. Al instante comenzó a soplarle aire frío en la cara. Salía música de una radio con lucecitas. El coche era blando y ella iba sentada en un asiento hecho sin duda para reinas.

«Reina Sofia», pensó. «Pero Armando no es ningún rey».

Salió al camino principal. Sofia esperaba que dijera algo. Pero se mantuvo en silencio. De repente pisó el acelerador. El coche aumentó de velocidad. La luz de los faros cortaba la oscuridad.

—No tan rápido —dijo Sofia—. No tan rápido.

Armando no parecía oírla. Aumentó la velocidad todavía más. «Nos vamos a matar», pensó Sofia. «Dios mío, es por lo que me ha dicho que vaya con él. ¡Quiere que nos matemos en un coche que ha robado!».

Le entró el pánico.

—Haré lo que quieras —dijo—. Siempre y cuando no vayas tan deprisa.

Redujo la velocidad al instante. Como si en verdad no hubiera pasado nada.

—¿Adónde vamos?

—A casa de mi primo.

—No sabía que tuvieras un primo.

—¿No lo tiene todo el mundo?

—¿Quién es?

—Sergio.

—¿Por qué no me has hablado nunca de él? ¿Dónde vive?

—Por este camino.

—No quiero que vayas tan rápido.

—No voy rápido.

Armando había aminorado aún más. De pronto salió del camino principal y se metió por uno que a Sofia le recordaba más bien una senda para tractores entre los prados. El coche se tambaleaba y botaba. A la luz de los faros Sofia podía ver que se dirigían hacia la nada.

—¿De veras vive aquí tu primo?

Armando no respondió. Sofia volvió a sentir miedo. Ahora se arrepentía de haberle acompañado. ¿Por qué no aprendía nunca a tomar decisiones acertadas? ¿Por qué decía sí cuando sabía que en realidad debía decir no?

Continuaron quizá unos veinte minutos. Armando estaba callado. Sofia no podía ver casas por ninguna parte, ni ninguna otra señal de que hubiera gente.

De pronto Armando pisó el freno. Apagó el motor, pero dejó puestas las luces. Además encendió una lámpara en el techo. Sofia vio que estaba cansado y pálido, iba despeinado y tenía los ojos inyectados en sangre. Había algo salvaje en él y parecía agobiado. Le pareció que olía, como si hubiera bebido ese alcohol que la gente destilaba con maíz o arroz.

—No tienes ningún primo que se llame Sergio —dijo Sofia—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero volver a casa.

—De eso ya hemos hablado. Ahora no, todavía no.

Armando negó con la cabeza.

—No puedo esperar. Quiero volver a casa ya.

—¿De quién es este coche?

—Ya te lo he dicho.

—No te creo.

Armando apagó de pronto la luz dentro del coche y después los faros. Sofia estaba a

oscuras. La luna había desaparecido detrás de unas nubes. Volvía a tener miedo. La voz de Armando había cambiado, se había vuelto más estridente, más peligrosa. Ahora notó que se había inclinado hacia ella, el olor a alcohol se hizo más fuerte.

—Solo quiero volver a casa —dijo—. Nada más.

—Ahora no —dijo Sofia.

Armando encendió la luz dentro del coche. Su cara estaba muy cerca de la de ella.

—Si no me dejas volver a casa te dejo aquí fuera. Nadie te encontrará. Morirás.

—¿Por qué dices eso?

—Porque soy tu marido. Nadie me hace lo que tú me has hecho.

Sofia se quedó atónita. A pesar del miedo, no pudo evitar que le saliera la rabia.

—¿Qué he hecho? Eres tú el que ha hecho algo, no yo.

—Quiero que olvidemos lo que ha pasado.

—Ahora no. Aún no.

Armando volvió a apagar la luz. Sofia se preguntó si solo era porque había bebido. A lo mejor también tenía algo mal en la cabeza. Estaba raro. Decidió no hablar más con él, al menos por ahora. Lo único que podía hacer era intentar que la llevara a casa.

Esperó. Era como si la oscuridad de fuera del coche se filtrara por unos agujeritos invisibles de los cristales. Podía oír la respiración tensa de Armando. «No está como debería», pensó.

—¿Quieres saber del coche? —dijo de repente en la oscuridad.

Sofia no contestó. Una vez más su voz había cambiado. Ahora era más fría, más dura, ya no era tan suplicante como antes.

—¿Quieres saber del coche? —repitió—. Lo he robado. Junté una llave inglesa pequeña con un destornillador doblado. A oscuras podía parecer una pistola. Le cogí el coche a un hombre bebido delante de un restaurante. Un hombre blanco, un hombre rico. Casi deseaba que fuera una pistola de verdad para poderle disparar. Me fui de allí. Es un buen coche. Lo pintaré y le cambiaré las placas de la matrícula. Después lo venderé. Sacaré más por él que lo que habría ganado con Samuel durante diez años. ¿Entiendes lo que te digo? ¡Diez años! Quiero que vivamos una buena vida. Nos peleamos porque somos pobres, solo por eso.

—Nos peleamos porque mientes y robas —dijo Sofia—. Quiero que me lleves a casa. ¡Ahora!

La luz de la luna volvió de pronto. Las nubes se habían disipado. Sofia podía verle la cara a Armando. Pero ya no era el Chico de la Luna, era otra persona a quien no conocía.

—Te voy a dejar aquí —dijo—. Si no me prometes que todo se arreglará.

Sofia apenas podía creer lo que estaba escuchando. Y aunque sabía que era mejor mantener la calma, volvió a enfadarse.

—Llévame a casa —dijo—. Estoy cansada de todo esto.

Todo pasó muy deprisa. Armando abrió la puerta y rodeó corriendo el coche. Después, de un tirón la sacó de allí. Sofia cayó al suelo. Él le tiró las muletas.

—¡Espero que vengan los leones! —gritó—. ¡O los leopardos! ¡O las serpientes! ¡O los chacales!

El coche partió con una arrancada brusca. Pudo ver cómo los faros se iban haciendo cada vez más pequeños hasta que al final desaparecieron por completo.

La luz de la luna también había desaparecido, las nubes se habían vuelto a espesar; había un silencio absoluto. Todo había pasado tan deprisa que hasta ese momento no comprendió lo que había ocurrido.

Estaba sola muy lejos, en el monte. Allí no había gente, solo depredadores que deambulaban o merodeaban en busca de alimento.

El pánico la dejó paralizada. Armando no podía haber hecho esto. Solo quería asustarla. Pronto estaría de vuelta.

Pero por mucho que oteara no lograba ver ninguna luz acercándose. Ni tampoco podía oír el ruido del motor de un coche.

No venía. Estaba sola. Ahora comprendió que algo le había pasado a Armando. Estaba enfermo de la cabeza. Si no, ¿cómo iba a dejarla sola en mitad de la noche, lejos de la gente, en donde merodeaban leones, leopardos, hienas y perros salvajes?

Sofia no había tenido nunca tanto miedo ni se había sentido tan sola. Rezó en silencio, tanto a los dioses como a su madre Lydia, pero seguía sola. No venía nadie. Y aún faltaban muchas horas para el amanecer.

Había un árbol cerca del lugar donde Armando la había dejado. Intentó subir a las ramas y se rasgó la piel tanto de la cara como de los brazos. Al final había subido más o menos dos metros por encima del suelo. En el fondo sabía que no le serviría de mucho si venían los depredadores. Además, podía haber serpientes escondidas entre las ramas del árbol. Aun así debía hacer lo que pudiera para evitar todos los peligros que la rodeaban.

Los minutos avanzaban a rastras. A veces estaba segura de oír la pesada respiración de leones o leopardos muy cerca de donde estaba. Depredadores que la veían pero que ella no podía descubrir.

En algún momento durante aquella larga noche le vino a la memoria aquella vez que estuvo sentada sola en una silla de ruedas después de que se olvidaran de ella. De eso hacía diez años, acababa de perder sus piernas y le iban a dar unas nuevas. Entonces también había tenido miedo. Pero no como ahora.

Cada instante podía ser el último de su vida. Esperaba que el animal rugiera justo antes de echársele encima. Sujetaba las muletas en las manos para defenderse de todos modos si al final ocurría.

Fue la noche más larga de toda su vida. Cuando al fin llegó el amanecer, como una línea de luz gris al este, se puso a llorar. Cuando fuese de día, los depredadores de la noche se retirarían y ella podría buscar a alguien que la pudiera ayudar.

Bajó del árbol y comenzó a seguir las huellas del coche. Se encontraba en un llano donde crecían arbustos y árboles solitarios. Al cabo de una hora llegó a un camino y poco después oyó el ruido de un tractor. Entonces supo que se había salvado.

El tractor lo llevaba un hombre joven. Paró y dejó que se montara. Cuando le preguntó

por qué estaba caminando por allí, sola con sus muletas, ella dijo que la habían abandonado allí.

El hombre que conducía el tractor no preguntó nada más. Sofia se dio cuenta de que estaba asustado, como si le hubiese ofrecido ayuda a un ente sobrenatural y puede que hasta peligroso.

Cuando llegó a casa, Lydia estaba hablando con la señora Mukulela. Ambas estaban alteradas y asustadas, pero al ver a Sofia llegando por el camino se sintieron inmediatamente aliviadas.

—No preguntes nada —dijo Sofia—. Estoy cansada, necesito dormir. Pero me encuentro bien, no ha pasado nada.

Le dio de mamar a Rosa y después se tumbó en la cama. Pero no se podía dormir. Era como si todavía estuviese colgada de aquel árbol a la espera de que la atacaran los depredadores.

Leonardo entró en la habitación. Se quedó de pie en la puerta mirándola. Sofia extendió la mano. Él se acercó a la cama. Ella pudo notar que estaba intranquilo.

—Todo se arreglará —dijo.

Vio que la miraba interrogante, dudoso.

—Todo se arreglará —dijo otra vez—. ¡Ahora sal a jugar!

Salió corriendo de la habitación. Sofia cerró los ojos. Pero no lograba dormir.

De pronto se sentó. La idea, o la sensación, no le llegaba de ninguna parte. Pero al instante supo que tenía razón.

Un grave peligro acechaba. Fuera lo que fuera lo que Armando había hecho, ahora debía encontrarlo. Antes de que fuese demasiado tarde.

No sabía para qué podía ser demasiado tarde, pero tenía esa convicción.

Tenía que encontrarlo. Un grave peligro acechaba.

10

Eliza estaba en casa cuando Sofia llegó con Rosa a la espalda.

Aún era temprano por la mañana. Sofia había salido antes de que hubiera amanecido. Había llegado con uno de los primeros autocares del día que iban a la ciudad.

Eliza había hecho sus dos maletas, ya que iba a dejar la casa aquella misma tarde.

—Mañana ya me habría ido —dijo después de que Sofia se hubiese sentado a descansar.

—Nos hemos olvidado —dijo Sofia—. Tú de darme la dirección y yo de pedírtela.

Eliza la apuntó en un papel arrancado. Bairo de Jardim. Sofia sabía más o menos dónde quedaba. También sabía que era una de las zonas más pobres de la ciudad, donde la mayoría de las casas no tenían ni agua ni electricidad.

«Eliza vive como yo», pensó. «Armando buscó a sus mujeres entre los pobres. ¿O pensaba que Eliza era rica?».

Sofia le contó su presentimiento de que Armando estaba en un grave peligro. Eliza parecía indecisa. Sofia comenzó a preguntarse si, a pesar de todo, no estaría exagerando. Pero apartó de golpe sus dudas. Lo sabía. El presentimiento era tan fuerte que, simplemente, tenía que ser cierto.

—Lo voy a encontrar —dijo.

—Hoy tengo que trabajar —dijo Eliza—. No me puedo permitir perder mi empleo. Hay diez chicas invisibles a la espera de que cometa una estupidez y me echen. Entonces se pelearán por mi puesto. No puedo ayudarte a buscar.

Sofia no respondió. Si Eliza estaba ocupada tendría que encontrar a Armando ella sola.

Observó las dos maletas que estaban atadas con cordones.

—¿No dejó nada? —preguntó.

—¿Para mí? No, nada.

—¿Ningún papel?

Eliza negó con la cabeza. Sofia comprendió que era verdad. Armando era como los animales precavidos que no dejan huella.

Se puso de pie y se apoyó en las muletas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Eliza.

—Seguiré buscando. Cuando lo haya encontrado te lo haré saber.

Sofia se fue directamente al taller de coches. Samuel no había llegado todavía. De vez en cuando salía en busca de chatarra a primera hora de la mañana, piezas que pudiera utilizar cuando reparaba los coches.

Después de comprobar que Armando no había pasado por allí, Sofia se marchó. Tampoco las herramientas desaparecidas habían vuelto a su sitio.

Iba a ser un día caluroso y sofocante. A lo mejor habría tormenta antes de que anocheciera. Tenía prisa. Mientras caminaba intentaba imaginar dónde podría estar Armando.

Cuando llegó a la habitación que le alquilaba a una viuda que se llamaba Rosita, esta se negó en un principio a dejarla entrar.

—Podrías ser cualquiera —dijo—. ¿Cómo voy a saber que de verdad eres la mujer de Armando?

—Soy su mujer —dijo Sofia golpeando el suelo con las muletas—, Rosa es su hija.

La señora Rosita era pequeña y delgada y estaba sentada en una silla de mimbre vieja y desgastada delante de su casa, a punto de derruirse. Sofia tuvo la sensación de que era como un perro peludo que estuviera vigilando un hueso roído.

Sofia no se rindió. Al final Rosita le creyó y le abrió la puerta de la habitación en la que Armando había estado viviendo.

—No puedes coger nada —dijo.

La señora Rosita cerró la puerta.

Sofia estaba sola en la pequeña habitación. Una única lámpara de techo iluminaba las paredes frías del cuarto. Una ventana rota había sido remendada con una toalla sucia. Se quedó donde estaba y miró a su alrededor. La ropa de Armando estaba allí. No la habría dejado si se hubiera marchado a Sudáfrica. «Todavía está cerca», pensó Sofia. «Sigue en esta ciudad, no ha salido del país».

En el suelo, debajo del colchón en el que dormía, Sofia descubrió una libretita. Se agachó y la cogió. La hojeó junto a la ventana. Con su letra desgarbada Armando había hecho anotaciones sobre diferentes marcas de coche. Por lo visto les había puesto nota. También había apuntado unas cifras que Sofia suponía que eran números de teléfono. Pero en la última hoja había anotado un nombre, el de un hombre que de algún modo era familiar suyo, «Tío Simon», y una dirección. Sofia se metió la libreta entre la ropa y salió de la habitación. La señora Rosita la observó suspicaz cuando salió al sol otra vez.

—No he cogido nada —dijo—. Si Armando vuelve, dígale que he estado aquí.

—¿Por qué no iba a volver? Ha pagado el alquiler de todo este mes.

La señora Rosita sonó casi enfadada cuando formuló la pregunta. Para Sofia fue un alivio. Armando no habría pagado nunca el alquiler porque sí. De modo que no tenía intención de partir a Sudáfrica.

Cuando Sofia salió luego en busca del pariente de Armando que quizá le podría decir dónde estaba, notó que la preocupación que la había impulsado a ir a la ciudad se estaba desvaneciendo. A lo mejor, simplemente había sentido el temor de que se fuera a marchar a Sudáfrica. Quizá para no volver jamás. Pero ahora, cuando al menos podía estar segura de que no se había ido, ya no tenía que temer que no fuesen a volverlo a ver, ella y los niños.

Después de comprar una botella de agua, fue a sentarse a la sombra de un árbol. Rosa tenía hambre, ella tenía sed. De pronto ya no había prisa para nada. No hacía falta que forzara las caderas hasta sentir dolor.

Mientras estaba allí sentada a la sombra pensó que, de todos modos, quizá la

desesperación de Armando fuera real. Que lo que decía lo decía en serio, que solo quería una cosa, volver a casa. «Pero mi miedo y mis celos también son reales», pensó. «Tengo hijos de los que no puedo huir sin más. No me puedo permitir buscar a otro hombre con el que divertirme».

Descansó y luego continuó hacia el *bairro*[*] donde debía de vivir el tío de Armando. Quedaba fuera de la ciudad, de camino al gran aeropuerto donde una vez ella y Armando habían visto aterrizar y despegar a los aviones. Allí habían soñado con el viaje que iban a hacer. «Pero no dijo nada acerca de que algún familiar suyo viviese allí», pensó. «Hay demasiadas cosas de él que no sé, demasiadas cosas que no han sido verdad».

El reloj marcaba las doce del mediodía. Sofia empezaba a estar cansada, le dolían las piernas. Varias veces intentó hacerse un hueco en los camiones que cogían a gente que iba a la zona del aeropuerto, pero no paraba ninguno, iban todos llenos.

«No puedo bailar», pensó. «Ni puedo subirme yo sola a la plataforma de un camión. Sin embargo, puedo trepar a un árbol y quedarme allí colgada para protegerme de los depredadores».

Era la espina más dura de sacar. Armando realmente la había dejado allí.

Podría haber muerto allí lejos, podría haber sido desgarrada por un león o una jauría de perros salvajes. Armando la había expuesto a un grave peligro. ¿Cómo podía hacer eso? Antes de empezar siquiera a plantearse si le dejaba volver a casa le tenía que contestar a esa pregunta y prometerle que no volvería a ponerla ante un peligro semejante.

Llegó al *bairon* a la hora más calurosa del día. Las casas, las callejuelas de arena y las zanjas con aguas residuales que apestaban, la sorprendieron. Así que había gente en la ciudad tan pobre como los que vivían en su poblado.

Empezó a preguntar, pero nadie parecía saber quién era el pariente de Armando. Mientras avanzaba por los pasajes estrechos entre las casas tuvo la sensación de que algo no cuadraba. ¿Dónde estaba todo el mundo? Se quedó quieta y escuchó. En la distancia oía el murmullo de una masa de gente. Las personas se abrían paso a empujones entre ella y las paredes de las casas, todos tenían prisa excepto ella. Le preguntó a un hombre mayor que como ella llevaba muletas. Tenía las piernas paralizadas, seguramente desde que era un niño.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sofia.

—Terrible —murmuró el hombre—. Pero tiene que ser así. Tiene que ser así.

Sofia no comprendía lo que quería decir. Siguió caminando. Ahora el murmullo era más fuerte. En su interior temía algo horrible y espantoso. En ese mismo instante los límites del laberinto se convirtieron en un espacio abierto, rodeado de grandes montañas de basura. La masa de gente que estaba allí parecía crecer constantemente. Sofia podía oír que la gente estaba alterada. Se quedó de pie junto a la pared de una casa, no se quería mezclar en nada que no supiera lo que era. La gente estaba reunida en medio círculo, gritaba, bramaba y chillaba, pero Sofia aún no entendía lo que había pasado, o lo que estaba pasando.

Hubo movimiento entre la gente, se abrió un pasillo. Aparecieron unos hombres corriendo con unos neumáticos en la cabeza. Ahora los gritos pasaron a ser algo que recordaba más bien a un gruñido. En el pasillo que se había formado entre la masa de gente

aparecieron otros hombres. En medio arrastraban a un hombre joven, casi desnudo, con el cuerpo ensangrentado y la cara tapada con una camisa desgarrada.

Todo pasó muy deprisa. El joven al que estaban arrastrando intentaba oponerse. Su voz sonaba como un grito penetrante. Pero no había nada que le pudiera ayudar. Sofia pudo entender que le estaban gritando que era un ladrón, el más bajo de todos, que ni siquiera podía evitar robar a los que eran igual de pobres. ¿Por qué no iba a por los ricos? Como había hecho lo que había hecho, no se merecía piedad alguna.

Para su horror, Sofia vio cómo le ponían uno de los neumáticos viejos alrededor del cuello, le echaban gasolina por encima y le prendían fuego. Empezó a arder como una antorcha y a gritar. Justo cuando las llamas lograron prenderse en su cuerpo pudo liberar las manos atadas y arrancarse la camisa de la cara.

Sofia vio lo que no quería ver.

Era como si el fuerte sol y las llamas le grabaran la imagen a fuego en los ojos. Pero no había ninguna duda. Era Armando quien estaba ardiendo, era su cuerpo el que luchaba y peleaba para salir del fuego y las llamas que lo torturaban y mataban. Sofia gritó, pero nadie le hizo caso. Podía oír que la gente gritaba que habían hecho lo que les hacían a los ladrones que lograban capturar. El pobre que le robaba a otro pobre no se merecía otra cosa que morir.

Cuando Armando cayó al suelo, cuando ya no gritaba, Sofia fue saltando y tropezando hasta donde estaba. En su espalda, Rosa había empezado a gritar, como si comprendiera lo que estaba ocurriendo. No sabía si estaba vivo o muerto. Cayó en la arena y vio que casi no le quedaba nada de la cara. Ya no tenía ojos, la piel estaba carbonizada, todo empapado en una peste a gasolina, grasa y carne quemada.

Alguien la agarró por detrás y la apartó. Ella gritaba y hacía fuerza para que la dejaran, pero las manos que la tenían cogida eran fuertes y no la soltaban. No pudo liberarse hasta que se le acercaron unas mujeres y le preguntaron por qué estaba tan alterada.

—¡Es mi marido! —gritó—. Es mi marido a quien habéis matado.

—No es tu marido —dijo una de las mujeres—. Era un ladrón que robaba y al que conseguimos atrapar.

Sofia agarró el chal que la mujer llevaba en la cabeza y le acercó la cara a la suya.

—Es mi marido a quien habéis matado —repitió—. Es mi marido.

De pronto la mujer comprendió que Sofia le estaba diciendo la verdad. Se giró y comenzó a gritarles a los hombres que estaban vigilando el fuego y de vez en cuando golpeaban el cuerpo con palos largos. Alguien empezó a tirar arena sobre el cuerpo humeante, otros le siguieron. Al final Armando estaba cubierto como en una tumba. Solo se filtraba humo de la tierra.

Sofia se había tumbado de lado. El sol le quemaba directamente la mejilla. Pero le daba igual. Lo que había pasado debía de ser un sueño, no podía ser real. Armando estaba allí fuera, solo que todavía no lo había encontrado. El hombre al que habían quemado vivo, el ladrón que habían atrapado, era otra persona; simplemente, no era Armando...

Se despertó dentro de una cabaña, rodeada de unas pocas mujeres y hombres. Rosa estaba

tumbada a su lado. Estaba despierta, pero ya no gritaba. Cuando abrió los ojos supo al instante lo que había ocurrido. Al hombre que ahora estaba muerto no lo habían rociado de gasolina y quemado vivo en un sueño. Había pasado en realidad y delante de sus ojos.

Miró a las personas que tenía a su alrededor. Ya no había rabia en sus ojos, sino arrepentimiento.

Y en ese mismo instante desaparecieron también sus últimos restos de duda. Armando estaba muerto. Era un ladrón al que habían cogido y al que después habían quemado vivo como castigo por haber robado a los que eran igual de pobres que él. Lo que había estado temiendo había tenido lugar. Cuando aquella noche la abandonó a los depredadores había decidido convertirse en otra persona. Un ladrón que ya no se preocupaba por lo que les pasara a ella y a los niños, ni siquiera a él mismo.

Estaba tumbada en un catre tratando de apartar las terribles imágenes de la lucha de Armando contra la muerte.

«Es como si el fuego fuera el acompañante constante de mi vida», pensó. «En las llamas aprendí que podía ver el futuro. Pero el fuego también era calor y suplicio, el fuego era ira y, al mismo tiempo, algo impredecible y lleno de misterios».

Un hombre mayor se sentó a su lado, en el catre en el que ella estaba.

—Dicen que el que ha muerto era tu marido.

Hablaba en voz baja. Ella pudo ver en sus ojos que estaba triste.

—Habéis matado a Armando —dijo—. Le habéis echado gasolina por encima al padre de mis hijos y lo habéis quemado vivo. ¿Qué es lo que había hecho?

—Había robado una bicicleta.

—¿Por eso lo matasteis?

—Intenté impedirlo. Pero la gente pobre como nosotros perdemos el juicio cuando otros nos quitan lo poco que tenemos.

—Estáis locos. Os deberían matar a todos. Si pudiera, echaría gasolina en vuestras casas y os tiraría una cerilla.

—Intenté impedir lo que ha ocurrido.

—Si atrapas a un ladrón vas a la policía.

—No hubo manera de detenerles.

Sofia comprendió que decía la verdad. En su poblado no habían matado nunca a un ladrón. Pero Lydia le había contado que una vez, mucho antes de que ella naciera, le habían cortado las manos a un ladrón que había robado un buey. Siempre había quien quería vengarse, quien no quería esperar a la policía ni se podía imaginar que a un ladrón hubiera que meterlo en la cárcel.

Una bicicleta podía valer una vida. En la pobreza, a veces la ira y la venganza podían ser lo único que contaba.

—Lo siento —dijo el hombre mayor—. Y me avergüenzo. Pero no pude hacer nada.

Guardó silencio. Sofia se quedó tumbada en el catre mirando al techo. Lo que más deseaba era dormir, dormir durante muchos años, quizá para siempre. Pero en cuanto

cerraba los ojos se le aparecían de nuevo las horribles imágenes de Armando gritando y ardiendo.

Más tarde, Sofia no sería capaz de aclarar lo que había ocurrido aquel día. Era como si se hubiera detenido el tiempo, o hubiera avanzado tan despacio que el movimiento apenas se notaba. Estaba en el catre, el hombre mayor estaba sentado a su lado, alguien le dio agua, fuera se oía el murmullo atenuado de la gente. Y el tiempo tan solo se alejaba lentamente de la espantosa vivencia de Armando quemándose vivo.

Obviamente, pensó: «¿Qué habría pasado si hubiera llegado antes, solo unos minutos, o si me hubiera dado cuenta de que era Armando antes de que lo hubieran empapado en gasolina?».

No había respuestas, no había nada.

Unos hombres de uniforme entraron en la cabaña, policías que también le podían contar que Armando había cometido robos anteriormente. Era por eso que lo habían estado buscando en el poblado. Le contaron que había robado coches, que había amenazado a gente con un arma.

Pero si robaba coches, entonces ¿por qué robó una bicicleta? Nadie podía dar una respuesta. Los policías estaban enfadados con los que lo habían quemado; Sofia entendió que varios de los que estaban implicados irían a la cárcel. Pero eso no le devolvería a Armando.

Uno de los policías le dijo que la llevarían a casa. Cuando salió ya había anochecido. La masa de gente había desaparecido. También había dejado de salir humo del lugar en el que habían cubierto de arena el cuerpo quemado de Armando.

—Nos encargaremos de que lo vengan a buscar —dijo uno de los policías—. Las personas que han hecho esto van a pagar el ataúd, sin duda alguna.

Justo cuando Sofia iba a entrar en el coche de policía se giró y le preguntó al hombre mayor que había estado sentado con ella en la cabaña si Armando tenía algún familiar en el poblado.

—Simon se marchó a Sudáfrica hace muchos años —respondió el hombre—. No hemos sabido nada de él desde entonces.

Sofia estaba sentada en el asiento de atrás del coche de policía, que la llevaba a casa. Se preguntaba si Armando se habría sentido tan decepcionado al enterarse de que su pariente se había ido a Sudáfrica que había robado una bicicleta solo para marcharse de allí lo más pronto posible. A lo mejor ese había sido su plan, de todos modos. Marcharse a Sudáfrica.

La muerte le aportaba preguntas, pero ninguna respuesta.

Cuando llegó al poblado pidió que la dejaran lejos de su casa para que Lydia no viera que la había traído un coche de policía.

Se quedó de pie en el camino y reunió fuerzas.

Una cosa tenía clara. Sus hijos no sabrían nunca lo que le había ocurrido a su padre. Que estaba muerto sí lo tenían que saber, pero no que lo habían quemado vivo por ladrón. Ni siquiera a Lydia pensaba contarle toda la verdad.

«No puedo con más muertos», pensó. «Es como si la vida fuera perdiendo espacio. Ya no

puedo con la muerte».

Empezó a llorar en el camino. Luego se dio cuenta que tenía a Lokko a sus pies.

—Vamos a casa —dijo.

Por la noche se sentó sobre la alfombra de esparto y le contó a Lydia que Armando estaba muerto. Había tenido un accidente. Lydia no dijo gran cosa, no preguntó nada, lloró un rato, y luego desapareció en la oscuridad. Sofia pudo oír cómo subía y bajaba por el camino.

No encendieron ningún fuego aquella noche. Sofia se preguntaba si podría ser capaz algún día de volver a amar las llamas del fuego.

Lydia regresó. Sofia no le podía ver la cara, ni Lydia podía ver la suya.

Era como si la oscuridad tuviese voces, primero la de Lydia, después la suya.

—No deberías haber sido tan duro con él —dijo Lydia—. Deberías haberle perdonado.

Sofia se indignó, y al mismo tiempo se asustó.

—¿Quieres decir que es culpa mía que esté muerto?

—Solo digo lo que digo —respondió Lydia.

Lydia entró en casa. Sofia se quedó sentada a oscuras junto a Lokko. ¿Tendría Lydia razón? En ese caso, Sofia estaba obligada a vivir con la culpa de la muerte de Armando el resto de su vida.

«La vida es demasiado difícil», pensó. «Todavía soy demasiado joven para comprender todo lo que sucede».

Lloró en la oscuridad. Lokko estaba tumbado a sus pies.

Poco a poco, el tiempo se había puesto en movimiento otra vez.

Al día siguiente, Sofia le explicó a Leonardo y a Maria que su padre había muerto. Sabía que pasaría un tiempo, por lo menos hasta el entierro, antes de que comprendieran de verdad lo que eso implicaba. Armando ya no aparecería nunca más por el camino. Estaría vacío.

Enterraron a Armando junto al río cuatro días más tarde. Sus padres acudieron. Incluso a ellos Sofia les había contado que Armando había fallecido en un accidente de coche. Samuel estaba allí, y Eliza. Tampoco ellos se enteraron de la verdad.

Sofia iba a la tumba casi cada día. Buscaba una respuesta a la pregunta de si realmente debía cargar con la responsabilidad de que Armando se hubiera desesperado hasta el punto de convertirse en un ladrón. De todos modos, ¿no era él quien lo había empezado todo con sus mentiras y la relación con Eliza?

Sofia no hallaba ninguna respuesta. A pesar de que la pregunta volvía a ella cada mañana en cuanto se despertaba.

Un día Samuel les hizo una visita. Antes de marcharse habló en privado con Sofia y le dio una bolsa de plástico.

—Hemos reunido algo de dinero —dijo—. Armando era un buen mecánico. Lo echo de menos.

Por la noche Sofia contó el dinero. Era más de lo que jamás había tenido en toda su vida. Casi 60.000 meticales.

Decidió al instante que ese dinero lo usaría para poner electricidad en la casa.

Todavía seguía esperando. A que Armando le hablara. Pero aún no salía ningún susurro de la tumba junto al río.

Durante aquel tiempo, Maria y Rosa tampoco dijeron nada.

Sofia esperaba. Y esperaba. Pero sabía que un día Armando volvería a hablar con ella otra vez.

No había silencio que durara toda la eternidad. Simplemente, no podía haberlo.

Epílogo

Pasó un año.

Un año muy largo, para Sofia el más largo de toda su vida. Después de la espantosa muerte de Armando, la crueldad que la rodeaba a ella y a los suyos hacía que los días y las noches fueran como una carga muy pesada. Era como si tuviese que arrastrar una piedra negra y pesada cada mañana hasta que por fin se hacía de noche y todo se oscurecía otra vez. Después arrastraba la noche tras de sí como otra carga pesada hasta que el sol volvía a asomar por el horizonte.

Intentaba comprender qué era lo que había cambiado. También quedó con Eliza para hablar con ella, para que la ayudara a entender, y al mismo tiempo para intentar explicarle lo que había pasado en realidad.

Armando se había ido.

Los niños habían perdido a su padre. Del mismo modo que Sofia había perdido un día a su padre Hapakatanda. Los bandidos lo habían matado a machetazos. Ella siempre había intentado hablar con él y a menudo deseaba que se le apareciera en sueños. Pero eran muy pocas las veces que la visitaba.

Por las noches se sentaba casi siempre un rato a solas junto al fuego cuando los niños y Lydia se habían ido a dormir. Lokko se tumbaba como de costumbre al otro lado de las llamas, a veces la miraba, a veces dormía.

Sofia no pensaba solo en Armando. También pensaba en lo que había resultado su vida, lo que pasaría en el futuro y lo que había existido una vez, cuando Rosa y Maria todavía estaban vivas.

Había sido la vieja señora Muazena la que les había contado a Sofia y a Maria el secreto del fuego.

Cada llama tenía un secreto. Si te sentabas a la distancia correcta de las llamas, podías ver de tal forma en el interior de su danza que eras capaz de saber lo que iba a ocurrir en la vida, en el futuro, durante todos los días, que estaban colocados en fila delante de una persona y aún sin usar.

La señora Muazena no solo hablaba de la fuerza mágica del fuego, sino que también solía apuntar hacia la oscuridad con su mano arrugada, hacia los campos de cultivo en los que Lydia trabajaba durante el día.

—Allí las plantas están colocadas en fila —decía—. Cada día es también una planta. A la

que debéis atender y cuidar, limpiar de hierbas venenosas y cosechar. Cada día es una planta en vuestra vida que aún no habéis vivido.

Sofia recordó que a veces a ella y a Maria les costaba entender lo que decía la señora Muazena. Era sabia, pero al mismo tiempo muy mayor y un poco alelada. A veces, Maria y ella lo entendían todo; a veces, la señora Muazena era totalmente incomprensible.

La señora Muazena había muerto hacía muchos años. Como Maria, como Rosa, como Hapakatanda.

«No se sabe cuánto tiempo se vive», pensó Sofia. Eso era lo que resultaba más complicado de entender de la vida, por qué algunas personas se hacían mayores y otras morían antes de haber cumplido ni siquiera un año.

¿Acaso se iba imaginar alguien que Armando fuera a morir tan joven, o que fuera a tener una muerte tan horrible?

¿Y sus hijos, que estaban durmiendo dentro de casa, cuánto tiempo iban a vivir?

Cada noche, mientras estaba sentada junto al fuego, se preocupaba por sus hijos. Ella tenía que vivir hasta que fueran mayores. Pero ¿qué les podía pasar a ellos? Había peligros por todas partes. Enfermedades, accidentes, barbaridades que ella no se podía imaginar.

A veces, Sofia sacaba alguno de sus viejos diarios y lo leía a la luz de la hoguera. Muchas de las cosas que leía de nuevo las había olvidado, eran recuerdos de acontecimientos y pensamientos que habían desaparecido de su cabeza. Otras las recordaba con todo detalle.

Aquí y allá podía ver que mucho tiempo antes ya había pensado en algunas cosas que le rondaban actualmente por la cabeza.

¿Qué implicaba hacerse mayor, dejar de ser niño? ¿Cuál era el sentido real de la vida si alguien, aunque fuera un ladrón, tenía que sufrir unos tormentos tan terribles como Armando?

—¿Por qué vivo? —le dijo Sofia a Lokko.

Abrió los ojos y la miró. Después volvió a dormirse.

Un escarabajo pequeñito pasó por encima de su mano.

—¿Por qué vivo?

El escarabajo continuó su camino bajando de su mano y desapareció en la arena, bajo la oscuridad.

Hablaba también con las estrellas, con Rosa y Maria, con la señora Muazena. Pero nadie tenía respuestas. Comprendió que solo ella podía encontrar la respuesta, si es que la había.

«Quizá lo que está ocurriendo justo ahora me enseñe lo que implica hacerse mayor», pensó. «Comprender que hay preguntas que no tienen respuestas evidentes. Que hay que darse las respuestas que uno mismo considere».

Pasó un año sin tener la sensación de saber interpretar las llamas que bailaban en el fuego. Durante ese año los niños crecieron, Rosa empezó a andar; sin embargo, Lydia estaba muy cansada y le dolían cada vez más la espalda y las piernas. Sofia tenía mucho trabajo de

costura y ahorraba todo lo que podía para instalar electricidad en casa y así comprarse una máquina de coser nueva.

Hortensia iba a visitarla de vez en cuando junto con Stefano, con quien se había casado. Eliza también iba y se quedaba varios días y montaba una peluquería provisional en la que le cortaba el pelo y le hacía trenzas a la gente que pasaba por allí sin cobrar casi nada a cambio.

Los únicos que no iban nunca eran los padres de Armando. Pensando en los niños, Sofia esperaba que algún día cambiaran de idea. Pero comprendía su tristeza, y quizá su ira necesitara tiempo para enfriarse.

Lo más difícil durante aquel año fue explicarle a Leonardo que su padre había muerto y que nunca volvería andando por el camino. No quiso contarle aún lo que había pasado sino solo que había muerto en un accidente. Leonardo estuvo muy callado durante unos meses, él, que siempre estaba contento y lleno de energía. Sofia siempre le tenía puesto un ojo encima. A veces él le preguntaba más cosas sobre lo que le había pasado a su padre. Sofia le contestaba lo mejor y lo más sinceramente que podía.

Siempre era duro tener que mentirle a su propio hijo. Un día, cuando fuese mayor, a lo mejor le podría explicar lo que de verdad había sucedido. Pero no estaba segura.

No estaba segura de nada. La vida era incertidumbre, desde el primer día hasta el último. Pensó que estaba aprendiendo eso. Ser mayor implicaba darse cuenta de que en la vida de una persona podía pasar cualquier cosa.

En medio de toda aquella tristeza y desesperación que sentía, crecía también una alegría inesperada. A pesar de todo, los niños estaban sanos y Armando seguía vivo dentro de sus hijos. Había días en los que Sofia se despertaba con la sensación de que la vida era una aventura interminable y maravillosa de la que no se cansaría nunca.

Había mañanas en las que se despertaba con la sensación de que algo le cantaba por dentro. Entonces podía permitirse ser un poco infantil otra vez, acariciarse las piernas y decirles que ese día debían caminar muy deprisa con ella, ya que tenía mucho que hacer.

También eso representaba un aprendizaje: el que en medio de la pena más grande podía haber islas de alegría, en medio de todos los temores y de la desesperación, una roca caliente sobre la cual sentarse y sentirse totalmente en calma.

Pasó un año.

El día de la muerte de Armando iba y venía. Sofia sabía que pronto tendría dinero suficiente para comprar postes y podría hablar con la compañía eléctrica para que comenzaran a tirar cables.

Pero justo la noche que se cumplía un año de la muerte de Armando Sofia se quedó mucho tiempo sentada junto al fuego con Lokko. Había llovido todo el día. Había colocado una capa doble de alfombras de esparto sobre el suelo húmedo para no mojarse. Las nubes habían comenzado a disiparse en el cielo de la noche, las estrellas y la media luna se veían de vez en cuando.

Estaban ella, el fuego y el perro. Sentía como si el resto del planeta estuviera desierto aquella noche. El perro dormía, el fuego bailaba. Entornó los ojos y las llamas le absorbieron la mirada.

Allí había secretos, enigmas e ira. El fuego era cálido, pero también podía quemar.

De pronto era como si algo se le relajara por dentro. De la nada le llegó una gran alegría por existir, por estar viva y saber con total seguridad que iba a vivir mucho más.

—Estamos vivos —le dijo a Lokko.

El perro abrió los ojos.

—Sí —respondió Lokko—. Estamos vivos.

Después volvió a hundir la cabeza sobre la pata y cerró los ojos.

«Tengo un perro curioso», pensó Sofia. «A veces casi me parece que sabe hablar. Aunque sé que eso no es posible».

Se quedó allí hasta que el fuego se apagó. Entonces le echó arena por encima y entró en casa.

Los niños dormían, Lydia dormía, sus hermanos pequeños dormían. Se quedó de pie en el centro de la habitación, cerró los ojos y escuchó a todas estas personas, que respiraban con fuerza o roncaban.

«Mi familia», pensó. «Sin ella no sería nada».

Después volvió a tener esa sensación, la de estar rodeada de personas casi invisibles. Eran Maria, Rosa, el doctor Raul, su padre Hapakatanda. Su familia, que no se componía solamente de los que estaban vivos y dormían dentro de la casa, sino también de los que habían muerto.

En alguna parte entre las sombras también estaba Armando. Él pertenecía a los que habían muerto. Tampoco se iba a olvidar de él. Él también permanecería allí…

Sofia se quedó quieta un buen rato, rodeada por todos los muertos. Era como si la acariciaran pasándole las yemas de los dedos por la cara.

«Soy mayor», pensó. «A pesar de que a veces pueda ser un poco infantil por dentro. Así soy, y lo seguiré siendo».

Al final les dio las buenas noches a todos los que tenía alrededor.

Lokko dormía.

Aquella noche soñó que aparecía un hombre con una máquina de coser en brazos. O quizá fuera una mujer. Quizá fuera la señora Mukulela. También podía ser Rosa, o Maria. No podía verlo claro en el sueño. Pero era una máquina de coser, de eso no cabía duda.

La casa dormía. El futuro esperaba…

* Instrumento africano que recuerda a un vibráfono. Está hecho de madera.

* Retales grandes de tela de colores que las mujeres se enrollan como faldas.

* *Alface* significa lechuga.

[*] Significa «corta» y «larga» en la lengua de Sofia.

[*] Autobuses y camiones que se usan para el transporte de personas.

* Conductor.

* Alcohol destilado casero.

* «Qué pájaros tan bonitos».

** «Sí».

* Campo de cultivo.

* «Chico de la Luna», en una lengua que se llama ronga.

[*] Moneda de cambio de Mozambique. El valor actual es aproximadamente 1 euro = 72,62 meticales.

* Tela grande de muchos colores que las mujeres se enrollan alrededor del cuerpo en forma de falda.

* Falda, en portugués.

[*] *A Gorda* significa «La Gorda» y *O Chapeu*, «El Sombrero» en portugués.

* Rufián.

* Suburbio.

Del prólogo, Gervasio Sánchez

Título original: *Eldens hemlighet (1995), Eldens Gåta (2001) y Eldens vrede (2007)*

Edición en formato digital: junio de 2018

En cubierta: ilustración de © Carlos Arrojo
© Henning Mankell, 1995, 2001, 2007. Published by agreement with Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen
© De la traducción, Mayte Giménez y Pontus Sánchez, 2018
© Ediciones Siruela, S. A., 2018
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17454-80-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com